AUGUSTIN RENAUDET

MAQUIAVELO

COLECCION SEMBLANZAS
LOS HOMBRES Y SUS IDEAS

AUGUSTIN RENAUDET

Catedrático honorario del Collège de France

MAQUIAVELO

EDITORIAL TECNOS, S. A.
MADRID

Los derechos de traducción al castellano de la obra
MACHIAVEL
nouvelllle édition revue et augmentée
© Edition Gallimard (1956)
son propiedad de EDITORIAL TECNOS, S. A.

Traducción de

FRANCISCO DÍEZ DEL CORRAL y DANIELE LACASCADE

© EDITORIAL TECNOS, S. A. 1965
Calle O'Donnell, 27, 1.° Izq. T.: 225 61 92. Madrid (9)
Número de Registro: 2.173 - 64
Depósito legal: M. 14.975.—1964

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A. - MADRID.

A
Enricheta Beatrice

PREFACIO

Este libro vio la luz por primera vez en la primavera de 1942. Por olvido o negligencia no se solicitó el visto bueno de las autoridades ocupantes. La edición se agotó en algunos meses. Los franceses no tenían entonces otra diversión que la lectura. Maquiavelo se había convertido en lo que jamás fue durante su vida: un profeta armado, uno de esos hombres a los que en aquella época apelaba una política en posesión de la fuerza. Aquellos a quienes la suerte de las armas no había sido propicia podían dedicar un poco de sus tristes ocios al estudio objetivo de una doctrina severa que, nacida de la aflicción de una ciudad y un ciudadano, por consideraciones de salud pública, había rebajado las libertades al nivel de la razón de Estado, bajo el gobierno de un despotismo aristocrático que se afirmara genial o de una república diamantina y jacobina. En estos textos imperiosos y ambiguos, donde reviven tantas pólcras, tantos entusiasmos decepcionados, tantos cálculos positivos y vanos, se podían buscar, ya que no lecciones prácticamente utilizables y verdaderos principios de acción, algunos modelos de un análisis político atento sobre todo al estudio de las crisis y los desastres de la fundación y restauración de los Estados.

La obra de Maquiavelo no se sostenía en una dialéctica abstracta de ideas puras. Se nutría de historia y sagacidad crítica; historia antigua, romana y griega, constantemente releída y meditada; historia moderna de Italia y Florencia; historia contemporánea de los principales paí-

ses cristianos, aprendida lentamente y por la experiencia en el curso de una vida de hombre político y diplomático. Unicamente la doble luz de la historia que creyó saber y de la historia en que se mezcló activamente permiten comprender el origen, la seguridad dogmática y las incertidumbres de su pensamiento. La política de Maquiavelo sólo se funda en los datos de una historia real y vivida; la ética de Maquiavelo sólo se funda en los datos de una historia real y vivida. Etica y política rechazan toda afirmación abstracta y a priori, excepto la de la grandeza del Estado, proclamada como un principio inquebrantable. Pero el Estado es siempre aquí un hecho histórico e impuesto por lo real. Todo estudio de la obra política de Maquiavelo que no permanezca a un nivel estrictamente histórico y objetivo correrá siempre el riesgo de no captar, o captar mal, el fondo de su pensamiento. Este estudio no puede escapar a la doble exigencia de analizar primero su pensamiento, de resumir después, con método y claridad, las conclusiones teóricas y prácticas de su reflexión y saber. Estas conclusiones se desarrollan libremente en un sistema incompleto cuya preocupación dominante es la de definir, ante la historia y la verdad políticas, dos regímenes gubernamentales: monarquía y república. En seguida se observa que el debate anuncia ya a la vez la política de Richelieu y la de la Convención. Profesión de una fe personal e incierta; afirmación objetiva de altos valores humanos. Doctrina que, sin ninguna retórica, sin ningún deseo de seducir al lector, un lector que Maquiavelo apenas encontraría durante su vida, pudo parecer de un pesimismo tan virilmente decidido a contradecir todas las previsiones morales que tendría que esperar tres siglos para encontrar discípulos resueltos a reconocerse como tales.

Las páginas que siguen se han ordenado según un espíritu de libre investigación estrictamente histórico. No se pretenderá ni panegírico ni requisitoria, sino solamente comprender un hecho histórico; en un medio dado, en unas circunstancias dadas, la aparición de una doctrina que intentaba interpretar la historia y fundar sobre ella la política. No se hablará de lo que desde hace varios siglos

se ha convenido en llamar maquiavelismo. Y en el programa del estudio aquí emprendido no entrará tampoco, menos aún, la obra propiamente literaria de Maquiavelo: sus narraciones, comedias y versos.

Esta segunda edición no añade gran cosa a la primera. Se han corregido diversas negligencias; algunas ediciones recientemente aparecidas de Maquiavelo y Guicciardini han hecho necesaria una importante revisión de referencias. En la conclusión sobre el problema de la razón de Estado en la obra de Maquiavelo, autor, sin duda, de esta doctrina, pero que jamás empleó tal término, familiar sólo a generaciones más tardías, se han introducido algunas nuevas líneas. Asimismo se han señalado ciertos textos del Príncipe *y las* Décadas, *donde se afrontan la fortuna y el genio. Y, en fin, después de trece años, la bibliografía ha debido ser puesta al día, eliminando de ella todo lo que es obra de partido, propaganda o fantasía.*

INTRODUCCION

EL PROBLEMA DEL PENSAMIENTO POLITICO EN LA ITALIA DEL RENACIMIENTO

En el momento en que se intenta captar el pensamiento político en la Italia del Renacimiento dos nombres vienen a la mente: Maquiavelo y Guicciardini. Dos obras cuyo carácter, desde hace cuatro siglos, ha conmovido, sorprendido, asombrado a historiadores, moralistas o teóricos del derecho. Un método estrictamente positivo, aplicado al estudio de las relaciones que la sociedad humana instituye entre los individuos y el Estado, entre los pueblos, entre los Estados. Una política estrictamente positiva que subordina a sus fines el derecho y la moral, valora y calcula exactamente los medios, considera los sentimientos o pasiones de los hombres, sus creencias o sus ideas, únicamente como un simple dato para medir las fuerzas o debilidades que pueden ayudar o contrariar su juego. Esta ciencia positiva del gobierno se propone un solo objetivo: la fundación del Estado, la conservación, el desarrollo, la grandeza del Estado. Dicha política se define y desarrolla para sostener una concepción republicana del Estado, en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Más desnuda, apretada y resueltamente simplificada, se ofrece, en el libro del *Príncipe*, a servir a una monarquía que todavía no se ha llegado a fundar. Sirve de savia, una savia austera y desdeñosa, a toda la obra de Guicciardini, los veinte libros de su *Historia de Italia*, su *Historia de*

Florencia, los dos libros de sus *Diálogos sobre el gobierno de Florencia*, sus *Recuerdos políticos y civiles*.

El Estado, tanto para uno como para otro, no es ya la ciudad antigua, ni la comuna libre de la Edad Media, ni la ciudad italiana de los dos últimos siglos. No se parece tampoco a la monarquía de Francia o Inglaterra, que, medieval a pesar de algunos rasgos ya modernos, continúa invocando el derecho feudal y el deber del vasallo hacia el soberano. Maquiavelo funda el Estado sobre un hecho histórico que es, a la vez, de orden material y espiritual: la existencia de la nación. Imagina un Estado nacional, todavía no definido con la suficiente claridad como para poder recibir en él a todos los pueblos de Italia, bastante fuerte al menos para poder atraerlos y conducirlos, para rechazar las invasiones extranjeras, para asegurar la salvaguarda de esa patria italiana cuya imagen parece ya haber entrevisto Petrarca. Guicciardini, tan profundo y más exacto en el análisis, pero inferior en el vigor del pensamiento y en que, escéptico y cansado, más fácilmente reconciliado con una época cuyas miserias conoce, dedica menos atención a un porvenir que sabe incierto y amenazador, rompió, sin embargo, con la tradición que restringía la obra de un historiador al horizonte de una ciudad; fue el primero, por un breve período de tiempo sin duda, pero rico en acontecimientos y lecciones, que compuso la historia íntegra de Italia y, respondiendo al deseo de Maquiavelo, demostró la existencia de la nación italiana.

Estas dos obras asombran por la novedad del método y por el original espíritu que las anima. Contemporáneos de Maquiavelo y Guicciardini, Erasmo, en los *Adagios* y la *Institutio principis christiani*, y Tomás Moro en la *Utopía*, tratan también las más altas cuestiones de moral política y social. Ambos tienen en cuenta las lecciones que reciben de los hechos. En Erasmo se encuentra en seguida el recuerdo preciso de las instituciones representativas que, en la segunda mitad del siglo XVI, defenderían contra Felipe II sus compatriotas de los Países Bajos y que servirían después de base al régimen de las Provincias Unidas.

Y en Tomás Moro, aliados a su fantasía, pueden verse fácilmente el apego a las libertades indispensables y el más exacto conocimiento de la economía inglesa. Pero tanto el uno como el otro habían admitido siempre que la moral cristiana necesitaba disciplinar las relaciones de los soberanos entre ellos y con los pueblos. Como los filósofos antiguos, como Platón y Aristóteles, como los teólogos de la Edad Media, ambos se habían planteado el problema del buen gobierno; ninguno de ellos dudaba que la cuestión fuera de orden moral. Cristianos, habían pedido solución a la moral cristiana. Maquiavelo y Guicciardini reducen la política al arte de captar, cultivar y ordenar las fuerzas en juego, tan al margen de la ética pagana como del cristianismo.

La originalidad de esta concepción no pasó inadvertida para sus contemporáneos; y, en primer lugar, los extranjeros, poco sensibles a la inspiración nacional que exalta Maquiavelo, y comunica a veces a su doctrina cierta grandeza trágica y desesperada. No podían leer sin sorprenderse el capítulo XVIII del *Príncipe*, donde se demuestra la imprudencia y el error de los soberanos fieles a su palabra; ni las alabanzas prodigadas a la duplicidad de Alejandro VI o de Fernando el Católico; ni la glorificación de César Borgia. Se admitía casi sin reservas que la política fuera el reino de la violencia o el fraude; pero todavía no había existido nadie que, con una tal indiferencia hacia el soberano bien de los filósofos o a la perfección evangélica, se acomodara a la fatalidad que la ley de la Edad de Hierro imponía a los hombres, o a la sentencia divina que les infligía la ley del pecado. En un mundo abandonado a la violencia nadie había profesado con menos inquietud y remordimiento la persecución del éxito temporal. En Francia, desde los últimos años de Francisco I o el comienzo del reinado de Enrique II, lo que se denomina maquiavelismo designa una tiranía hipócrita y pérfida. Católicos y protestantes se indignan a porfía, defendiendo al tiempo la tradición cristiana y la tradición piadosa de la sabiduría antigua. El *Discurso de la servidumbre voluntaria*, compuesto entre 1546 y 1551 por Etien-

ne de la Boëtie, es antimaquiavélico. En 1576 el hugonote Etienne Gentillet refuta al *Príncipe* en sus *Discursos del arte de gobernar*. Aunque menos escandaloso, Guicciardini no inspira mucha más confianza. Montaigne, que evitó cuidadosamente pronunciar contra Maquiavelo una requisitoria trivial, resume para sí, en una página de los *Ensayos*, la sospechosa impresión que le ha dejado en el ánimo una larga frecuentación de la *Historia de Italia:*

"He aquí lo que escribí, hace aproximadamente diez años, en mi *Guicciardini...*: Es un historiador diligente en el que, a mi entender, puede conocerse la verdad de los asuntos de su tiempo con tanta exactitud como en cualquier otro, ya que la mayor parte de las veces fue actor en ellos, desempeñando un papel honorable. No hay en él nada que pueda indicar que haya falseado los hechos por odio, favor o vanidad. De ello dan fe los libres juicios que emite sobre los grandes, y, especialmente, sobre aquellos que le ayudaron en su carrera, como el papa Clemente VII. Es también digno de hacerse notar que, entre tantas almas y acciones como juzga, entre tantos comportamientos y opiniones, en ningún caso los achaca a la virtud, la religión o la conciencia, como si todos estos dones hubieran desaparecido del mundo. Y encuentra la causa de todas las acciones, por muy hermosas que sean, en alguna viciosa coyuntura o en algún interés personal. Es imposible imaginar que en este infinito número de acciones que juzga no haya alguna razonable. No existe ninguna corrupción tan universal como para que nadie pueda escapar a su contagio. Esto me hace temer que no haya sido aquí enteramente objetivo. Quizá ha juzgado a los demás según sus propios sentimientos" [1].

* * *

Pero, sin salir de Italia, el flagrante contraste existente entre el realismo de Maquiavelo y la tradición de Dante, tal como se desarrolla en *La Divina Comedia*, particular-

[1] *Essais*, II, 10.

mente en el *Purgatorio* y en el *Paraíso* o en las argumentaciones latinas del tratado *De la Monarquía*, muestra con mayor nitidez aún la radical oposición de esas dos concepciones.

Dante, como los filósofos antiguos Platón o Aristóteles, como los padres de la escolástica y Santo Tomás, a quien sigue frecuentemente, al igual que harán dos siglos después Erasmo y Tomás Moro, intenta resolver el problema del buen gobierno. Naturalmente, el espectáculo de lo real debió dejar —lo contrario sería inconcebible— alguna huella en su obra. Su propia experiencia política y la lucha de partidos en Florencia y las ciudades italianas; su amistad por la nobleza terrateniente, clase a la que él mismo perteneció; su desprecio por las nuevas familias llegadas del campo y demasiado rápidamente enriquecidas en los negocios, pudieron inclinarle hacia ciertas preferencias doctrinales. Sus añoranzas por un régimen social y político en vías de lenta degradación llenan de tristeza, en el centro mismo del *Paraíso*, en ese cielo de marzo donde reencuentra a su tatarabuelo muerto en las Cruzadas, palabras cuya serenidad se ve turbada por demasiados rencores partidistas[1]. Pero estas reflexiones de emigrado no afectan más que al gobierno interior de Florencia: la verdadera cuestión que Dante, filósofo y teólogo católico, quiere debatir es la del régimen que conviene al mundo cristiano. El Estado particular, la nación particular, no cautivarán durante mucho tiempo su atención. Su pensamiento abraza lo universal: es el orden del mundo cristiano lo que él quiere definir. Orden ideal que funda, como filósofo y teólogo, sobre principios filosóficos y religiosos. Este orden es el de una reforma y restauración, cuyos elementos busca el poeta en el pasado. Reforma moral, intelectual, espiritual de un individuo ideal, liberado del pecado, instruido por el saber enciclopédico de Aristóteles, esclarecido por la teología racionalista de Santo Tomás, iluminado por la teología mística de San Buenaven-

[1] *Paradiso*, XVI, 46-66, 112-154.

tura, conducido por la ascesis y la meditación hasta el umbral misterioso de las gracias de la oración concedidas a San Bernardo y a los padres franciscanos. Reforma de la sociedad cristiana, por la restauración de dos poderes encargados por la Divinidad de guiarle en lo temporal y lo espiritual; para que el intelecto humano, bajo la garantía de una paz universal, alcance la realización de su esfuerzo hacia el conocimiento; para que el alma humana consiga la eterna bienaventuranza. Restauración del imperio, restitución a César de la magistratura a la vez romana y cristiana que Dios le confirió para pacificar los pueblos desunidos; restauración de la Santa Sede, decaída y cautiva, por el retorno del papado al espíritu de sus orígenes, por su renuncia a la riqueza y al poder, su conversión voluntaria a la humildad y a la pobreza, según los ejemplos y la enseñanza, recientes todavía, de San Francisco.

La doctrina política de Dante es así a la vez racionalista y mística. Cuando define el fin supremo a que tiende la sociedad humana en la tierra, y que él muestra en el progreso indefinido del espíritu, argumenta, desde la posición de filósofo intelectualista, como Aristóteles o Santo Tomás[a]. Es el místico, por otra parte, quien funda en Dios, además de la autoridad espiritual de la Iglesia, la magistratura cristiana y romana del emperador; magistratura del derecho eterno, cuya revelación, perseguida oscuramente desde los primeros días del mundo y que no se consumará hasta el fin de los tiempos, se ha impuesto luminosamente por la predicación del Evangelio y la reconciliación de la Roma imperial con la Iglesia cristiana[b]. Es el místico igualmente quien, a pesar del mentís de los

---

[a] *Monarchie*, I, 3.

[b] Tal parece ser la significación simbólica del águila imperial que dibujan, en el cielo de Júpiter, las almas luminosas de todos aquellos que han trabajado en la tierra sobre la creación del derecho: almas de la antigüedad judía y de la antigüedad heroica, de la Roma imperial y del mundo feudal (*Paradiso*, XVIII, 70-136; XIX, 1-24; XX 16-72). Cf. A. RENAUDET, *Dante humaniste*, París, 1952, en 8.°, págs. 194-238.

hechos, a pesar de la decadencia del imperio que no ha visto reconstruirse y las usurpaciones triunfantes de los Capetos, a pesar de la degradación de la Santa Sede, su cómplice y prisionero en el exilio de Aviñón, espera la llegada del enviado divino que restablecerá el imperio y reformará la Iglesia [5]. Este místico recoge, en fin, las profecías de Joaquín de Floro y las esperanzas de los franciscanos espirituales: como ellos, Dante asiste con una inquebrantable confianza a las tribulaciones que deben anunciar y preparar la revancha de los santos [6].

* * *

Ninguna posibilidad de acuerdo entre *El Príncipe* y *La Divina Comedia*, entre Dante Alighieri y Maquiavelo. Una política positiva, que se establece en el centro de la sociedad humana tal como la encuentra, y, con los materiales que ella le ofrece, edifica un Estado particular, nacional, italiano; un reformador visionario, que desprecia y odia el mundo real, y que, con ayuda de las ideas puras, reconstruye, desdeñoso de las naciones, un refugio eterno para toda la humanidad cristiana. Dante, fiel súbdito del emperador, reconoce en el César la marca del sello divino; condena eternamente a Bruto y Casio, los dos más grandes criminales de la historia humana después del discípulo que traicionó a Jesús. Maquiavelo odia al imperio romano por su despotismo, desprecia al santo imperio medieval por su impotencia creadora de desorden, coloca a Julio César al nivel de Catilina [7]. Dante piensa aún en la Santa Sede, una vez reformada, como en el instrumento de restauración del orden cristiano; Maquiavelo no cree reformable al papado, le acusa de haber desmoralizado a Italia, de mantener la división y la debilidad, y le juzga in-

---

[5] *Inferno*, I, 101-111; *Purgatorio*, XXXIII, 37-45; *Paradiso*, XXVII, 61-63, 142-148

[6] *Paradiso*, XII, 139-141.

[7] *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, I, 10; *Tutte le opere di Niccolò Machiavelli*, ed. Franc. Flora y Carlo Cordié, Milán, 1949, 2 vols. en 8.°; I, pág. 123.

digno de confianza tanto en el presente como en el porvenir[a]. Entre todos los espíritus del Renacimiento italiano Maquiavelo es el más ajeno al Evangelio, el menos accesible a esa fe de la que Dante vive, el más indiferente a la moral cristiana, a la que acusa de haber debilitado la energía de carácter de los hombres de su tiempo. Sólo ve en la religión un instrumento en manos del hombre de Estado. Asimismo, las virtudes que exaltan los humanistas sólo tienen valor como medios que el hombre de Estado puede utilizar, de la misma manera que puede utilizar el crimen. Absolvería las violencias y traiciones de César Borgia siempre que con ellas se hubiera conseguido fundar, entre la Tirrenia y la Adriática, una potencia capaz de dominar y regenerar la Italia central[b]. Pero Dante habría arrojado a César Borgia al séptimo círculo del infierno, en el río hirviente de sangre humana donde están sumergidos por toda la eternidad, vigilados por centauros sagitarios, los tiranos homicidas; y el propio Maquiavelo habría encontrado su castigo en el octavo foso del octavo círculo, entre los consejeros del fraude, aprisionados entre llamas, con Ulises y Diomedes.

* * *

Entre 1312 y 1321, época en que el poeta componía el *Purgatorio*, el *Paraíso* y la *Monarquía*, y el momento en que Maquiavelo escribía *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, es decir, los quince años que siguen al primer retorno de los Médicis en agosto de 1512, se produjo, pues, en Italia un viraje completo del pensamiento político. Dante y Maquiavelo sólo tenían en común la esperanza de una próxima renovación del mundo, gracias a la acción de un hombre de genio enviado por el destino. Pero si ambos comparten esta idea, existe entre ellos un profundo desacuerdo respecto a la extensión y lí-

[a] *Discorsi*, I, 12, págs. 130-131. Sobre las reservas que se suelen imponer a la confianza que Maquiavelo parece acordar a León X (*Il Principe*, 11 y 26; I, págs. 38 y 82) ver págs. 113-115.

[b] Ver págs. 251-256.

mites de esa renovación. Lo que Dante quiere cambiar es todo el orden cristiano; lo que Maquiavelo quiere transformar es el Estado particular, la nación italiana. El poeta católico subordina los medios a la moral y al Evangelio; el hombre de Estado, a los intereses de un Estado ideal, sí, pero temporal.

Mas para comprender los lejanos orígenes del pensamiento político en la época del Renacimiento italiano hay que remontarse, sin embargo, a Dante. Los escritores del siglo XVI leen y conocen perfectamente *La Divina Comedia*, veneran a Dante y se acuerdan constantemente de él, siquiera sea para contradecirle. Para comprenderles, para captar el sentido profundo de su pensamiento, es necesario confrontar este pensamiento con lo que él niega, con ese pasado que late en él y cuya herencia rechaza. Es necesario rastrear qué nuevas nociones, qué nuevos puntos de vista sobre el mundo y los hombres, qué nuevas experiencias ha podido adquirir este pensamiento durante los dos últimos siglos; es preciso investigar a qué nuevos métodos, a qué nuevas disciplinas ha sabido plegarse, qué desilusiones y qué tristezas ha sufrido, ante el tumulto de la historia europea y el drama ininterrumpido de la historia italiana.

* * *

El orden tradicional y cristiano que Dante había querido restaurar ya no subsiste; he aquí lo primero que contemplamos [*].

Ni la Santa Sede ni el Santo Imperio conservan suficiente prestigio para poder imponer a los pueblos y Estados su doble autoridad. Los papas aviñonenses, desde Clemente V a Gregorio XI, retenidos más allá de las montañas por la monarquía capetiana, han caído frente a ella, como Dante había previsto, en una dependencia que sólo los reveses sufridos por Francia en la guerra inglesa han podido de momento aligerar. En 1377, al año siguiente de

[*] Véase la obra de FR. ERCOLE, *Dante e Macchiavelli*, Quaderni di Politica, 2, Roma, 1922, en 8.°

su restablecimiento en Roma, se abre en la Santa Sede el drama del cisma de Occidente, y los concilios reformadores pondrán en seguida en tela de juicio hasta la supremacía del papado sobre las Iglesias. Jamás la autoridad pontificia ha estado más debilitada o amenazada que ahora. Los progresos de las contribuciones fiscales, el cúmulo de beneficios, la indiferencia religiosa de los prelados, lesionan los intereses y trastornan las conciencias. En esta Italia durante demasiado tiempo abandonada, la Santa Sede no reconstituye sus dominios más que por la fuerza de las armas mercenarias, el abuso de las censuras espirituales, la astucia de una diplomacia que no rechaza el concurso de señores nefastos o desalmados. Sólo ha podido triunfar sobre dos concilios por medio de pactos y concordatos que abandonan parcialmente en manos de los príncipes las dignidades y riquezas de las Iglesias nacionales. Los papas de fin del siglo XV, soberanos temporales ocupados en la política y la guerra, no habrían ya podido imponer a los Estados el arbitraje supremo del Evangelio, aunque hubieran conservado el deseo de hacerlo. Mientras tanto, la doctrina imperial formulada por Dante no sobrevivió a la decadencia del Imperio. Luis de Baviera, en quien el poeta había depositado quizá su última esperanza, sólo fue capaz de abrir un cisma sin porvenir antes de sucumbir en su lucha contra Juan XXII y Clemente VI. Carlos IV ofrecía por dos veces a las ciudades de Italia el espectáculo de su rastrera debilidad. A partir de ahora, los príncipes y pueblos no admiten ya ni la esencia divina ni el papel universal de la función imperial. Y en Alemania, en Italia, en Europa, esta función no confiere ya a Federico III ningún prestigio. A pesar del matrimonio de Maximiliano con la hija de Carlos el Temerario no se podía todavía prever la aplastante acumulación de herencias que llevaría a Carlos V a reivindicar de nuevo la monarquía universal. La realeza francesa opondrá a esta idea la noción positiva y moderna del equilibrio de fuerzas; en 1556 el fracaso del mayor de los Habsburgos y su abdicación serán la prueba manifiesta de la irremediable decadencia del Imperio.

Desde este momento no se puede ya hablar de someter los Estados cristianos, como Dante quería, a la doble dirección de Pedro y César. Los legistas franceses niegan al Papa el derecho de controlar, según el Evangelio, la conducta de su rey. Y no están tampoco dispuestos, menos aún, a obedecer al emperador. Si en 1308 Felipe el Hermoso parece desear la corona imperial, si Francisco I se presenta, en 1519, como candidato a esta corona, ambos sólo desean extender más allá de sus propios reinos, persiguiendo objetivos materiales, un poder completamente material. Tanto para Felipe el Hermoso como para Carlos V y Luis XI la política es asunto de interés y cálculo. No conoce otro objeto que la grandeza y el poder del Estado; no sigue otra guía que la de la experiencia y la razón; desdeña los derechos y las pretensiones de César y Pedro. La realeza inglesa, asistida de su Parlamento, ignora también al emperador y defiende contra la Santa Sede a la Iglesia nacional. Los príncipes y señores alemanes ajustan su conducta a un mezquino egoísmo. Allí donde los burgueses se gobiernan a sí mismos, en las ciudades comerciales de Alemania del Sur o del Centro, en Augsburgo, Nuremberg o Francfort, en las ciudades del Norte unidas por la Liga anseática, en las ciudades flamencas de los Países Bajos, los intereses materiales de las clases creadoras de riqueza dominan la política.

En Italia, donde más que en ningún otro país, los recuerdos de la historia antigua, la práctica de la libre discusión en las asambleas comunales y las conversaciones diplomáticas en los consejos de las Ligas pudieron afinar el espíritu de los hombres de Estado y su comprensión de unos problemas que la precoz aparición de ciertas formas esenciales de la economía capitalista planteaba ya en términos modernos, el arte de gobernar obedece a las reglas de una técnica positiva que define exactamente sus métodos y sus fines, liberándose de toda consideración religiosa y moral. Los tiranos que desde el siglo XII vienen estableciéndose en las principales ciudades del Norte, y cuyos representantes más típicos son los Visconti de Milán, en el si-

glo XIV, y los Sforza, sus sucesores, en el siglo XV, dedican exclusivamente su esfuerzo a *fundar, mantener* y perpetuar la potencia del Estado. Crean monarquías absolutas, despóticas, *muchas* veces inhumanas y a menudo deseosas, en revancha, de un exacto gobierno de las cosas. En las repúblicas, Venecia, Génova o Florencia, el interés del Estado se confunde con las ventajas positivas de la clase detentadora del capital, del prestigio social, de la autoridad política. Y en el primer tercio del siglo XV nace así en Florencia, del poder de la Banca, el poder político de los Médicis.

* * *

La aparición y el desarrollo del humanismo empujaban entonces los espíritus hacia otros métodos, para constituir la ciencia del mundo moral, investigar y definir las leyes de las sociedades humanas y deducir de ahí los principios de una nueva política. El triunfo del humanismo constituyó a la vez un enriquecimiento y un empobrecimiento. Para la Edad Media agonizante, el más exacto conocimiento de la antigüedad, de la civilización antigua, del pensamiento y de la ciencia antigua, del arte literario de los antiguos y, en fin, el nuevo contacto con el espíritu reanimado del paganismo, fue muy beneficioso. Pero este beneficio no compensa enteramente el desdeñoso y sumario abandono de ciertas tradiciones morales, intelectuales y espirituales legadas por la Edad Media, y muchas veces a muy alto precio. En efecto, la decadencia final de la escolástica parisiense y occidental, tan pujante todavía, tan realmente grande y fecunda en tiempo de Petrarca, representó un empobrecimiento. Y lo mismo puede decirse respecto a la decadencia de la mística, tan viva en el siglo XIV, tan vigorosa aún en el primer tercio del siglo XV con Jean Gerson, tan capaz aún de un vehemente esfuerzo para aprehender lo divino. En la segunda mitad del siglo, la única fuerza espiritual verdaderamente viva y nueva que queda es el humanismo; no obstante, es preciso lamentar lo que entonces *parecía* extinguirse.

Hay que lamentarlo, máxime cuando el humanismo no había logrado asentarse plenamente. Petrarca, el gran iniciador, había legado a la posteridad el ardor y el entusiasmo de una pasión y una poesía que, para hablar como Maquiavelo, resucitaban las cosas muertas [31]. El esfuerzo de los humanistas ponía en manos de los modernos la experiencia moral, psicológica, social y política de los antiguos: todo lo que parecía necesario para poder recomenzar sobre nuevas bases, ya que tal había sido el deseo de Petrarca *, la educación del espíritu humano. Sin embargo, no supieron organizar en una síntesis original y vigorosa los nuevos datos que habían adquirido sobre el hombre y el mundo. No supieron siquiera definir con precisión y claridad los nuevos principios de análisis y síntesis, de investigación y construcción que el espíritu humano buscaba confusamente desde el Renacimiento petrarquista. Lo que más falta hacía al humanismo en el siglo XV era un *Discurso del método*, algo que en Occidente no aparecería hasta Descartes.

Esta debilidad se muestra en su esfuerzo por reconstituir la ciencia del gobierno. Petrarca había tenido dos políticas; la una, toda de ideas, de fórmulas y reminiscencias dantescas, revestidas de elocuencia clásica y retórica ciceroniana, y que, a fuerza de redundancia y prolijidad, parece una reducción al absurdo de la doctrina de Dante. Pero, al mismo tiempo, había esbozado también el programa de una política humanista intentando insertarla, con mayor o menor éxito, en el sistema de una filosofía que quería continuar siendo cristiana. Política bastante verbal y mediocre cuyos elementos había extraído no de un cabal estudio de la realidad, sino de los libros. Sus viajes a través de Europa, sus amistades con los príncipes, le hubie-

[31] *Dell'arte della guerra*, VII, pág. 620. "Questa provincia pare nata per risuscitare le cose morte, come si è visto della poesia, della pittura e della scultura".

* Sobre la política de Petrarca, ver PAUL PIUR, *Petrarcas Buch ohne Namen und die päpstliche Kurie: ein Beitrag zur Geistesgeschichte der Frührenaissance*; Halle, 1925, en 8.°; particularmente cap. I y II, págs. 6-98.

ran permitido comprender a esos modernos que aclamaban su genio y a quienes despreciaba. Pero todo era inútil. Porque, desde los romanos, el mundo le parecía vacío. Es únicamente en los fastos de la Roma consular, glorificada por Tito Livio, donde estudiaba a los hombres, los pueblos y el arte de regirlos. Encarrilaba a la vez la historia y la ciencia del gobierno por vías muertas. La política italiana y la política europea se le habían escapado. El juego de los intereses económicos, que los cronistas florentinos habían ya desenmarañado, le parecen cosas vulgares y sin gloria. La evolución política y social que transformaba la comuna en señorío no retiene su atención. Pero el estudio de la antigüedad romana lo entendía únicamente a la manera de los moralistas, para extraer ejemplos, anécdotas, algunas biografías exultantes, la afirmación histórica de que los pueblos demasiado confiados por sus éxitos demasiado constantes, en alcanzar un porvenir seguro y estable, desembocan fatalmente en la decadencia y la ruina [19]. Sobre la historia así reducida a una ciencia auxiliar de la ética, fundaba una política necesariamente limitada a algunos temas de declamación moral. Del pasado romano, su entusiasmo de poeta había tomado únicamente el ideal oratorio y convencional de un gobierno republicano, heroico y virtuoso. Jamás dice cómo hubiera reformado él estos Estados cristianos, cuyos jefes sólo eran a sus ojos tiranos, según un ideal de libertad cívica; y él mismo se aviene demasiado fácilmente con los Visconti. Desdeñosa de lo real, apoyada sobre la autoridad de algunos textos antiguos, la política de Petrarca se muestra como una nueva escolástica, poco capaz para iluminar la inteligencia y guiar la acción. Los humanistas florentinos otorgaron su asenso a esta política.

Y, sin embargo, desde la primera generación, estos hombres se encontraban mezclados como cancilleres, como oradores, en los asuntos de una comuna por la que la deca-

[19] HANS BARON, *Das Erwachen des historischen Denkens im Humanismus des Quattrocento*, Historische Zeitschrift, 1933, 147, págs. 5-20. Sobre Petrarca y a este respecto, págs. 5-7.

dencia de sus instituciones conducía insensiblemente de la oligarquía al principado; mezclados en los asuntos generales de Italia, en un tiempo en que nacía en Milán la más grande de las tiranías modernas; mezclados en las disputas del cisma de Occidente, de los concilios y de la Santa Sede restaurada. No habrían tenido más que cerrar los libros y abrir los ojos, es decir, hacer lo mismo que hacían cuando debían actuar. Pero no supieron ni olvidar sus lecturas ni fundar sobre una ciencia positiva de los hechos el arte de gobernar a los hombres. Petrarca les había dejado el gusto por el lugar común, por la frase ciceroniana. Había, sobre todo, comprometido de antemano el progreso de una ciencia política inspirada en una falsa noción de la historia. Los humanistas florentinos, a pesar del interés y grandeza de su trabajo, no consiguieron, ni en historia ni en política, desprenderse de sus lecciones [11].

Es indudable su complacencia al rememorar los más recientes anales de su ciudad. Mas parece como si desde el principio quisieran dejar bien sentado que la descripción real del mundo contemporáneo no podría aportar al espíritu humano ningún beneficio. Por el contrario, lo esencial es rastrear y encontrar en ese mundo aquello que, desfigurado por largos años de barbarie, sobrevive en los individuos y en la ciudad del pasado antiguo. Cuando la historia estudia a los modernos realiza un trabajo inútil, a menos de adoptar, como regla esencial de método, la reducción de los tipos individuales y de las formas sociales y políticas al ejemplar romano. Quizá este esfuerzo por aislar, mediante una comparación entre el presente y la antigüedad, ciertos caracteres permanentes de la sociedad humana contenía en germen una sociología que estaba todavía por construir. Los florentinos sabían, por lo menos, que su ciudad era hija de la república romana, que su Constitución conservaba las libertades de los tiempos consulares; encastillándose en su propia historia pen-

[11] FR. VON BEZOLD, *Republik und Monarchie in der italienischen Literatur des XV^ten Jahrhunderts*, Historische Zeitschrift, 1898; Neue Folge, 45, págs. 433-468; véanse págs. 448-449.

saban comprender mejor su genio [14]. Pero el simple relato de los hechos debió sufrir algunas deformaciones. Cuando Lionardo Bruni, canciller florentino, cuenta la historia de su pueblo, historia que él conoce y en la que ha jugado un papel, este vigoroso espíritu, uno de los educadores del humanismo europeo, se muestra capaz de criticar los textos y documentos, de seguir con diligencia la evolución de las leyes y costumbres; y, sin embargo, suprime muchas veces lo que ofrece un carácter local y particular, como para facilitar esta reducción al modelo romano, el único que puede dar a los modernos la llave de sus destinos [15]. Poggio Bracciolini, canciller también e investigador de textos antiguos que han enriquecido el patrimonio del espíritu humano, cuando resume un siglo de guerras florentinas sólo puede imitar inútilmente las narraciones y arengas de Tito Livio.

Pero una doctrina política se nutre de la meditación sobre la historia. Dante reflexionó mucho sobre la historia universal. Petrarca la conoce mal y la aborda con ideas de moralista y poeta. Los herederos de su esfuerzo han heredado también su espíritu. Es inútil que Leonardo Bruni, que en 1422 sueña con una federación de libres ciudades italianas gobernadas por Florencia, sepa definir vigorosamente los principios de las libertades florentinas y

---

[14] Fr. von Bezold, *ibid.*, pág. 135, n. 1: Invectiva de Coluccio Salutati contra Antonio Loschi: "Quid en im est Florentinum esse, nisi tam natura quam lege civem esse romanum?". Manifiesto de la Señoría en guerra contra Milán (1424): "Suorum antiquorum patrum Romanorum more, quorum sunt filii, semen, sanguis et ossa". L. Bruni, *Laudatio florentinae urbis:* "Quamobrem ad vos quoque, viri Florentini, dominium orbis terrarum jure quodam haereditario ceu paternarum rerum possessio pertinet".

[15] El valor real de las *Historiarum florentini populi libri XII* ha sido demasiado disminuido por Burckhardt, por Voigt, e incluso por Pasquale Villari (*Niccolò Machiavelli e i suoi tempi*, Florencia, 1877, 3 vols., en 8.°; 4.ª edición, Milán, 1927; 2 vols., en 8.°, sin los apéndices documentales; III, págs. 199-202). G. Salvemini (*Magnati epopolani in Firenze dal 1280 al 1925*, publ. del R. Istituto di Studi Superiori, Florencia, 1899, en 4.°, pág. 243) ha sido el primero que ha rehabilitado al historiador. Esta reha-

la igualdad florentina ante la ley [10]. Cuando intentan forjarse algunas visiones de conjunto sobre el gobierno los humanistas flaquean. Sus escritos políticos constituyen seguramente la parte menos interesante de su obra. Se limitan a desarrollar en latín oratorio lugares comunes tomados de la antigüedad sobre la virtud de los ciudadanos, los magistrados y los generales. Si no supiéramos que la mayoría participaron en la vida activa pensaríamos que sólo conocieron a los hombres a través de los libros [11].

* * *

Sin embargo, estos hombres hacen suya también, definitivamente, una idea de carácter positivo: la de la explicación de la sociedad humana como un proceso igualmente humano, no religioso; sólo ven en el Estado una creación puramente natural de los hombres. Pero un insuficiente conocimiento del pasado, una mediocre aptitud para edificar la teoría de los hechos contemporáneos —ya que para interpretarlos sólo disponen de criterios mal apropiados—, les inutiliza para toda vigorosa construcción de doctrina: bastante realistas como para no aceptar ya el sueño de Dante, no lo son suficientemente como para fundar la ciencia objetiva de la política. Se consideran, como Petrarca, romanos y republicanos. Exaltan a Escipión el Africano, el gran ciudadano vencedor de Aníbal, glorificado por Cicerón y Petrarca, el hombre que en los fres-

---

bilitación se ha continuado por EMILIO SANTINI (*Lionardo Bruni e i suoi Historiarum florentini populi libri XII; contributo allo studio della storiografia umanistica fiorentina*, Pisa. Annali della R. Scuola Normale Superiore di Pisa, Filosofia e Filologia, XXII, 1910, en 8.°) y en el prefacio de la edición de las *Historiarum... libri XII* (*Rerum italicarum scriptores*, XIX, 2, Città di Castello, 1926, en 4.°). Cf. BENEDETTO CROCE, *Intorno alla storia della storiografia*, Critica, 1913, XI, págs. 161-259; IV, La storiografia del Rinascimento, págs. 198-209.

[10] FR. VON BEZOLD, págs. 436-438, pág. 436, n. 3: "Paritas juris; paritas reipublicae adeundae; nec est ullus locus in terris in quo jus magis aequum sit omnibus".

[11] FR. VON BEZOLD, págs. 448-449.

cos sienenses o florentinos simboliza el buen gobierno. Desprecian a César, corruptor del pueblo y destructor del Estado; le acusan de haber preparado el terreno para que un Tiberio o un Nerón sojuzguen después al mundo. La decadencia romana comienza para ellos en el imperio. Poggio Bracciolini compone un volumen de invectivas contra César, de acuerdo con Leonardo Bruni en maldecir la tradición del dictador. Creen ver revivir esta tradición, miserable y degenerada, en las instituciones bárbaras del Santo Imperio romanogermánico. La ceremonia gótica de la coronación imperial confirma de manera irrisoria la suprema decadencia de las libertades romanas, abolidas por César. Y les disgusta que Dante haya condenado a Marco Bruto [28].

Pero la política republicana de los humanistas florentinos carece de vigor original. Ninguno ha conseguido exponerla con *método* ni ha sabido definir sus principios y conclusiones. Ninguno ha intentado oponer a la *Monarquía* de Dante, un *De Legibus* o un *De Republica*. Les falta a estos hombres de letras, tan preocupados por el estilo, el hábito de un análisis atento a discernir los elementos de las cuestiones, la utilización sistemática de una dialéctica hábil en seguir el encadenamiento de las ideas y organizarlas en conjuntos. La debilidad teórica de sus ideas se agrava por la evidente impotencia de servir de guía para la práctica. Fundadas en una arriesgada analogía entre la Roma consular y la comuna florentina, olvidan demasiado fácilmente la diferencia de tiempos, costumbres, creencias, economía. Abstraen todos los factores modernos y concretos de la política. Desdeñan la lucha de clases porque la filosofía humanista de la historia la desdeña; interpretan equivocadamente la lucha de partidos a través del esquema romano. E incluso no parecen tener exactamente en cuenta el prestigio creciente de los Médicis, de la autoridad personal y soberana que fundan al margen de la Constitución.

[28] Fr. von Bezold, págs. 437-438. Vittorio Rossi, *Il Quattrocento, Storia letteraria d'Italia*, Milán, 2.ª ed., 1933, en 8.º, página 156.

Mucho antes que Montesquieu, estos hombres, discípulos de Cicerón y Tito Livio, habían reconocido en la virtud el principio esencial del gobierno republicano. Y, sin embargo, no supieron reconocer la tiranía ya establecida en el corazón de una república sin virtud.

En las cortes del norte de Italia, alrededor de los Visconti de Milán, de los Gonzaga de Mantua, de los Este de Ferrara, se desarrollaba una política igualmente humanista, pero reconciliada con las formas monárquicas de gobierno y que, dicho sea sin perjuicio al respeto debido a Guarino de Verona, no merece más que una breve mención. Inferiores a los florentinos en la cultura y la afición por las ideas, los humanistas del Norte tienen todavía menos importancia que ellos en la historia del pensamiento político. Los florentinos no habían conseguido construir una teoría original y moderna del régimen republicano. Los humanistas ligados a las cortes de los príncipes no supieron construir tampoco una teoría original y moderna del Estado monárquico, ni escribir, antes que Maquiavelo, el libro del *Príncipe* [19].

* * *

Pero el siglo del humanismo es también el siglo de los escritores satíricos; al lado de la posteridad de Petrarca vive la posteridad de Boccaccio. Treinta años después de la muerte de Dante, la comedia humana del *Decamerón* da la réplica a *La Divina Comedia*. Boccaccio y los narrado-

[19] El tratado de LEÓN BATTISTA ALBERTI, titulado *Momus sive de Principe*, no procede de esta escuela y no debe tampoco nada a los florentinos. El autor, que fue un sabio universal, un humanista, un gran artista y un arquitecto de genio, lo escribió en Roma hacia 1446-1448, para fijar su propio pensamiento sobre el problema general del gobierno. Traza el tipo ideal del príncipe virtuoso, moderado, ilustrado, que salvo en la energía, no tiene nada de común con el *Príncipe*, de Maquiavelo. La cuestión de los deberes de todo gobierno le interesa más que la persona del príncipe. Ver el importante libro de P. H. MICHEL, *La pensée de Léon Battista Alberti* (1404-1472), París, 1930, en 8.º, págs. 291-295.

res que continuaron durante dos siglos su obra describen la sociedad tal como ella es, los hombres tal como ellos actúan. Puede uno preguntarse si este realismo sin ilusiones, que en un mundo vulgar permitía, sin embargo, a los artistas descubrir tanta grandeza y belleza, no hubiera debido acabar renovando la ciencia política, guiándola hacia un estudio más experimental de los hechos y más rico en enseñanzas.

El realismo de los satíricos no es más que la manifestación, sin duda atractiva, pero, en definitiva, inferior y a veces vulgar, de una nueva forma de pensamiento que aparece en Italia y en todo el Occidente, y que, en un esfuerzo lento, pero irresistible, rejuvenece la vida intelectual. Desde el día siguiente de la muerte de Dante se desarrolla una ciencia positiva, que se considera ya nacida de la experiencia. Poco importa que los orígenes sean ingleses y franceses, y que aparezca primero entre los físicos de Oxford y los nominalistas de París. Para medir el empuje de este movimiento es suficiente recordar que, suspendido en Inglaterra, se continúa en Italia y Alemania; y que de él salen Leonardo de Vinci, Copérnico y Galileo[20]. Es suficiente recordar que, desde el fin del siglo XV y los primeros años del siglo siguiente, Leonardo de Vinci practica las ciencias experimentales, describiendo sus métodos, midiendo su poder, adelantando, en fin, su futuro. Como en el dominio de la política el humanismo sólo había sabido arruinar el ideal de Dante sin ser capaz de sustituirlo más que por una escolástica oratoria, era fatal que este positivismo científico, esta necesidad de buscar todo fundamento sólo y únicamente en la experiencia, acabara por imponer sus métodos a la ciencia política, en la que el humanismo buscaba todavía su camino.

Ahora bien, las generaciones de las últimas décadas del

[20] P. DUHEM, *Léonard de Vinci, ceux qu'il a lus et ceux qui l'ont lu*, París, 1906-1913, 3 vols., en 8.°, LEON OLSCHKI, *Geschichte der neusprachlichen wissenschaftlichen Literatur*, Leipzig-Florencia-Roma, 1919-1927, 3 vols., en 8.°. LYNN THORNDYKE, *A history of magic and experimental science*, Londres-Nueva York, 1923-1941, 3 vols., en 8.°

siglo xv iban a sentir un progresivo placer en autoestimarse y considerar con satisfacción sus obras. Los modernos, infamados por Petrarca, estaban cada vez menos seguros de que su siglo fuera, en realidad, tan pobre de genio. En una carta de 1433 Poggio Bracciolini había expresado ya esta duda, y en 1640, su sucesor en la cancillería florentina, Benedetto Accolti, componía un *Diálogo* sobre la excelencia de sus contemporáneos: *Dialogus de praestantia virorum sui aevi* [11]. Desde entonces desaparecieron para siempre los humillantes complejos respecto a la antigüedad. Bruscamente Italia apareció como elia era: rica de tipos humanos originales y vigorosos. Esta originalidad y este vigor se manifestaban en la maestría de los artistas, en el brillo de una civilización creadora de riqueza y belleza. Se podía, pues, preguntar si el mundo moderno era tan indigno de estudio como Petrarca y los primeros humanistas habían proclamado; si, para fundar la ciencia y el arte de la política, adoptar como norma y modelo el pasado no constituiría un método estéril y decepcionante. Porque este pasado, en efecto, era siempre incierto, incierta incluso su interpretación: la historia de los romanos, a la vez republicana e imperial, ofrecía idéntica abundancia de argumentos de análoga fuerza a los partidarios de la república y a los prosélitos de la monarquía.

* * *

Le estaba reservado a Maquiavelo crear a la vez la crítica de este pasado ambiguo, mediocremente comprendido por los humanistas, y el estudio de esos tiempos modernos durante demasiado tiempo despreciados. Su experiencia de los asuntos contemporáneos le llevó a la comprensión del pasado. Y su total carencia de todo desprecio preconcebido, de orden literario o filosófico, que le ponía en situación de solazarse con el espectáculo que los acontecimien-

[11] V. Rossi, *Il Quattrocento*, pág. 43. Cf. Maquiavelo, *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, II, Introd., pág. 228: "Laudano sempre gli uomini, ma non sempre ragionevolmente, gli antichi tempi, e gli presenti accusano".

tos iban desarrollando ante sus ojos, le condujo a la comprensión del mundo moderno. Precisamente porque podía confrontar, como él mismo dijo, una lectura ininterrumpida de las cosas antiguas con una larga experiencia de las cosas modernas[22], se lanza al intento de instituir la ciencia positiva de la política y de investigar sobre el espíritu de las leyes que regulan el gobierno de los pueblos, la fundación y conservación de los Estados. Mas para que el método estrictamente positivo según el que Leonardo de Vinci iniciaba, en la misma epoca, la exploración científica del mundo material fuera por fin admitido en el estudio de las realidades políticas y sociales, era preciso que una trágica cadena de guerras, invasiones y revoluciones agitara brutalmente la vida italiana removiendo las conciencias y los espíritus, y revelando definitivamente el poder de las nuevas fuerzas desencadenadas en el mundo. Nuevas fuerzas que el humanismo, liberado de la teología dantesca, intentaba someter a una disciplina abstracta, anacrónica y vaga, sin conocerlas bien ni medir exactamente su poder y alcance.

[22] Dedicatoria del *Príncipe* a Lorenzo, duque de Urbino; *Il Principe*, I, pág. 3: "Una lunga esperienza delle cose moderne e una continua lezione delle antique".

PRIMERA PARTE

MAQUIAVELO

CAPÍTULO PRIMERO

LA FORMACION DE MAQUIAVELO

En Florencia, en una sombría calle de la margen izquierda del Arno, algunas casas pertenecían a los Machiavelli, una de las familias más antiguas de Toscana, originaria de Montespertoli, pequeño burgo situado entre Val d'Elsa y Val di Pesa. Aunque afirmaran poseer esta tierra a título de feudo, no pertenecían a la vieja nobleza del campo, alejada de los asuntos públicos desde 1293, a raíz de la promulgación de las Ordenanzas de justicia: procedían de la burguesía. Cerca de San Casciano, en Val di Pesa, los Machiavelli poseían aún un pequeño dominio que en 1512 serviría de asilo para la desgracia del secretario florentino. Estaban probablemente inscritos en el Arte de los Notarios y Jueces, corporación rica, poco amada del pequeño pueblo, pero cultivada y de espíritu curioso. Güelfos desde el siglo XIII, se vanagloriaban de haber dado a la república cincuenta priores y doce gonfalonieros. Sentían poco afecto por los Médicis. Girolamo Maquiavelo, exiliado bajo Cosme, había intrigado contra él en las ciudades y las cortes de los príncipes; traicionado por un pequeño señor de Luniagiana y traído a Florencia, había muerto en prisión. El padre de Nicolás, Bernardo, nacido en 1428, jurisconsulto y hombre de estudio, desempeñó diversas funciones de orden financiero y judicial, siendo una de las personas que, sin sentir amistad por los Médicis, evitaron una lucha desigual contra ellos. Su mujer, Bar-

tolomea de Nelli, con la que se había casado en 1458, procedía de una antigua familia de Florencia. Inteligente y cultivada, se le atribuyen unos *Laudi* que no han llegado hasta nosotros. Tuvieron dos hijos y dos hijas; Nicolás, el segundo niño, nació en Florencia el 3 de mayo de 1469.

De su juventud podría decirse que nada se sabe, salvo que aprendió derecho y no llegó muy lejos en sus estudios. Para imaginarnos su aprendizaje intelectual tendríamos que recurrir exclusivamente a su obra. Entra en la vida pública en junio de 1498, a los veintinueve años, como secretario de la segunda cancillería de la república florentina. Puede admitirse que por entonces su primera instrucción había ya concluido [1].

[1] NOTA BIBLIOGRAFICA.—Las obras de PASQUALE VILLARI, *Nicolò Machiavelli*, citada en la página 26, nota 15, y de ORESTE TOMMASINI, *La vita e gli scritti di Niccolò Machiavelli nelle, lora relazione col machiavellismo*, Roma, 1883-1911, 2 vols., en 8.°, constituyen fuentes básicas para todo estudio sobre Maquiavelo. ROBERTO RIDOLFI acaba de presentar la biografía más completa y científica de Maquiavelo, *Vita di Niccolò Machiavelli*, Roma, 1954, en 8.°. — Estudios sobre la vida y obra de Maquiavelo: GIUSEPPE TOFFANIN, *Machiavelli e il tacitismo; la politica storica della Contro-Riforma*, Padua, 1921, en 8.°; FEDERICO CHABOD, *Del Principe di Niccolò Machiavelli, Nuova Rivista Storica*, 1925, págs. 35-71, 189-216, 437-473, publicada en un volumen bajo el mismo título, Milán-Roma, 1926, en 8.°, *Rivista d'Italia*, 1927, serie de artículos para el cuarto centenario de Maquiavelo; FRIEDRICH MEINECKE, *Die Idee der Staatsräson in der neuern Geschicht*, 3.ª ed., Munich-Berlín, 1929, en 8.°, págs. 31-60; ACHILLE NORSA, *Il principio della forza nel pensiero politico del Machiavelli*, Milán, 1936, en 8.°, importante bibliografía: UGO SPIRITTO, *Machiavelli e Guicciardini*, 2.ª ed., Roma, 1945, en 8.°; LEONHARD VON MURALT, *Machiavellis Staatsgedanke*, Bale, 1945, en 8.°; FELICE ALDERISIO, *Machiavelli, l'arte dello stato nell'azione e negli scritti*, 2.ª ed., Bolonia, 1950, en 8.°; *Umanesimo e scienza politica*, congreso celebrado en Roma en septiembre de 1949 (*Atti*, Milán, 1951, en 8.°).—Ediciones: *Opere di Niccolò Machiavelli, cittadino e segretario fiorentino*, Génova, 1798, 10 vols., en 12.°:*Opere di Niccolò Machiavelli*, ed. Italia, Milán, 1819, 11 vols., en 12.°; *Opere complete di Niccolò Machiavelli*, Florencia, 1857, 1 vol., en 4.°: *Opere complete di Niccolò Machiavelli*, ed. por L. Passerini, P. Fanfani y P. Milanesi, Florencia, 1873-1876, 6 vols., en 8.°, incompleta, la mejor para las legaciones y comisiones diversas (l. III-VI): *Tutte le opere storiche e*

I

Maquiavelo creció bajo Lorenzo el Magnífico. Tenía veintitrés años cuando Lorenzo murió, todavía joven, el 8 de abril de 1492. Se formó bajo el gobierno mediciano, una de las instituciones más originales de la historia italiana y de la historia europea, durante estos años finales del siglo XV en que los Estados modernos prosiguen su lento trabajo de desarrollo y de organización.

El gobierno de Lorenzo el Magnífico es, sin ninguna duda, una tiranía. La palabra, pronunciada por los contemporáneos, fue recogida por Guicciardini, que define exactamente los nombres y las cosas[2]. No una tiranía militar, como las que prevalecen en Italia del Norte y cuyo ejemplo más típico lo constituye el gobierno de los Sforza en Milán. Una tiranía civil, burguesa, de una familia de banqueros, convertida por el poder del dinero en due-

---

letterarie di Niccolò Machiavelli, ed. Guido Mazzoni y Mario Casella, Florencia, 1929, en 8.°: *Niccolò Machiavelli, Opere*, ed. Ant. Panella, Milán-Roma, 1938, 2 vols.; en 8.° (estas dos ediciones están incompletas respecto a la correspondencia): *Tutte le opere di Niccolò Machiavelli*, ed. Francesco Flora y Carlo Cordié, Milán, 1949, 2 vols. en 8.° (el tercero y cuarto volúmenes contendrán la correspondencia); *Niccolò Machiavelli*, ed. Bonfantini Mario, Nápoles, 1954, en 8.° (sólo da los libros 1.°, 3.°, 7.° del *Arte de la Guerra*. Falta el texto de la *Clizia*. Sólo contiene una selección de cartas).—Ediciones de obras sepradas: *Il Principe*, ed. G. Lisio, Florencia, 1928, en 8.°; ed. M. Casella, Milán, 1929, en 8.°; ed. L. Busso, Florencia, 1930, en 8.°; *Il Principe e i Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, ed. A. Oxilia, San Casciano, 1927, en 8.°: *Dell'arte della guerra*, ed. E. Barbarich, Florencia, 1929, en 8.° *Istorie fiorentine*, ed. Plinio Carli, Florencia, 1927, 2 vols., en 8.° — Correspondencia: Además de los tres volúmenes de la ed. Passerini-Milanesi-Fanfani, ver *Lettere familiari di N. Machiavelli*, ed. E. Alvisi, Florencia, 1883, en 12.°; ed. G. Lesca, Florencia, 1927, en 8.°; ed. G. Papini, Milán, 1929, en 8.°—Se ha utilizado en el presente trabajo, salvo indicación en contrario, la edición *Tutte le opere*, de Fr. Flora y C. Cordié.

[2] FR. GUICCIARDINI, *Storie fiorentine dal 1378 al 1509*, ed. Roberte Palmarocchi, Scrittori d'Italia, Bari, 1931, en 8.°, cap. 9, pág. 80: "Non era spezie di una città libera e di un cittadino privato; ma di uno tiranno e di una città che servissi".

fía del Estado. Una tiranía que evitaba la apariencia de ilegalidad, que afectaba respetar las formas republicanas y la Constitución. Una tiranía que evitaba cuidadosamente el aparato militar: los Médicis sólo se endosarán la armadura después de 1530, cuando, por la gracia de Carlos V, se convierten en duques de Florencia. En Lorenzo como en Cosme, su abuelo, todo el arte de la política se reduce a multiplicar los consejos y magistraturas de hombres allegados a su casa, ligados al porvenir de su casa por todos sus intereses, y a introducir prudentemente en la Constitución, con el asentimiento de los consejos y asambleas, ciertos retoques, pocos, sí, pero esenciales, y que sin alterar el carácter general, por lo menos aparentemente, facilitan los progresos insensibles y decisivos del poder personal. Como las tiranías antiguas o las tiranías italianas después de la Edad Media, el régimen presenta caracteres demagógicos. Contra la rica burguesía que hasta 1434, fecha del triunfal retorno de Cosme, dominaba la política de la ciudad, los Médicis se apoyan en las clases populares procurándose por diversos medios su favor: un sistema de contribuciones leve para los humildes y pesado para la vieja riqueza; una economía que, cuidadosamente dirigida, asegura las subsistencias a bajo precio: la multiplicación de fiestas; el jolgorio de un constante carnaval. Nada, pues, que no se ajuste a las más elementales máximas del despotismo[3].

---

[3] ROMOLO CAGGESE, *Firenze della decadenza di Roma al Risorgimento d'Italia*, Florencia, 1912-1921, 3 vols., en 8.º; II, *Dal priorato di Dante alla caduta della Repubblica* (1913); cap. 4, *Le origini della Signoria*; cap. 5, *La Repubblica medicea*; págs. 289-379, 381-518. V. RICCIIONI, *La costituzione politica di Firenze ai tempi di Lorenzo il Magnifico* (Siena, 1913, en 16.º), cita, a propósito del gobierno de Lorenzo, una relación anónima y contemporánea, extracta de los Archivos de Estado de Florencia (*Mediceo avanti il Principato*, filza, 99, f. 91, 1.º): "La base e fondamento di questo reggimento ha a consistere in tre cose: la prima nelli amici, perchè il comune interesse gli farà volere il medesimo... La seconda nelli artefici, li quali essendo buona parte della città e dandogli la parte delli onori e dell'utile, sa-

Pero estos banqueros florentinos, que conocen el poder de la inteligencia, no dejaron escapar el gobierno. Repúblicas, señoríos y la Santa Sede reconocieron de buena gana en el *humanismo* una fuerza espiritual cuyo apoyo era importante captarse. Los Visconti se habían atraído a Petrarca; los papas se atraerían al despacho de la Curia a eminentes latinistas. La república florentina se enorgullecía de escoger por cancilleres a los maestros del saber antiguo: Coluccio Salutati, Lionardo Bruni. Por cálculo y gusto, Cosme se hizo el protector más liberal e ilustrado del humanismo. Pero deseaba conservar, y lo conservó, el control de las inteligencias. Como su abuelo, Lorenzo maneja a sus súbditos: más altivo, y, sin embargo, más próximo a los escritores y artistas por ser él mismo poeta. Los florentinos podían estar agradecidos al régimen de esta supremacía del arte y el genio que la política de Lorenzo, en su fervor intelectual, aseguraba a su ciudad[4]. El neoplatonismo de Marsilio Ficino reinaba como filosofía oficial, la única que, según el jefe del Estado, podía disciplinar los espíritus y los corazones. En otro tiempo republicano, el humanismo no rehusa ahora servir al poder personal.

---

ranno una buona difesa dello stato, massine essendo accarezzati e stimati... La terza nella plebe, la quale se sarà difesa dalle ingiurie e provvista delle cose necessarie, sempre ce ne varrete a vostro modo, tenendola contenta con qualche liberalità e festeggiamenti pubblici.—Sobre el movimiento político y social que llevó a Florencia desde la república al principado, ANTONIO ANZILOTT, *La crisi costituzionale della Repubblica fiorentina*, Florencia, 1912, en 8.º; *La costituzione interna dello Stato fiorentino sotto il duca Cosimo I de' Medici*, Florencia, 1910, en 16.º; FRANCESCO ERCOLE, *Dal comune al principato*, Florencia, 1929, en 8.º Sobre Maquiavelo espectador e historiador de esta evolución, F. CHABOD, *Del Principe di Niccolò Machiavelli*, citado, pág. 36, n. 1.

[4] FR. GUICCIARDINI, *Storie fiorentine*, cap. 9, pág. 75: "Si ingegnò che a' tempi sua fussino tutte le arti e le virtù più eccellenti in Firenze che in altra città d'Italia". MAQUIAVELO, *Istorie fiorentine*, VIII, 36; II, pág. 432: "Amava meravigliosamente qualunque era in una arte eccellente... Della architettura, della musica e della poesia meravigliosamente si dilettava...".

Bajo la férula de Lorenzo el régimen se endurecía de día en día. Subsistirían, sin embargo, ciertas apariencias cívicas. Lorenzo no tenía corte, con objeto de no enfrentarse con la tradición y vivir, además, a su antojo: fastuoso solamente si recibía a algún extranjero ilustre en su palacio de Vía Larga. Celoso de su autoridad, suspicaz, y, desde la conspiración de los Pazzis, que asesinaron a su hermano en 1434, más dispuesto que nunca a dudar de los hombres, sólo otorgaba su confianza a raros fieles y no permitía que nadie medrara a su alrededor. Las sentencias de muerte o exilio, las confiscaciones, los impuestos arbitrarios, destruyeron o dispersaron la oposición. Vigilaba todos los movimientos de los ciudadanos, incluso los de los adictos al régimen; prohibía los matrimonios entre familias demasiado poderosas y, llegado el caso, dictaba incluso personalmente las sentencias de los tribunales. Sus exigencias se hacían cada vez más imperiosas, sus órdenes más perentorias y su magnificencia gustaba rodearse del misterio.

A partir de ahora nadie intentaba disimular ya el carácter del gobierno. Muchos ciudadanos hablaban con amargura de un régimen que, sobre las ruinas de las libertades públicas, exaltaba a una familia y satisfacía la avidez de una clientela. Algunos recordaban diversas malversaciones cometidas por Lorenzo y sus amigos a expensas de las finanzas públicas. Todos se sentían rodeados por una red de espionaje y delación. Los apologistas de los Médicis no tuvieron más remedio que reconocer que Florencia ya no era una ciudad libre ni Lorenzo un simple ciudadano; pero nunca se había visto tirano mejor ni más amable. Los más hostiles admitían, por lo menos, la superioridad de su genio. Algunas adquisiciones territoriales y el aumento de prestigio de la República, surgido desde que se aplicó a mantener acertadamente un exacto equilibrio de fuerzas entre los Estados de la península, política que le valdrá ser considerado por los extranjeros como el fiel de la balanza italiana, parecieron compensar los inconvenientes de un despotismo contenido en los límites de la oportunidad.

y que, a pesar de algunos actos de represión y venganza, no fue jamás un gobierno de terror[5].

* * *

Bajo Lorenzo, los Machiavelli se habían convertido tácitamente en republicanos. Cuando en 1499 Nicolás entra en la vida política, es ya republicano. Y a pesar de la desesperada paradoja que sostiene en el libro del *Príncipe*, puede decirse que lo será ya hasta el último día.

En principio, republicano de sentimiento. Nicolás Maquiavelo es un auténtico representante de esta democracia florentina que conserva el culto de las libertades públicas, y desconfía de cualquiera que intente tomar aires de dictador. No admite de buen grado un poder personal que no le permita, para hablar como Montesquieu, la ilusión de obedecer y mandar a iguales, de no tener por superiores más que a iguales[6]. Republicano también de doctrina, un republicano que, desde el primer momento, ha tomado la costumbre de fundar la política sobre la meditación de la historia.

Su convicción republicana bebe primero en las fuentes de una tradición comunal y florentina. Maquiavelo permanece ligado a las instituciones, a las leyes, a las asambleas, a las magistraturas de la ciudad; estas instituciones, mediante algunos retoques, le parecen en conjunto suficien-

[5] FR. GUICCIARDINI, *Dialogo e discorsi del Reggimento di Firenze*, ed. Roberto Palmarocchi, Bari, Scrittori d'Italia, 1932, en 8.° lib. II, pág. 95: "Che vituperio era alla patria nostra, che sempre si è chiamata libera..., che si entendessi che era ridotta in arbitrio di uno privato cittadino?". *Storie fiorentine*, 9, pág. 74: "Si può dire che la città non fusi a suo tempo libera, benchè abondantissima di tutte quelle glorie e felicità che possono essere in una città, libera in nome, in fato e in verità tiranneggiata da uno suo cittadino". Pág. 80: "... Ed in somma bisogna conchiudere che sotto lui la città non fussi in libertà, nondimeno che sarebbe stato impossibile avessi avuto un tiranno migliore e più piacevole; dal quale uscirono per inclinazione e bontà naturale infiniti beni, per necessità della tirannide alcuni mali, ma moderati e limitati quando la necessità sforzava".

[6] *Esprit des Lois*, VIII, 3.

tes para asegurar las libertades del ciudadano; es decir, el derecho esencial de no ser regido más que por leyes libremente debatidas ante las asambleas y consejos de los que forma parte o de los que ha elegido libremente los miembros. Tradición cívica que se compagina mal con el despotismo ingenioso y duro de Cosme y Lorenzo.

En apoyo de su convicción, Maquiavelo invoca la tradición consular de Roma: tradición de escuela, llegada a él por los libros y por la escuela. Conoce la historia romana: ha leído a Tito Livio y Polibio, sabe que entre la segunda guerra púnica y el tiempo de los Gracos la república romana realizó la forma ideal de un gobierno capaz de asegurar las libertades de los ciudadanos y desarrollar el vigor de un Estado armado para la conquista[7]. Más tarde Roma no hizo más que declinar, perder las virtudes de donde provenían sus fuerzas vivas y profundas. Maquiavelo detesta el imperio, niega todo respeto al nombre de César, a su obra y a su memoria. Como los humanistas florentinos del siglo XV, se alinea entre los admiradores de Escipión y no se reconciliará nunca con el vencedor de Farsalia[8].

Pero el Imperio romano sobrevive bajo el nombre cristiano de Santo Imperio, y el emperador bárbaro continúa llevando el nombre de César. Los humanistas del Norte, que por encima de la grandeza republicana de Escipión alzan la grandeza imperial de César, coinciden con los gibelinos en respetar, en el mundo moderno, la autoridad del emperador. Los adversarios de César y los que niegan su obra están de acuerdo con los güelfos en rehusar el homenaje a sus modernos herederos. Los florentinos niegan los derechos del Santo Imperio; la comuna republicana,

---

[7] *Dell'arte della guerra*, I; I, pág. 458: "Roma... mentre ch'ella fu bene ordinata (che fu infino a' Gracchi)...". *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, III, 8; I, pág. 361: "... Ne' tempi di Mario di Silla, dove già la materia era corrotta".

[8] *Discorsi...*, I, 10; I, 122-124: "Ne sia alcuno che s'inganni, per la gloria di Cesare... E conoscerà allora quanti obblighi Roma, l'Italia, e il mondo, abbia con Cesare". *Ibid.*, pág. 122: "... vivere... più tosto Scipioni che Cesari".

sostén de las ciudades güelfas, se glorifica de haber rechazado en 1313, después de un largo sitio, a las huestes de Enrique VII. Maquiavelo ha recibido esta tradición antigibelina: desdeña la pobre majestad de Federico III o de Maximiliano*.

* * *

Esta aversión por el gobierno de los Médicis, este sentimiento republicano y esta doctrina republicana, alejaron sin duda a Maquiavelo del humanismo, tal como acababa de desarrollarse alrededor de Lorenzo, y de adherirse a una tiranía que le colmaba de generosos dones. Maquiavelo no tiene nada de común con los hombres que en la época de su adolescencia tomaron la dirección de los espíritus. Poco le importa la conciliación que Marsilio Ficino intenta realizar del neoplatonismo alejandrino y mística cristiana, y su esfuerzo para definir los dogmas simplificados de una religión natural en la que se apaciguará el deseo de todos los hombres de buena voluntad. Poco le importa que Pico de la Mirándola, discípulo de los escolásticos, de los filósofos árabes y de los cabalistas, crea vislumbrar al final de arriesgadas combinaciones la metafísica moderna que latía ya en la angustia de Petrarca. Toda esta especulación le es ajena. Si le gusta filosofar, deducir algunas ideas generales de hechos exactamente conocidos, la disciplina positiva, racional y científica de Aristóteles le vendría mejor que el idealismo platónico. Toda forma religiosa de pensamiento le deja indiferente y le parece casi sospechosa. Nadie menos curioso que él de metafísica o de mística.

Bajo Lorenzo, Maquiavelo vio, sin embargo, el momento de máximo auge de las letras toscanas, rejuvenecidas con el contacto de la antigüedad grecolatina. Luigi Pulci, para alegría de los espíritus familiarizados con la tradición francesa de las canciones de gesta y la epopeya antigua, acababa de narrar en la *Morgante maggiore*, en 1482, las fantásticas aventuras, a veces emocionantes y casi siempre

* V. Rossi, *Il Quattrocento*, págs. 156-157. Véanse págs. 71-72.

bufas, de Rolando y su gigantesco escudero. Maquiavelo pudo encontrar ahí en ocasiones su propia ironía, su irrespetuosidad por las grandezas de la carne, las ilusiones y las creencias bajo las que se cobijan los hombres. Pero mejor que tales *Laudi* piadosos, que tales dramas, para representaciones sagradas, que las páginas de la *Altercazione*, donde, en un estilo más tenso, el señor de Florencia discute con Marsilio del soberano bien y del supremo conocimiento, en la obra de Lorenzo el Magnífico Maquiavelo podía gustar el realismo de ciertas evocaciones campestres, la despreocupación y el descaro de ciertos cantos carnavalescos, una filosofía desilusionada y dispuesta a recibir la alegría sin pensar demasiado en el mañana[30]. Sin embargo, el talento clásico de Angel Poliziano, el helenismo de las obras toscanas donde mejor se expresa su visión de poeta y artista, ofrecieron probablemente pocos alicientes a un hombre que no estaba en el fondo lo bastante interesado por el arte o la poesía como para disfrutar, en las *Stanze per la giostra*, con tantas reminiscencias alejandrinas, virgilianas e incluso dantescas. El toscano que en seguida utilizaría no era una lengua de escuela, sino una lengua hablada, de valor inestimable por su justeza y plenitud. Del latín clásico pudo a veces tomar la forma y el aliento del período; pero esta elocuencia, nacida de la emoción y la seguridad, era la misma que, al margen de toda convención académica, sabían alcanzar los hombres de Estado florentinos, habituados a encontrar casi sin esfuerzo la gravedad romana para defender los intereses de la república.

Maquiavelo no es, pues, discípulo del más reciente humanismo. Ha leído a Tito Livio, los tratados políticos y los discursos de Cicerón, ha leído a Virgilio, porque toda el alma y todas las tradiciones del pasado romano reviven en la *Eneida*. Pero la última escuela florentina conocía el griego, gustaba del arte y la poesía de Grecia; no parece

[30] LORENZO DE MEDICI IL MAGNIFICO, *Opere* a cura di Attilio Simioni, Scrittori d'Italia, Bari, 1913-1914, 2 vols., en 8.°, II, páginas 33-70.

que el renacimiento de los estudios helénicos, tan activo en Florencia en la segunda mitad del siglo XV, haya enriquecido o solamente adornado el espíritu de Maquiavelo. Ha leído, como todo espíritu inclinado a reflexionar sobre el gobierno de los hombres, la *Política*, de Aristóteles; ha leído a Polibio, historiador de Roma, para instruirse sobre Roma y no sobre Grecia; pero nada demuestra que haya leído los textos originales; se conserva obstinadamente romano y no será jamás griego [11]. Humanista por su conocimiento de la antigüedad, por el esfuerzo que despliega para descubrir en una antigüedad inteligentemente comprendida y estudiada, sin perder de vista el mundo moderno, algunos rasgos fundamentales de la sociedad humana, algunas de las leyes esenciales por las que ésta se rige. Pero bajo Lorenzo, su admiración por el pasado consular de Roma, su culto por los recuerdos de la república romana, puede casi parecer fuera de lugar. Desde esta perspectiva, Maquiavelo no es un hombre de ese tiempo en que él ha recibido su primera formación. Su humanismo no es el erudito y sutil de Marsilio Ficino, de Pico de la Mirándola o de Angel Poliziano, hombres que piden al esplendor del genio antiguo una nueva corona para la magnificencia principesca de Lorenzo. Su espíritu se acomoda mejor al viejo humanismo republicano de Coluccio Salutati, de Leonardo Bruni, de Poggio Bracciolini; al humanismo revolucionario y antipapal cuya tradición se transmite en Roma de Cola di Rienzo a Stefano Porcari y Pomponio Leto.

En realidad, la educación de su genio no debe nada a ninguna escuela. Se distinguen, sí, en él algunos rasgos comunes con dos grandes espíritus, muy superiores a los platónicos de Florencia, uno de los cuales fue anterior a él y el otro contemporáneo: Lorenzo Valla y Leonardo de Vinci; el primero, cuyas obras probablemente no leyó, obras dirigidas a los filósofos, a los lingüistas, a los dialécticos, a los teóricos del derecho eclesiástico; el segundo, cuyas notas manuscritas sobre las ciencias de la naturaleza ig-

[11] Véanse págs. 140-143.

noró con toda seguridad. Voluntariamente limitada al orden de los hechos políticos, la obra de Maquiavelo responde a esas nuevas necesidades, racionalistas y positivas, de la inteligencia italiana, que se habían expresado en las discusiones críticas, en la exégesis filosófica y religiosa de Lorenzo Valla, que se expresaban entonces en la inmensa investigación científica de Leonardo. La misma desconfianza que en Valla, la misma ironía respecto a las doctrinas y sistemas que infunden un respeto tradicional; idéntica voluntad de no fundar ninguna afirmación, ninguna teoría, más que en la experiencia; igual deseo que en Leonardo de explorar el mundo real, de comprenderlo, de medir el poder del espíritu y ordenar en un sistema racional y positivo las reglas de la acción humana [12].

* * *

Como todos sus contemporáneos, Maquiavelo conocía *La Divina Comedia* y la citaba. Mas para los florentinos de fin del siglo XIV Dante era un hombre de otra edad, y el culto que rendían a su memoria no testimoniaba una comprensión exacta de su obra. Nada es, en realidad, más extraño a la generación de Poliziano y Lorenzo que una ortodoxia dogmática fundada sobre la doble base del racionalismo tomista y de la mística franciscana. Nada es más extraño que una doctrina política fundada sobre la restauración del imperio y la reforma de la Santa Sede. Florencia, ciudad güelfa, no admitió jamás el pensamiento gibelino del poeta exiliado. A fines del siglo XIV sus hombres de Estado despreciaban a un emperador que era incapaz de imponer su autoridad a las ciudades y Estados alemanes. Sus banqueros sabían que Federico o Maximiliano tenían la bolsa vacía, pero Florencia, aunque ciudad

[12] *Peuples et civilisations*, Historia general publicada bajo la dirección de LOUIS HALPHEN y PHILIPPE SAGNAC: VIII, *La fin du moyen âge*, por H. PIRENNE, A. RENAUDET, E. PERROY, M. HANDELSMAN, L. HALPHEN, *París*, 1931; I, págs. 517-522; II, pág. 160; IX, *Les débuts de l'âge moderne, La Renaissance et la Réforme*, por H. HAUSER y A. RENAUDET, 2.ª ed., París, 1938, págs. 101-104.

güelfa, concedía poco respeto al Papa. Sus banqueros conocían demasiado bien el secreto de las finanzas pontificales. Sus embajadores en la corte de Roma siguieron desde demasiado cerca la evolución que transforma a los papas en príncipes italianos, más deseosos de sostener los intereses temporales de sus Estados que de guiar a los cristianos por la vías del espíritu, como hubiera querido Dante. La república florentina vio demasiado a menudo entrar a los papas en Ligas políticas; y para cuestiones relativas a intereses personales se encuentra en guerra con ellos. Lorenzo el Magnífico acabó por dirigir casi completamente la política de Inocencio VIII. Pero no pensaba nada bien del Papa, ni de su séquito, ni de esta corte de Roma invadida por el espíritu mundano, ajena a la preocupación de practicar la ley del Evangelio o de acelerar la venida del reino de Dios. Por la grandeza de su familia sacaba partido de los abusos romanos. Su hijo Juan, el futuro León X, hecho cardenal a los trece años, fue enviado a la Universidad de Pisa a que aprendiera urgentemente lo que necesitaba saber de teología y derecho canónico; y, cuando después partió para Roma, Lorenzo se encargó de recordarle cuidadosamente que iba a entrar ahora en la sentina de todos los vicios[13]. En Florencia, donde hasta tal punto se había olvidado la escolástica dantesca que la academia platónica intentaba reconstruir la teología sobre nuevas bases, donde sólo se hablaba del emperador para reir y del Papa para vituperar su gobierno de la Iglesia, el sistema de ideas que sostiene *La Divina Comedia* se había hecho, pues, ininteligible[14]. Cristóforo Landino, al que le gustaba, sin embargo, el poema sagrado, sólo era capaz de ver en él las frías alegorías de un espiritualismo ciceroniano; Pico de la Mirándola prefería los versos de Lorenzo. Maquiavelo, como su generación, ape-

[13] A. RENAUDET, *Laurent le Magnifique*, Hombres de Estado, París, 1937, 3 vols., en 8.º, págs. 403-507 y 473-476. P. VILLARI, *Machiavelli e i suoi tempi*, I, pág. 197.

[14] FRANCESCO DE SANCTIS, *Storia della Letteratura italiana*, nuova edizione, a cura di Benedetto Croce, Scrittori d'Italia, Bari, 1912, 2 vols., en 8.º; II, págs. 65-68.

nas comprendió a Dante y no compartió en absoluto su fe. De acuerdo con él en exaltar la grandeza espiritual de Italia y deplorar su esclavitud, censuró, sin embargo, severamente las duras invectivas del gibelino contra Florencia [18]. Condenó la política de Dante; no aceptó ese orden cristiano del mundo, tal como se idealiza en la *Monarquía*, el *Purgatorio* y el *Paraíso*. Entre los hombres de esa generación, uno sólo, tan grande como Dante, comprendió su obra: Miguel Angel.

Maquiavelo conocía probablemente bastante poco las obras latinas de Petrarca; apenas se leían ya, aunque hayan tenido una importancia capital en la historia del espíritu, orientando por dos siglos el humanismo, con sus ambiciones e incertidumbres. A menudo cínico, no parecía haber sacado ninguna enseñanza espiritual del *Canzoniere*, cuyos temas repite y amplifica con una habilidad refinada y monótona el Renacimiento italiano. Sabía, como sus contemporáneos, rimar sonetos a la manera de Petrarca; pero fuera de esta pasión nacional, hecha de orgullo y dolor, que en algunas *canzoni* había encontrado ciertas expresiones de una emocionante retórica, no recogió nada de él; la esencia misma de la poesía de Petrarca se le escapaba *.

Está más próximo de Boccaccio y de la escuela de los narradores florentinos, a quienes el *Decamerón* ofrecía un modelo inigualable. En toda una parte de sus obras Maquiavelo aparece como su discípulo. Tal cuento, tal relato de sus cartas familiares, tal escena de la *Cliza* o *La Mandrágola*, recuerdan, evidentemente, a Boccaccio o a los narradores florentinos, con la originalidad de una observación más despiadada, de una expresión más dura y a ve-

[18] *Discorso o dialogo intorno alla nostra lingua*, págs. 772-773: "Il quale in ogni parte mostrò d'essere, per ingegno, per dottrina e per giudizio, uomo eccelente, ecceto che dove egli ebbe a ragionare della patria sua; la quale fuori d'ogni umanità e filosofico istituto perseguitò con ogni specie d'ingiuria".

* Sobre el poco éxito que obtenían ya entonces las obras latinas de Petrarca, cf. el testimonio de ERASMO, *Ciceronianus* (Opera Omnia, Leyde 1703-1706, 10 vols. en f.°, I, col. 1008 C).

ces cruel. Lector de los poetas toscanos, Maquiavelo maneja con soltura el terceto y la octava, conoce las reglas de la *canzone*, practica las formas más solemnes o más familiares de la poesía. Pero no recibió dotes de poeta, y su grandeza sólo aparecerá en sus obras en prosa; en esta prosa que es, sin ningún género de dudas, la más ágil, vigorosa y expresiva que se haya escrito en Toscana, y que no debe su perfección a ninguna enseñanza de escuela.

* * *

Lorenzo el Magnífico muere en la noche del 8 al 9 de abril de 1492. Dos años más tarde Carlos VIII desciende a Italia, conquista sin obstáculo ni resistencia el reino de Nápoles y lo pierde en seguida con idéntica facilidad. El nuevo señor de Florencia, Pedro de Médicis, incapaz de dominar las dificultades interiores, incapaz de maniobrar hábil y honrosamente entre los peligros de la invasión francesa, huye, el 8 de noviembre de 1494, ante el pueblo sublevado. Se verifica así la predicción de Cosme el Antiguo: "Conozco los humores de este lugar: no transcurrirán cincuenta años sin que no seamos expulsados". Rápida y entusiásticamente se restaura la república. Pero la joven república se abandona en seguida al gobierno del dominicano Jerónimo Savonarola: heredero de la tradición de reforma ascética y monacal que desde la Edad Media venía protestando contra la decadencia del espíritu cristiano en la Iglesia y en la sociedad, contra la invasión de la ambición temporal en la Iglesia, la búsqueda de la riqueza y el poder; heredero de este espíritu de apocalipsis que, desde el siglo XIII, con la predicación de Joaquín de Floro y la difusión del Evangelio eterno, profetizaba la renovación del mundo, la venganza y la justicia divinas, la victoria final de los santos. Durante cuatro años Savonarola gobierna Florencia e intenta fundar en la ciudad una república cristiana y puritana, la misma empresa que medio siglo más tarde conseguiría Calvino realizar en Ginebra. Choca contra la indiferencia escéptica de la burguesía, contra el odio de los partidarios que los Médicis

conservaban, contra la fuerza siempre temible del Papa y de la Santa Sede, que no volvió a verse debilitada por ningún nuevo cisma y que impuso sus directrices a Florencia, ciudad güelfa. Después de un proceso trágico e irrisorio, el 23 de mayo de 1498 Savonarola es ahorcado y quemado ante el palacio de la Señoría.

La fundación de una democracia puritana guiada por un monje planteó al espíritu de Maquiavelo un inesperado problema: el del papel que en la vida política de los pueblos pueden jugar los inspirados, los videntes, los profetas, los místicos, los hombres que no son realistas; que no fundan su acción sobre el estudio y el cálculo exacto de las fuerzas sociales y políticas; que sin tener en cuenta los datos de los hechos y de la historia fuerzan su evolución en un sentido inesperado y, sin ajustarse a la costumbre, a las tradiciones y a los legados del espíritu, intentan reconstruir la sociedad humana según algunas visiones del espíritu. Maquiavelo es menos realista que lo que generalmente se ha dicho. Bajo esa máscara de helado calculador con la que una tradición falsamente histórica continúa cubriendo sus rasgos, el florentino aparece a ratos como Dante, Petrarca o Miguel Angel, un entusiasta y un visionario: las últimas páginas del *Príncipe* pueden testimoniarlo. No rechaza en absoluto el papel histórico de los que él llama los profetas; hombres superiores que súbitamente modifican el curso de la historia e imponen a los pueblos un orden nuevo. "Yo no soy —escribirá Montesquieu— lector atento de Maquiavelo, de los que miran la república de Platón como una cosa ideal y puramente imaginaria, y cuya ejecución sería imposible. Porque la ejecución de la república de Licurgo es para mí tan difícil como la de Platón, y, sin embargo, ha sido tan bien realizada que ha durado tanto como ninguna otra república que se conozca, en plena fuerza y esplendor" [16]. Análogamente, Maquiavelo admite sin dudar la intervención de un legislador de genio: Numa o Moisés. Sin embargo, sola-

[16] MONTESQUIEU, *Cahiers* (1716-1755): textos recogidos y presentados por Bernard Grasset, París, 1941, en 8.º, pág. 114.

mente los profetas armados han vencido; los profetas sin armas han perecido. Ningún reformador de Estado puede vencer con la sola fuerza de la palabra, de la persuasión, del espíritu. Necesita, además, la fuerza material. Savonarola no quiso, o no pudo, o no supo, servirse de ella. Y pereció como los profetas judíos en lucha con los reyes de Judá "[11].

Tan capaz como los más grandes florentinos de entusiasmo y pasión, Maquiavelo es, al mismo tiempo, uno de los espíritus más críticos, más propicios a la ironía y la duda, que haya producido un pueblo inclinado a reírse de los otros y de sí mismo. Y, naturalmente, ante un profeta comenzó por dudar. Sí, frente a Savonarola ha dudado. Ha sospechado el artificio y la impostura: "El monje —dice en una carta de 8 de marzo de 1497— observa las circunstancias para mejor colorear sus mentiras" [12]. Artificio y hasta impostura, los habría aceptado si el reformador hubiera sabido llevar su juego hábilmente. Maquiavelo autoriza sin vacilar al hombre de genio que engañe a los pueblos para su bien; pero debe engañar con arte, y la obra debe justificar los medios. Savonarola sostuvo, por una débil mentira, una obra de débil virtud.

A Maquiavelo no le gustan las gentes de la Iglesia. Desprecia a los monjes, les considera trapaceros, hipócritas y simuladores: así imaginó en su comedia *La Mandrágola* el personaje de fray Timoteo. Esta desconfianza, este desprecio y esta befa, que están en la línea de una vieja tradición jocosa no especialmente florentina o italiana, no añaden nada de original o de imprevisto a lo que Maquiavelo haya podido leer en Boccaccio o en la obra de los cuentistas. Lo importante es su juicio, tantas veces mantenido, sobre el catolicismo. Cuestión capital, porque la reforma de la Iglesia, en su cabeza y sus miembros, fue

[11] *Il Principe*, 6, pág. 19: "Tutti e' profeti disarmati vinsonno, e il disarmati ruinorono".

[12] *Lettere familiari (Tutte le opere storiche e letterarie di Niccolò Machiavelli*, ed. Guido Mazzoni y Mario Casella, Florencia, 1929, en 8.º), I, pág. 877: "E così, secondo el mio iudizio, viene secondando e' tempi, e le sua bugie colorendo".

ya reclamada por Dante; porque desde el fin del cisma de Occidente, desde los concilios de Constanza y de Bale, permanece al orden del día; porque en Florencia, Marsilio Ficino y Pico de la Mirándola, miembros de la academia platónica, son reformadores que, para devolver al dogma su influencia sobre los espíritus, intentan rejuvenecerle y conciliarle con la más alta sabiduría de los paganos y del Oriente; porque Savonarola es un reformador que funda su obra sobre la doble tradición de la escolástica tomista y de la apocalipsis mística, y porque, en fin, veinte años más tarde aparecerá Lutero. Para comprender lo que Maquiavelo piensa del catolicismo será preciso que llegue el día en que dé su opinión sobre la Reforma[18]. Pero aparecerá entonces claramente que el catolicismo, la vida católica, el ideal católico, nunca le han emocionado ni atraído. Y no únicamente porque ame la vida fácil, la diversión y el placer. Pese a toda su sensualidad, Maquiavelo no era incapaz de ascetismo. Pero la idea por la que se hubiera sacrificado no se situaba más allá del horizonte humano. Construir, mantener, desarrollar la ciudad: pero ninguna renuncia a la gloria humana, a la afirmación del poderío del genio humano. Ninguna preocupación por la ciudad celeste. Maquiavelo, hombre de Estado, acusará a la moral cristiana de haber debilitado entre los modernos las virtudes del ciudadano[19].

De ahí el nulo interés que le inspiran el esfuerzo de los místicos o de los ascetas que, a fines del *Quattrocento*, se proponen restaurar la vida cristiana en la Iglesia y en el siglo. El ascetismo monacal sólo será siempre para él la interpretación perezosa y falsa de una religión que no debe jamás contrariar o retardar la acción del ciudadano. Savonarola, sin duda, no deseaba conducir a todos los florentinos hacia el claustro reformador de San Marcos; había intentado realizar en él mismo la unión del ciudadano y del asceta. Para Maquiavelo tal unión es contradic-

[18] Véanse pág. 186 y nota 14.

[19] *Discorsi*, II, 2; I, págs. 237-238: véanse págs. 98-101. Igualmente, I. Introd., I, pág. 90: "La debolezza nella quale la presente religione ha condotto el mondo...".

toria e imposible. Y rechaza, condenándole en bloque, todo el ascetismo cristiano. No se trata solamente de que una Florencia devota y penitente donde se quemaran los libros y las obras de arte no tuviera para él ningún atractivo. En su rechazo de la ascesis cristiana hay otras razones: tanta devoción, tanta penitencia, no aumentarían en absoluto la energía de la ciudad, sino que, por el contrario, podrían debilitarla. De hecho, Florencia, devota y penitente, no supo o no se atrevió a defender a Savonarola contra los agentes enmascarados de una restauración de los Médicis, aliados con la corte de Roma y Alejandro VI.

Maquiavelo negó, pues, su asenso a la reforma cívica y puritana que intentaba el gran dominicano. Cuando aquél es elegido secretario de la segunda cancillería y entra en la vida política, en junio de 1498, un mes después de la pira, Florencia se encontraba en plena y violenta reacción contra la obra de Savonarola. El simple hecho de que la Señoría, que había permitido el horrible sacrificio de Savonarola, llamara a Maquiavelo para funciones de confianza y responsabilidad cuando aún no había desaparecido la emoción por esta muerte trágica, demuestra sin lugar a dudas que no se sentía ninguna simpatía por la obra ni ninguna añoranza por el hombre.

II

Dos cancillerías se repartían la correspondencia de la república florentina. La primera aseguraba las relaciones con los países extranjeros. Su jefe era el canciller o secretario de la república. Algunos hombres de alto valor e importancia en la historia política e intelectual de la ciudad, Coluccio, Salutati, Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini, Carlo Marsupini, Benedetto Accolto, Bartolommeo Scala y Cristóforo Landino habían ocupado este puesto, que en principio nunca se pensó confiar a Maquiavelo. La segunda cancillería aseguraba las relaciones administrativas con los oficiales y magistrados establecidos en las ciudades súbditas. Desde el 14 de julio de 1498 Maquiavelo, sin

abandonar la segunda cancillería, fue puesto a disposición como secretario de los Diez de la Libertad y de la Paz, llamados corrientemente los Diez de la Autoridad Suprema, "Dieci di balìa". Estos magistrados, renovados por elección cada seis meses, dirigían la administración interior del territorio, organizaban la defensa militar y, bajo el control de la Señoría y del canciller, mantenían una correspondencia diaria con los embajadores y oradores enviados al extranjero. Maquiavelo seguiría de secretario de la segunda cancillería y de los Diez hasta la caída de la república y la vuelta de los Médicis en septiembre de 1512. No recibió nunca ni muy altos cargos, ni grandes honores, y se vio siempre relegado a un segundo plano detrás de hombres que valían menos que él. No fue jamás embajador titular y no desempeñó más que legaciones: subordinado al canciller de la república, Marcello Virgilio Adriani, buen humanista, alumno de Poliziano y de Landino, pero cuyo nombre no ha pasado a la historia [21]. Estos años de actividad política, diplomática y militar, de estudios y viajes, acabaron de formarle.

* * *

Florencia estaba en guerra contra Pisa, ciudad súbdita, que se había aprovechado de la campaña de Carlos VIII para recobrar su libertad. Las operaciones, mal conducidas, debían prolongarse, con poco honor para la república, hasta 1509. Pero esta pequeña guerra ante Pisa no era más que un mediocre episodio de la historia política y militar de este tiempo. Continuaban las guerras de Italia, comenzadas en 1494 con la irrupción de Carlos VIII; durarían todavía más de medio siglo, hasta el tratado de Cateau-Cambrésis en 1559. A las acciones militares se mezclaban constantemente los juegos de una política de fuerza y de emboscada, y de una diplomacia que era ya muy

[21] P. VILLARI, *Niccolò Machiavelli*, I, págs. 312-315. Sobre las funciones ejercidas por Maquiavelo, D. MARZI, *La Cancelleria della Repubblica fiorentina*, Rocca San Casciano, 1910, págs. 286-307.

experta en el arte de disimular. En un año Carlos VIII había conquistado todo y lo había perdido todo. Luis XII había reivindicado después Nápoles, pretendiendo nuevos derechos sobre Milán. En dos campañas, de agosto de 1499 a la primavera de 1500, había ocupado el Milanesado; el duque usurpador Ludovico el Moro, traicionado por sus mercenarios suizos, estaba ahora prisionero en Turena, en el castillo de Loches. En noviembre de 1500, para el ataque de Nápoles, Luis XII se había aliado a Fernando, rey de Aragón; traicionado también por sus mercenarios aragoneses, Federico, el último rey de Nápoles, fue enviado prisionero al ducado de Maine. Los dos vencedores se repartirán el reino. Pero su entendimiento no duraría mucho tiempo. Desde 1502 se disputaron su conquista, por la diplomacia y por las armas; finalmente, en 1504 quedaría en manos de Fernando. Nápoles fue española; Milán, francés; en 1507 a Génova le correspondió la misma suerte.

Desde 1504 Julio II gobernaba la Iglesia católica y el Estado romano; con más celo y cuidados el Estado que la Iglesia, por ser, ante todo, guerrero y político. Los Borgias no habían hecho más que pasar. Alejandro VI acababa de morir, y su hijo César, después de haber conseguido casi crear en Romania, con el apoyo de la realeza francesa, una monarquía vigorosa, veía cómo de la noche a la mañana se le escapaba la fortuna y perdía en algunas semanas todos sus Estados. El nuevo Papa, alma trágica y violenta, capaz de inspirar a Miguel Angel y de comprenderle, no tenía más que dos deseos: reconstituir y consolidar el poder temporal de los papas de Italia; expulsar de Italia a los extranjeros que habían establecido ahí dominios bárbaros. En Umbría y Romania la reconquista de los territorios perdidos por la Santa Sede se realizó en medio de pequeñas guerras. Se vio entrar al Papa en la Mirándola e imitar en Bolonia los triunfos paganos de César. Contra Venecia, usurpadora de tierras pontificias detestada en Italia por su riqueza y espíritu de conquistas, Julio II supo procurarse la alianza de uno de esos invasores cuya ruina deseaba. El 14 de mayo de 1509, cerca de Agnadel, el ejército de Luis XII dispersó a los mer-

cenarios venecianos. Inmediatamente el Papa supo obtener contra Luis XII la alianza de España y de los cantones suizos. A partir de este momento se puso de manifiesto la esencial debilidad, denunciada por Guicciardini, de esta tumultuosa política de liberación Para expulsar al extranjero de Italia Julio II, incapaz de apoyarse sobre fuerzas italianas, tenía que contar con el extranjero. Pero el sistema que consistía en hacer expulsar un bárbaro por otro y al segundo por un tercero no tenía salida [22]. Fatalmente, el último bárbaro victorioso, el más fuerte, el más tenaz, el más hábil, el más astuto, el más afortunado, el más favorecido por el destino, permanecería. Los españoles quedaron, y por dos siglos, en Nápoles y en Milán. En una Liga que se declaró santa Julio II se unió a Fernando, a Venecia reconciliada, a los suizos y hasta a Inglaterra. Torpemente, Luis XII recurrió a las armas espirituales; para juzgar y deponer a un Papa que provocaba la guerra entre los pueblos cristianos, de acuerdo con el emperador Maximiliano, convocó primeramente en Pisa, y más tarde en Milán, un concilio universal que se vio poco frecuentado. En principio tuvo más éxito con las armas temporales. Gaston de Foix, un joven general de veintidós años que se había revelado durante una breve campaña,

---

[22] FR. GUICCIARDINI, *Storia d'Italia*, ed. Costantino Panigada, Scrittori d'Italia, Bari, 1929, 5 vols., en 8.º; lib. X, cap. 6; III, págs. 129-130: "Altri, considerando forse più intrinsecamente la sostanza delle cose, nè si lasciando abbagliare gli occhi dallo splendore del nome, temevano che le guerre che si cominciavano con intenzione di liberare Italia da' barbari nocerebbono molto più agli spiriti vitali di questo corpo che non aveano nociuto le cominciate con manifesta professione e certissima intenzione di soggiogarla; ed essere cosa più temeraria che prudente lo sperare che le armi italiane, prive di virtù, di riputazione, di capitani, di autorità, nè conformi de volmontà de' principi suoi, fussino sufficienti a cacciare di Italia il vincitore, al quale, quando mancassino tutti gl'altri modi, non mancherebbe mai la facultà di riunirsi con i vinti, a rovina comune di tutti gl'Italiani; ed essere molto più da temere che questi nuovi movimenti dessero occasione di depredare Italia a nuove nazioni, che da sperare che, per l'unione del pontefice e de' Viniziani, s'avessino a domare i Franzesi e gli Spagnuoli".

expulsó a los suizos del Milanesado, liberó a Bolonia, tomó Brescia y el día de Resurrección de 1512, cerca de Ravena, desafió a los españoles. Pero encontró la muerte en su victoria; y el ejército francés, mal mandado, perdió en seguida Milán. Nada subsistía ya de las conquistas de Carlos VIII y Luis XI.

* * *

En medio de estos trágicos acontecimientos Florencia había intentado vivir y defenderse. Se encontraba fatalmente mezclada a ellos por una larga tradición de alianza con Francia. Pero, incapaz incluso de reconquistar Pisa, ponía de manifiesto su evidente debilidad. Unicamente Roma y Venecia podían representar algo frente a las monarquías modernas que se disputaban Italia. Para reafirmar la dirección de su política, en 1502 realizó una reforma en su Constitución que resultó inútil. Se creyó que la debilidad florentina provenía de los demasiado breves poderes confiados al jefe responsable del gobierno, ese *gonfalonier* de justicia cuyo mandato sólo duraba dos meses. Se detestaba a Venecia, pero se envidiaba la estabilidad de sus instituciones, a la vez republicanas y autoritarias. El dux de Venecia se elegía a perpetuidad: el *gonfalonier* de Florencia, a partir de ahora elegido también a perpetuidad, pudo hacerse la ilusión de tener un mayor poder sobre magistrados y consejos frecuentemente renovados. El 22 de septiembre de 1502 se designó a Piero Soderini, que había desempeñado altos cargos y representado a Florencia como embajador en Venecia: sin grandes talentos, honesto y liberal, incapaz de suscitar demasiados odios o demasiadas admiraciones, Soderini aceptaría por lo menos el consejo de Maquiavelo, que no tardaría mucho en convertirse en guía e inspirador de la política florentina [23]. Esta política estaba condenada a la humillación y a la derrota. Florencia, que en 1500 no pudo tomar Pisa, debió pagar caro el inútil envío de auxilios franceses. Cuan-

[23] P. Villari, *Machiavelli*, I, págs. 383-384.

do en 1503 César se hizo temible, amenazando en varias ocasiones traspasar el Apenino romagnol, le protegía la amistad francesa, siempre pagada a un alto precio; pero sólo pudo respirar a la muerte de Alejandro VI. Cuando en 1504 Luis XII abandonó el reino de Nápoles a Fernando, pareciendo renunciar a toda idea de revancha, pudo tener algunos años de respiro.

El 6 de diciembre de 1506 aparecía una ordenanza que creaba los Nueve de la Milicia, nombrándose secretario a Maquiavelo. Este intentó entonces organizar, tomando como modelo los cantones suizos, esas tropas ciudadanas auxiliares a las que consagraría tanto trabajo y pasión. Florencia, después de haber comprado la buena voluntad de Francia y España, obtiene finalmente, en 1509, la capitulación de Pisa. Pisa no deseaba más que observar la neutralidad en los conflictos italianos. Se mantuvo al margen de las empresas de Julio II contra la república veneciana. Pero cuando éste forma contra Luis XII, su aliado de la víspera, una nueva Liga, el rey obliga a los florentinos a tomar partido. Y fue en sus dominios, en Pisa, nuevamente reducida, donde, a pesar de la opinión de Maquiavelo, se abrió, en noviembre de 1511, el concilio encaminado a juzgar y deponer al Papa. Bajo el interdicto de Julio II, gravemente amenazada en sus relaciones financieras y comerciales con los Estados pontificios, Florencia sufrió graves pérdidas[24]. Mercaderes y banqueros deseaban el retorno de los Médicis. Una vez evacuado el Milanesado por las armas francesas, las fuerzas de la coalición papal dispersaron fácilmente a las milicias de Maquiavelo y, el 29 de agosto de 1512, entraron a saco en Prato. Los partidarios de los Médicis pudieron entonces obligar a Soderini al exilio, negociar con el enemigo e imponer la vuelta de la familia.

A partir de este momento la carrera de Maquiavelo ha concluido. El 7 de noviembre se le priva de todos sus

[24] A. RENAUDET, *Le concile gallican de Pise-Milan*, documentos florentinos (1510-1512), Biblioteca del Instituto francés de Florencia (Universidad de Grenoble), 1.ª serie, t. VII, 1922, en 8.º, págs. 187-659.

empleos; algunos días más tarde se le expulsa de Florencia asignándole por residencia el pequeño burgo de San Casciano, en el camino de Siena, con la prohibición de alejarse.

III

Tales fueron los acontecimientos en los que Maquiavelo tomó parte durante los catorce años de su vida activa. Pudo así, como escribirá más tarde en el prefacio del *Príncipe*, añadir a una lectura ininterrumpida de las cosas antiguas, una larga experiencia de las cosas modernas[28]. Y en esta doble escuela, la de la experiencia y la de la lectura, pudo comprender, definir, analizar los elementos de que se componía, durante esos catorce años, el drama de la historia italiana.

* * *

El éxito de la invasión extranjera, demasiado fácilmente triunfante, trastornaba y a veces abrumaba los espíritus. Planteaba la cuestión de la debilidad política y militar de los Estados italianos. Las reflexiones que este hecho inspiró a Maquiavelo se encontrarían, metódicamente reducidas, en ese capítulo XXIV del *Príncipe*, en el que expone por qué los príncipes de Italia perdieron sus dominios. Debilidad política; insuficiencia del organismo constitucional, que no resultó bastante vigoroso para sostener al Estado en peligro y para asegurar su defensa; impopularidad de los gobiernos detestados del pueblo que, para desembarazarse de ellos, aceptaba gustosamente la dominación extranjera; o, por el contrario, cuando se apoyaban en él, deserción, en los momentos de peligro, de los poseedores de las tierras o los detentadores del capital. Y, en fin, debilidad militar de esos Estados, que jamás supieron organizar ningún ejército verdaderamente salido del país y al servicio del país, y confiaban su defensa a mercenarios[29].

Instruido por la historia de los dos últimos siglos y por

[28] Véase pág. 30, n. 20.

[29] *Il Principe*, 24; Cur Italiae principes regnum amiserunt; I, págs. 77-78.

los acontecimientos contemporáneos Maquiavelo declara que no se puede contar ni con estas tropas ni con sus jefes, siempre dispuestos a venderse, o a preparar, por la fuerza, la caída del Estado y la fundación del despotismo. Maquiavelo, organizador apasionado de las milicias ciudadanas, odia y desprecia a los soldados de oficio; sin ningún deseo de imparcialidad o justicia les niega desde un principio toda virtud militar y toda lealtad. Frente a Pisa ha creído constantemente comprobar la mala voluntad de los oficiales; cada día ha presentido una traición. Los suizos en Milán y los aragoneses en Núpoles habían traicionado a Ludovico el Moro y a Federico. En Agnadel los mercenarios que servían a la república veneciana se inclinaron ante el enemigo. Poco a poco, en la mente de Maquiavelo va dibujándose el capítulo XII del *Príncipe*. Las armas mercenarias no habían sabido contener la invasión: "Cuando vino el enemigo mostraron lo que valían. Gracias a ellos Carlos VII, rey de Francia, pudo ocupar toda Italia sin otro trabajo que marcar los alojamientos con tiza... Y todo el talento de los jefes mercenarios tuvo por efecto que Italia fuera atravesada por Carlos, saqueada por Luis e injuriada por las violencias de Fernando y los insultos de los suizos. Ellos condujeron a Italia a la esclavitud y a la vergüenza" [27].

Esta debilidad militar había sido querida, mantenida por los príncipes: "Los que dicen que nuestros pecados son la causa de estos males dicen verdad Pero no se trata de los pecados que ellos pensaban: era i los pecados de los príncipes" [28]. En la Edad Media la libre comuna había re-

[27] *Il Principe*, 12: Quot sunt genera militiae et de mercenariis militibus; I, págs. 38-42. Pág. 39: "Ma come venne el forestiero, le mostrorono quello che erano; onde che a Carlo re di Francia fu dicto pigliare la Italia col gesso". Pág. 42: "E il fine della loro virtù è stato, che Italia è stata corsa da Carlo, predata da Luigi, sforzato da Ferrando e vituperata da' Svizzeri... Tanto che gli hanno condotta Italia stiava e vituperata".

[28] *Ibid.*, pág. 39: "E chi diceva come e' n'erano cagioni e'peccati nostri, diceva il vero; ma non erano già quelli che credeva, ma questi che io ho narrati: e perchè elli erano peccati de' principi, ne hanno patito la pena ancora loro".

sistido valerosamente a los emperadores y hecho retroceder a Federico Barbarroja. En 1313 Enrique IV, llamado por los gibelinos y Dante, tuvo que levantar el sitio de Florencia. La comuna había sido fuerte porque era libre y porque, para defender su independencia y sus leyes, armaba a ciudadanos libres. Pero en toda Italia la primera preocupación de los tiranos había sido desarmar a los pueblos. Así actuaron en Milán los Visconti y Sforza; así también, en Florencia, los Médicis. Sobre este punto Maquiavelo se muestra de acuerdo con Savonarola y Guicciardini. Savonarola fue el primero que comprendió en Florencia la necesidad de enrolar a los ciudadanos para la defensa de sus libertades. Entre 1524 y 1528, después de haber escrito Maquiavelo *El Príncipe*, el *Arte de la guerra* y la mayor parte del *Discurso sobre la primera década*, Guicciardini escribía ese *Dialogo del Reggimento di Firenze*, en donde expone, con la claridad y vigor de un Montesquieu, la filosofía de la usurpación mediciana: acusa a los Médicis de haber hecho caer deliberadamente las armas de las manos de los ciudadanos[28]. En el capítulo XII del *Príncipe* Maquiavelo afirma que una república provista de armas de su propiedad defiende más fácilmente que cualquier otra su independencia contra el extranjero, su libertad interior contra toda tentativa de golpe de Estado. Cita el ejemplo de Roma y Esparta en la antigüedad, de los cantones suizos en el mundo moderno. Roma y Esparta quedaron, durante largos siglos, libres y armadas: por el contrario, Cartago fue traicionada por sus mercenarios. Análogamente, en el mundo moderno, afirma que los mercenarios han traicionado a todos los Estados italianos[29].

---

[28] *Del Reggimento di Firenze*, lib. I, pág. 35: "... Cavare le armi di mano a' cittadini, e spegnere tutta la virilità che aveano".

[29] *Il Principe*, 12, I, pág. 40: "E con più difficultà viene alla obedienza di uno suo cittadino una republica armata di armi proprie, che una armata di armi esterne. Stettono Roma e Sparta molti secoli armate e libere. E' Svizzeri sono armatissimi e liberissimi. Delle armi mercenarie antiche in exemplis sono e' Cartaginesi...".

El estudio del problema militar le llevaba de nuevo al problema fundamental: el problema político. Los príncipes italianos se mostraron incapaces de ofrecer resistencia armada, porque sus Estados participaban de la debilidad común a todas las tiranías. Tales gobiernos no se atreven a armar a los pueblos; el despotismo ha producido la debilidad militar de los Estados italianos. Por el contrario, una ciudad libre donde todos llevan armas se convierte necesariamente en una potencia militar; potencia tanto más temible cuanto más ligados estén los ciudadanos a sus leyes y a sus libertades. Puede ocurrir, sin embargo, que una república deje corromperse en ella el espíritu republicano, y olvide asegurar, por sus propias fuerzas, la defensa del territorio. Este fue, en la antigüedad, el caso de Cartago; éste es el caso de Venecia, cuyas instituciones políticas son buenas hasta el punto que Florencia ha tomado de ella el gonfalonierado a perpetuidad; pero donde los ciudadanos, ocupados únicamente en intereses mercantiles, han descuidado el arte militar y el deber militar; como Cartago después de Zama, Venecia ha pagado su error después de Agnadel [31]. Ese fue también el caso de Florencia, durante el tiempo en que los Médicis se ocuparon en corromper las instituciones de la república y el espíritu de sus leyes. Hasta agosto de 1512 Maquiavelo pudo creer que había restaurado el antiguo vigor de las milicias ciudadanas. Pero Nápoles y Milán, decididamente irreformables, le parecen condenadas al despotismo y a sufrir, por tanto, la invasión y la servidumbre [32].

• • •

[31] *Discorsi*, III, 31; I, págs. 412-413: "Nella fortuna, parendo loro aversela guadagnata con quella virtù che non avevano... La viltà dello animo loro, causata dalla qualità de'loro ordini non buoni nelle cose della guerra, gli fece ad un tratto perdere lo stato e l'animo. E sempre interverrà così a qualunque si governa comme loro". Cf. *Dell'arte della guerra*, I, pág. 468: "E se i Viniziani fussero stati savi in questo come in tutti gli altri loro ordini, eglino arebbono fatto una nuova monarchia nel mondo".

[32] *Discorsi*, I, 17; I, pág. 141: "Pertanto dico, che nessuno accidente benchè grave e violento, potrebbe ridurre mai Milano o Napoli liberi, per essere quelle membra tutte corrotte".

A la debilidad política y militar de los Estados italianos se unía la debilidad de su acción exterior.

Maquiavelo conocía, aconsejaba, a veces dirigía, la política extranjera de Florencia. No ignoraba que Soderini carecía de decisión, de iniciativa y energía. Mucho tiempo después, en un epitafio irónico, le ahorrará el infierno, asignándole para su descanso eterno el limbo de los niños[21]. Hasta septiembre de 1512 había podido esperar que esta política gris de vacilación, de reserva y neutralidad finalizaría una vez que la república volviera a tomar posesión de sus fuerzas militares. Sin embargo, cuando la ciudad fue rica y el territorio poblado, continuó siendo la capital de un pequeño Estado, a la medida de las disputas y luchas medievales. En un mundo nuevo cuyo horizonte se iba alargando día a día por los descubrimientos marítimos, frente a esos Estados modernos dotados de gobiernos vigorosos, como Francia y España, que se disputaban ahora la dominación de Italia, la república de Florencia apenas representaba ya nada. Los acontecimientos de 1512 habían demostrado que el papel histórico del Estado florentino, como potencia europea, se había acabado.

Venecia hubiera podido alzar más la voz. La ciudad era también rica y el territorio igualmente poblado. Poseía vastos territorios en Italia del Norte, hasta más allá de Verona, hasta los alrededores de Ravena y los límites donde se detenía el poder temporal de la Santa Sede. Sobre las costas de Dalmacia, en las regiones griegas, hasta los puertos turcos del Mediterráneo oriental, explotaba todo un mundo colonial. Por Egipto o los puertos de Levante, por los caminos del mar Rojo o de las caravanas, continuaba traficando con las Indias. El descubrimiento portugués de la ruta de Cap todavía no había causado a su comercio perjuicios verdaderamente graves. Parecía tan fuerte que toda

[21] *Operette letterarie in versi*, II, pág. 749:

Le nolle che morì Pier Soderini,
L'anima andò de l'inferno a la bocca;
Gridò Pluton: "Chinferno? anima sciocca,
Va su nel limbo fra gli altri bambini".

Italia temía su espíritu de conquista. Los acontecimientos demostraron, sin embargo, su debilidad. En 1509 resistió mal la coalición formada contra ella por Julio II; y Maquiavelo despreciaba la política mercantil y prudente de estos armadores y negociantes, impropios para sostener con las armas en la mano una grandeza que desde hacía mucho tiempo sólo le parecía ya una ilusión [34].

Fuera de las repúblicas, débilmente dirigidas por asambleas y consejos donde prevalecían los intereses burgueses, los Estados principescos, sometidos a la autoridad absoluta de algunos hombres, que, en su beneficio y por la grandeza de su familia, habían restaurado el despotismo de los Césares, mostraban idéntica irresolución e impotencia. En el tiempo en que Maquiavelo estudiaba en Italia los gobiernos y los pueblos, sólo dos príncipes poseían para él a la vez el poder material y la energía: César Borgia y el papa Julio II.

* * *

Legado en varias ocasiones, en 1502 y 1503 cerca de César, tuvo ocasión de estudiar y seguir su obra [35]. Había visto al hijo del papa Alejandro VI, cardenal y arzobispo de Valencia a los dieciséis años, renunciar casi inmediatamente a las grandezas de la Iglesia, porque un hombre de talento y energía no podía satisfacer ahí su orgullo y su deseo de poder tanto como en el gobierno de un Estado secular. El 13 de agosto de 1498 declaraba en el consistorio que la vida eclesiástica no le convenía y deponía sus dignidades; el 1 de octubre Alejandro VI le autorizaba a hacer vida seglar. Inmediatamente se lanzó a fundar en Romania y en las Marcas, en detrimento de la Santa Sede, pero con la aprobación del Papa, un nuevo

---

[34] Véase pág. 62, n. 31.

[35] Las cartas de Maquiavelo a los Diez y a la Señoría, en el curso de estas diversas legaciones, se encuentran en la gran edición de las *Obras* (*Le opere di Niccolò Machiavelli*, ed. por L. Passerini, P. Fanfani y G. Milanesi, Florencia, 1873-1877, 6 volúmenes, en 8.º), t. 3-6.

Estado soberano, una nueva tiranía entre las tiranías italianas. Por su audacia, por su falta de escrúpulos, por el arte de usar, según las circunstancias, la fuerza o el engaño, el hijo de Alejandro VI se mostró instantáneamente como el soberano de los príncipes de su tiempo. En algunos años Maquiavelo le vio explotar los recursos financieros y militares del papado, cultivar la alianza francesa, conquistar Imola, Faenza, Forlì, Rímini, Pésaro, y convertirse, con el asenso de Alejandro VI, en duque de Romania y señor de un vasto dominio, destinado, sin duda, a anexionarse Bolonia como capital y a extenderse desde la Emilia hasta las proximidades de Roma, del Adriático hasta el Mediterráneo. Dueño de la casi totalidad de la Romania y de las Marcas, pensaba, sin duda, anexionarse, por la persuasión o la fuerza, la Umbría, Florencia, Pisa y Siena, toda la Toscana, y crear así, de uno a otro mar, parte en Italia central, parte en Italia del Norte, un vasto Estado del que hubiera tomado el título de príncipe o quizá de rey. Proyecto, sin embargo, irrealizable mientras que Francia protegiera a Florencia y Siena: César pensaba disimular todavía algún tiempo y aprovecharse de las querellas de Luis XII y Fernando sobre Nápoles. Mientras tanto, imponía duramente a sus súbditos la obediencia, el orden nuevo, la ley nueva.

El encuentro con César Borgia dejó en Maquiavelo una imborrable impresión. César estaba ya manchado con diversos crímenes: los asesinatos de su cuñado, el duque de Bisceglie, y de Astorre Manfredi, señor de Faenza, eran los más célebres; se le acusaba de haber hecho matar a su hermano, el duque de Gandía. Se sabía que César era mentiroso, traidor e infame; nadie ignoraba que después de haber tomado una decisión, no retrocedía ya ante el perjurio o la violencia. La mezcla de trapacería e insolencia que le habían permitido ocupar ciudades y castillos llenaba a sus contemporáneos de estupor y admiración. Era innegable que poseía ciertos dones de hombre de Estado. Los creadores de las más poderosas dinastías de Italia del Norte, los primeros Visconti, Francesco Sforza, revivían en él, con una visión más clara, más positiva,

de los fines inmediatos y los medios; con un mayor desprecio por los hombres, una más cínica indiferencia por los sentimientos cristianos y las leyes morales; con una ambición más devoradora, un más apasionado deseo de prestigio, de poder, de lujo y gozo. Dos siglos de tiranía italiana, el ejemplo de los Visconti y los Sforza, de los aragoneses de Nápoles, los Malatesta de Rímini, los Este de Ferrara, el ejemplo, más humano en apariencia, de Cosme y Lorenzo, habían creado toda una ciencia del despotismo, de la que era discípulo y auténtico heredero. Sabía cómo se adquiere un Estado, cómo se le desarrolla, cómo se le conserva. Sin duda, el Estado era sólo para él una forma vacía. Como los Visconti o los Sforza, sólo parecía haber deseado el gozo del príncipe que impone su voluntad de fuerza y grandeza. Apenas había meditado sobre el papel del Estado, guía y tutor de la actividad de los hombres. Por el momento no pensaba más que en mantener y consolidar su poder en Romania, por los medios más atroces. Por su parte, Maquiavelo, inquieto por los signos demasiado evidentes que revelaban la debilidad florentina, limitaba su atención al problema práctico del mantenimiento del Estado: una tarea en la que César era maestro. He aquí por qué su superioridad en este terreno, de orden exclusivamente práctico, limitado a la construcción de un edificio triunfal e inhumano, impresionó singularmente a un observador instruido por la política y la historia [*].

Se complace al notar en César un talento de creación, osado y sin escrúpulos; una mezcla de reserva y jactancia, de valentía y cautela, de valor militar y perfidia; una voluntad constantemente en tensión; el arte de calcular, de actuar en el momento oportuno, sin vacilación ni retraso, el arte de engañar, de simular, de imponerse a los hombres: "Ese señor —había escrito a los Diez— es muy espléndido y magnífico; animado de tal osadía militar, que las más grandes empresas le parecen pequeñas, y que, por

[*] F. Chabod, *Del príncipe*, Nuova Rivista Storica, 1925, páginas 201-203.

la gloria y para aumentar su Estado, jamás se da descanso; ignora la fatiga y los peligros; llega antes de saberse que está en camino. Se hace amar por sus soldados; ha elegido para su servicio a los mejores combatientes de Italia. Todo eso, unido a una perpetua fortuna, le hace victorioso y temible"[87]. En diciembre de 1502 Maquiavelo toma nota de los procedimientos infalibles que César usó para atraer a Senigallia en una emboscada mortal, a varios *condottieri* poco seguros. En sus relaciones de legado había juzgado duramente a César y a su padre; de regreso a Florencia redactó para sí mismo, sin respetar demasiado la exactitud de los hechos, pero con el deseo de extraer, como técnico de una política de fuerza, el sentido y la lección, una memoria sobre este episodio a la vez cauteloso y brutal, que, hacia mediados de siglo, Paul Jove, en una *Histoire de son Temps*, destinada a dar a nueva imagen de algunos grandes hombres, llamaría un estupendo engaño[88].

Todo este esfuerzo de César Borgia no pudo dar debidamente sus frutos. Alejandro VI murió súbitamente en agosto de 1503. César había previsto desde hacía mucho tiempo su desaparición y fijado cuidadosamente la política a seguir llegado ese momento. Como dirá más tarde a Maquiavelo, no había cometido ningún error de cálculo; todo lo había previsto. Todo, salvo que, en el momento de esta

---

[87] Carta fechada en Urbino, 26 de junio de 1502, *ante lucem*, dirigida a los Diez por los dos oradores, Francesco Soderini, obispo de Volterra, y Maquiavelo; redactada por Maquiavelo (*Opere complete*, ed. Passerini-Fanfani-Milanesi, IV, págs. 14-15): "Questo signore è molto splendido et magnifico, e nelle armi è tanto animoso, che non è sì gran cosa che non li paia piccola, e per gloria e per acquistare stato mai si riposa, nè conosce fatica o periculo. Giugne prima in un luogo che se ne possa intendere la partita donde si lieva; fassi ben volere a' suoi soldati; ha cappati e' migliori uomini d'Italia; le quali cose lo fanno victorioso e formidabile, adgiunto con una perpetua fortuna".

[88] P. VILLARI, I, págs. 420-430. *Descrizione del modo tenuto dal duca Valentino nello ammazzare Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, il signor Pagolo e il Duca di Gravina Orsini*, I, págs. 637-647.

muerte, él mismo estaría moribundo[39]. Pudo, sí, apoderarse del tesoro del Papa; pero deshecho por la fiebre, incapaz de montar a caballo, no pudo impedir que sus enemigos sublevaran Roma ni que los cardenales hostiles a su familia tomaran de nuevo las riendas del gobierno. Poco después, las poblaciones de sus Estados se sublevaron también; ciudades y castillos vuelven de nuevo a abrir sus puertas a los señores desposeídos. Después del efímero pontificado de Pío III, la elección, el 31 de octubre, de Julio II, irreducible enemigo de los Borgias, fue para César un último desastre. En algunas semanas, el ducado de Romania dejó de existir.

Maquiavelo fue testigo de esta catástrofe. Había admirado en César Borgia al jefe de un ejército temible, al señor de un nuevo Estado que ya se estaba organizando, lleno de proyectos de conquista y grandeza. Le vuelve a encontrar, abatido por la derrota, envilecido, dispuesto a volver a la nada, de donde la fortuna y su genio insolente le habían sacado. Le ve, en la antecámara de Julio II, humillarse ante el duque Guidobaldo de Urbino, a quien el año anterior había despojado: "César —cuenta un testigo ocular— entró en la sala, la boina en la mano; avanzó, hizo por dos veces una humilde reverencia, y, poniéndose de rodillas, se arrastró hasta el duque de Urbino, que, emocionado de compasión, le levantó y le hizo sentar a su lado. César le pidió entonces humildemente perdón por el pasado; alegó su juventud, los malos consejos que había recibido el triste ejemplo de Alejandro VI; insistió largamente sobre los errores del Pontífice y maldijo el alma de su padre"[40]. Maquiavelo no reconoce ya al duque de Romania; César ya no era el príncipe, dueño de los acontecimientos y de los hombres; sólo era ya un aventurero criminal y degradado. Maquiavelo, que había creído ver en él una de las nuevas fuerzas de Italia, le abandona a

[39] *Il Principe*, 7, I, 26: "E lui mi disse, ne' di che fu creato Iulio II, che aveva pensato a ciò che potessi nascere, morendo el padre, e a tutto aveva trovato remedio, accetto che non pensò mai, in su la sua morte, di stare ancora lui per morire".

[40] P. VILLARI, I, págs. 468-469.

su destino. Julio II le había permitido partir para la Romania a fin de defender contra Venecia, ya dueña de Faenza, y bien pronto de Rímini, algunas plazas todavía fieles. Pero César no pudo pasar de Ostia; conminado a entregar a los ejércitos pontificios Cesena y Forli, que todavía no había perdido, se negó, siendo llevado de nuevo y encerrado en el castillo San Angelo. Después de ceder, buscó refugio en Nápoles, donde la desconfianza española no le permitió permanecer por mucho tiempo. Gonzalo de Córdoba le envió, prisionero, a Fernando, quien le tuvo durante algunos meses en Medina del Campo. Acabó por ponerse al servicio de su cuñado, el rey de Navarra, Juan de Albret, muriendo oscuramente en 1507, durante el asalto a una pequeña plaza española.

* * *

El poder de César Borgia sólo era, pues, una ilusión. En 1506 Maquiavelo tuvo ocasión de estudiar de cerca, como legado de la república, al papa Julio II. La política de los Borgias acababa de demostrar el poder material de que disponía todavía la Santa Sede. Pero los Borgias sólo habían trabajado para su familia. Otro recogería, al servicio del poder temporal de la Santa Sede, la tradición que habían dejado y fundaría sobre este poder consolidado una política de liberación italiana. Julio II, violento, apasionado, capaz de tenaces odios, de largos rencores y de desatadas cóleras, puso su ilimitado esfuerzo al servicio de una sola idea. Su gran proyecto, dividir a los bárbaros, armar a los unos contra los otros para expulsarles después de Italia, era irrealizable, porque carecía del apoyo de una fuerza nacional; proyecto emocionante, sin embargo, para todos aquellos que, desde los Alpes a Sicilia, odiaban la dominación extranjera [41].

Pero el talento del Papa no extrañó a Maquiavelo. Durante un momento había admirado en César Borgia a un jefe y a un político de concepción audaz y luminosa, de

[41] Véase pág., 56, n. 22.

acción infalible. Maquiavelo no consideró nunca a Julio II como un hombre de Estado, a causa del "furor con que llevaba todas sus empresas", y que en otras circunstancias le habría conducido infaliblemente a la ruina[43]. El observador florentino estimaba poco a los Estados de la Iglesia, y pensaba que para la ciencia política no tendría ninguna utilidad su estudio. La autoridad se funda ahí sobre la religión; el arte y el talento de gobernar sólo juegan un pequeño papel. Por mal regidos que estén, el escrúpulo religioso mantiene a los pueblos en la obediencia, y los enemigos más encarnizados conservan para ellos un respeto que les ahorra desastres demasiado graves: "Tienen Estados y no los defienden; súbditos y no los gobiernan; y estos Estados, tan mal defendidos, no les son arrebatados, y sus súbditos, tan mal gobernados, no piensan en separarse de ellos"[44]. Esta ceguera fiel podía al menos ofrecerles algunas garantías de estabilidad. Pero Maquiavelo no pensaba que, en la Italia moderna, la Santa Sede fuera una fuerza italiana y una fuerza, además, capaz de servir útilmente a una política nacional. Florencia, por güelfa que fuera, desconfiaba de la Santa Sede. Florentino, Maquiavelo desconfiaba también de ella; italiano, juzgaba que la política de los papas había sido siempre nefasta para Italia. En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* les acusará de haber mantenido la división y la debilidad, de haber introducido al extranjero para conservar así sus dominios temporales[45]. Contra Venecia, usurpadora de algunas tierras de la Iglesia en Romania, Julio II, que decía no vivir más que para liberar a Italia de los bárbaros, llamaba a Francia. Y contra

[43] *Discorsi*, I, 27; I, pág. 157: "Quel furore con il quale governava tutte le cose"; III, 9, I, págs. 363-364: "Papa Iulio II procedette in tutto il tempo del suo pontificato con impeto e con furia; e perchè gli tempi l'accompagnarono bene, gli riuscirono le sue imprese tutte. Ma se fossero venuti altri tempi che avessono ricerco altro consiglio, di necessità rovinava; perchè non arebbe mutato nè ordine nel maneggiarsi".

[44] *Il Principe*, 11, *De principatibus ecclesiasticis*, págs. 23-24; véanse págs. 239-241.

[45] *Discorsi*, I, 12, pág. 79; véanse págs. 91-92.

Luis XII, dueño de Milán, llamaba a los suizos en las llanuras lombardas [45]. Por eso, cuando en 1511 Luis XII anuncia su intención de romper con el Papa y atacarle tanto con las armas espirituales como con las temporales, el secretario florentino, sin hacerse muchas ilusiones, desea la derrota de la Santa Sede, "para que esta clerigalla tenga ocasión de gustar en este mundo algunos bocados amargos" [46].

* * *

Maquiavelo no encontraba, pues, en Italia más que debilidad, ilusión, decepción. Desde hacía mucho tiempo la política general dependía de fuerzas extranjeras. Durante sus legaciones tuvo ocasión de medir algunas.

En 1507 pudo ver al emperador [47]. Ante la Europa moderna, Maximilianno sobrevivía, no sin dignidad, como un residuo de la Edad Media. Respetuoso ante la magistratura cristiana y romana de la que estaba revestido, había impuesto gustosamente el respeto a los príncipes y a las ciudades de esta Italia en la que Dante y Petrarca habían llamado a Enrique VII y a Carlos IV [48]. Denegaba a Luis XII la posesión de Milán, feudo del imperio. Amenazaba con pasar los Alpes; pero, como sus predecesores de los siglos XIV y XV, carecía de dinero y se lo pedía a los Estados fieles. De Trento a Bozen y a Innsbruck, Maquiavelo da escolta a esta majestad menesterosa: le deja en el áni-

---

[45] *Ibid.*: "Ne' tempi nostri, ella tolse la potenza a' Viniziani con l'aiuto di Francia; di poi ne cacciò i Franciosi con l'aiuto de Svizzeri".

[46] A. RENAUDET, *Le concile gallican de Pise-Milan*, pág. 5; Maquiavelo a los Diez;; Blois, 18 de agosto de 1510: "Che Iddio lasci seguire quello che sia el meglio, e cavi di corpo al Papa quello spirito diabolico che costoro dicono gli è entrato addosso: acciochè non facci calpestare voi e sotterrare se: che in vero, se Vostre Signorie fussino poste altrove, sarebbe da desiderarsi, acciochè ancora ad codesti presti toccassi di questo mondo qualche boccone amaro.

[47] P. VILLARI, *Niccolò Machiavelli*, II, págs. 67-75.

[48] O. TOMMASINI, *La vita e gli scritti di Niccolò Machiavelli*, I, págs. 388-390.

mo una débil impresión. Hace una rápida encuesta sobre el imperio, cuyos resultados consigna, en 1508, en su *Descripción de las cosas de Alemania*[49]. En realidad, no conoce más que el Tirol y algunos cantones suizos; cree encontrar ahí la *Germania* de Tácito. Ignora la riqueza y el lujo de las grandes ciudades anseáticas del mar del Norte y del Báltico, Brema, Hamburgo, Lübeck, Stralsund y Stettin. Ignora el poder mercantil y la magnificencia de Nuremberg, el poder financiero de Augsburgo, la opulencia de esta Banca de los Fugger que, once años más tarde, compraría para Carlos V los votos electorales[50]. Ignora la Alemania descontenta y brutal de los caballeros francos y suabos, la Alemania luminosa y bárbara de los príncipes; no conoce el lujo de los prelados, de los grandes clérigos, de los electores eclesiásticos. No sabe nada del lento y vigoroso trabajo de reflexión, de preparación intelectual y moral, que haría nacer, contra la Santa Sede y los jefes italianos de la Iglesia católica, la protesta de Lutero y la reforma luterana. Lo poco que vio de los países germánicos lo vio con los ojos de un humanista republicano, para quien el fasto anárquico del mundo feudal no era más que debilidad al lado del trabajo libremente administrado de las ciudades burguesas[51]. Sin embargo, el hombre de Estado supo estudiar las causas que producían la actual debilidad del cuerpo imperial: particularismo, conflictos de los intereses locales, rivalidad de los Estados soberanos de las ciudades; confusión de un vasto conjunto sin unidad[52]. En medio de este desorden supo reconocer la

---

[49] *Ritrato delle cose della Magna*, I, págs. 697-704.

[50] Sólo una palabra sobre la riqueza de las ciudades y su buena administración; pág. 700: "Ma vegnamo alle comunità franche ed imperiali, che sono il nervo di quella provincia, dove è danari e l'ordine".

[51] Pág. 700: "La potenzia della Magna si tiene certo più assai nelle comunità che nelli principi".

[52] Pág. 699: "Tanto che, considerato tutte queste disunioni in comune, e aggiuntovi poi quelle che sono tra l'un principe e l'altro e l'una comunità e l'altra, fanno difficile questa unione

fuerza real y profunda de una población numerosa, robusta y sin grandes necesidades [53].

Pero los dos países extranjeros que dominaban la política italiana eran los dos reinos que Maquiavelo definiera como ya unificados bajo el gobierno de príncipes poderosos: Francia y España [54]. Maquiavelo no estudió jamás España: esta tarea le correspondería a Guicciardini. En su *Historia de Florencia*, entre 1508 y 1509, Guicciardini había medido exactamente las fuerzas y debilidades de una ciudad republicana; nombrado en 1512 embajador cerca de Fernando el Católico, pudo inaugurar, en Aragón y Castilla, su estudio sobre las grandes monarquías de Occidente. Maquiavelo no conoció suficientemente este poder español, que bien pronto, desmesuradamente agrandado por la doble sucesión de Borgoña y Austria, permitiría a Carlos V reivindicar, con el título de emperador, la monarquía universal. Comprendía mejor a Francia, con la que trató los más delicados asuntos durante sus múltiples legaciones, en 1500, 1504, 1510 y 1511 [55].

En su *Descripción de las cosas de Francia*, escrita en 1510, resume rápidamente sus impresiones sobre el reino [56]. No le gusta Francia ni los franceses. La república no tenía por qué felicitarse de una alianza que la exponía constantemente a los peores peligros sin aportar ninguna garantía real. Aborda el estudio de las cosas francesas con ciertas ideas preconcebidas; en el país germánico no había podido liberarse del recuerdo de Tácito; en Francia no puede tampoco olvidar los *Comentarios* de César. En su opinión, los juicios de César esclarecen la reciente expe-

dello Imperio".

[53] Pág. 698: "Della potenzia della Magna alcuno no debbe dubitare, perchè abunda di uomini, di ricchezze e d'arme... E così si godono questa loro rozza vita e libertà".

[54] *Discorsi*, I, 12: I, pág. 130: "Alcuna provincia non fu mai unita o felice, se la non viene tutta ubbidienza d'una republica o d'uno principe, come è avvenuto alla Francia ed alla Spagna".

[55] P. VILLARI, *Niccolò Machiavelli*, I, págs. 353-361, 471-473; II, págs. 126-132, 147-149.

[56] *Ritratto delle cose di Francia*, págs. 731-739; añadir *De natura Gallorum*, págs. 730-731.

riencia de las guerras de Italia. El poder militar de Francia le parece más brillante que sólido. Las gentes de armas, los caballeros, son excelentes, porque la nobleza se ejerce con las armas, sin conocer ninguna otra profesión[87]. La infantería, que se recluta entre los campesinos, sin preocupación, abatidos y degradados por el régimen señorial, vale bastante poco. El rey se ve así obligado a componer su ejército en parte de mercenarios, lo que constituye un error y una debilidad. En las empresas lejanas utiliza preferentemente sus súbditos gascones: mejores soldados que los otros, pero inclinados al robo[88]. "Los franceses —continúa diciendo—, según lo que nos dice César y la experiencia de las recientes guerras, tienen más ímpetu que resistencia, y se desmoralizan en seguida. Soportan mal las privaciones e incomodidades; se cubren mal y se dejan sorprender fácilmente"[89]. En revancha, Maquiavelo percibe la fuerza política del reino. Esta resulta de la concentración de la autoridad en manos del rey. Las provincias están estrechamente unidas a la corona. Los feudales, que

---

[87] I, pág. 678: "E di qui nasce che le gente d'arme francese sono oggi le migliore che sieno, perchè si truovono tutti nobili en figlioli di signori".

[88] I, pág. 678: "E di poi sono per le terre tutti ignobili e gente di mestiero; e stanno tanto sottoposti a' nobili e tanto sono in ogni azione depressi, che sono vili. E però si vede che il re nelle guerre non si serve di loro, perchè fanno cattiva prova, benchè vi sieno li Guasconi, di chi l' re si serve, che sono un poco meglio che gli altri: e nasce perchè sono vicini a' confini di Spagna, che vengono a tenere un poco dello spagnuolo. Ma hanno fatto, per quello che s'è visto da molti anni in qua, più prova di ladri che di valenti uomini... E però il re di Francia si serve sempre o di Svizzeri o di lanzchenecche". Maquiavelo critica a Luis XI por no haber conservado las ordenanzas militares de Carlos VII, que podían haber hecho invencible al reinado (*Il Principe*, 13, I, pág. 45): "Carlo VII... ordinò nel suo regno l'ordinanza delle gente d'arme e delle fanterie. Dipoi le re Luigi, suo figliuolo, spense quella de' fanti e cominciò a soldare Svizzeri; il quale errore, seguitato dagli altri, è, come si vede ora in fatto, cagione dei pericoli di quel regno. El regno di Francia sarebbe insuperabile, se l'ordine de Carlo era accresciuto o preservato". Confróntese *Dell'arte della guerra*, I, págs. 468-469.

[89] I, pág. 679; igualmente, *Discorsi*, III, 36, I, págs. 424-425.

en otro tiempo podían tomar las armas contra el rey, ya no cuentan. El país es rico en productos agrícolas; la mano de obra es barata. El dinero, poco extendido, sólo se encuentra entre los prelados y los señores. Dos quintas partes de las rentas del reino pertenecen al clérigo, que ejerce una gran influencia en la dirección de los negocios; para los consejos de la corona el rey llama a numerosos obispos. Los nobles reciben mandos militares, pero se mezclan menos en la política[60]. Más tarde, en 1512, en el *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, y en el *Discurso sobre la reforma del Estado florentino*, Maquiavelo volvería a hablar del gobierno francés. Ciertas páginas de entonces parecen anunciar la teoría de las segundas potencias, tal como se desarrolla en el *Espíritu de las Leyes:* poderes subordinados y dependientes, esenciales, según Montesquieu, a la naturaleza del gobierno monárquico, donde un solo hombre gobierna por medio de leyes fundamentales[61]. Maquiavelo parece entrever ya una idea muy querida a ciertos teóricos que, en el siglo XVIII, intentaron definir la naturaleza de la monarquía francesa; la de una Constitución, nunca escrita, siempre respetada, donde el papel del clérigo y la nobleza es el de asegurar, mediante ciertos derechos y privilegios legalmente reconocidos, la obediencia del pueblo[62]. En 1510 Maquiavelo quedó muy impresionado por esta obediencia[63]. Por lo demás, ese pue-

[60] I, págs. 677-678.

[61] *Esprit des Lois*, II, 4; E. CARCASSONNE, *Montesquieu et le problème de la Constitution française*, París, 1926, en 8.°, páginas 221-260; 261-296.

[62] Ver la nota anterior. *Discorsi*, I, 58, I, págs. 217-218; III, 1, págs. 330-331; *Discorso sopra il riformar lo stato di Firenze, fatto ad istanza di papa Leone X* (*Opere complete di Niccolò Machiavelli*, Florencia, 1843, en 4.°); II, pág. 531: "Perchè un principe solo, spogliato di nobiltà, non può sostenere el pondo del principato; però è necessario che infra lui e l'universale sia un mezzo che l'aiuti a sostenerlo. Vedesi questo in tutti gli stati di principe, e massime nel regno di Francia, dove i gentiluomini signoreggiano i popoli, i principi i gentiluomini, e il re i principi".

[63] I, pág. 684: "Sono e popoli di Francia umili e ubbidientissimi, e hanno in grande venerazione el loro re".

blo vive sin demasiadas dificultades, gracias a la abundancia de subsistencias, y gracias también a que cada uno posee un pedazo de terreno. Maquiavelo observó certeramente el despertar económico del reino desde los primeros años del siglo. Describe en algunas líneas las rentas del Estado, los impuestos, la organización del gobierno y la Iglesia, la administración de justicia, el papel y la acción de los Parlamentos. Tres hechos esenciales le parecen explicar la Francia de este siglo: la riqueza agrícola del país, la fidelidad popular y la autoridad del Estado constantemente reforzada [44].

Sin embargo, ofrece la impresión de que el régimen político de Francia le parece todavía primitivo: el de un país cuya civilización y economía son aún esencialmente agrarias. En una ocasión en que el cardenal Georges d'Amboise, arzobispo de Ruán, primer ministro de Luis XII, dijo a Maquiavelo que los italianos no entendían bien las cosas de la guerra, el secretario florentino respondió que los franceses no entendían nada de las cosas del Estado. Esta ignorancia y esta torpeza se le aparecían también, en forma todavía más aguda, en la política extranjera. En 1513 Maquiavelo analizaría detenidamente, en el capítulo III del *Príncipe*, la política italiana de Francia, criticando con luminosa nitidez los errores de cálculo, la imprevisión, las gestiones equivocadas. Hablando con el cardenal Amboise se contentaba con indicarle la más grave e insigne torpeza: el haber permitido que la Santa Sede adquiriera en Italia un poder desmesurado, peligroso para todos, y, en primer lugar, para los intereses franceses: "Porque si los franceses entendieran de política —continuaba diciendo— no dejarían a la Iglesia aumentar hasta

[44] I, págs. 679-690. En 1513 Maquiavelo indica, sin embargo, en *El Príncipe* (4, págs. 10-11) la posibilidad, para un príncipe extranjero, de invadir el reino de Francia, aprovechándose de la defección de algún gran feudal. Pero una invasión como ésta, dada la solidez de la monarquía, no tendría posibilidades. Parece así prever la traición del condestable de Borbón, en 1522.

tal punto su grandeza" [45]. Maquiavelo llega casi a considerar a la monarquía francesa como incapaz de crear en el exterior una obra duradera. Republicano, conocedor de la historia romana y la tradición güelfa, se acomodaría mal a un gobierno que, en el interior, no conocía ni las libertades públicas ni la representación permanente de los ciudadanos.

* * *

Mediante el contacto con los Estados italianos, el mundo germánico y Francia, Maquiavelo completaba, pues, su instrucción. Conocía la historia; conocía a fondo la política italiana; conocía Europa como ningún italiano de su tiempo. Durante catorce años había servido en un puesto de confianza; muchas veces inspirado, a veces dirigido, la política de un Estado italiano mezclado en todos los asuntos de la península y en algunos de los principales asuntos de Europa. La caída de la república y la consiguiente restauración mediciana, que en 1512 le apartaron de la vida activa imponiéndole los ocios de la vida privada, iban a transformarle en un teórico de la política, en un historiador y un filósofo de la historia.

[45] *Il Principe*, 3, I, págs. 10-13; pág. 13: "Dicendomi el cardinale di Roano che gli Italiani non si intendevano della guerra, lo gli risposi che e' Francesi non si intendevano della stato; perchè, se ne n'intendessono, non lascerebbono venire la Chiesa in tanta grandezza".

Capítulo II

EL PROBLEMA POLITICO EN LA OBRA DE MAQUIAVELO

Mientras Maquiavelo, privado de sus funciones, se veía reducido al aislamiento y la penuria, el 20 de febrero de 1513 se extinguía en Roma la vida agitada y violenta del papa Julio II. Para reconstituir los dominios temporales de la Iglesia Julio II había mantenido la guerra en Italia procurando encarnecidamente arruinar a Venecia, uno de los pocos Estados a los que la solidez de sus instituciones capacitaba para imponer respeto al extranjero. Para expulsar a los franceses de Italia había llamado a los invasores alemanes y suizos y alentado las ambiciones españolas. La indiferencia con que subordinaba la administración espiritual de la Iglesia a una política de guerra y de fuerza agravó la desafección de los pueblos occidentales, la aversión creciente que, desde la cautividad de Aviñón y el cisma de Occidente, les inspiraba las prácticas de la corte romana. Después del de Alejandro VI, el pontificado de Julio II llamaba e incitaba a la reforma. Los políticos, como Maquiavelo, se negaban a considerar a este hombre colérico y violento como político. Los cristianos, como Erasmo, cuyo *Elogio de la locura*, publicado tres años antes, era ahora leído por todos, tanto en Italia como en Francia, en Alemania como en Inglaterra, se negaban a ver en él a un siervo de Cristo. Era el momento indicado para elevar al trono de San Pedro a un Papa

de temperamento más calmoso y de espíritu más mesurado.

El cardenal Juan de Médicis venía preparando desde hacía mucho tiempo su candidatura. Pródigo, tan hábil como su padre, Lorenzo el Magnífico, en seducir a unos y otros, protector como él de artistas y escritores, paciente y perseverante, contaba, además, con el suficiente tacto como para evitar la violencia y no recurrir a ella más que en último extremo; inferior, sin embargo, a Lorenzo en talento político, en osadía y dotes intelectuales, parecía naturalmente designado para suceder a Julio II. Enemigo de esa monarquía francesa que había permitido a los republicanos derribar a los Médicis y sostenido oficialmente a Soderini, la victoria de la Santa Alianza, a la que debía el regreso de su familia a Florencia, le imponía continuar la política extranjera del último pontificado. El 11 de marzo fue elegido por el conclave. El 15, todavía simple diácono, recibió las órdenes, y el 17 se convirtió en el papa León X.

Las fiestas de su coronación alcanzaron un incomparable esplendor. Florencia manifestaba una alegría que parecía universal. Los republicanos, vencidos y dispersos, se callaban.

La ciudad esperaba de este Papa florentino, amigo de las artes y magníficamente generoso, un aumento de prestigio y prosperidad. Los Médicis, durante algunos años debilitados, encontraban ahora, sin duda, nuevas fuerzas; apoyados sobre una Santa Sede a la que Alejandro VI y Julio II habían hecho poderosa en lo temporal, a partir de ahora les sería fácil renunciar a su aparente respeto por la Constitución y las leyes, y fundar, en Florencia y Toscana, un señorío a la vez más humano y duradero que el principado romaniola de César Borgia. Pero sólo un genovés, nos dice el historiador Jacopo Nardi, supo advertir a los florentinos el peligro que amenazaba a sus libertades: "Os alegraréis —les dice— de tener un Papa de vuestra ciudad; pero antes de que hayáis dado a la Iglesia tantos papas como los genoveses, aprenderéis a vuestra costa

cuánto cuesta a las ciudades libres la grandeza de los papas" [1].

Algunos días antes de la partida del cardenal Juan para el conclave se tuvieron indicios de un complot contra la familia de los Médicis. Los Ocho de la Guardia se habían apoderado de una lista de veinte nombres, entre ellos el de Maquiavelo, extraviada por un joven, Pietro Paolo Boscoli, a quien se le conocía por su odio hacia la tiranía. Boscoli y su amigo Agostino Capponi, inmediatamente arrestados y torturados, confesaron que proyectaban liberar Florencia. Los nombres eran los de los ciudadanos que se suponía favorables a las instituciones libres, pero a ninguno de los cuales se había sondeado. Arrestados también, tuvo que reconocerse que no sabían nada del complot, cuya preparación ni siquiera se había estudiado seriamente. El cardenal exigió la condena de Boscoli y Capponi, quienes murieron valerosamente. Se exageró a propósito la gravedad del asunto, para poder desarmar, según la práctica constante de las tiranías, a los ciudadanos que Maquiavelo enrolaba antaño en sus milicias republicanas. Hubo de deponer todas las armas en manos de los magistrados. Los florentinos obedecieron sin resistencia; y ante el palacio de la Vía Larga, lo mismo que en el momento de la conjura de los Pazzi, el pueblo de Florencia aclamó a la familia de los Médicis, al hermano y representante del Papa, Julián, duque de Nemours, tercer hijo del Magnífico.

Como los demás sospechosos, Maquiavelo fue también detenido y sometido a tortura. Nada pudo probarse contra él. Y León X, por política, quiso mostrarse clemente. El 4 de abril la comisión que gobernaba Florencia publicaba en su nombre una amnistía general; y para calmar definitivamente los ánimos se permitió a todos los Soderini, incluso al antiguo *gonfalonieri*, volver del exilio [2].

* * *

[1] JACOPO NARDI, *Istorie della città di Firenze*, ed. A. Gelli, Florencia, 1858, 2 vols., en 8.º; II, pág. 21; citado por P. VILLARI, *Niccolò Machiavelli*, II, págs. 191.

[2] P. VILLARI, *Niccolò Machiavelli*, II, págs. 191-202. Piero Soderini se retiró en Roma, donde murió en 1522.

Alrededor de Maquiavelo el vacío se iba haciendo cada vez mayor. La pérdida de su mediocre tratamiento de secretario, la insuficiencia de su fortuna personal y las deudas que había contraído le imponían una estrecha penuria. Ocioso y desocupado, seguía los acontecimientos cuyo control se le escapaba. Intentaba a veces realizar un doloroso esfuerzo para olvidarles, olvidar la política, olvidar su obra interrumpida de ciudadano, en la vida oscura, sin preocupaciones y satisfecha, de los lugareños. Pero el hombre de Estado, el político formado en la escuela de la historia y de la práctica, en la meditación sobre el presente y el pasado, superaba estas tristes pruebas que no conseguían degradarle[3]. Hiciera lo que hiciese para no ser ya más que un desterrado perezoso, indolente, sin añoranzas ni deseos, Maquiavelo acababa siempre encontrándose a sí mismo; el saber y la doctrina lentamente elaborados en su espíritu al contacto de los hombres y los libros tomaban la forma de máximas, de sentencias, de principios generales, e iban formando insensiblemente el amplio y diverso material de un sistema controlado por la experiencia y la razón. Intentaba ahora escribir sobre política. Sabía utilizar una lengua a la vez popular y culta, propia para las discusiones sutiles como para las demostraciones rigurosas. Pero, excepto dos breves relaciones sobre los asuntos de Alemania y Francia, algunas disertaciones oficiales sobre los problemas del gobierno, y los informes en que presentaba a los Diez el resumen de sus misiones cerca de los Estados extranjeros entre 1504 y 1509, sólo había dedicado a los asuntos públicos sus dos *Decennari*, anales versificados en tercetos, bastante áridos y prosaicos, de los más recientes acontecimientos[4]. Todo lo que la historia y la práctica le habían enseñado sobre la fundación, la conservación, el progreso de los gobiernos autoritarios o libres, se ordenaba ahora en una vasta obra, escrita al margen de Tito Livio, y que descansaba sobre un método y una ética.

[3] Véanse págs. 85-86.

[4] II, págs. 437-461. El segundo decenal debería haber seguido la historia florentina hasta 1514.

El método es el del historiador. Si cuando se trata de gobernar los Estados o de organizar los ejércitos los hombres se abandonan al azar "es que no tienen el verdadero conocimiento de la historia, no saben captar su sentido ni gustar su sabor profundo"[8]. Maquiavelo, historiador, estudia la aparición de las formas políticas, investiga las causas internas y externas que producen su decadencia, intenta captar las leyes que, a través del mundo antiguo y moderno, determinan su nacimiento y evolución. "He planteado principios —escribe Montesquieu en el prefacio del *Espíritu de las Leyes*— y he visto cómo los hechos particulares se pliegan a ellos y cómo las historias de todas las naciones no son más que el desarrollo de estos principios... No he extraído mis principios de mis prejuicios, sino de la naturaleza de las cosas."

Análogamente, Maquiavelo sólo se preocupa de definir los principios en virtud de los cuales los hechos particulares se ven iluminados por la inteligencia que busca únicamente la verdad. Contempla cómo las repúblicas y monarquías nacen, crecen, se hacen ocultas, perecen y se restauran, según ciertas leyes históricas, de la misma manera que el naturalista observa el desarrollo de tales órganos o tales funciones según las leyes de la fisiología. Con idéntica objetividad, con la misma aparente falta de emoción, examina los casos históricos presentados por el nacimiento, la creación o la reforma de un Estado autoritario o republicano. Este estudio crítico de los hechos puede fundar una técnica de gobierno segura hasta lograr un carácter de perennidad, en armonía con la perennidad de las leyes naturales y de los caracteres esenciales de la especie humana: "Ni el cielo, ni el sol, ni los elementos, ni los hombres, han variado en sus movimientos, o en el orden que los regía, desde los antiguos tiempos... Los hombres han nacido, vivido y muerto siem-

[8] *Discorsi*, I, Introd.; I, pág. 90: "Dal non avere vera cognizione delle storie, per non trarne, leggendole, quel senso nè gustare di loro quel sapore che le hanno in sè".

pre según el mismo orden" [6]. El pensamiento y la esperanza de Maquiavelo, precursor de Montesquieu, coinciden así con el pensamiento y la esperanza de Tucídides. Nociones adquiridas para siempre: κτῆμα ἐς ἀεί [7].

Esta ciencia de la política, nueva ciencia que los humanistas de los siglos XIV y XV no llegaron a conocer, estrictamente positiva, indiferente al bien o al mal, se somete a una ética entusiasta y apasionada. Ética deducida por Maquiavelo del estudio de los antiguos, pero igualmente heredada de las tradiciones comunales. Ética tan desdeñosa por el intelectualismo humano como indiferente por la caridad cristiana; ética esencialmente activa, subordinada a la disciplina de la ley, y que considera como una virtud esencial la energía capaz de lanzarse a peligrosas empresas y de sacrificarse por ellas. Su finalidad es servir, defender, conservar, engrandecer la ciudad por el bien de la ciudad. Exige del individuo la renuncia de sus intereses, de su voluntad personal; le obliga, si es preciso, hasta el crimen. Maquiavelo admira a la vez las duras virtudes de los romanos y las de los viejos florentinos de la Edad Media, que amaban a su ciudad más que a su alma y su salvación eterna [8]. Frente a la idea estrecha, todavía antigua y medieval de la ciudad, Maquiavelo, ante la invasión extranjera, elevará su culto a la idea de una nación que todavía no se había creado, pero que exigía ya hasta la abnegación, hasta el sacrificio. Ética de un poeta y un vidente; desde este ángulo, Maquiavelo, a pesar de lo lejos que está de Dante, continúa en su línea, y puede entenderse con Miguel Angel.

* * *

[6] *Discorsi*, I, Introd.; I, pág. 90: "Come se il cielo, il sole, li elementi, li uomini, fussino variati di modo, di ordine e di potenza, da quello che gli erono anticamente". I, 11; I, pág. 128: "Perchè gli uomini, come nella prefazione nostra si disse, nacquero, vissero e morirono sempre con uno medesimo ordine". II, Introd.; II, pág. 228: "Giudico il mondo sempre essere stato ad uno medesimo modo".

[7] TUCÍDIDES, *Guerra del Peloponeso*, I, 22, 4.

[8] *Istorie fiorentine*, III, 6, pág. 450: "Tanto quelli cittadini stimavono allora più la patria che l'anima".

Una carta que dirige el 10 de diciembre de 1513 a Francesco Vettori, su compañero de legación cerca del emperador, que religado a los Médicis como embajador de Roma sería su confidente, describe estas alternativas de ociosidad y exaltación, esa doble vida que lleva, miserable y genial, cuando concibe el primer esbozo de sus grandes obras[9]. Por la mañana, a primera hora, en un bosque que hace talar, busca la compañía de los leñadores, que tienen siempre alguna miseria que contarle. Se pone al acecho y caza algunos pájaros, lo mismo que Dante, Petrarca o Tibulo. Después de la comida del mediodía se queda en el albergue, cambia algunas palabras con los que van y vienen, y durante varias horas juega al triotrac con el dueño del albergue, el molinero y dos panaderos. "Entonces —dice— se elevan las disputas, las palabas de despecho, las injurias; se discute por un ochavo; se lanzan gritos que se oyen hasta en San Casciano. Envuelto en esta miseria agoto hasta el fondo la malignidad de mi destino. Pero cuando llega la noche vuelvo a mi casa y entro en mi librería. Deposito en el umbral los embarrados vestidos de diario; me visto como para presentarme ante las cortes y los reyes. Vestido como conviene, entro en las cortes antiguas de los hombres de otros días; me reciben con amistad; junto a ellos me nutro con el único alimento que es el mío y para el que he nacido. Me atrevo a conversar con ellos sin falsa vergüenza, y a preguntarles las causas de sus acciones; y es tan grande su humanidad que me responden. Y durante cuatro largas horas no siento ningún aburrimiento, olvido toda miseria, no temo ya la pobreza; la muerte ya no me espanta. Vierto todo mi yo en ellos"[10]. He aquí cómo Maquiavelo se apa-

---

[9] Sobre Fr. Vettori véase Louis Passy, *Un ami de Machiavel, François Vettori, sa vie et ses oeuvres*, París, 1914, 2 vols., en 8.º. La carta del 10 de diciembre de 1513, *Tutte le opere*, ed. Mazzini, págs. 884-886.

[10] *Ibid.*, pág. 885: "... Rivestito condecentemente, entro nelle antique corti delli antiqui uomini, dove, da loro ricevuto amorevolmente, mi pasco di quel cibo che solum è mio, e che io macqui per lui... Tutto mi transferisco in loro."

sionaba en confrontar "su larga experiencia del presente y su lectura ininterrumpida de las cosas pasadas" [11].

* * *

En las solitarias veladas de San Casciano, junto a los filósofos e historiadores que servían de consuelo a su desamparo, buscaba remedio para las miserias de Italia [12]. Italia conservaba su orgullo; quedaba, según las palabras de Taine, como "hija mayor de la civilización moderna, imbuida de su derecho de primogenitura, obstinada en su *rencor contra los trasalpinos*, heredera del orgullo romano y del patriotismo antiguo" [13]. Miraba a Europa con los ojos de Dante y Petrarca, y juzgaba bárbaras a todas las naciones ultramontanas. Poseía la primacía del espíritu; la industria, la riqueza, la inagotable creación de obras de arte llevaban el sello de esta primacía. Pero le faltaba la fuerza. Desde hacía diecinueve años se había acostumbrado a ver cómo los extranjeros llevaban la guerra sobre su suelo e imponían en él su dominación: había sufrido a los franceses, sufría a los españoles y a los alemanes. Los pueblos contemplaban con adoración los palacios e iglesias de Florencia, de Venecia, de Roma; los príncipes extranjeros cortejaban a sus hombres de letras y artistas; estaba orgullosa de imponer a sus invasores los sentimientos que Grecia había inspirado en otro tiempo a Roma. Mientras éstos hollaban su suelo y requisaban sus ciudades se divertía con los relatos maravillosos de sus poetas y narradores, con las brillantes fiestas que daban sus príncipes y sus repúblicas, en la inagotable diversidad del mundo fantástico y real que constantemente creaba el genio de sus artistas. Pero Maquiavelo, hombre de Estado, se entristecía e irritaba ante la resignación con la que tantas ciudades y Estados sufrían su destino. Se entristecía

[11] Véase pág. 30, n. 20.

[12] Todo esto ha sido visto y dicho admirablemente por FR. DE SANCTIS, *Storia della Letteratura italiana*, II, 15, 62-76.

[13] *Les Origines de la France contemporaine; Le Régime moderne*, I, pág. 7.

e irritaba ante el espectáculo de lo que él llamaba la corrupción de Italia; y no pudiendo ya trabajar por la acción, trabajaba ahora con el libro por la reforma de esta Italia corrompida.

Secretario de la segunda cancillería florentina, orador de Florencia cerca de los Estados italianos, había podido comprobar su debilidad militar, encontrando su causa en la sospechosa inquietud de las tiranías, siempre bajo el temor de un complot o un levantamiento y en la debilidad política de las repúblicas en decadencia, que habían dejado corromper el espíritu y el vigor de su institución primitiva [14]. Había comprobado también la ausencia de talentos superiores en los gobiernos. Entre los hombres que en Italia dirigían entonces el juego político sólo halló tiranos mediocres, a la vez violentos y débiles, sin saber real, sin experiencia, sin verdadera energía; burgueses prudentes y calculadores, deseosos únicamente de no arriesgar en el azar de las empresas los intereses de su banca o su negocio. Ni un solo hombre cuya experiencia o talento hubiera podido imponerse verdaderamente. César Borgia, que durante tres años le había parecido capaz de crear y construir un vigoroso Estado autoritario, lo había perdido todo o lo había dejado perder todo en algunas semanas. Julio II, violento, apasionado, sin medida ni cálculo, llevaba, para ruina de Italia, una política de cólera y ceguera. Pero, en la soledad de San Casciano, la atención del hombre de Estado y del historiador se concentraba sobre otro hecho, que hasta entonces no se había tomado el trabajo de estudiar y analizar con calma, y que explicaba, sin embargo, todo lo que quedaba por explicar: la falta en Italia de toda forma política de carácter nacional, a la que se pudiera ligar el sentimiento nacional. La causa última, profunda y verdadera de la corrupción política de Italia era la dificultad de crear ahí un Estado capaz de hablar en nombre de la nación italiana, asegurando su defensa.

* * *

[14] Véanse págs. 59-61.

Maquiavelo no fue, indudablemente, el primero en concebir esta idea de la nación italiana y la patria italiana. Existía un sentimiento muy orgulloso de la italianidad, hecho, por lo demás, en parte de los recuerdos de la grandeza romana, en parte del convencimiento de una primacía en el orden del espíritu; hecho esencialmente del desprecio por los bárbaros. En Dante este sentimiento había sido muy fuerte; se expresa elocuentemente en el sexto canto del *Purgatorio*, en la invectiva de Sordello de Mantua a la Italia esclava [15]. Petrarca lo había magnificado en sus cartas, en la "canzone" *Italia mía*, en la "canzone" *Spirto gentil*, en el *Africa*, esa epopeya latina que había querido dedicar al más grande acontecimiento de la más grande historia: la derrota de Aníbal por Escipión, la victoria de Roma sobre Cartago. En los historiadores y oradores antiguos los humanistas florentinos y los humanistas del Norte habían sabido descubrir los títulos de nobleza de una Italia romana hasta el fin. Dante, sin embargo, permanecía universalista, deseoso, ante todo, de fundar el orden y la paz del mundo cristiano sobre el equilibrio temporal y espiritual de dos poderes instituidos por la divinidad; y si imponía al Papa y al emperador el deber de abandonar el trono fatídico que Dios había asignado a uno y a otro no afirmaba que el emperador ni incluso el Papa debieran ser italianos, e Italia sólo era para él el jardín del imperio [16]. Cola di Rienzo, efímero restaurador de la república romana, sólo supo repetir al emperador Carlos IV lo que Dante había dicho mejor que él a Enrique VII de Luxemburgo. Los humanistas se limitaron a desarrollar con elocuencia los lugares comunes de la antigüedad. Maquiavelo tenía ahora tiempo suficiente para analizar más detenidamente esta idea de la patria italiana; su conocimiento de historiador y su experiencia política

---

[15] *Purgatorio*, VI, 76-151.

[16] *Purgatorio*, VI, 103-105:

> Ch'avete tu e'l tuo padre sofferto,
> per cupidigia di costà distretti,
> che'l giardin de lo'mperio sia diserto.

le permitían introducir ahí algunos elementos más concretos.

Este hijo de la libre comuna, este magistrado de la libre comuna, había necesitado, sin duda, realizar un esfuerzo para apartarse de ella, de su horizonte estrecho y familiar, y para comprender que en el mundo moderno, entre los grandes Estados modernos en pleno crecimiento, la comuna ya no representaba nada. Este florentino a quien todas sus tradiciones de familia, su pasado, sus recuerdos, los catorce años de su actividad política, unían a Florencia, necesitó, sí, un esfuerzo para concluir afirmando que en el mundo moderno Florencia ya no representaba nada [11]. Pero en Francia había visto a una gran monarquía nacional proseguir su trabajo de formación. En España se formaba también una gran monarquía nacional. Maquiavelo envidiaba, a Francia y España, su unidad nacional. A la inversa, había visto cómo en el imperio se despilfarraban demasiados recursos y energías inutilizados por el egoísmo de los pequeños Estados, por el particularismo de las ciudades y los príncipes [12]. El caso de Italia era parecido y más doloroso: porque nadie se había atrevido todavía a invadir el imperio. Ella también sufría del particularismo de los príncipes, de los pequeños Estados autónomos, de las pequeñas ciudades libres; había visto a sus príncipes, en lucha unos contra otros, llamar habitualmente al extranjero. Sin embargo, entre el imperio e Italia existía esta diferencia: que el imperio reconocía a un emperador, aunque fuera débil, mientras que Italia no quería reconocer a ningún jefe. Poco a poco, en la mente de Maquiavelo se iba así desarrollando y precisando la idea de la patria italiana. Para Maquiavelo la patria ya no es la estrecha comuna de Florencia, resguardada en el corazón de sus dominios toscanos; es Italia; mas para Maquiavelo Italia ya no es el jardín de Dante;

---

[11] Fr. de Sanctis, *Storia della Letteratura italiana*, II, pág. 68.
[12] Véanse págs. 72-73.

es una nación autónoma e independiente, sostenida por la fuerte armadura de un Estado nacional [19].

• • •

Fundar un Estado nacional en Italia cuando los españoles acababan de restablecer en Florencia por la fuerza de las armas la tiranía de los Médicis, podía parecer una irrisoria utopía. Esa idea es, para hablar como Maquiavelo, una idea de profeta, por donde se manifiesta en él, escéptico y a menudo cínico, un temperamento de visionario que le aproxima al autor del *Paraíso* y de esta *Monarquía* cuya doctrina rechaza. Porque, en la práctica, Maquiavelo admite el papel de esos profetas que trabajan en reconstituir el Estado y la sociedad según ciertas visiones del espíritu: a condición, sin embargo, de que no se presenten inermes para imponer su voluntad a los hombres y los acontecimientos [20]. Idea de profeta, pero largamente meditada por un realista, que, para servir una idea, busca las armas.

Este realista sabe exactamente lo que deberá desaparecer si se quiere trabajar en pro de la fundación de un Estado moderno y nacional de Italia. Sabe que ciertas instituciones, concluido su papel histórico, sobreviven a despecho de la razón y conservan todavía bastante fuerza como para poder hacer daño. En Italia acababa de desaparecer la Edad Media, sin que hubiera nacido ningún orden nuevo capaz de ofrecer un refugio duradero a la sociedad nacida de su descomposición. Maquiavelo hizo tabla rasa de estas ruinas medievales, que juzgaba mortales para Italia [21].

La primera es la autoridad imperial, que reivindica todavía sus derechos feudales sobre Milán; autoridad en cuyo nombre, en tiempos aún recientes, en 1508, en 1513, los

---

[19] Fr. de Sanctis, *Storia della Letteratura italiana*, II, pág. 88.
[20] Véanse págs. 50-51 y n. 16.
[21] Fr. de Sanctis, *Storia della Letteratura italiana*, II, páginas 66-67.

lansquenetes de Maximiliano pasaban los Alpes[32]. Dante había admitido, en lo temporal, la necesidad del poder imperial, para imponer a los príncipes y Estados el orden cristiano y la paz cristiana. Maquiavelo, lector de Tito Livio y Tácito, detesta al imperio romano, la arbitrariedad y violencia de los Césares, que, finalmente condenados, como todos los déspotas, a la debilidad militar, no supieron defender el Occidente contra los bárbaros. Formado en la tradición güelfa, desprecia al santo imperio romano-germánico y conoce las debilidades de los Césares modernos[33]. Cierto que cuando éstos se llamaban Federico III o Maximiliano apenas representaban nada. Sin embargo, un inaudito conjunto de sucesiones ofrecería a Carlos V bastantes fuerzas y recursos como para reivindicar durante treinta y siete años una hegemonía cristiana que los más grandes emperadores de la Edad Media no habrían siquiera osado soñar. Maquiavelo, que desde 1519 pudo seguir de año en año los progresos de su imperio remozado y vivió bastante para conocer, en mayo de 1517, el saqueo de Roma, no exageraba al juzgar que, desde el principio, la autoridad de los emperadores había sido y seguiría siendo nefasta para Italia, y que la independencia de la nación italiana peligraría durante el tiempo que los nuevos Césares persistieran en reclamar sus derechos sobre el jardín del imperio. Durante tres siglos, en realidad, Italia sufriría los efectos de la reconstitución por Carlos V de un poder que parecía condenado por la historia.

El poder temporal de los papas es también para Maquiavelo otra supervivencia medieval no menos dañina. A pesar de su hostilidad a la política de Dante está de acuerdo, sobre este punto, con él. Dante niega al Papa el derecho de poseer dominios, tierras, ciudades. En vano

---

[32] Véanse págs. 72-73. Fr. Ercole, *Dante e Machiavelli*, Roma, 1922, en 8.°, cita, pág. 10, n. 5, una proclamación de Maximiliano, durante la campaña de 1508: "Denotando a tutti li popoli... come lo imperio sia stato istituito da Dio, e che luy vigniva a la coronazione per liberare tutta Italia de man de tirani... e de occupadori della libertà delli popoli".

[33] Véase pág. 72.

alegan los canonistas que Constantino dio Roma a Silvestre I. Dante responde que ni el emperador tenía derecho a hacer esta donación ni el Pontífice a aceptarla[34]. En el intervalo entre Dante y Maquiavelo había llegado Lorenzo Valla, que, mediante la crítica de los textos, demostró la falsedad de esta pretendida liberalidad. Maquiavelo no se plantea la cuestión de los orígenes del poder temporal; pero, como Lorenzo Valla, lo juzga, sin duda fundado sobre el fraude y la usurpación. Prefiere mostrar lo dañina que ha sido esta liberalidad en la historia medieval y en los tiempos modernos[35]. Una tradición güelfa, hostil a todo lo que, de cerca o lejos, pudiera favorecer las pretensiones de los emperadores, había hecho para mucho tiempo a Florencia indulgente y sumisa respecto a las ambiciones de la Santa Sede. Maquiavelo denuncia enérgicamente el error de esta doctrina que algunos hombres de su tiempo sostenían todavía.

"Puesto que se afirma muchas veces que las ciudades italianas deben esperar su salvación de la Santa Sede, contra esta opinión quiero desarrollar las razones que se presentan a mi mente... Digamos primero que los criminales ejemplos de la corte de Roma destruyeron en Italia toda piedad y religión..., pero tenemos todavía un segundo motivo de reconocimiento hacia los seglares, y yo veo ahí la segunda causa de nuestra ruina: el que la Iglesia haya mantenido y mantenga la división en Italia. Ningún país puede realizar felizmente su unidad sin aceptar antes la obediencia de una sola república, o de un solo príncipe,

---

[34] *Le Opere di Dante;* testo crítico della Società dantesca italiana; Florencia, 1924, en 8.°; *Monarchia,* III, 10, 14-15 (ed. Gustavo Vinay, Florencia, 1950, en 8.°, págs. 252-254): "Sed Ecclesia omnino indisposita erat ad temporalia recipienda per preceptum prohibitivum expressum ut habemus per Matthеum sic: 'Nolite possidere aurum neque argentum neque pecuniam in zonis vestris, non peram in via, etc.' Nam etsi per Lucam habemus relaxationem precepti quantum ad quedam, ad possessionem tamen auri et argenti licentiatam Ecclesiam post prohibitionem illam invenire non potui... Patet igitur quod nec Ecclesia recipere per modum possessionis, nec ille conferre per modum alienationis poterat".

[35] Véanse págs. 186-187.

como ha ocurrido en Francia o en España. Ahora bien, la razón por la que Italia no ha alcanzado este punto y no se encuentra unida bajo el gobierno de una sola república o de un solo príncipe debe buscarse en la política del papado. Después de haber establecido su sede y fundado su poder temporal, el papado jamás tuvo bastante fuerza y genio para conquistar el dominio de toda Italia y para ponerse a la cabeza de ella. Pero, por otra parte, cuando temía la pérdida de sus propiedades temporales nunca fue tan débil como para no poder llamar en su ayuda a una potencia extranjera. Así, hizo expulsar por Carlomagno a los lombardos, dueños ya de casi toda Italia. Y, en nuestra época, llamó también a Francia para arruinar el poder de Venecia, expulsando después a los franceses con la ayuda de los suizos. Demasiado débil, pues, para ocupar toda Italia, no permitió que otro Estado se hiciera dueño de ella, impidiendo así la unión de Italia bajo un solo jefe y obligándonos a sufrir la dominación de muchos príncipes y señores. De ahí que hayamos visto nacer tantas divisiones y debilidades y que Italia se vea reducida a convertirse en la presa no solamente de las potencias bárbaras, sino del primero que la ataque. He ahí lo que nosotros, italianos, debemos a la Santa Sede, y a nadie más que a ella" [36].

[36] *Discorsi*, I, 12; I, pág. 130: "E perchè molti sono d'opinione che il bene essere delle città d'Italia nasca dalla Chiesa romana, voglio, contro a essa, discorrere quelle ragioni che mi occorrono... La prima è, che per gli esempli rei di quella corte, questa provincia ha perduto ogni divozione e ogni religione... Abbiamo, adunque, con la Chiesa e con i preti noi Italiani questo primo obligo, di essere diventati senza religione e cattivi: ma ne abbiamo ancora uno maggiore, il quale è la seconda cagione della rovina nostra. Questo è che la Chiesa ha tenuto e tiene questa provincia divisa... Perchè avendovi quella abitato e tenuto imperio temporale, non è stata sì potente nè di tanta virtù che l'abbia potuto occupare la tirannide d'Italia e farsene principe; e non è stata, d'altra parte, sì debole, che per paura di non perdere il dominio delle sue cose temporali, la non abbia potuto convocare uno potente che la difenda contro a quello che in Italia fusse diventato troppo potente: come si è veduto anticamente per assai esperienze, quando, mediante Carlos Magno, la

El poder temporal de los papas es, pues, para Maquiavelo la supervivencia absurda y peligrosa de un pasado con el que un hombre de Estado moderno debe romper. Pero reconstituido, restaurado, reforzado por Alejandro VI y Julio II, amenazante y guerrero bajo Julio II, diplomático, humanista, artista bajo León X, y siempre tan ávido de fuerza y grandeza, continuaba llevando una política nefasta para Italia. Por sus acuerdos y disidencias con los Estados italianos, por sus alianzas y conflictos con los extranjeros, durante medio siglo el poder de la Santa Sede continuaría manteniendo en Italia, como había escrito Maquiavelo, la división y la debilidad; finalmente, tanto por sus victorias como por sus derrotas, contribuiría a fomentar durante dos siglos la hegemonía bárbara de España. Informado del saqueo de Roma, el historiador creyó quizá asistir al declive rápido, que él había previsto, del papado temporal. Maquiavelo juzga este poder tan ruinoso por lo menos para Italia como para la autoridad imperial, considera la política güelfa tan desastrosa como la gibelina; y si Dante se engañó gravemente, si al llamar a los ejércitos de Enrique VII contra Florencia actuó en contra de Italia, los florentinos cometieron también un grave error exiliándose y dejando aumentar en Italia el poder de la Santa Sede. Italia sólo se salvará el día en que ya no tenga que temer, en lo temporal, ni a Pedro ni a César.

* * *

Hay otras cosas que deben también desaparecer. Es preciso simplificar el mapa político de Italia. Existen demasiados Estados particulares que no deberían existir. Su multiplicidad, sus bizantinas querellas, sus intrigas con los más poderosos de ellos, con el emperador, con el Papa, mantienen la división y la debilidad. En cuanto a las pequeñas repúblicas, Maquiavelo, republicano, no las con-

ne cacciò i Longobardi, ch'erano già quasi re di tutta Italia; e quando ne' tempi nostri ella tolse la potenza a' Viniziani con l'aiuto di Francia; di poi ne cacciò i Franciosi con l'aiuto de' Svizzeri...".

cede mucha atención, aunque en el fondo sepa que sus días están contados. Pero desea la ruina y desaparición de los pequeños Estados autoritarios que, desde el fin de la Edad Media, han ido multiplicándose en la Italia del Norte y del Centro. Estima poco esas tiranías creadas por soldados afortunados que, después de haber fundado su autoridad absoluta sobre las ruinas de las ciudades libres, sólo han sabido plegar a los pueblos a un despotismo muchas veces fantástico y sangriento. Maquiavelo ha heredado la doctrina de los republicanos florentinos y la ha corregido. Quizá se resignara a sufrir provisionalmente la ley de un déspota iluminado, capaz de asegurar a los hombres el orden y la tranquilidad en el trabajo. Se aliaría tal vez al gobierno de un César Borgia. Pero odia el despotismo que no tiene otro objetivo que el deseo del príncipe. Los tiranos italianos, tanto los Visconti como los Sforza de Milán, los Aragonese de Nápoles, los Malatesta de Rímini, los Gonzaga de Mantua o los Este de Ferrara, no supieron edificar ninguna obra duradera. Descuidaron el arte del gobierno, la ciencia del hombre de Estado y del jefe del ejército. Unicamente César Borgia, conocedor de la política y la guerra, habría sido capaz de trabajar para el futuro: el destino le traicionó y, en el momento de su desgracia, careció de fuerza de carácter. Los demás, desde los más grandes a los más pequeños, demostraron que su autoridad no tenía el temple suficiente para resistir la mala fortuna. Cuando llegaron los invasores y los tiempos de prueba, huyeron, abandonados por los *condottieri*, a los que habían otorgado ciegamente su confianza. Nápoles y Milán cayeron así en manos de los bárbaros, y los pequeños Estados entraron en la órbita de las clientelas extranjeras. Los tiranos italianos, siempre dañinos para Italia, la traicionaron durante la invasión: deben volver a la nada de la que salieron [27].

Pero la creación de un Estado moderno en Italia condena ciertas formas que pertenecen a la tradición. Ma-

[27] *Il Principe*, 24: Cur Italiae principes regnum amiserunt; I, págs. 77-78.

quiavelo desea la destrucción de todo lo que conserva un carácter feudal. No es un historiador de la economía o de la sociedad: el carácter económico y social, tanto como el jurídico y político, de la señoría medieval no retiene su atención. Pero conserva las preferencias y los desdenes de la clase a que pertenece; burgués y ciudadano, fiel a la tradición de la ciudad antigua, que ve en el gobierno un asunto ciudadano y lo confía a los magistrados libremente elegidos por ciudadanos, propietarios, comerciantes, artesanos urbanos; fiel a las tradiciones de la comuna florentina que, desde fines del siglo XIII, ha reservado la autoridad política a la clase burguesa, a los dueños de las corporaciones industriales y comerciales. Desprecia a los nobles, ociosos en sus tierras lejanas, ajenos a la ciudad y a la actividad de la ciudad, y que fundan su orgullo de casta sobre la idea bárbara y gótica de la eminente dignidad del hombre que no trabaja: "Se llama gentileshombres —dice— a los que viven, en la pereza y la abundancia, de las rentas de sus propiedades, sin tener ninguna necesidad de pensar en la cultura o de ejercer una profesión para subsistir. Tales individuos son perniciosos en todo Estado; pero los más peligrosos son aquellos que, además, mandan grandes castillos y tienen siervos que les obedecen". Unos y otros hacía mucho tiempo que habían desaparecido de Toscana; pero quedaban muchos, y poderosos, en algunas regiones de la península: "El reino de Nápoles —escribe Maquiavelo—, el campo de Roma, la Romania y Lombardía, están llenos de esta clase de hombres. Estas provincias no han visto tampoco nacer ninguna república ni ninguna forma de vida civilizada: porque una casta tal es enemiga de todo régimen civil" [28].

[28] *Discorsi*, I, 55; I, pág. 212: "Gentiluomini sono chiamati quelli che oziosi vivono delle rendite delle loro possessioni abbondantemente, sanza avere cura alcuna o di coltivazione o di altra necessaria fatica a vivere. Questi tali sono perniziosi in ogni republica ed in ogni provincia; ma più perniziosi sono quelli che oltre alle predette fortune comandano a castella, ed hanno sudditi che ubbidiscono a loro. Di queste due spezie di uomini ne sono pieni il regno di Napoli, Terra di Roma, la Romagna e la Lombardia. Di qui nasce che in quelle provincie non è mai surta

La nobleza ofrece al despotismo un apoyo natural. Si esos gobiernos tiránicos que dividen a Italia con sus querellas y la entregan en manos del extranjero deben desaparecer es preciso también que esta clase vuelva con ellos a la nada. Por dos veces, en los *Discursos sobre la primera década*, y, con más nitidez, cuando escribía para León X, en 1519, el *Discurso sobre la reforma del gobierno florentino*, Maquiavelo definiría el papel de la nobleza en la organización social y política de los Estados. La monarquía se apoya necesariamente en la nobleza del campo. La república se apoya necesariamente sobre una burguesía impaciente por la desigualdad. Para fundar una república en Milán, donde los ciudadanos son extremadamente desiguales, sería preciso destruir la nobleza o plegarla al nivel común. Inversamente, el que quisiera fundar un principado en Florencia, ciudad de igualdad, debería instituir en principio la desigualdad: crear ahí una nobleza dueña de castillos y propiedades, aliada natural del príncipe, y bastante fuerte para dominar, por medio de las armas y su clientela, la ciudad y el país. Sin la nobleza el príncipe no puede sostener solo el peso del Estado. Entre el pueblo y él necesita un intermediario, un poder segundo que le ayude a llevar su carga. En una monarquía bien organizada, y particularmente en el reino de Francia, los gentileshombres reinan sobre el pueblo, los grandes sobre los gentileshombres, el rey sobre los grandes. A cambio de los privilegios que el rey les concede, los nobles aseguran al rey la sumisión de las ciudades y los campos[28]. Maquiavelo coincide así con Montesquieu.

---

alcuna republica nè alcuno vivere politico; perchè tali generazioni di uomini sono al tutto inimici d'ogni civiltà".

[28] *Discorsi*, I, 55; I, págs. 210-214: "Dove è equalità, non si può fare principato; e dovè la non è, non si può fare republica". Y, sobre todo, *Discorso sopra il riformar lo stato di Firenze*; II, página 531: "Perchè un principe solo, spogliato di nobiltà, non può sostenerse il pondo del principato; però è necessario che infra lui el'universale sia un mezzo che l'aiuti a sostenerlo. Vedesi questo in tutti gli stati di principe, e massime nel regno di Francia, come i gentiluomini signoreggiano i popoli, i principi i gentiluomini, ed il re i principi".

su lector atento, quien, dos siglos más tarde, escribe en el *Espíritu de las Leyes:* "El poder intermedio subordinado más natural es el de la nobleza. Esta entra, en algún modo, en la esencia de la monarquía, cuya máxima fundamental es: sin monarquía no hay nobleza; sin nobleza no hay monarca" [30]. De ahí que Maquiavelo desee la ruina de esa casta donde los gobiernos autoritarios encuentran su natural e indispensable apoyo.

Sin embargo, como conoce la debilidad de las repúblicas italianas, no puede excluir la posibilidad de que Italia realice su unidad bajo la dirección de un príncipe. Y tampoco la de que se unifique bajo una federación de principados y repúblicas. En ambas hipótesis la nobleza del campo conservaría un papel necesario, bien en el interior de una monarquía nacional, bien en el interior de los Estados autoritarios adscritos a la federación nacional. Pero es indudable que la nueva Italia no toleraría una nobleza intratable y brutal como la de Romania y los Estados pontificios. Sólo admitiría una nobleza encuadrada en la constitución de los Estados, y, como dirá Montesquieu, subordinada; una nobleza que jugará el papel atribuido por Maquiavelo a la nobleza francesa, obligada por la realeza a considerar bien su poder en los límites de las leyes.

* * *

Todas estas destrucciones y transformaciones, toda esta profunda reforma de la política italiana, no podrán realizarse sin una reforma moral: porque la corrupción moral nace de la corrupción política y la mantiene. Ahora bien, para Maquiavelo, como para los hombres de su tiempo, no hay reforma moral sin reforma religiosa. Se le presenta, pues, el mismo problema que Dante había planteado en el *Purgatorio* y el *Paraíso*, resolviéndolo por el franciscanismo. La Iglesia y el cristianismo sólo se salvarían si, siguiendo los pasos de San Francisco, regresaran al puro Evangelio, a la caridad cristiana, a la renun-

[30] *Esprit des Lois*, II, 4; véase pág. 70, n. 61.

cia, al desapego de los bienes terrestres. Maquiavelo, una vez más, contradice al poeta. El cristianismo ascético de Dante, que había visto renacer en Florencia durante tres años y medio, bajo el gobierno de Savonarola, es una de esas supervivencias medievales que él ha condenado.

Examina fríamente la herencia espiritual del catolicismo romano. Si fieles y seglares no toman en serio su religión, lo que constituye el caso más frecuente, todo el beneficio que el Estado debería recibir de ella desaparece[31]. Pero si los cristianos, por el contrario, ven únicamente en sus creencias un ideal de perfección ascética y renuncia, tal actitud es completamente impropia para formar ciudadanos libres. Maquiavelo estima poco la santidad católica: su larga familiaridad con los antiguos la hace ininteligible para él. Entiende la palabra "virtud" en el sentido romano: la virtud consiste, ante todo, en la energía capaz de emprender acciones peligrosas y sacrificarse por ellas. Lo que a la moral cristiana le importa es no tanto el arte de actuar como el de sufrir; prefiere la moral pagana, que coloca el soberano bien en el pleno y armonioso desarrollo de las potencias humanas; moral creadora de energía y de gloria.

Si el amor a la patria y la pasión por la libertad se ha debilitado en los modernos, ello se debe, sobre todo, al cristianismo medieval. "Nuestra religión nos hace estimar menos el honor del mundo; los paganos, que lo estimaban mucho y reconocían ahí el bien supremo, estaban más ufanos y orgullosos de su conducta... La religión antigua sólo exaltaba al rango de los bienaventurados a los hombres colmados de gloria mundana, como los jefes de los ejércitos o los príncipes de los Estados. La nuestra ha glorificado a los humildes y a los contemplativos más gustosamente que a los hombres de acción. Ha colocado al soberano bien en la humanidad, la abyección, el desprecio por

[31] *Discorsi*, I, 12; I, pág. 130: "Questa provincia ha perduto ogni divozione e ogni religione; il che si tira dietro infiniti inconvenienti e infiniti disordini; perchè, così come dove è religione si presuppone ogni bene, così, dove quella manca, si presuppone il contrario". Cf. págs. 206-210.

las cosas humanas; la religión pagana lo colocaba en la grandeza del alma, en el vigor físico, en todo lo que contribuye a reforzar la energía. Y si nuestra religión exige de nosotros fortaleza de alma, es más para ejercerla en el sufrimiento que en la acción vigorosa. Tal moral ha hecho débil al mundo entregándolo a los desalmados. Ellos pueden gobernar a su antojo, porque ven que, para ir al paraíso, la mayor parte de los hombres está más dispuesta a soportar los golpes que a vengarlos." Maquiavelo deplora así "la debilidad a que ha conducido al mundo la religión actual"[22].

Este cristianismo ascético y monacal es sólo una deformación del cristianismo verdadero; la cobardía de los hombres ha interpretado su doctrina como un ideal de pereza y no de virtud. Maquiavelo afirma que el verdadero cristianismo, "tal como fue ordenado por su fundador", permite y quiere que el ciudadano trabaje por la salvación de la patria. Este cristianismo, auténtico y verdadero, poco compatible con la religión de los sacerdotes y los monjes, responde a las necesidades espirituales de un hombre de Estado que, sin hacer del Sermón de la Montaña o del Evangelio según San Juan una meditación cotidiana, se

---

[22] *Discorsi*, II, 2; I, págs. 237-238; "La nostra religione... ci fa stimare meno l'onore del mondo; onde i gentili, stimandolo assai, ed avendo posto in quello il sommo bene, erano nelle azioni loro più feroci... La religione antica... non beatificava se non uomini pieni di mondana gloria; comme erano capitani di eserciti e principi di republiche. La nostra religione ha glorificato più gli uomini umili e contemplativi, che gli attivi. Ha dipoi posto il sommo bene nella umiltà, abiezione, e nel dispregio delle cose umane; quell'altra lo poneva nella grandezza dello animo, nella fortezza del corpo, ed in tutte le altre cose atte a fare gli uomini fortissimi. E se la religione nostra richiede che tu abbi in te fortezza, vuole che tu sia atto a patire più che a fare una cosa forte. Questo modo di vivere, adunque, pare che abbi renduto il mondo debole, e datolo in preda agli uomini scelerati, i quali securamente lo possono maneggiare, veggendo come l'università degli uomini, per andarne in Paradiso, pensa più a sopportare le sue battiture che a vendicarle". *Discorsi*, *Prefazioni*, I, página 90: "La debolezza nella quale la presente religione ha condotto el mondo".

vanagloriaba de leer la Biblia juiciosamente [33]. Cristianismo patriótico, cívico y guerrero; cristianismo de Estado, mucho menos próximo del Nuevo Testamento que de ese espiritualismo de Estado, de ese estoicismo de Estado cuyas elocuentes fórmulas bastan a la religión de un Cicerón. Maquiavelo desea una renovación moral que revalorice la virtud antigua.

Tan discutibles como sean su interpretación del cristianismo y sus ideas sobre la presunta política de Cristo, es suficiente comprobar que Maquiavelo, como tantos otros, durante los años que preceden inmediatamente a la aparición de Lutero, exige la reforma de la enseñanza cristiana, de las "falsas interpretaciones" extraídas de las creencias cristianas [34]; que afirma, como tantos otros, la necesidad del retorno al cristianismo primitivo. Tan rebelde al sentimiento religioso, no puede soslayar, sin embargo, el problema fundamental que, desde principios del siglo XIV, había dominado el pensamiento de Dante, y que, desde las primeras décadas del XVI se imponía a las más preclaras inteligencias: el problema de la reforma de la Iglesia y la sociedad cristiana.

* * *

Maquiavelo prosigue así el análisis de los problemas planteados por la necesidad de curar las miserias de Italia. El problema militar, el que exige más urgente solución, le lleva al problema político; el problema político, al problema social; el problema social, al problema moral y religioso. Ante su mente se reconstruye un mundo nue-

[33] *Discorsi*, II, 2; I, pág. 238: "Nasce più senza dubbio dalla viltà degli uomini, che hanno interpretato la nostra religione secondo l'ozio e non secondo la virtù. Perchè se considerassono come la ci permette la esaltazione e la difesa della patria, vedrebbono come la vuole che noi l'amiano ed onoriamo". I, 12; I, pág. 129: "La quale religione, se... si fusse mantenuta secondo che dal datore di essa ne fu ordinato... III, 30; I, pág. 409: "E chi legge la Bibbia sensatamente...".

[34] *Discorsi*, II, 2; I, pág. 238: "Queste educazioni e si false interpretazioni".

vo. No se le oculta lo que exige la creación, en Italia, de un Estado nacional, bastante fuerte para resistir a los bárbaros. Abolición o debilitamiento definitivos de la autoridad imperial; abolición o debilitamiento definitivos del poder temporal de los papas; desaparición, supresión de los pequeños Estados sin vigor ni futuro; de la mayor parte de las ciudades republicanas y los señoríos; desaparición, supresión de todo lo que queda del pasado feudal, o por lo menos imposición a los nobles de la disciplina de un gobierno civil y de la autoridad del Estado, y, en fin, reforma religiosa, retorno al cristianismo de los orígenes, lo que para Maquiavelo significa negación de todo ascetismo, de todo ideal contemplativo o monástico, reconciliación del Evangelio con las tradiciones más estoicamente activas de la filosofía pagana.

Ya sólo quedaba poner en práctica estas medidas. ¿Quién poner a la cabeza de esta empresa? ¿Quién elegir para realizar estas destrucciones necesarias, estas necesarias reformas? ¿A quién encargar la tarea de unificar Italia? César Borgia hacía ya mucho tiempo que había desaparecido; los aragoneses de Nápoles habían desaparecido; los Sforzas ya sólo eran los vasallos del emperador. No quedaba más que Venecia, objeto de envidias y odios; Florencia se había convertido de nuevo en ciudad de príncipes, despojada de sus virtudes republicanas, y la Santa Sede continuaba siendo nefasta para Italia. Al llegar a este punto Maquiavelo no podía responder. Y estaba escrito que no podría responder nunca y que sus esfuerzos por resolver un problema insoluble le arrastrarían y extraviarían en un dédalo de incertidumbres, ilusiones y contradicciones.

Capítulo III

ILUSIONES E INCERTIDUMBRES

I

La obra de reforma política y moral, cuya amplitud conocía perfectamente Maquiavelo, hubiera exigido el esfuerzo de varias generaciones. ¿Había, pues, que resignarse pacientemente? ¿Había que esperar a que la nación tuviera conciencia de sí misma, y a que en Florencia, en Venecia, en Roma y en Milán se fueran formando lentamente las fuerzas necesarias para dominar tantos problemas y resolverlos? ¿Esperar en medio de los peligros que por todas partes amenazaban hasta la existencia misma de la nación italiana? ¿Esperar mientras los españoles ocupaban Nápoles y Milán, y los reyes de Francia no renunciaban a Milán ni probablemente a Nápoles? ¿Mientras el emperador persistía en reivindicar sus derechos sobre Italia del Norte, y la Santa Sede, deseosa, ante todo, de grandeza temporal, continuaba sus inestables alianzas con diversos Estados italianos o extranjeros y continuaba, por tanto, dejándola precisamente al azar de estos cambios, una política cuyo efecto comprobado era el mantener en Italia la desunión y debilidad?

Una tradición italiana, viva y singularmente duradera, aconsejaba rechazar estas dilaciones, y fiar la actuación en la intervención de un hombre providencial. Desalentada tradición, a la vez impaciente y perezosa, de un pue-

blo que renuncia a contar con el tiempo y con él mismo, colocando sus esperanzas no en su conciencia y fuerza, sino en la aventura y el destino. Dos siglos antes, Dante había llamado a un redentor enviado de Dios capaz de salvar a Italia y la cristiandad. El primer canto de *La Divina Comedia* anuncia la venida del lebrel divino que cazará a la loba, símbolo de la avidez por los bienes terrestres, símbolo de la corte de Roma cómplice de los reyes capetianos, y la hará entrar de nuevo en el infierno de donde ha salido [1]. En el canto XXXIII del *Purgatorio* Dante profetiza la aparición vengadora de un jefe misterioso que destruirá el falso papado y la monarquía usurpadora [2]. El poeta creyó reconocerle en la persona de Enrique VII, y en los últimos años de su vida pone quizá su esperanza en Luis de Baviera. Durante algunos meses, el entusiasmo de Petrarca había saludado a Cola di Rienzo como el liberador predestinado. Maquiavelo se entrega a estas ilusorias esperanzas. Como Dante, como Petrarca, invoca también la venida del redentor, un Teseo, un Moisés o un Ciro [3]. Si el gobierno de un Estado debe ser una obra republicana y controlada por los ciudadanos, la fundación, y más todavía, la reforma de un Estado exigen la acción de un solo hombre [4]. En los momentos de supremo

[1] Véase pág. 17, n. 5. *Inferno*, I, 101-111:

> ...infin chell Veltro
> verrà, che la farà morir con doglia.
> ... ...
> Questi la caccerà per ogni villa,
> fin che l'avrà rimessa ne lo'nferno,
> la onde invidia prima dipartilla.

[2] *Purgatorio*, XXXIII, 37-45:

> Non sarà tutto tempo senza reda
> l'aquila...

Cf. *Paradiso*, XXVII, 61-63, 142-148.

[3] *Il Principe*, 26, Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatemque a Barbaris vindicandam: I, págs. 81-84.

[4] *Discorsi*, I, 9; I, págs. 119-121: "Come egli è necessario essere solo a volere ordinare una republica di nuovo, o al tutto fuor degli antichi suoi ordini riformarla."

peligro la república romana elegía a un dictador. Maquiavelo, republicano, estima que la corrupción en que Italia ha caído sólo le permite esperar la salvación en la acción dictatorial. Espera al jefe providencial que prohibirá desde ahora a los bárbaros saquear la Lombardía, exigirá Toscana o el reino de Nápoles, y curará las inveteradas y dolorosas llagas del cuerpo italiano[5].

En este momento acababa ya, sin duda, de esbozar en su mente esa teoría de la dictadura que se desarrolla en el primer libro de los *Discursos*[6]. El jefe de genio cuyo auxilio invoca recibirá una autoridad absoluta[7]. Porque una ciudad libre que ha dejado corromper el espíritu de sus primeras instituciones permite difícilmente que se la conduzca de nuevo a la noción del bien público; y la tarea es todavía más penosa en un pueblo acostumbrado a la tiranía[8]. Pero el republicano Maquiavelo teme los peligros

---

[5] *Discorsi*, I, 34; I, 170-172: "L'autorità dittatoria fece bene e non danno alla republica romana". *Il Principe*, 26, I, pág. 82: "Espetta qual possa essere quello che sani le sue ferite, e ponga fine a'saccki di Lombardia, alle taglie del Reame di Toscana, e la guarisca di quelle sue piaghe già per lungo tempo infistolite.

[6] *Discorsi*, I, 34; véase n. 5; 35, I, págs. 172-174: "La cagione perchè la creazione in Roma del decemvirato fu nociva alla libertà di quella republica"; 40, I, págs. 183-188: "La creazione del decemvirato in Roma, e quello che in essa è da notare".

[7] *Discorsi*, I, 9; I, pág. 119: "Nè mai uno ingegno savio riprenderà alcuno di alcuna azione straordinaria, che per ordinare un regno o costituire una republica, usasse. Conviene bene che, accusandolo il fatto, lo effetto lo scusi".

[8] *Discorsi*, I, 17; I, págs. 140-141: "Un popolo corrotto, venuto in libertà, si può con difficultà grandissima mantenere libero... Ma non si vede il più forte esempio che que lo di Roma; la quale, cacciati i Tarquinii, potè subito prendere e mantenere quella libertà; ma, morto Cesare, morto Caio Caligola, morto Nerone, spenta tutta la stirpe cesarea, non potè mai, non solamente mantenere, ma pure dar principio alla libertà...". Pág. 141: "Pertanto dico, che nessuno accidente, benchè grave e violento, potrebbe ridurre mai Milano o Napoli liberi, per essere quelle membra tutte corrotte. Il che si vide dopo la morte di Filippo Visconti; che volendosi ridurre Milano alla libertà, non potette e non seppe mantenerla". 18, págs. 143-146: "In che modo nelle città corrotte si potesse mantenere un stato libero, essendovi; o non essendo, ordinarvelo". Pág. 145: "A fare questo, non basta usare

de la autoridad personal y arbitraria. El reformador del Estado no gobernará a perpetuidad. No constituirá tampoco una familia reinante[9]. Bajo la república romana las funciones del director eran temporales. Las del hombre encargado de restaurar un antiguo Estado o crear uno nuevo deberán ser también temporales. Una vez realizada su obra, el dictador, por desinterés cívico, deberá abandonar sus poderes. Confiará los cuerpos legales a magistrados y consejos elegidos libremente. Dictadura, pues, pero provisional y condicionada.

Podía uno preguntarse si estos deseos se realizarían en la práctica. Guicciardini, que, con su experiencia de hombre de Estado y fría crítica, redactaba entre 1527 y 1530 sus *Consideraciones respecto a los Discursos de Maquiavelo sobre la primera década de Tito Livio*, observa que es más fácil imaginar estas ideas y dedicarlas libros que realizarlas en los hechos[10]. El desinterés y la abdicación del fundador o reformador de un Estado pertenecen al dominio del mito. Las viejas historias citadas por Maquiavelo en apoyo de su tesis pueden sugerir la duda. Plutarco afirma que Licurgo y Solón se retiraron de la vida política. Guicciardini desearía que Maquiavelo hubiera relefdo, en la *Vida de Rómulo*, cómo el fundador de Roma pretendía conservar una autoridad sin límites, y cómo los senadores, los de su tiranía, le asesinaron. Es indudable que Guicciardini, como Maquiavelo, no descarta la hipótesis de una dictadura saludable. Lo mismo que el floren-

termini ordinari, essendo modi ordinari cattivi; ma è necessario venire allo straordinario, come è alla violenza e all'armi, e diventare innanzi a ogni cosa principe de quella città, e poterne disporre a suo modo".

[9] *Discorsi*, I, 9; I, pág. 120: "Che quell'autorità che ha presa non la lasci ereditaria al un altro".

[10] Fr. Guicciardini, *Scritti politici e Ricordi*, ed. R. Palmarocchi; Scrittori d'Italia, Bari, 1933, en 8.°; *Considerazioni intorni ai discorsi del Machiavelli sopra la prima Deca di Tito Livio*; I, 10: pág. 21: "Però questi pensieri che e'tiranni deponghino la tirannide, e che e're ordinini bene e' regni, privando la sua posterità della successione, si dipingono più facilmente in su' libri e nelle immaginazioni degli uomini che non sene eseguiscono in fatto".

tino, admite también que sólo un hombre, mejor que varios, puede restablecer el orden social y político. Como Maquiavelo, autoriza a conservar en estas dictaduras el derecho y la moral. Pero, después de pensarlo bien, prefiere que no venga el dictador. Desconfía de los hombres providenciales, redentores y salvadores de los pueblos, de sus ambiciones personales y del nuevo despotismo que fatalmente instituyen: "Roguemos, pues —concluye—, que no tengamos necesidad de ser así reformados. Porque los hombres no son sinceros, y el reformador experimenta fácilmente la tentación de hacerse tirano" [11]. Y Maquiavelo no ignoraba tampoco que, desde la muerte de Cincinato, los dictadores habían acabado olvidándose de regresar al lugar de donde salieron.

Buscaba, sin embargo, un candidato para el poder supremo, y, para instruirle, abandonando las glosas que escribía en las márgenes de su *Tito Livio*, acababa el tratado del *Príncipe*. No podía soportar ya más el alejamiento de estos asuntos que él se sentía capaz de conducir. Principal consejero de Soderini, dispuesto a definir en sus *Discursos* la libertad política en inolvidables términos, se aproximaba a los Médicis y, para volver a ganarse la confianza de una familia de príncipes, componía un breviario de la tiranía. Que pensaba servir así a Italia y trabajar por la liberación nacional no se puede dudar, porque esto constituía la más cara de sus ilusiones. Que pensaba que el fin justifica los medios es también indudable, porque lo ha afirmado más de una vez [12]. Quería dedicar su libro a Julián, hermano de León X y tercer hijo de Lorenzo el Magnífico. En Florencia y Roma se hablaba mu-

[11] *Discorsi*, I, 9, pág. 18: "Non è dubbio che uno solo può porre migliore ordine alle cose che non fanno molti, e che uno in unacittà disordinata, merita laude, se non potento riordinarla altrimenti, io fa con la violenzia o con la fraude e modi estraordinari. Ma è da pregare Dio che le republiche non abbino necessità di essere racconcie per simile via, perchè oltre che gli animi degli uomini sono fallaci, e può uno sotto questo onesto colore occupare la tirannide, ci è anche pericolo che la volontà da principio buona non diventi cattiva...".

[12] Cf. pág. 105, n. 7.

cho entonces de reunir algunos pequeños Estados del Norte —Parma, Plasencia, Módena, Reggio nell'Emilia— desgarrados por querellas politicosociales y rivalidades de tiranos mediocres y violentos bajo la férula de Julián, quien a los treinta y cuatro años de edad no llevaba todavía más título que el de duque de Nemours. Se pensaba, además, asegurarle la posesión del ducado de Urbino, cuyo señor Francesco Maria della Rovere, vacilante entre Francia y España, sólo inspiraba a la Santa Sede desconfianza. Tal proyecto apenas difería del que Alejandro VI había concebido para César Borgia. En su carta de diciembre de 1513 Maquiavelo, en términos emocionantes, consultaba a Vettori sobre la oportunidad de esta dedicatoria: "Me estoy desgastando —escribía— en esta soledad y no puedo continuar así mucho tiempo sin caer en la miseria y el desprecio. Desearía, pues, que los señores de Médicis consintieran en emplearme, aunque fuera en un puesto sin importancia... ... Si este libro se leyera se vería que, durante los quince años en que he tenido ocasión de estudiar el arte del gobierno, no he empleado jamás mi tiempo en jugar o dormir, y todo el mundo debería aceptar los servicios de un hombre que ha sabido adquirir así, a expensas de los otros, tanta experiencia... Nadie debería dudar —concluía— respecto a mi fidelidad, porque después de haber sido siempre fiel no iba a aprender ahora a traicionar. Quien ha quedado fiel y leal durante cuarenta y tres años (tal es mi edad) no podría ya cambiar de naturaleza. Mi pobreza constituye un testimonio en favor de mi fidelidad y lealtad" [11]. No cabe duda de que en este momento

[11] *Lettere familiari (Tutte le opere*, ed. Mazzoni), pág. 886: "Io mi logoro, e lungo tempo non posso star così che io non diventi per povertà contennendo, appresso al desiderio arei che questi signori Medici mi cominciassino adoperare, se dovessino cominciare a farmi voltolare un sasso...; e per questa cosa, quando la fussi letta, si vedrebbe che quindici anni che io sono stato a studio dell'arte dello stato, non gli ho nè dormiti nè giuocati: e doverrebbe ciascheduno aver caro servirsi d'uno che alle spese d'altri fussi pieno di esperienzia. E della fede mia non si doverrebbe dubitare, perchè, avendo sempre osservato la fede, io non debbo imparare ora a romperla; e chi è stato fedele e

había ya escrito ese capítulo XXII, en el que, al definir las obligaciones recíprocas del príncipe y el ministro detentador de los secretos de Estado, parece presentar, no sin un discreto orgullo, su propia candidatura a un cargo para el que se sabe digno [14]. Pero el joven Médicis, al que Miguel Angel, en la nueva sacristía de San Lorenzo quiso transfigurar en un símbolo de la intrepidez, no había sido elegido por Maquiavelo en virtud de ningún don genial: lector frívolo y distraído, el llamamiento desesperado del patriota no le hubiera emocionado. Vettori preferirá no responder a Maquiavelo. El 17 de marzo de 1516 moría súbitamente el príncipe al que Maquiavelo reservaba el ejercicio de la dictadura.

El canciller florentino transmite entonces sus esperanzas a Lorenzo, nieto del Magnífico, hijo de ese Pedro de Médicis que, expulsado por la revolución de 1494, durante nueve años, primero en la corte de Francia y después en los ejércitos franceses, había llevado la oscura vida de un pretendiente en exilio, para acabar miserablemente ahogado en el río, el 28 de diciembre de 1503. En 1516, con la autorización de León X, Lorenzo conquista sin gran esfuerzo el ducado de Urbino; al año siguiente, trabajosamente y con dinero, el Papa negocia la renuncia de Francesco Maria. Finalmente, Maquiavelo dedica su libro a Lorenzo, más joven que Julián, más ardoroso y mejor

---

buono quarantatre anni, che io ho, non debbe potere mutare natura; e della defe e bontà mia ne è testimonio la povertà mia".

[14] *Il Principe*, 22: "De his quos a secretis principes habent"; I, pág. 74: "Quello che ha lo stato di uno in mano, non debbe pensare mai a sè, ma al principe, e non li ricordare mai cosa che non appartenga a lui. E dall'altro canto, el principe, per mantenerlo buono, debbe pensare al ministro, onorandolo, faccendolo ricco, obligandoselo participandogli onori e carichi...". Igualmente, 23: "Quomodo adulatores sint fugiendi"; I, págs. 75-77. Es probable que Montesquieu se acordara de estos dos capítulos en algunas líneas de los Pensamientos que escribía para sí mismo: *Cahiers*, pág. 102: "El primer talento de un gran príncipe es el saber elegir bien los hombres". Cf. MAQUIAVELO, *ibid.*, pág. 45: "E la prima coniettura che si fa del cervello di uno signore, à vedere gli nomini che lui ha d'intorno". Sobre la alabanza, *Cahiers*, págs. 102-103.

dotado para la acción, proponiéndole continuar la obra interrumpida de César Borgia: "Nunca —concluye— han sido más favorables las circunstancias a un príncipe nuevo. Si, para que apareciera el genio de Moisés, el pueblo de Israel debía ser esclavo en Egipto; si, para que pudiera mostrarse la gran alma de Ciro, se necesitó que los persas fueran oprimidos por los medos o que los atenienses fuesen divididos; análogamente hoy, para presentar a los ojos de todo el mundo el genio de una gran alma italiana, era preciso que Italia cayera en la decadencia en que se encuentra; que fuera más esclava que los hebreos; más sometida que los persas; más dividida que los atenienses; sin jefe, sin orden, batida, despojada, atravesada en todos los sentidos por los enemigos; probada por toda clase de calamidades... Y ahora espera al hombre que venga a cuidar sus heridas, que acabe con el pillaje de la Lombardía, que rescate el reino de Nápoles y de Toscana, y la cure de sus llagas, desde hace mucho tiempo hundidas en su carne. Se la ve rogar a Dios que le envíe a alguien para liberarla de estas crueldades y de estas insolencias bárbaras. Se la ve completamente dispuesta a servir una bandera, a condición que haya un jefe que la porte... Y será una gran obra de justicia; porque la fuerza es justa cuando es necesaria, y las armas se convierten en instrumentos de la piedad cuando sólo se puede esperar en ellas... El mar se ha abierto, una nube ha mostrado el camino; una fuente de agua viva ha manado de la roca... Italia está llena de genio y vigor, si genio y vigor no faltan a los jefes... No se puede, pues, desperdiciar esta ocasión; es preciso que Italia, después de una larga espera, vea aparecer por fin a su redentor. Y no necesito decir con qué amor sería recibido en todas las provincias que han sufrido las invasiones extranjeras, con qué obstinada fe, con qué piedad, con qué lágrimas. ¿Qué puerta encontraría cerrada? ¿Qué pueblo se negaría a obedecerle? ¿Qué rivalidad encontraría? ¿Qué italiano le negaría el respeto? Todo el mundo detesta esta dominación bárbara... Que vuestra ilustre casa acepte, pues, esta tarea con el valor y la esperanza que conviene a las grandes empresas para

que, bajo sus enseñas, nuestra patria adquiera una nueva gloria; para que, bajo sus auspicios, podamos ver realizarse lo que anuncia Petrarca: 'El genio toma las armas contra la fuerza bárbara, y el combate será corto: porque en los corazones italianos todavía no ha muerto el antiguo valor'" [15].

El 4 de marzo de 1519, a los veintisiete años, Lorenzo abandona este mundo sin desear en sus últimas horas más consuelo que las buenas palabras de un bufón. El duque de Urbino, a quien Miguel Angel inmortalizó once años más tarde bajo los rasgos del Pensador, no hace el menor caso a la dedicatoria del *Príncipe*. Hasta se diría que ni siquiera la ha leído...

* * *

Pero aun cuando una muerte prematura no se hubiera llevado sucesivamente a los dos jóvenes, ninguno de ellos tenía ni la suficiente inteligencia ni el suficiente corazón para haber prestado atención al desesperado llamamiento del secretario florentino. Eran pequeños príncipes italianos como tantos otros cuya debilidad había denunciado Maquiavelo; egoístas y hastiados, como los demás, y desprovistos de talento. Julián y Lorenzo se hubieran contentado con gobernar sin pena ni gloria, en Italia del Norte o del Centro, los nuevos Estados que habrían recibido de la benevolencia imperial, sin pensar mucho en las miserias y calamidades de Italia, y, desde luego, sin el menor de-

[15] *Il Principe*, 26, I, págs. 81-84: "Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatemque a Barbaris vindicandam". Pág. 84: "Non si debbe adunque lasciare passare questa occasione, acciò che la Italia, dopo tanto tempo, vegga un suo redentore. Nè posso esprimere con quale amore e' fussi rivevuto in tutte quelle provincie che hanno patito per queste illuvioni esterne; con che sete di vendetta, con che ostinata fede, con che pietà, con che lacrime. Quali porte se gli Serrerebano? Quali populi gli negherebbano la obedienzia? Quale invidia se gli opporrebbe? Quale italiano gli negherebbe l'ossequio? A ognuno puzza questo barbaro dominio. Pigli adunque la illustre casa vostra questo assunto con quello animo e con quella speranza che si pigliano le imprese iuste...",

seo de poner fin a una corrupción de la que ellos mismos no estaban indemnes. Más que a estas mediocres y dudosas figuras, la exhortación de Maquiavelo se dirige al redentor mítico anunciado por misteriosas predicciones.

La poesía podía parecerle entonces más real que la historia; ella le permitía a la vez olvidar y enseñar lo más auténtico de los hechos, mostrar su propia doctrina. No dudaba de que si algún feliz azar permitiera a Julián o a Lorenzo crear en Italia Central un Estado lo suficientemente fuerte para agrupar a su alrededor la mayor parte de las fuerzas italianas, su primera preocupación sería fundar una dinastía. Nadie se hubiera atrevido a exigirles seriamente que se convirtieran en simples ciudadanos. Maquiavelo conocía bastante a los Médicis para no ignorar que, después de haber perseguido tenazmente —e incluso sin renunciar al apoyo del extranjero— la destrucción de la república florentina, ninguno de ellos aceptaría fundar, en el corazón de Italia, un principado capaz de dominar toda la política italiana y de imponer a los Estados italianos un nuevo orden, para volver en seguida a la vida privada. Sabía perfectamente que César Borgia, una vez hecho rey en la Italia Central, nunca hubiera abdicado después por desinterés cívico. Sabía perfectamente que si Julio o Lorenzo hubieran tenido éxito en la empresa que les brindaba, habría habido que resignarse a tratarles como monarcas. Sabía que ni uno ni otro pertenecían al tipo de dictador republicano, dispuesto a someterse a la ley y a la constitución, y dispuesto, una vez reformado el Estado, a volver al silencio. Y, por otra parte, el libro que les dedicaba no contenía ninguna alusión a esta retirada, ningún capítulo sobre la abdicación del príncipe. Sólo se hablaba ahí de construir, sobre bases inquebrantables, la autoridad absoluta y perpetua de un déspota ilustrado. Cuando, en los *Discursos sobre la primera década*, Maquiavelo escribía el capítulo sobre la dictadura virtuosa, republicana, constitucional y sometida al asentimiento popular, lo hacía sólo para él mismo. Pero ni Julián ni Lorenzo conocían esta teoría, que, por otra parte, no hubieran tomado en serio. Maquiavelo sólo se enten-

día con ellos a fuerza de ilusión voluntaria, de reticencias sólo a medias expresadas, y a condición de no mostrar más que la mitad de su pensamiento. En la práctica, los contemporáneos que no conocían sus incertidumbres y luchas interiores le veían ofrecer su concurso a los Médicis para la fundación de una monarquía. Pero nadie habría podido adivinar que quien así actuaba no deseaba que esa monarquía fuera eterna.

* * *

Se entregaba a otras ilusiones, y, lo que es más grave todavía, contradecía en otros puntos su propia doctrina. Sabía que los recursos de Florencia y su dominio toscano, los recursos del pobre ducado de Urbino, eran insuficientes para sostener el esfuerzo que él exigía a Lorenzo o Julián; y ahora, para el éxito de su obra, contaba con la Santa Sede, en poder de los Médicis al ser nombrado Papa León X. Después de denunciar encarnizadamente la política de los papas como causa de las discordias y debilidades italianas soñaba, sin embargo, ahora con asociar el poder temporal de la Santa Sede no sólo a la fundación del nuevo Estado nacional, sino a la liberación misma de Italia: el autor del *Príncipe* ofrece a Julián o a Lorenzo el apoyo de la Iglesia, que gobierna ahora uno de los suyos[10]. Y así, por primera vez —porque no se puede tomar en consideración el acuerdo de Alejandro VI y de su hijo César, dos cómplices asociados en una misma empresa de rapiña—, la oposición tradicional, denunciada por Maquiavelo, de la Santa Sede al esfuerzo de todo príncipe que pudiera intentar la unificación de Italia, va a finalizar. La grandeza italiana de los Médicis podrá conciliarse con la grandeza italiana de la Santa Sede que ellos ocupan. Por primera vez la Santa Sede va a poner su fuerza y prestigio al servicio de la causa nacional. Protector de Julián

[10] *Il Principe*, 26, I, pág. 82: "Nè ci si vede, al presente, in quale lei (l'Italia) possa più sperare che nella illustre casa vostra, quale con la sua fortuna e virtù, favorita da Dio e dalla Chiesa, della quale è ora principe, possa farsi capo di questa redenzione".

o Lorenzo, León X, Papa italiano, sabrá mejor que Julio II liberar Italia de los bárbaros, asegurar su independencia y unidad. En la mente de Maquiavelo parece esbozarse así una idea que, en vísperas de 1848, será de nuevo recogida por la escuela neogüelfa, cuando Vicenzo Gioberti, desde los primeros años del pontificado de Pío IX, forme el proyecto de una federación de Estados italianos, bajo la presidencia y control del Soberano Pontífice. El secretario florentino, que, evidentemente, había concebido ya el duro capítulo XII del primer libro de los *Discursos*, escrito si no en 1513, por lo menos antes de 1516 ó 1519, que sabía el daño que entrañaba para Italia el poder temporal de los papas, y que deseaba su ruina, imaginaba así una astucia para utilizarla en beneficio de las libertades italianas[11]. Y como nadie conocía las temibles y secretas páginas que debían seguir a estas inútiles combinaciones, Maquiavelo parecía reconciliarse con este papado temporal, cuya grandeza y benevolencia se atrevía en este momento a afirmar.

Pero estos cálculos, en los que asociaba, de manera inesperada, el pontificado de los Médicis a una empresa mediciana de liberación nacional, se perdían, como la empresa misma, en el sueño y la ilusión. Llamar a la Santa Sede a sostener, moral y materialmente, el esfuerzo de liberación y unificación de Italia era un proyecto que nada podía alentar; tan decepcionante en el otoño de 1513 como lo habría sido en la primavera de 1548. Como Julián, como Lorenzo, León X era hombre de escaso talento; egoísta como ellos, indiferente y hastiado como ellos. Dedicaba más gustosamente sus ocios a conversar con los poetas y artistas, a examinar cuidadosamente, lupa en mano, medallas y miniaturas costosas, que a preparar la restauración moral de la Iglesia romana o esas empresas intrépidas de liberación nacional que Julio II había al menos concebido e intentado. En política vivía al día. Se contentaba con proyectos limitados a los intereses del Estado pontifical o de la familia de los Médicis. No sin esfuerzo, según Marignan,

[11] Véanse págs. 93 y 94, n. 26.

acababa de reconciliar a la Santa Sede con Francisco I; su trabajo se limitaba a gobernar, sin demasiados choques ni conflictos, una ciudad que siempre había sido mal gobernada. No veía más que Florencia y Roma; no veía a Italia. Jamás hubiera permitido a Lorenzo ser otra cosa que el dócil instrumento de una política rígidamente florentina y familiar. No se preocupaba de secundar a Maquiavelo o comprenderle.

Si hubo un momento en que el secretario florentino se dejó llevar por la ilusión de reconciliar la Santa Sede con los intereses y el porvenir de la nación italiana, los acontecimientos le demostrarían bien pronto que, respecto a la política de los papas, la requisitoria inscrita en el primer libro de los *Discursos* era más veraz que las líneas del último capítulo del *Príncipe*. Como Julián y Lorenzo, León X murió también prematuramente, en diciembre de 1521. El holandés Adriano VI no hizo más que pasar; el 18 de noviembre de 1523 el conclave elegía como Papa al cardenal Julio de Médicis. Pero Clemente VII era todavía menos capaz que León X de emocionarse con los sueños de Maquiavelo. Su pontificado, desastroso para la Iglesia romana, que vio entonces cómo más de un tercio de Europa se adhería a la Reforma protestante, fue igualmente desastroso para las libertades florentinas y para Florencia, de la que Clemente VII, con ayuda de Carlos V, haría finalmente un ducado, bien pronto gran ducado, en el que los Médicis gobernarían durante dos siglos; desastroso para Italia, donde las luchas desgraciadas de Clemente VII y su desgraciada reconciliación con Carlos V establecerían, más sólidamente que nunca, la dominación española en el Norte y el Mediodía, y someterían, más sólidamente también que nunca, los príncipes y los Estados a la política del emperador.

II

Pero, después de la muerte del duque de Urbino, Maquiavelo había renunciado a la ilusión que durante muchos años le había hecho buscar en la familia de los Médicis al constructor de la unidad italiana. En diciembre de 1513

había acabado el tratado del *Príncipe*, estudio científico y duramente positivo de una desesperada hipótesis. Sin embargo, proseguía la redacción de los *Discursos de la primera década*. Y exponía, como filósofo republicano de la historia, el arte de fundar, gobernar, conservar, engrandecer y reformar una república.

"Antes de morirme desearía ver tres cosas —escribiría algunos años más tarde Guicciardini—: una república bien organizada en Florencia; Italia liberada de todos los bárbaros, y el mundo liberado de la tiranía desalmada de los sacerdotes" [18]. Maquiavelo habría formulado los mismos votos, pero, instruido por los acontecimientos, renunciaba a la lucha contra el extranjero y la Santa Sede. Perseguía la solución de un problema planteado en términos más fácilmente comprensibles. La reforma de esas repúblicas italianas que, en el caso de que una Italia liberada se constituyera en una federación de Estados, representaría en ellos el espíritu a falta de la fuerza. Como amaba a Florencia por encima de todo, consagraba el esfuerzo ininterrumpido de su pensamiento a la reforma de la república florentina.

Sin embargo, estaba escrito que este realista, a quien su pasión transformaba en visionario y poeta, se enamorara sin cesar de nuevas quimeras. Tan pronto como el fantasma del genial redentor que esperaba Italia se desvaneció, Maquiavelo pudo creer que había llegado el momento de aplicar su más querida teoría: la de la reforma de una ciudad libre por un dictador ciudadano y satisfecho de volver, una vez realizada la obra, a la vida privada. Creyó que había llegado el momento de renovar y rejuvenecer las leyes constitucionales por la acción dictatorial, pero cívica y republicana, de los otros dos Médicis, dispuestos a la renuncia y al servicio del pueblo.

---

[18] FR. GUICCIARDINI, *Ricordi* (ed. Raffaele Spongano, Florencia, 1951, en 8.°, apend. núm. IX, pág. 239): "Tre cose desidero vedere innanzi alla mia morte; ma dubito, ancora che io vivessi molto, non ne vedere alcuna; uno vivere di republica bene ordinato nella città nostra, Italia liberata da tutti e'barbari, e liberato il mondo dalla tirannide di questi scellerati preti".

Era la corrupción de las leyes republicanas, para hablar con palabras de Montesquieu, lo que había provocado en Florencia, por dos veces, el establecimiento de la tiranía. Pero la tiranía mediciana no podía todavía pasar por un gobierno estable y sólido. El régimen que tendía insensiblemente hacia el principado no se atrevía a adoptar esta forma. En el siglo anterior, ni Cosme, ni Lorenzo el Magnífico, ni tampoco, más recientemente, León X, Julián de Nemours o Lorenzo de Urbino, se habían atrevido a tomar el título de príncipes, ni a fundar en Florencia una monarquía que nada indicaba que pudiera sostenerse. En la sociedad burguesa e igualitaria de Florencia esta monarquía no habría encontrado el apoyo, indispensable a todo poder monárquico, de una nobleza campesina, dueña de los campos, bastante fuerte para dominar la ciudad por sus partidarios. Hasta ahora, una larga tradición de libertad había impedido a la familia reivindicar ante los florentinos una autoridad absoluta. Ni republicano, ni monárquico, desde este momento ajeno al espíritu republicano, sin acabar de atreverse a ser monárquico, el régimen ofrecía el aspecto de esas formas políticas mal definidas, que Maquiavelo consideraba inútiles y de muy breve duración. De ahí que Cosme y Lorenzo, cada diez años, tuvieran miedo de perder el poder; de ahí que Pedro, en 1494, fuera expulsado por la revolución. Y, en fin, de ahí que, en 1527, los Médicis serían de nuevo expulsados [19]. Pero en los *Discursos sobre la primera década* Maquiavelo describía el régimen consular y senatorial de la república romana como el tipo eterno de un gobierno mixto, a la vez monárquico, aristocrático y democrático, en el que se atemperaban y se conciliaban la acción de los tres principios que han regido siempre a los hombres, ninguno de los cuales ha sido suficiente para fundar un Estado duradero. Pensaba en reformar, sobre el modelo romano, la Constitución imperfecta de Florencia, y de nuevo fundaba

[19] *Discorso sopra il riformar lo Stato di Firenze*, II, pág. 531: "Tutte le altre cose son vane e di brevissima vita". Pág. 529: "Ogni dieci anni portorno pericolo di perdere lo stato".

su esperanza en los Médicis, asignándoles como papel histórico la revisión de las leyes constitucionales. Los títulos de reformadores desinteresados de una república deberían contentar su ambición.

* * *

Maquiavelo había salido por fin de su soledad. Se le había introducido junto a los Médicis, que, sin escuchar sus exhortaciones, se las agradecían. Desde la muerte del duque de Urbino, el cardenal Julio, sobrino de Lorenzo el Magnífico e hijo de Julián, la víctima de los Pazzi, gobernaba la ciudad, de la que era arzobispo desde 1512. Prudente, sencillo, respetuoso con las apariencias de la libertad, el cardenal, que no tardaría en recibir la sucesión de León X y Adriano VI, deseaba gobernar según la costumbre de Cosme y de Lorenzo, como si Florencia no hubiera dejado de ser nunca una ciudad libre. Después de desconfiar durante mucho tiempo de Maquiavelo la política le aconsejaba escucharle, interrogarle. Se le rogó a éste que escribiera sobre la reforma del gobierno florentino y mandara la obra a León X, que continuaba siendo el verdadero dueño del Estado. Feliz de verse por primera vez consultado sobre los asuntos públicos Maquiavelo redacta en 1519 su *Discorso sopra il riformar lo Stato di Firenze*.

Aconseja al cardenal y al Papa que restalezcan definitivamente la república de Florencia; pero conservando, durante toda su vida, el poder soberano; condición que él sabía *sine qua non* para que sus ideas pudieran ser recibidas. Se plantea, pues, un problema cuyos términos contenían una antinomia: restaurar la república en Florencia y dejar provisionalmente a los Médicis la facultad de elegir los magistrados. El cardenal y el Papa conservarían una dictadura a perpetuidad; como no tenían herederos, después de ellos Florencia recobraría naturalmente sus libertades. Maquiavelo le sugiere simplificar el viejo mecanismo, artificialmente conservado, de las magistraturas y consejos, y reforzar los poderes reales; compartir insen-

siblemente con los ciudadanos, sin dejar de guiarlos, la dirección del Estado: acostumbrarles a un más amplio ejercicio de sus derechos; instruir progresivamente al pueblo a hacer uso de esta libertad que, un día, les será devuelta. No hay duda de que, en estos momentos, estaban ya escritas las páginas que celebraban en los *Discursos* la retirada voluntaria de los reformadores de Estado; pero solamente algunos amigos de Maquiavelo habían podido leerlas. Prefiere terminar su breve tratado por una exhortación que puede recordar el último capítulo del *Príncipe*. En lugar de invitar a los Médicis a tomar el mando de la Italia sublevada contra los bárbaros no les ofrece más que una autoridad vitalicia y la satisfacción de una renuncia cívica: "De esta forma —concluye— quedáis dueños absolutos; nombráis los principales magistrados; durante toda vuestra vida no habrá diferencia entre vuestro gobierno y una monarquía. Después de vosotros dejáis una república. Ella os deberá su existencia... El mayor bien que se puede hacer, el que más complace a Dios, es el que se hace a su patria. Los hombres a quienes más se recuerda son aquellos que han reformado las repúblicas y los reinos... El cielo no puede mostrar a ningún hombre vía más gloriosa. Entre las felicidades con que Dios ha colmado a vuestra familia y vuestra persona la más grande es que os haya dado ocasión de haceros, por este medio, inmortal y de sobrepasar así toda la gloria de vuestros antepasados" [20].

León X y el cardenal Julio estaban decididos a no prestar demasiada atención a los consejos de Maquiavelo. Re-

[20] *Discorso sopra il riformar lo Stato di Firenze*, II, págs. 538-539: "Credo che il maggior bene che si faccia ed il più grato a Dio sia quelle che si fa alla sua patria. Oltre di questo non è esaltato alcun uomo tanto in alcuna sua azione quanto sono quelli che hanno con leggi e con istituti riformato le republiche e i regni... Non dà adunque il cielo maggiore dono ad un uomo, nè gli può mostrare più gloriosa via di questa; ed in fra le tante felicità, che ha date Dio alla casa vostra ed alla persona di Vostra Santità, è questa la maggiore, di darle potenza e subietto di farsi immortale, e superare di gran lunga per questa via la potenza e la avita gloria.

conocen su genio, pero le consideran quimérico, impropio para la acción práctica y realizable. Le consideraban como uno de esos profetas desarmados sobre los que él mismo ironizaba. El Papa y el cardenal sólo habían consultado a Maquiavelo para no quitarle sus ilusiones, adormecerlo con falsas esperanzas, apaciguar su perpetua inquietud, penetrar su pensamiento secreto; conocer, así, las esperanzas de los republicanos y, al mismo tiempo, desacreditarle ante ellos.

III

Según lo previsto por los Médicis, Maquiavelo se compromete con ellos. Sin tomar en serio su doctrina y proyectos acabaron por pensar que quizá esté destinado por las circunstancias a alcanzar mayor importancia [21]. Se esforzaban en hacerle prisionero de su causa y de su familia.

Le confían diversas misiones mediocres, irrisorias para un hombre que, durante catorce años, había servido a la ciudad, aconsejado, en ocasiones dirigido la política florentina, y cuya oscura labor renovaba la ciencia política en Europa. En 1520 le envían a Lucca para arreglar pequeñas diferencias entre Florencia y esta república, desde siempre hostil. Al año siguiente irá a Capri encargado de defender los intereses de algunos monasterios florentinos, ante el capítulo general de esos hermanos menores que despreciaba. Sentía la mezquindad de los asuntos que se le reservan. Para olvidarse de ello defendía en nuevas obras sus más queridas ilusiones.

En Lucca se interesa por la historia de un aventurero local del siglo XIV, Castruccio Castracani, que, jefe al principio de bandas mercenarias al servicio de los Visconti, se había apoderado de Pisa, de Volterra y Pistoya, su ciu-

[21] Carta de Filippo Strozzi a su hermano Lorenzo, con fecha de 17 de marzo de 1519, citada por P. VILLARI, *Niccolò Machiavelli*, III, pág. 49: "Placemi assai abbiate condotto el Machiavello in casa e'Medici, che ogni poco di fede acquisti co'padroni è persona per surgere".

dad natal, y había podido crear en Toscana un pequeño Estado militar que duraría tanto como su vida. Durante los ocios de su legación Maquiavelo escribe *La Vita di Castruccio Castracani da Lucca.* Le preocupaba poco la verdad histórica; donde faltaba materia había enriquecido la biografía del condotiero luqués con ayuda de la historia de Agatocles, tirano de Siracusa, tal como la cuenta Diodoro de Sicilia. En este olvidado fundador de una tiranía efímera le gustaba reconocer algunos rasgos de César Borgia. Tomó como modelo la *Ciropedia,* de Jenofonte, y compuso una especie de narración política y militar; quería ilustrar, con el ejemplo de un personaje a medias ficticio, algunas de las teorías que había sostenido en *El Príncipe* sobre la fundación de un Estado monárquico [22].

Durante estas fechas acababa sus tres diálogos *Del arte de la guerra,* que publicaría en 1521. Una vez más se aplicaba a demostrar cómo se debe armar un pueblo para defender la independencia de un Estado republicano o monárquico. Una vez más denunciaba el error que había separado en Italia la vida civil de la militar, haciendo de la carrera de las armas el oficio de hombres ignorantes de toda otra tarea, ajenos a la vida de la ciudad. Había que volver a la costumbre de la república romana, que no distinguía entre el ciudadano y el soldado, y enseñaba al ciudadano las virtudes del soldado, pero quería que el soldado conservara el espíritu del ciudadano. Había que renunciar definitivamente a las armas mercenarias, crear las milicias nacionales, según el modelo de los antiguos o el que en el mundo moderno ofrecían los cantones suizos [23].

Maquiavelo se lanza, pues, a defender la obra intentada en 1506 con la publicación de la *Ordenanza sobre la milicia florentina* *. El ejército de la república no había po-

[22] *Vita di Castruccio Castracani da Lucca,* I, págs. 647-677.

[23] *Dell'arte della guerra,* I, págs. 445-637.

* El tratado *Dell'arte della guerra,* ha suscitado un importante estudio de MARTÍN HOBOHM, *Machiavellis Renaissance der Kriegskunst;* I, *Machiavellis florentinisches Staatsheer;* II, *Ma-*

dido vencer a fuerzas que eran inferiores a él; y, sin embargo, ningún legislador podía poner en duda que la ciudad debía ser defendida por los ciudadanos. Si los venecianos hubieran comprendido esto habrían fundado un imperio. En el mar, donde luchaban con sus propias armas, habían salido siempre vencedores. Sus derrotas en tierra firme provenían de haber recurrido a soldados de oficio [34]. Maquiavelo observa que el rey de Francia descuida la instrucción militar de sus súbditos y compone sus ejércitos, en parte, de mercenarios: error que le debilita y que explica el desde entonces sólo mediocre éxito de los ejércitos franceses en Italia [35]. Maquiavelo ataca duramente la cobardía de los príncipes italianos, que, después de no estar preparados para la guerra, durante las invasiones extranjeras sólo supieron salir huyendo [36]. Pero el secretario florentino, que jamás había sido otra cosa que comisario de los ejércitos, sin haberlos mandado nunca en campaña,

---

chiavellis Kriegskunst. Berlin, 1913, 2 vols. en 8.°; relación bastante severa de E. FUETER, Historische Zeitschrift, 113 (1914); págs. 578-583.

[34] *Ibid;* I; I, pág. 468: "E se i Viniziani fussero stati savi in questo come in tutti gli altri loro ordini, eglino arebbono fatto una nuova monarchia nel mondo".

[35] *Ibid;* I; I, págs. 468-469: "Quanto allo errore che fa il re di Francia a non tenere disciplinati i suoi popoli alla guerra..., non è alcuno..., che non giudichi questo difetto essere in quel regno e questa negligenza sola farlo debile".

[36] *Ibid.;* VII; I, págs. 618-619: "Ma torniamo agli Italiani, i quali... rimangono il vituperio del mondo. Ma i popoli non ne hanno colpa, ma si bene i principi loro... Credevano i nostri principe italiani, prima che'egli assaggiassero i colpi delle oltremontane guerre, che a uno principe bastasse sapere negli scritti prensare una acuta risposta, scrivere una bella lettera, mostrare ne'detti e nelle parole arguzia e prontezza, sapere tessere una fraude, ornarsi di gemme e d'oro, dormire e mangiare con maggiore splendore che gli altri, tenere assai lascivie intorno, governar si co' sudditi avaramente e superbamente, marcirsi nello ozio, dare i gradi della milizia per grazia, disprezzare se alcuno avese dimostro loro alcuna lodevole via, volare che le parole loro fussero responsi di oraculi; nè si accorgevano i meschini che si preparavano ad essere preda di qualunque gli assaltava. Di qui nacquero poi nel mille quattrocento novantaquattro i grandi spaventi, le subite fughe e le miracolose perdite..."

se atribuía una competencia técnica de la que carecía; y Napoleón afirma que escribió sobre la guerra como un ciego que razonara sobre los colores [27]. Desconocía los recientes progresos del arte militar, hasta el punto de no tener en cuenta el papel y eficacia de la artillería, aun después de Ravena, de Novara y Marignan [28]. Conservaba, sin embargo, bastantes ilusiones políticas para creer que a su llamamiento los Médicis armarían al pueblo. Pero lo cierto era que, desde la Edad Media, la primera preocupación de los gobiernos autoritarios había sido desarmar a los ciudadanos.

Pero los Médicis, después de haberle puesto a prueba durante algún tiempo, no pensaban ya confiarle ninguna función activa; su personalidad demasiado fuerte les molestaba. Para desviarle del Estado, para esquivar toda ocasión de recibir de él consejos que no deseaban seguir, habían hecho que, el 20 de noviembre de 1520, la Señoría le confiara el encargo de escribir una *Historia de Florencia*, que redactaría utilizando los archivos públicos. Semejante trabajo podía alejarle durante mucho tiempo de su doctrina y su obra. El teórico, muchas veces inoportuno, de la política y la guerra iba a transformarse en un historiador oficial, obligado a poner freno a su pluma y no decir todo su pensamiento.

* * *

En efecto, durante muchos años, hasta la primavera de 1525, Maquiavelo tuvo que ocuparse de la composición de las *Istorie fiorentine*. Durante casi todo este tiempo, hasta finales de 1524, permaneció alejado de la vida política, una vida política en la cual, era evidente, los rectores de Florencia no querían que se mezclara.

---

[27] General barón GOURGAUD, *Sainte-Hélène; journal inédit de 1815 à 1818*; publ. por el vizconde de Grouchy y A. Guillois; París, s. f. (1899), 2 vols., en 8.°; I, pág. 296.

[28] *Dell'arte della guerra*, III; I, págs. 520-524. Cf. *Discorsi*, II, 17; I, págs. 274-280: "Quanto si debbino stimare dagli eserciti ne' presenti tempo le artiglierie; e se quella opinione, che se ne ha in universale, è vera.

Alejado también de los republicanos. El cálculo y la trampa de los Médicis habían tenido éxito. Durante la ausencia del cardenal Julio, llamado a Roma, después de la muerte de León X, para el conclave de 1521, en el que se prefirió a Adriano de Utrecht, los Soderini y algunos de sus jóvenes partidarios preparaban en Florencia un complot. De acuerdo con algunos Estados, con Perusa y Urbino, esperaban el apoyo francés. Estos jóvenes conocían a Maquiavelo; le habían oído leer en los Orti Oricellari, en casa de Cósimo Rucellai, sus *Discursos sobre la primera década;* dos de ellos, Zanobi Buondelmonti y el poeta Luigi Alamanni, habían recibido la dedicatoria de la *Vida de Castruccio Castracani* [29]. Al oírle y leerle se habían apasionado por la libertad. Pero al verle ahora demasiado comprometido con los Médicis no le revelaron su secreto. El complot fracasó y Buondelmonti tuvo que refugiarse en el apenino toscano y Alemanni en Francia. Esta vez Maquiavelo, que en 1513 había sido cruelmente perseguido, no fue inquietado. Los Médicis simularon no considerarle ya como republicano. Esperaban, sin duda, que esta clemencia acabara de desacreditarle definitivamente ante su partido.

Pero continuaron declinando sus servicios. El 19 de noviembre de 1523 el cardenal Julio se convirtió en el papa Clemente VII. Abandonó Florencia, dejando el gobierno en las manos inexpertas y brutales del cardenal Silvio Passerini, que no tardaría mucho en ser detestado. Clemente VII, inferior a León X, tímido, irresoluto, mal aconsejado para asistir al cardenal, cometió el error de enviar a Florencia a dos jóvenes bastardos que nadie conocía: Hipólito, hijo de Julián, que apenas tenía dieciséis años, y Alejandro, más joven todavía, hijo de Lorenzo y una esclava morisca. Después de la ruina final de la república este último se convertiría en el primer duque de Florencia. De nada sirvió que los ciudadanos más autorizados

---

[29] HENRI HAUVETTE, *Un exilé florentin à la cour le France au XVI^e siècle; Luigi Alamanni (1495-1556) sa vie et son oeuvre;* París, 1903, en 8.°; págs. 12-19.

rogaran al Papa que enviara a estos dos adolescentes a la escuela. Hubo que reconocerles, casi oficialmente, como jefes del Estado florentino. Maquiavelo debió renunciar a toda esperanza de mejorar un gobierno cada vez más impopular, y que a partir de ahora, como el de Soderini, no estaba ya a prueba de los reveses exteriores. Ni el cardenal ni los dos bastardos se cuidaron de él. Y se retiró de nuevo a San Casciano. Allí continuó la redacción de sus *Istorie fiorentine*, a la espera de acontecimientos de los que no esperaba nada bueno, ni para Florencia, ni para Italia, ni para él mismo. En sus ratos perdidos escribía *La Mandrágola*, comedia cruda y cínica, donde aparecían en escena, llevados por la fantasía de una intriga abufonada, la hipocresía santurrona de esos monjes que siempre había execrado, la infinita credulidad de los simples y la suficiencia obtusa de un doctor. Sin embargo, algunos versos del prólogo dejaban adivinar la amargura que sentía entonces: "Si esta materia —dice— os parece demasiado ligera para un hombre que quiere parecer sensato y grave, excusadla, y considerad que con estos pensamientos frívolos se esfuerza en hacer menos penosos sus tristes años. No sabría volver los ojos a otra parte: se le ha prohibido mostrar en otra empresa otros talentos y no ha sido recompensado por sus penas" [20].

* * *

El 24 de febrero de 1525 se produce el desastre de Pavía. Francisco I es vencido y traído prisionero a España.

[20] *La Mandrágola*, II, pág. 561:

E se questa materia non è degna,
Per esser pur leggieri,
D'uom che voglia parer saggio e grave,
Scusatelo con questo, che s'ingegna
Con questi van pensieri
Fare el suo tristo tempo più suave;
Perch'altrove non have
Dove voltare el viso;
Chè gli è stato interciso
Monstrar con altre imprese altra virtue,
Non sendo premio alle fatiche sue.

Ante el poder español e imperial de Carlos V todos los Estados se humillan. Y en Italia se desencadena un vendaval de pánico. Este poder era tan fuerte que, desde el otoño, el gobierno francés esbozaría la organización de una Liga en la que entraba el propio Papa, e inmediatamente Florencia, que no seguía más política extranjera que la suya. Es en este momento cuando los Médicis, ante el acuciante peligro, obligados a hacer un llamamiento a todos los concursos, deciden finalmente confiar a Maquiavelo tareas dignas de él. Y Maquiavelo vuelve entonces verdaderamente a la vida pública. No cabe duda que juzgaba que el régimen era ya inamovible. No cabe duda que había compuesto ya el duro capítulo en el que aconseja a los príncipes no creer en las ilusiones de los emigrados, en sus promesas aún más vanas[21]. Acababa de escribir que el estado de las instituciones florentinas permitiría a un buen legislador reformarlas a su antojo, según el principio que eligiera[22]. Historiador desengañado, se alía al *principio monárquico*. Pero sirviendo a los Médicis creía servir a las libertades de Florencia e Italia.

En abril de 1525 fue recibido en Roma por Clemente VII, al que ofreció las *Istorie fiorentine*, por fin concluidas. En un prefacio bastante humilde afirma que, a pesar de una leyenda hostil, ni Cosme ni Lorenzo habían alimentado nunca ambiciones contrarias a los intereses de la ciudad[23]. El Papa le consultó sobre la situación política. Su

[21] *Discorsi*, II, 31: "Quanto sia pericoloso credere agli sbanditi"; I, pág. 320: "Debbesi considerare pertanto quanto sia vana e la fede e le promesse di quelli che si truovano privi della loro patria. Perchè, quanto alla fede, si ha a estimare che, qualunque volta e' possano per altri mezzi che per i tuoi rientrare nella patria loro, che lasceranno te ed accosterannosi a altri, nonostante qualunque promesse ti avessono fatte. E quanto alle vane promesse e speranze, egli è tanta le voglia estrema che è in loro di ritornare in casa, che el credono naturalmente molte cose che sono false, e molte a arte ne aggiungano".

[22] *Istorie fiorentine*, III, 1; II, pág. 123: "Firenze a quel grado è pervenuta, che facilmente da uno savio dator di leggi potrebbe essere in qualunque forma di governo riordinata".

[23] *Istorie fiorentine*, II, págs. 3-4-37; págs. 3-4: "Al santissimo e beatissimo Padre Signore Nostre Clemente settimo lo umile ser-

respuesta fue la que se podía esperar del hombre que en 1506 había armado al pueblo florentino y publicado en 1521 los diálogos sobre el *Arte de la guerra*. Aconsejó enrolar a las ardientes y vigorosas poblaciones de Romania. Clemente VII le envió allí, al lado de Guicciardini, presidente pontificio. Pero las dificultades eran grandes y el Papa vacilante; nada se hizo. Por lo menos, con la autoridad pontificia, Maquiavelo pudo dedicarse a dejar las murallas de Florencia en condiciones de aguantar un asedio. El 9 de mayo de 1526 hizo instituir los cinco Procuradores de Defensa; nueve días más tarde se convirtió en canciller de esta comisión. La tarea se hizo difícil a causa de Clemente VII, que, auténtico descendiente de una familia de banqueros, veía en la reconstrucción y remozamiento de las murallas una ocasión de especular sobre los terrenos. Francisco I abandonaba entonces su prisión y España, resuelto a no observar el tratado que había firmado en Madrid. En el capítulo XXVIII del *Príncipe* Maquiavelo, de antemano, le había concedido todo género de excusas[84]. El 22 de mayo de 1526 se concluye en Cognac la Liga de la que formarán parte el Papa, Florencia, Venecia y Milán; inmediatamente, los aliados toman las armas contra el emperador.

Maquiavelo quiso creer que, por fin, las circunstancias eran propicias a la liberación nacional; cuatro días antes de la conclusión de la alianza, el 17 de mayo, acababa de

---

vo Niccolò Machiavelli... E perché dalla V. S. Beatitudine mi fu imposto particularmente e comandato che io scrivessi in modo le cose fatte da' Suoi maggiori, che si vedessi che io fussi da ogniadulazione discosto..., dubito assai, nel descrivere la bontà di Giovanni, la sapienzia di Cosimo, la umanità di Piero e la magnificenzia e prudenzia di Lorenzo, che non pala alla V. S. che abbia trapassati i comandamenti Suoi... E se sotto a quelle loro egregie opere era nascosa una ambizione alla utilità comune, come alcuni dicono, contraria, io che non ve la conosco non sono tenuto a scriverla".

[84] *Il Principe*, 18; I, págs. 143-146: "Quomodo fides a principibus sit servanda: ... Non può, pertanto, uno signore prudente, nè debbe, osservare la fede, quando tale osservanzia li torni contro, e che sono spente le cagioni che la feciono promettere".

escribir a Guicciardini: "Todo nos muestra lo fácil que sería expulsar ahora de Italia a esta canalla. Por amor de Dios, no perdamos esta ocasión... Libertad a Italia de una inquietud que renace constantemente. Destruid estas bárbaras fuerzas que no tienen de hombre más que el aspecto y la voz" [25]. Pasa algunos meses en campaña en el cuartel general de la Liga; encuentra allí a Guicciardini. Pero las tropas aliadas cedían en todos los frentes. El emperador reocupaba Italia del Norte; no se podía esperar ninguna energía de Clemente VII. A principios de 1527 Toscana estuvo en peligro. El ejército imperial del condestable de Borbón tenía entonces prisa por alcanzar Roma: abandona Florencia, y, por las Marcas y la Umbría, prosigue sus etapas hacia la Ciudad Eterna.

El 11 de mayo de 1527 se supo en Florencia que Roma había caído, siendo después saqueada por los imperiales. Parecía que Carlos V iba a vengarse ahora de Florencia. De la noche a la mañana, los republicanos recobraron la autoridad; ya no se pensaba más que en derrocar al gobierno, que el Papa vencido no podía defender. La revolución, provocada por las faltas del cardenal Passerini, estalló. Este sólo contaba con el apoyo de las fuerzas de la Santa Sede; comprendió que toda resistencia era inútil y tomó la huida como Hipólito y Alejandro. El 16 de mayo de 1527 se había restablecido la república. Se convocó el Gran Consejo, y el *gonfalonier* Niccolò Capponi entró en funciones el 1 de junio. Se continuaba preparando apresuradamente la defensa; se volvía a hablar de armar a los ciudadanos aptos, y Miguel Angel ponía su genio de arquitecto al servicio de la comisión encargada de restaurar las murallas. Pero no se desesperaba de lograr un acuerdo entre la república y Carlos V, que ahora había roto con los Médicis. No se preveía la reconciliación de

[25] *Opere complete*, ed. Italia, Milán, 1813, II vols., en 12°; XI, págs. 240-241: "E' conoscesi da ogni parte la facilità che sarebbe trarre quei ribaldi da quel paese. Questa occasione, per amor de Dio, non si perda... Liberate diuturna cura Italiam. Extirpate has immanes belluas, quae hominis praeter faciem et vocem nihil habent".

Bolonia y sus abrumadoras consecuencias. No se pensaba que el emperador y los Médicis, por instinto e interés, se habían aliado contra los pueblos libres. Aunque se anunciaba ya, sin embargo, el próximo drama del sitio de Florencia, cuya capitulación consumaría en 1530 la ruina de las inmunidades italianas.

* * *

Maquiavelo se encontraba en una situación trágica. Estaba comprometido con los Médicis. A los ojos de los hombres que acababan de expulsarles aparecía ahora como un enemigo de esas libertades que tanto había querido. Volvía entonces a Civitavecchia, donde había conferenciado con Andrea Doria, el almirante genovés de las flotas pontificias, sobre la oportunidad de un golpe de mano para liberar al Papa. Encontraba a los florentinos penetrados del espíritu que había animado los *Discursos sobre la primera década*, *El arte de la guerra* y sus lecturas a los jóvenes auditores de los Orti Oricellari. No se hablaba más que de fundar una libertad eterna, de formar un ejército de ciudadanos. Pero nadie pensaba en Maquiavelo: se le miraba con desconfianza, se le evitaba; pagaba el prefacio de sus *Istorie fiorentine*. El 10 de junio, para controlar la política exterior y la guerra, se restablecía los Diez de la Libertad: Maquiavelo, que durante catorce años había sido su secretario, pudo entonces pensar que se le restituiría en su puesto. No fue así; y el florentino comprendió entonces que todo se había acabado para él.

No sobreviviría mucho tiempo a esta suprema decepción. Aunque apenas había sobrepasado los cincuenta y ocho años, hacía ya tiempo que su salud era débil. El 21 de junio cae gravemente enfermo. Al día siguiente, el 22 de junio de 1527, fallece. Un monje conocido con el nombre de fray Mateo le asistió en sus últimos momentos. Dejaba a los suyos en una gran pobreza.

IV

Así, pues, se habían ido sucediendo durante estos quince años, los inútiles proyectos que Maquiavelo concebía

uno tras otro, primero para realizar su mayor sueño, la creación de un Estado nacional al que confiar la defensa de Italia contra los bárbaros, y después para satisfacer el deseo más modesto de fundar en Florencia una república duradera y bien organizada. En todos sus proyectos el examen positivo de los hechos se acababa en ilusión. Ilusión de haber esperado la venida del hombre providencial que en otro tiempo profetizó Dante; ilusión de haber creído encontrar al redentor italiano en las mediocres personas de los jóvenes Médicis Ilusión de haber podido imaginar por un instante que la Santa Sede, ocupada por un Médicis, renunciaría a cultivar las divisiones y debilidades de Italia para servir a una política de unión y fuerza nacional. Ilusión de haberse dirigido para restaurar en Florencia el espíritu de las leyes republicanas, a otros dos Médicis, el cardenal Julio y el papa León X, deseosos únicamente de consolidar el poder de su estirpe. Ilusión, en fin, de haber podido creer en la modestia cívica de un dictador.

El hombre en quien la tradición creyó reconocer el más auténtico representante de la más realista política aparecía, pues, según su acción práctica y su conducta, como un iluminado, como uno de esos profetas sin defensa y sin armas sobre los que él ejercitaba su ironía; la mayoría de las veces, extraviado por sus visiones, en las más graves circunstancias; pronto a engañarse respecto a los hombres, a confiarles misiones históricas para las que ni sus ideas, ni su temperamento, ni sus ambiciones les designaban. Durante esos quince años, en los que aplicó todas las fuerzas de su espíritu a fundar una política positiva, cada vez que quiso pasar de la teoría a la práctica, intervenir en el dominio de los hechos, aconsejar o guiar a sus contemporáneos, Maquiavelo se equivocó.

Sus errores no son de los que puedan fácilmente excusarse en un hombre de Estado formado como él por la práctica y la historia. Sería inútil afirmar que no le disminuyen. En 1513, creer que en Italia era posible la fundación de un Estado nacional por la acción de los Médicis y con el apoyo de la Santa Sede no era solamente estar ciego sobre la política del papado y los Médicis; era

olvidar voluntariamente un hecho, sin embargo, esencial: la fuerza del particularismo italiano, la diversidad esencial de Italia, la diversidad de los Estados italianos, de sus instituciones, de su espíritu; la pasión de la independencia local; pasión celosa, irresistible, a la que cada uno de esos Estados debía la originalidad de su vida política, social, muchas veces también de su vida artística y literaria. Pasión de independencia, espíritu particularista, cuya importancia observó Guicciardini releyendo a Maquiavelo. En efecto, Guicciardini quiere preservar cuidadosamente las ventajas que se derivan de este espíritu particularista. Y, una vez más, rehusa seguir a Maquiavelo: "Yo no sé —escribe— si el hecho de que Italia no haya podido constituirse bajo la forma de una monarquía única ha sido para ella desgracia o felicidad. Sin duda, dividida así entre diversos gobiernos, ha sufrido muchas miserias... Pero esta diversidad ha permitido también el progreso de un gran número de ciudades, prósperas, pujantes; lo que no habría sido posible bajo el gobierno de una sola república; y, en mi opinión, una monarquía unitaria habría traído a Italia más inconvenientes que ventajas... Si la Santa Sede se ha opuesto a los esfuerzos de unificación monárquica yo no concluyo de aquí que eso haya sido para la desgracia de este país; de esta forma ha conservado una variedad de vida que responde mejor a sus costumbres y a sus más antiguas tendencias" *. Guicciardini

* FR. GUICCIARDINI, *Scritti politici e Ricordi; Considerazioni intorno ai discorsi del Machiavelli sopra la prima Deca di Tito Livio;* I, 12, págs. 22-23 (véanse págs. 93 y 94, n. 26): "Non si può dire tanto male della corte romana che non meriti se ne dica più, perchè è una infamia, uno esempio di tutto i vituperi e obbrobrii del mondo... Ma non so già se il non venire in una monarchia sia state felicità o infelicità di questa provincia... E se bene la Italia divisa in molti dominii abbia in varii tempi patito molte calamità..., nondimeno in tutti questi tempi ha avuto al riscontro tante città floride che non arebbe avuto sotto una republica, che io reputo che una monarchia gli sarebbe stata più infelice che felice... Però se la Chiesa romana si è opposta alle monarchia, io non concorro facilmente essere stata infelicità di questa provincia, perchè l'ha conservata in quello modo di vivere che è più secondo la antiquissima consuetudine e inclinazione

encuentra así en la historia, y justificado por la historia, por todo un conjunto de centelleantes creaciones en la política, la economía y el arte, ese particularismo italiano del que Maquiavelo, demasiado fácilmente, hace abstracción por no haber medido con exactitud su vigor, como correspondía hacerlo a un hombre de Estado e historiador. La historia de tres siglos demostraría hasta qué punto las fuerzas particularistas se impondrían a las fuerzas de unidad nacional. No era menos sorprendente, por parte de un hombre mezclado desde su juventud en la política florentina, y que conocía lo bastante bien la historia de Florencia como para que se le confiara la tarea de escribirla, no era menos contrario a todas las lecciones que podía extraer de esta historia y de los acontecimientos en que había participado, el creer que León X y el futuro Clemente VII, elocuentemente exhortados, restablecerían en Francia las antiguas instituciones, para que la ciudad pudiera gobernarse como ciudad libre, después de su muerte. Si desde hacía más de un siglo la familia venía asediando tenazmente a la república, no era de esperar que ahora, en el momento en que el principado estaba casi fundado, pudiera contentarse con el papel provisional que la Constitución romana imponía al dictador, y volver cívicamente a esa clase de comerciantes y banqueros de la que había salido. Maquiavelo sabía perfectamente que si León X y Clemente VII no tenían descendencia la familia no estaba por eso extinta. Por otra parte, Clemente VII, desde su acceso al pontificado, asociaba al gobierno de Florencia los dos bastardos de Lorenzo de Urbino, el segundo de los cuales, por la gracia del Papa y de Carlos V, llegaría a ser en 1530 duque de Toscana. Maquiavelo sabía muy

---

sua". El mismo Maquiavelo *(Dell'arte della guerra,* II; I, páginas 506-508) acaba por reconocer que la multiplicidad de Estados libres podría favorecer el desarrollo de un número mayor de hombres de valor: "Conviene pertanto che, dove è assai potestadi, vi surga assai valenti uomini dove ne è poche, pochi... Sendo adunque vero che, dove sia più imperii, surga più uomini valenti, seguita di necessità che spegnendosi quelli, si spenga di mano in mano la virtù".

bien que ningún Médicis había sido republicano. Y Guicciardini, que había aceptado servirles deseando también al mismo tiempo ver establecerse en Florencia un gobierno bien organizado, sabía, asimismo, muy bien que sólo podía tratarse de una monarquía.

Y, en fin, si Maquiavelo se había engañado respecto a la dirección de los asuntos italianos o florentinos, no supo dirigir mucho mejor los suyos ni cuidar debidamente su crédito moral o político. Republicano, destituido como republicano en noviembre de 1512, perseguido como republicano durante el complot de Boscoli, teórico de las instituciones y virtudes republicanas en las glosas que escribía ya al margen de las *Décadas*, desde finales de 1513 ofrecía sus servicios a los destructores de la república y, para encontrar su favor, componía para ellos un manual de la tiranía. Arriesgaba su honor en esta aventura. Y acabó de comprometerle cuando dedicó públicamente *El Príncipe* al duque de Urbino; cuando, en 1520, 1521 y desde los últimos meses de 1525 a la primavera de 1527, aceptó oficialmente servir a los Médicis; y, en fin, cuando en el prefacio de las *Istorie fiorentine*, dedicado a Clemente VII, desaprobó públicamente la opinión de los republicanos sobre la malignidad de la tiranía mediciana [37]. Cometió el error y la torpeza de aparecer públicamente aliado a una política de la que el *Discurso sobre la primera década*, que continuaba entonces, constituía la negación. Creyó trabajar así para la patria y la libertad. Pero, después de la revolución de mayo de 1527, los republicanos no le perdonarían el equívoco de su conducta y lo que ellos podían llamar su defección.

* * *

Igualmente, es indudable que, en sus escritos, su pensamiento parecía complacerse en el equívoco o al menos en plantear inquietantes enigmas, cuya solución no se mo-

[37] Véase pág. 126, n. 33.

lestaba demasiado en ofrecer. *El Príncipe*, por no hablar de la *Vida de Castruccio Castracani*, era la obra de un teórico de la monarquía; de un hombre de acción que ofrecía a la monarquía el concurso de su experiencia. Los *Discursos sobre la primera década* eran la obra de un teórico de la república. Así lo habían comprendido los jóvenes entusiastas que, en casa de Cósimo Rucellai, oyeron a Maquiavelo leer los principales capítulos. El *Discurso sobre la reforma del Estado florentino* continuaba siendo la obra de un teórico de la república, bastante capaz de ilusión como para confiar su restauración a dos Médicis. Pero se podía uno preguntar quién era el verdadero Maquiavelo: el consejero de la tiranía, el autor del *Príncipe* o el autor republicano de los *Discursos*. De hecho, se le veía aceptar las funciones de historiógrafo del Estado florentino, escribir una historia oficial, exponer la doctrina oficial del régimen respecto a las revoluciones de Florencia. Inquietaba a unos y a otros, no era amado ni por unos ni por otros. Los republicanos le tenían apartado; los Médicis sospechaban de su apego a una tradición que continuaba creyendo viva, estimándole poco y no buscando más que comprometerle.

La grandeza de Maquiavelo no está, pues, ni en lo que hizo, y que resultó mediocre, de débil éxito, a menudo discutible, ni en lo que quiso hacer, ya que sus proyectos de acción, florentina o italiana, fueron igualmente ilusorios. No está en su carácter, ya que, a menudo cínico de maneras y palabras, se muestra poco sensible a ciertos escrúpulos. No está siquiera en su obra, compuesta esencialmente por un libro inacabado de filosofía histórica, y un vigoroso tratado de política, pero discutido y discutible, y que, bien mirado, resulta incompleto y sumario. Obra, a pesar de todo, enigmática y de conclusión incierta, puesto que, republicano de sentimiento y doctrina, su más célebre libro, el más leído, aquel cuyos consejos han sido más meditados, define la práctica de una monarquía absoluta. La grandeza de Maquiavelo reside en su análisis de los hechos que forman la trama de la política, en su aná-

lisis de las instituciones y las leyes, del espíritu de las leyes y del espíritu de las instituciones; en el esfuerzo que realizó para construir, según un método estrictamente positivo y sobre bases estrictamente positivas, la ciencia de la política. Es ahí donde cesa la incertidumbre y donde Maquiavelo aparece como un maestro.

Capítulo IV

CIENCIA POSITIVA; ESTUDIO LIMITADO

I

Maquiavelo pensó que la creación de un Estado unitario y nacional en Italia, o más simplemente, la reforma de la Constitución florentina, sólo podía fundarse sobre una política positiva. Desde el comienzo del *Discurso sobre la primera década* definió esta política como una nueva ciencia, con el orgullo de seguir una vía que nadie todavía había hollado[1].

En Florencia, los hombres de Estado que habían reflexionado sobre el arte de gobernar a los hombres se limitaron a cuestiones prácticas sin pensar más que en su ciudad. Habían buscado las formas de gobierno que mejor se podían adaptar al carácter florentino, habían discutido sobre los procedimientos de elección, los poderes de los magistrados, las atribuciones de las asambleas, el arte de equilibrar la autoridad de los consejos y las magistraturas de manera que se evitaran los conflictos, dando satisfacción a los intereses rivales de las clases y las clientelas políticas. El mismo Savonarola, a despecho de

[1] *Discorsi*, I; I, pág. 89: "Entrare per una via, la quale non essendo ancora da alcuno trita...". Sobre la cuestión de las fuentes de Maquiavelo véase Allan H. Gilbert, *Machiavelli's Prince and its forerunners*, Durham (Carolina del Norte), 1938, en 8.°

la pasión que le llevaba a buscar un régimen capaz de coincidir con el Evangelio, en su tratado del gobierno de Florencia, había subordinado las visiones ideales y abstractas a combinaciones de pura oportunidad[1]. Fuera de una práctica ingeniosa, pero rutinaria, estos hombres tenían poco que enseñarle. De los humanistas no podía esperar ninguna lección verdaderamente útil. Cierto que también se ocupaban de la política; desde Petrarca habían aspirado a conducir los hombres de Estado. Pero intentaban resolver una cuestión demasiado amplia y abstracta: la del gobierno ideal; a falta de un método propio para captar lo real, habían desarrollado los lugares comunes tomados de Platón, Cicerón o Séneca. Florentinos o lombardos, sostuvieron elocuentemente la grandeza de la república de Roma o la majestad del imperio, poniendo su saber, su talento y su palabra al servicio de las ciudades libres o los príncipes. Los humanistas republicanos habían aprobado la doctrina grecolatina del tiranicidio legítimo y glorioso; su entusiasmo, que se había exaltado con el relato de los idus de marzo, justificó, a veces animó, ciertos atentados famosos. Se sospechó que los académicos romanos deseaban la muerte de Pablo II. Los asesinos de Galeas —María Sforza, duque de Milán— se nutrían de cultura humanista y recuerdos antiguos. Pero los rectores de la nueva cultura parecían separarse de esta tradición insurreccional y declamatoria, y que sólo conducía a reforzar la servidumbre de los pueblos bajo un despotismo más riguroso. En Florencia, mediante la pluma de Angel Poliziano, el humanismo elegante, ingenioso, helenista, había condenado la conjura de los Pazzi, el asesinato de Julián, el asesinato frustrado de Lorenzo. Los platónicos de Florencia se aliaban al despotismo civil de los Médicis; los ciceronianos de Roma maldecirían el catilinarismo republicano. El saber político de unos y otros obedecía a las mismas convenciones. Giovanni Pontano, el hábil y delicado poeta latino, mezclado, como diplomático y hombre de Estado, en el gobierno del reino de Nápoles, que vio pasar primero a

[1] P. VILLARI, *Niccolò Machiavelli*, II, págs. 240-291.

manos de los franceses y más tarde de los españoles, en su *De principe* no supo más que trazar el retrato ideal de un monarca muy diferente de los que él había servido o encontrado [3]. De esta forma las lecciones de los humanistas italianos quedaban bastante débiles y confusas. Ni en Florencia, ni en Roma, ni en Milán, ni en Nápoles, habían dicho nada que pudiera verdaderamente iluminar a una inteligencia aplicada al estudio de los problemas políticos o sociales.

La antigüedad podía ofrecer a Maquiavelo lecciones más sólidas. Eran los filósofos y moralistas de Grecia y Roma quienes enseñaron al humanismo a discutir la cuestión del gobierno perfecto. Pero Maquiavelo no tenía de sus obras un conocimiento muy profundo. Por gusto y temperamento no deseaba seguir durante mucho tiempo a estos hombres que, en su mayor parte, buscaban sobre todo construir sobre la tierra la ciudad de los filósofos. Así eran Platón, Cicerón o Séneca. Platón le habría enseñado a desdeñar la sociedad real, el orden aparente y provisional donde nacen el desequilibrio y la violencia; a buscar la concordia, y armonía de esas fuerzas del alma que la vida de la ciudad libera y desarrolla. Pero Maquiavelo apenas había mantenido contacto con los platónicos de Careggi; ligado a Florencia e Italia por una pasión demasiado ardiente se complacía en este mundo brutal y trágico donde llevaba su desilusionada búsqueda; no se preocupaba de fundar, sobre la idea del bien, una justa república. En los escritos políticos de Cicerón, improvisados, escasamente originales, hubiera encontrado al menos el deseo de acoplar a una doctrina conservadora el sentido de lo justo y la dignidad cívica. Las disertaciones del tratado de las *Leyes* sobre el derecho abstracto y las magistraturas romanas no demostraron en vano a Maquiavelo cómo la Constitución republicana y senatorial había traducido y realizado en la práctica los más altos principios de equidad. Pero Cicerón, a pesar de su experiencia de la vida activa, escribía como filósofo, curioso ante la teoría y las ideas puras. Y, en fin, Séneca había sabido olvidar las ficciones

[3] *Ibid.*, pág. 242.

senatoriales de la edad republicana; a la noción constitucional y jurídica del ciudadano romano prefirió la noción ética y estoica de ciudadano del mundo; a la responsabilidad del individuo frente a la estrecha ley del Estado, la responsabilidad del querer humano ante la conciencia y la ley moral. Pero el secretario florentino, servidor de una patria viva, no podía desprenderse de su amor por ella. No era bastante cristiano como para elevarse hasta el ideal de la sabiduría estoica, liberado interiormente de las contrariedades de la ciudad y sometido únicamente al decreto divino, lo mismo que el fiel, liberado en espíritu por el Evangelio de las leyes que su humildad le impone obedecer, sabe que no hay perfección más que en la caridad humana y el amor de Dios.

* * *

Entre los filósofos que en la antigüedad habían tratado de política era, sin ninguna duda, Aristóteles con quien más fácilmente hubiera podido entenderse. Conocía la *Política* y no podía olvidarla. En efecto, hay en los escritos de Maquiavelo ciertas expresiones, ciertos ejemplos históricos, ciertas ideas personales, que recuerdan la gran obra de Aristóteles[4]. Probablemente no le leyó en el texto, sino en la traducción latina, por lo demás excelente, que Leonardo Bruni había realizado en 1435 y de la que, a partir de 1470, se multiplicaron los ejemplares. En Aristóteles podía encontrar una dialéctica positiva, encadenada voluntariamente a lo real, y que sólo deseaba sobrepasarlo apoyándose en él. Veía a Aristóteles comparar los diversos gobiernos de Grecia, interrogar la historia para definir esos diversos regímenes, desentrañar su espíritu. Maquiavelo no desperdiciaría estas lecciones. Pero Aristóteles razona como filósofo sobre cuestiones filosóficas; también

[4] El libro V parece ser el que ha sugerido más ideas a Maquiavelo; por ejemplo: cap. VIII, 20; *Príncipe*, 6: IX, 11; *Pr.*, 16; IX, 13; *Pr.*, 17; IX, 13; *Pr.*, 18; IX, 13; *Disc.*, III, 26; IX, 17; *Disc.*, II, 26. ALLAN H. GILBERT da una relación detallada por el *Príncipe*.

él se esfuerza en definir el ideal de un gobierno perfecto: tanto como a la historia, recurre a la razón pura. Al mismo tiempo su concepción del Estado es singularmente vasta, sintética, filosófica; y Maquiavelo está en desacuerdo con él a la vez sobre los términos del problema a plantear, y sobre el papel del Estado.

Maquiavelo no intenta ya resolver, como los filósofos antiguos o los humanistas italianos, el problema del buen gobierno. Ha roto con esta tradición recibida de la escolástica y el humanismo. Filósofos antiguos, escolásticos y humanistas consideran primeramente los hombres, sus necesidades, sus reivindicaciones naturales y legítimas, para buscar después cómo el Estado puede asegurar sus derechos, ofrecer un abrigo tutelar a su actividad y su soledad. Maquiavelo, en el centro de su sistema político, establece no la necesidad de satisfacer los deseos naturales de los hombres, sino la necesidad de gobernarles. Afirma, en principio, el hecho del gobierno, e intenta definir cómo se impone mejor y en forma más duradera, por la persuasión o la fuerza. Sólo quiere definir las reglas más útiles y ciertas del arte de la política. Nada menos especulativo. Maquiavelo no considera ni el bien de los hombres ni sus derechos, sino los medios más seguros de imponerles un orden y una autoridad. Esta investigación, esencialmente técnica, no conduce únicamente a una filosofía del éxito político, atenta sólo a definir las causas psicológicas, morales o sociales, que lo determinan. A pesar de su indiferencia ante el ideal cristiano de los humanistas, Maquiavelo no puede evitar el problema moral, o, por lo menos, el problema del éxito político se transforma para él en un problema moral. Porque sólo estima el éxito en la medida en que el Estado lo aprovecha para su conservación, su reforzamiento o su defensa; de esta forma, el arte de la política se deja guiar por una ética, cuyo papel indispensable es cultivar las virtudes necesarias para la conservación del Estado, y que ya la ciudad antigua exigía de los ciudadanos: obediencia a las leyes, a los magistrados, respeto de las instituciones civiles, religiosas, militares. Virtudes activas que Maquiavelo desig-

na con una sola palabra, la "*virtù*", y que se oponen a la despreocupación, a la negligencia, a la pereza, a ese "*ozio*" que ha sido causa de la debilidad y pérdida de la república florentina. Una ciudad en la que los individuos practiquen estas virtudes, espontánea o coactivamente, es una ciudad con vida política. De ahí por qué Maquiavelo enseña estas virtudes a sus jóvenes auditores de los Orti Oricellari: no por buscar su perfección individual; el individuo y las virtudes personales sólo tienen importancia en la medida que pueden servir al Estado [5].

La concepción del Estado de Maquiavelo es más positiva y estrecha que la de Aristóteles. Como punto de partida el filósofo admite la sociedad humana, tal como nos es dada por la naturaleza, y lo que ella tiene el derecho de esperar del Estado. Maquiavelo plantea primero el problema del gobierno y el de los medios que le permiten exigir obediencia de los hombres y obligarles a practicar las necesarias virtudes. Y esto no porque Aristóteles quiera disminuir la autoridad del Estado. El Estagirita concibe el gobierno, para tomar unas palabras del lenguaje de nuestro tiempo, en el tipo totalitario La acción del Estado domina, regula, disciplina la vida de toda la sociedad. Aristóteles hace entrar en la política no solamente la técnica del gobierno, la legislación y la justicia, sino también el conjunto de los problemas de economía, instrucción pública, educación física, gimnasia, música, poe-

[5] *Discorsi*, II, Introd.; I, pág. 228: "Una città o una provincia... ordinata al vivere politico"; III, 8; I, pág. 361: "Una città che ancora viva politicamente". II, Introd.; I, pág. 229: "Estrema miseria, infamia e vituperio; dove non è osservanza di religione, non di leggi, non di milizia; ma sono maculati d'ogni ragione bruttura... E veramente, se la virtù che allora regnava, ed il vizio che ora regna, non fussino più chiari che il sole... acciochè gli animi de' giovani che questi mia scritti leggeranno possino fuggire questi e prepararsi ad imitar quegli...". I, Introd.; I, página 90: "Che di quella antica virtù non ci è rimasto alcun segno... Quel male che ha fatto a molte provincie e città cristiane uno ambizioso ozio". I, 47; I, pág. 197: "Dopo il 1494, sendo stati i principi della città cacciati da Firenze, e non vi essendo alcuno governo ordinato, ma più tosto una certa licenza ambiziosa, ed andando le cose publiche di male in peggio...".

sía y religión: toda la actividad humana. La ciudad no puede abandonar fuera de su control ninguna de las formas de esta actividad porque ninguna de ellas le es indiferente. El papel del Estado es educar, formar, cultivar al ciudadano, asegurar y organizar su vida intelectual y artística, su culto y sus relaciones con lo divino, asignarle su lugar en la jerarquía de las funciones públicas y del trabajo. El Estado envuelve así por todas partes al individuo y le disciplina.

El pensamiento de Aristóteles no es, sin embargo, el de un político, sino el de un moralista. El fin supremo de esta constante intervención del Estado en la vida de los grupos sociales y de los individuos no es el interés del Estado, sino el bien del hombre. Este fin no es político, sino ético: es, si así se puede hablar, humanista en el sentido goetiano del término. Se trata de asegurar, por medio de las leyes y las instituciones, por medio de la fuerza coercitiva de la ciudad, el más feliz, el más completo y armonioso desarrollo de las facultades humanas, de las potencias humanas, del espíritu humano. Es ahí donde radica verdaderamente la grandeza del pensamiento político de Aristóteles; y Dante es capaz de seguirle hasta ahí. Pero el secretario florentino no acepta este ideal, porque no es un humanista, porque su espíritu es menos amplio que el de Aristóteles o Dante; porque el hombre, las potencias humanas, el espíritu humano y el porvenir del espíritu humano le importan menos que a Leonardo de Vinci; lo que a él le importa no es solamente satisfacer los deseos y asegurar los derechos de los hombres, educarles y elevarles a un nivel más alto, sino gobernarles. El positivismo de Maquiavelo se restringe voluntariamente al dominio del Estado, excluyendo de él todo lo que, de cerca o lejos, no se refiera al arte de obtener los servicios y obediencia de los hombres.

Positivismo esencialmente romano. Roma había afirmado muy alto la autoridad del Estado sobre el individuo. Pero, en la práctica, había limitado la acción del Estado a los dominios de los hechos políticos, jurídicos, militares y religiosos; al dominio de las realidades donde la acción

del Estado busca y encuentra un apoyo, abandonando casi enteramente el resto a la iniciativa individual. Alumno de Roma mucho más que de Grecia, Maquiavelo reduce también el Estado a los límites de sus funciones políticas, jurídicas, militares y religiosas.

Concepción, sin duda, estrecha al lado del programa tan vasto, tan variado, tan grandemente humano y filosófico de Aristóteles. Pero concepción más práctica, más inmediatamente realizable, más fácil de reducir en breves fórmulas, aplicables sin demora en la acción y en lo real; concepción que había permitido a Roma subyugar a Italia, al mundo, fundar el Imperio, y, más tarde, fundar la Iglesia. Pero, tanto como por la sabiduría romana, Maquiavelo se deja aconsejar por las circunstancias. Su pensamiento se ve dominado por el sentimiento de una tarea inmediata, urgente, de salvación pública. Para salvar a Italia, o solamente a Florencia, es preciso primero construir la armadura del Estado; es decir, fundamentalmente, el gobierno y las funciones esenciales ligadas a él: lo primero la política. Fundar o reconstituir, sobre bases estrictamente políticas, jurídicas, militares o religiosas, el Estado, he aquí por el momento la única cosa necesaria; el resto vendrá por añadidura. Una vez fundado el Estado, si es necesario contra los hombres, y asegurado, por una sólida armadura, contra sus enemigos del interior y exterior, habrá después tiempo de pensar en los hombres, en sus necesidades, en sus deseos, en sus derechos.

* * *

Maquiavelo no es, sin embargo, un verdadero técnico de la política. Se eleva a una visión general de la evolución humana. Pero no considera ni la sucesión de formas económicas o sociales, ni el progreso del espíritu. Hombre de Estado, político, sólo desea estar atento a los destinos de los Estados, a las vicisitudes de las formas políticas. Cuando intenta filosofar no se le ocurre seguir a un filósofo; es de un historiador, el más exacto, el más estrictamente

político de los historiadores de la antigüedad, Polibio, de quien toma la teoría clásica del círculo eterno donde se encuentra fatalmente encerrada la sucesión de formas gubernamentales [8].

En principio los hombres vivieron dispersos a la manera de las bestias [9]. Más tarde, necesariamente reunidos en grupos, eligieron jefes para defenderse. La elección recayó sobre los más robustos y valientes. Así nacieron las primeras sociedades; con ellas aparecieron la noción de justo e injusto y se promulgaron las primeras leyes. Desde entonces no era suficiente seguir al más fuerte; se prefirió al más juicioso y prudente; y apareció la monarquía electiva. Pero pronto una primera usurpación la hizo hereditaria: el príncipe, olvidando las virtudes por las que el fundador de su estirpe había recibido los sufragios del pueblo, no pensó ya más que en su interés, en su deseo; se convirtió en tirano. Y los jefes de las más poderosas familias, con ayuda del pueblo, le derribaron. Nacen entonces repúblicas gobernadas por los hombres principales de la ciudad. Pero, una vez establecido, el régimen aristocrático degenera bien pronto en oligarquía. Los aristócratas no observan ya la ley ni la igualdad cívica; el gobierno de los mejores se convierte en la dominación arbitraria y desordenada de algunos, con desprecio del interés público y de los derechos de todos. Nueva tiranía, igualmente condenada a perecer. El pueblo, con la voz del primero que habla audazmente, se revuelve, destruye la oligarquía, se apodera del gobierno. Rechaza a la vez la autoridad única y personal del príncipe, la autoridad múltiple de los jefes de las grandes familias, la autoridad restringida de algunos hombres poderosos. Pero el régimen democrático se corrompe a su vez; la mayor parte de las veces de forma muy rápida, desde que desapareció la autoridad múltiple de los fundadores. La demagogia triunfante no respeta ya ni los derechos de los particulares, ni la autoridad de los magis-

[8] POLIBIO, *Historias*, VI, 3-10.
[9] Todo este proceso en *Discorsi*, I, 2; I, págs. 98-100.

trados, ni la ley. Cada cual regula su conducta según su interés. El desorden alcanza un punto tal que, para escapar a él, se restaura la monarquía. Y de nuevo la monarquía pierde sus virtudes y la ciudad recomienza las etapas que acaba de cubrir. Tal es el círculo que recorren necesariamente todos los Estados. Continuarían así hasta el infinito si la mayor parte de las veces el desorden y la debilidad que engendra esta perpetua inquietud no les condenaran a convertirse en presa de algún Estado vecino, en ese momento mejor organizado, más vigoroso, pero destinado él también a las mismas revoluciones, a las mismas repeticiones y a idéntico fin. Cuando dos siglos más tarde Montesquieu, en el VIII libro del *Espíritu de las Leyes*, estudia la corrupción de los príncipes de tres gobiernos, no hace más que recoger esta tesis clásica que Maquiavelo tomó de la antigüedad*.

Pero en ese círculo eterno al que las formas gubernamentales se encuentran indefinidamente encadenadas, el arte y la ciencia del hombre de Estado pueden determinar algunos momentos de espera y equilibrio, que, por lo demás —Maquiavelo no lo ignora—, son necesariamente limitados. Para evitar el peligro de estas revoluciones fatales la antigüedad había concebido y a veces realizado una forma de gobierno mixta que, participando de lo monárquico, de lo aristocrático y de lo popular, poseía así la estabilidad que falta a cada uno de estos tres elementos. Los tres principios que lo constituyen, al ejercer uno sobre el otro una acción constante, aseguran el mantenimien-

* *Discorsi*, I, 2; I, pág. 100: "E questo è il cerchio nel quale girando tutte le republiche si sono governate e si governano; ma rade volte ritornano ne' governi medesimi... Ma bene interviene che, nel travagliare una republica, mancandole sempre consiglio e forze, diventa suddita d'uno stato propinquo, che sia meglio ordinato di lei". El mismo ciclo viene presentado en una forma ligeramente distinta en los *Cahiers*, pág. 206: "Casi todas las naciones del mundo giran en este círculo: primero son bárbaras; conquistan, y se convierten en naciones organizadas: esta organización les hace prosperar, y se convierten en naciones civilizadas: la civilización las debilita; son conquistadas y se convierten en bárbaras: testigos de ello los griegos y los romanos".

to del pacto constitucional[9]. Cuando Licurgo estableció las leyes de Esparta supo atribuir a los reyes, a los nobles y al pueblo la parte de control que debía corresponderle en los asuntos públicos, y fundar un Estado que duró más de ochocientos años. Al contrario, por haber instituido un Estado puramente popular, Solón dejó una obra tan poco duradera que, antes de su muerte, Atenas cayó bajo la tiranía de Pisístrato. Después de la caída de los tiranos, constantemente amenazada por los complots de los grandes y la agitación de los pequeños, la democracia ateniense apenas pudo mantenerse durante más de un siglo. Comparada con el régimen lacedemonio, su vida fue breve. Pero Roma supo encontrar su equilibrio mejor que Atenas: supo crear un Estado tan duradero como la ciudad espartana, y más preparada que ella para el poder y la conquista[10].

Los primeros fundadores de Roma cometieron el error de instituir en principio una monarquía, demasiado indiferente a los derechos y a la libertad de los ciudadanos. La fuerza natural de las cosas, la fortuna de Roma, la inteligencia de sus legisladores, corrigieron los defectos de la primera institución. La insolencia de los reyes hizo nacer el gobierno consular y senatorial, donde se encuentran dos de los tres elementos esenciales: la autoridad monárquica y la autoridad de la aristocracia. Quedaba por introducir en este régimen el elemento popular. La insolencia de la nobleza ofreció al pueblo la ocasión de mostrar su fuerza. Sin abatir la autoridad monárquica de los cónsules, la autoridad aristocrática de la nobleza representada por el senado, el pueblo obtuvo participar en el gobierno; eligió a sus tribunos y recibió poco a poco acceso a las magistraturas. Una vez establecido el tribunado de la plebe la república romana llegaba a su final.

---

[9] POLIBIO, VI, 10-11, CICERÓN presenta la misma doctrina en el *De Legibus*, III, y en el primer libro del *De Republica*, que seguía extraviado en la época de Maquiavelo. Cf. LEÓN HOMO, *Les institutions politiques romaines; de la cité à l'Etat;* la Evolución de la Humanidad; núm. 18; París, 1927, en 8.º; págs. 136-147.

[10] *Discorsi*, I, 2; I, págs. 101-102.

Se constituía así un gobierno libre donde los cónsules perpetuaban lo que había que conservar del poder real y donde la nobleza y el pueblo se tenían un mutuo respeto [11]. Esta república perfecta, bien equilibrada, estable, dura hasta César, que la destruye, y, sobre sus ruinas, edifica un despotismo cuya maligna tradición sobrevive en el imperio de Carlos V [12].

* * *

A pesar del transcurso universal y fatal de las cosas humanas existen, pues, ciertas reglas donde se resume el arte de crear un Estado bastante duradero, bastante fuerte para resistir durante mucho tiempo a las causas internas de su disolución, y mantenerse frente a la oposición y hostilidad de los Estados vecinos. La república romana ofrece la forma ideal de este Estado, tal como vivió entre el establecimiento del tribunado y las guerras civiles. Las reglas esenciales que permiten fundar un gobierno como éste se deducen fácilmente de la historia de la república romana. Entre todos los Estados que fundaron los hombres éste fue el más fuerte, el más equilibrado, el más capaz de resistencia, de expansión y conquista. Para el teórico de la política la historia de los primeros siglos romanos es una historia privilegiada, más rica en enseñanzas que ninguna otra. Es esta historia la que primero debe conocer a fondo y la que debe iluminar siempre su pensamiento y su práctica.

Maquiavelo se propone estudiarla según Tito Livio; se entrega a la tarea de comentar, como teórico de la política, la obra completa del historiador paduano. Pero la brevedad de la vida humana no le permitió sobrepasar los diez primeros libros. Conoce también, sin duda, la historia griega, y, mejor que la mayor parte de sus contemporáneos, la historia moderna de Europa desde la caída del

[11] *Discorsi*, I, 2; 1, pág. 102; POLIBIO, VI, 11-18. Cf. principio del 16: «Τοιαύτης δὲ οὔσης τῆς ἑκάστου τῶν μέρων δυνάμεως, εἰς τὸ καὶ βλάπτειν καὶ συνεργεῖν ἀλλήλοις, πρὸς πάσας συμβαίνει τὰς περιστάσεις δεόντως ἔχειν τὴν ἁρμογὴν αὐτῶν ὥστε μὴ οἷόν τ'εἶναι ταύτης εὑρεῖν ἀμείνω πολιτείας σύστασιν».

[12] Véase pág. 91.

imperio de Occidente[13]; y conoce, en fin, mejor también que la mayor parte de sus contemporáneos, la política europea, en la que ha participado. Pero ni la historia griega, ni la historia moderna, ni la crónica reciente, contienen una enseñanza igual a la que, para un hombre de Estado, se desprende del pasado romano. Petrarca lo había afirmado como poeta. Los humanistas lo habían repetido como alumnos de Petrarca, con una seguridad que el espectáculo de Italia había poco a poco debilitado. Maquiavelo, que disfrutó mucho al contemplar el mundo moderno, pero que conocía sus taras y debilidades, después de un largo periplo a través de Italia y Europa, volvió a buscar las enseñanzas de la Roma consular y senatorial.

* * *

Así se define la obra intentada por Maquiavelo. El problema planteado permanece a un nivel estrictamente político. El método es histórico, analógico, experimental. Se funda sobre el hecho tal como lo da la historia. Poco importa que Maquiavelo atribuya al relato de Tito Livio una autoridad que no merece; la crítica de las leyendas relativas a los primeros siglos de Roma no había nacido. Partiendo de datos que juzga incontestables intenta seguir la evolución de las formas políticas, discernir las causas que determinan su aparición, su progreso, su decadencia. Bajo otros climas, en otros países, en otros tiempos y otros medios, estudia la evolución de formas análogas o diferentes. La historia griega y la historia moderna le permiten establecer, entre las instituciones romanas, las de Grecia y los Estados recientes, algunas comparaciones que ayudan a comprender el espíritu de unos y otros. El método de Maquiavelo se apoya, finalmente, sobre la expe-

[13] Conoce la obra capital de FLAVIO BIONDO, *Historiarum ab inclinatione Romanorum Décades*, terminada en Roma poco después de 1453, pero la que él ha utilizado es, sobre todo, en sus *Istorie fiorentine*, Cf. P. VILLARI, *Machiavelli*, III, págs. 207 y 221-227; Brani del libro I delle *Istorie* del Machiavelli messi a riscontro con altri delle *Storie* di Flavio Biondo.

riencia. Lo que pudo saber, por la práctica, del gobierno de una ciudad libre y sus relaciones con los Estados italianos o europeos le permite verificar a lo vivo las conclusiones que le sugieren las lecciones del pasado. De esta forma llega, según su expresión, a desprender el gusto y el sabor de los hechos históricos[14]. De esta forma se eleva poco a poco hasta los principios generales según los que se desarrollan necesariamente la sucesión y evolución de las formas políticas. "He examinado en principio a los hombres —dirá Montesquieu, lector de Maquiavelo—, y he creído que, en esta infinita diversidad de leyes y usos, no se conducían únicamente por su fantasía. He planteado principios y he visto a los casos particulares moldearse a ellos, como por su propio impulso. He visto que las historias de todas las naciones no son más que el desarrollo de estos principios y que cada ley depende de otra más general"[15].

II

En muchos aspectos el método de Maquiavelo se parece al de Leonardo de Vinci. En sus manuscritos, escalonados de 1489 a 1518, el pintor de la Cena de Santa María de las Gracias reunía entonces los elementos de una inmensa enciclopedia. Como Maquiavelo, Leonardo no es un puro humanista. Con preferencia a los filósofos, oradores y poetas ha frecuentado a los sabios de la antigüedad. La experiencia es para él la condición indispensable de toda ciencia real y que pretenda ser eficaz. Con una aptitud admirable para la observación y la larga paciencia del genio Leonardo define, clasifica y critica los hechos. Se eleva de las comprobaciones particulares a las leyes

[14] *Discorsi*, I, Introd.; I, pág. 90: "Non avere vera cognizione delle storie, per non trarne, leggendole, quel senso, nè gustare di loro quel sapore che le hanno in sè".

[15] *Esprit des Lois*, prefacio. Sobre Montesquieu lector de Maquiavelo, véase ETTORE LEVI MALVANO, *Montesquieu e Machiavelli*, Biblioteca del Instituto Francés de Florencia, 1.ª serie, 2, París, 1912, en 8.º

generales de donde vuelve a descender a la práctica. "Estudia primeramente la ciencia —dice—, y después la práctica nacida de esta ciencia... La mecánica es el paraíso de las ciencias matemáticas; con ella se consigue alcanzar su fruto" [16]. Trabaja incansablemente en el perfeccionamiento de las técnicas, se inventa, para las más diversas industrias, las máquinas más variadas. Pero, al mismo tiempo, este sabio universal se eleva a una visión general del mundo. El impulso de su espíritu supera el empirismo y el positivismo: porque la naturaleza está llena de infinitas razones que no estuvieron jamás en la experiencia. El universo está animado de una vida misteriosa; todas sus partes están ordenadas con vistas a un mismo fin. El determinismo físico traduce una necesidad interna y moral por donde se expresa una voluntad divina. De la misma manera, Maquiavelo, en la historia romana, en la comparación de la historia romana con la historia griega y moderna, en la confrontación de las teorías que ha podido extraer de los hechos con los acontecimientos de los que ha sido espectador, prosigue su estudio positivo. Se eleva a los principios generales; desciende de nuevo a la práctica. Podría decir, trasponiendo las palabras de Leonardo: "La política es el paraíso de las ciencias históricas; con ella se llega a su fruto" [17]. Pero Leonardo, que practica las ciencias positivas, y presiente que el hombre va a apoderarse de las leyes de la naturaleza y amoldarlas a sus necesidades, cuenta con el porvenir, admite la idea del progreso del espíritu humano y la obra humana. Por el contrario, la idea de un progreso en la evolución de las formas políticas no aparece en la obra de Maquiavelo. Como historiador está demasiado convencido de la superioridad del mundo antiguo sobre el moderno; conoce de-

[16] G. SEAILLES, *Léonard de Vinci, l'artiste et le savant; essai de biographie psychologique;* París, 1892, en 8.°, págs. 203, 343-344: "al frutto matematico".

[17] *Discorsi*, I, Introd.; I, pág. 90: texto citado pág. 129, n. 14: "... gustare di loro quel sapore che le hanno in se". En realidad, es posible que haya cogido esta fórmula de POLIBIO, *Historias*, I, 5: «τὸ χρήσιμον καὶ τὸ τέρπνον ἐκ τῆς ἱστορίας γαξεῖν».

masiado bien la decadencia de Europa después de la caída del imperio romano. Admite mejor que las cosas humanas giran en un círculo sin fin. La ley del eterno retorno, que a través de las revoluciones de la historia conduce el juego de la política, expresa para Maquiavelo, espectador de las cosas humanas, esa vida misteriosa que para Leonardo anima el mundo material. Mientras que en la armonía del universo material Leonardo quiere reconocer la acción ordenadora de una inteligencia divina, Maquiavelo, en el movimiento sin fin que arrastra perpetuamente a los Estados y la sociedad de los hombres, parece concentrar todo lo que su inteligencia, crítica y negadora, ha podido conservar de la noción de lo divino.

* * *

Esta idea del círculo que las cosas humanas recorren sin fin sirve de base a la ética de Maquiavelo. El fin de la actividad humana es encontrar de nuevo y recrear, con las raras mejoras que pueden parecer posibles, lo que ya una vez ha probado su excelencia. El pesimismo de Maquiavelo no parece concebir otro porvenir ni otro ideal para los modernos que el de volver a encontrar y a resucitar el genio político de Atenas y Roma, y sufrir a su vez, después de un período más o menos largo de grandeza y equilibrio, la decadencia de los imperios desaparecidos. La ética de Leonardo, que cree en el porvenir del espíritu humano, arrastrado de creación en creación, tiene más confianza en el destino humano que la ética de Maquiavelo, en donde el papel y el precio de la virtud se encuentran subordinados a la realización de una obra política que no es más que un nuevo comienzo; obra de éxito y duración necesariamente precarios, y condenada a perecer en virtud de la propia ley que promete su éxito. Como toda doctrina que se niega abrir ante el alma humana un horizonte ilimitado, el pensamiento de Maquiavelo es triste, pesaroso. Sin embargo, el decreto divino que condena a la sociedad de los hombres a recorrer en el mismo círculo sin salida la misma eterna carrera no

le lleva a dudar sobre el valor de la acción. Por el contrario, existen pocas doctrinas que, como la suya, exalten el valor de la acción individual [18]. En la historia Maquiavelo no intenta reconocer la acción colectiva de los pueblos, de las sociedades, de las clases, la acción misteriosa del genio anónimo que los románticos han visto nacer de las multitudes. Sería inútil buscar en él una palabra que haga presentir las intuiciones de Vico o Herder. Su inteligencia es demasiado positivista para detenerse en la historia ante el misterio de las realizaciones colectivas. El recorrido secreto de las ideas, de las teorías, de la doctrina, no le interesa en absoluto; no más que la lucha oscura de los intereses materiales. Para comprender los hechos necesita citar nombres, ver luchar a los hombres. Pero cree en la acción decisiva de los individuos que saben responder al llamamiento del destino, secundar las intenciones de la fortuna y, por lo menos, no desanimarse nunca. Así como explica la mayor parte de los acontecimientos por el efecto de los textos legislativos, en historia atribuye un papel capital, sin duda el primero, al legislador, que impone a la sociedad la disciplina de las leyes duraderas. Viene después el hombre de Estado que las aplica, las adapta a las cambiantes necesidades de los lugares y los tiempos. Rómulo y Numa, Licurgo, Solón, Moisés, son para él los más altos arquetipos humanos. Re-

[18] Maquiavelo concede un gran valor al libre arbitrio humano, y a la energía individual, que responde a la invitación de la fortuna: *Il Principe*, 26, I, pág. 82: "Ogni cosa è concorsa nelle vostra grandezza: el rimanente dovete far voi. Dio non vuole fare ogni cosa, per non ci torre el libero arbitrio, e parte di quella gloria che tocca a noi". De todas formas, incluso atribuyendo al destino un poder irresistible, los hombres que no pueden saber dónde les lleva este poder nunca se deben abandonar: *Discorsi*, II, 29; I, pág. 316: "Affermo bene, di nuovo, questo essere verissimo, secondo che per tutte le istorie si vede, che gli uomini possono secondare la fortuna e non opporsegli; possono tessere gli ordini suoi e non rompergli. Debbono, bene, non si abbandonare mai: perchè, non sapiendo il fine suo, e andando quella per vie traverse ed incognite, hanno sempre a sperare, e sperando non si abbandonare, in qualunque fortuna ed in qualunque travaglio si truovino".

presentan la inteligencia, aplicada a captar y definir en la ley las relaciones necesarias que la naturaleza de las cosas establece entre los hombres; representan la voluntad que impone la ley. En un plano inferior aparece el ciudadano. Por la fe y el entusiasmo con que acepta la ley, la obedece, y, soldado, se arma para defenderla, representa el sentimiento aplicado a la obra humana por excelencia, la creación y conservación del Estado. La acción del hombre inspirado que concibe e impone la ley, la acción del ciudadano soldado que la acepta y que obedece la disciplina hasta la muerte, son los únicos valores espirituales que el positivismo histórico y político de Maquiavelo reconoce. Pero exalta estos valores hasta el punto de venerar a aquellos hombres en los que con más fuerza aparecen como santos y héroes de una religión totalmente cívica y positiva, que, en el lúgubre círculo eterno donde giran las cosas humanas, reserva su culto y su amor al Estado [19].

Por lo demás, el curso de la historia conduce ya de nuevo —Maquiavelo no lo duda— a los hombres del Renacimiento hacia las más sublimes esperanzas. La ley del eterno retorno determina la renovación del arte y del pensamiento, de la ciencia política, de la acción gubernamental. Asegura a los modernos la certeza de restaurar por algunos siglos la grandeza romana. En este pasado en el que inscribió las huellas de su genio, Italia encuentra de nuevo lo que su genio ha creado ya una vez. Encuentra su primacía intelectual; va a encontrar su fuerza y su dominio entre los pueblos. La ley del eterno retorno garantiza su misión en el mundo moderno. Maquiavelo, precursor de Mazzini, define esta misión en la última página del *Arte de la guerra*, con palabras fatídicas: "No quiero que os abandonéis o perdáis confianza; porque este país parece, evidentemente, nacido para resucitar las cosas

[19] Indicaciones sobre la ética de Maquiavelo y los principios de esta ética en la obra de FRANCESCO ERCOLE, *La politica di Machiavelli*, Roma, 1926, en 8.°, 1.ª parte, L'etica del Machiavelli, y FRIEDR. MEINECHE, *Sie Idee der Staatsräson* (véase bibliografía), páginas 39-51.

muertas, como se ha visto con la poesía, la pintura y la escultura" [20].

III

De esta forma Maquiavelo se exalta ante el presentimiento de una grandeza que fue y que va a renacer. La intuición del poeta prolonga el cálculo positivo del científico. Pero el sueño de Leonardo de Vinci abraza todo el porvenir humano. Sus prodigiosas visiones son las de un hombre cuyo genio recorre, con fe y esperanza, todo el dominio de las ciencias que, a través de la antigüedad, la Edad Media árabe y cristiana, ha constituido lenta y seguramente el esfuerzo incesante del espíritu. Su poesía es verdad, porque se nutre de un saber enciclopédico y positivo. El estudio del secretario florentino, mantenido en más estrechos límites, sólo le permite el sueño de un hombre de Estado.

El problema que se plantea Maquiavelo se limita voluntariamente a la política. Emprende la tarea de definir los medios más seguros que, en el universal transcurso de las cosas, en el círculo donde las formas políticas se sucederán sin fin, permiten fundar un Estado sólido y mantenerlo contra las amenazas internas de disolución, contra los peligros del exterior; conservarlo, detener su decadencia, reformarlo. Problema de arte político. Porque Maquiavelo, como los hombres de Estado florentinos, será ante todo un técnico de la política. En efecto, la política le parece dominar y mandar la economía y la vida social [21].

---

[20] *Dell'arte della guerra*, VII, I, pág. 620: "Di che non voglio vi sbigottiate o difficiate; perchè questa provincia pare nata per risuscitare le cose morte, come si è visto della poesia, della pittura e della scultura.

[21] Las libertades públicas determinan para Maquiavelo la fuerza y la prosperidad de un Estado: *Discorsi*, II, 2; I, págs. 235-236; "Si vede per esperienza le città non avere mai ampliato nè di dominio nè di ricchezza se non mentre sono state in libertà... Subito che nasce una tirannide sopra un vivere libero, il manco male che ne risulti a quelle città è non andare più innanzi, nè crescere più in potenza o in ricchezze...".

Hay, finalmente, razones de salud pública que le imponen tomar este camino. Quien quiera salvar a Italia, o solamente a Florencia, debe, ante todo, construir o reconstruir la armadura del Estado. Lo primero, la política.

* * *

Análogamente, el estudio científico de Maquiavelo se impone unos estrictos límites. Recae casi únicamente sobre el estudio de los hechos que parecen concurrir a la conservación del Estado. Primeramente, y sobre todo, hechos de orden político: leyes, instituciones, constituciones, actividad del legislador, del hombre de Estado, del ciudadano; hechos de orden militar, estudiados no bajo su aspecto técnico especial —Maquiavelo se impone esta tarea, sin la debida competencia, en los *Diálogos sobre el arte de la guerra*—, sino en las relaciones que mantienen con las necesidades de la defensa nacional y el espíritu de las instituciones; hechos de orden diplomático, estudiados no bajo su aspecto técnico y especial, sino en cuanto a las relaciones que se establecen naturalmente entre los Estados, según las necesidades de su competencia, de su equilibrio, y de una eterna lucha en donde la trampa acude en ayuda de la fuerza. Y, en fin, hechos de orden religioso. Pero Maquiavelo, escasamente informado de las religiones antiguas, poco accesible a los sentimientos e ideas que constituyen la esencia del cristianismo, sólo considera los hechos religiosos en las relaciones que mantienen con la política, y la religión como un medio subordinado a los fines del Estado.

Todo lo que constituye la vida social y la vida política queda al margen de su estudio. Maquiavelo conoce la política, la legislación, la diplomacia, y cree conocer la guerra; conoce mal y desdeña la economía. Afirma sumariamente que no podría disertar sobre el arte de la lana o de la seda, sobre los beneficios de los mercaderes[22]. En

[22] Carta a Francesco Vettori; Florencia, 9 de abril de 1513; ed. Mazzoni, pág. 882: "Non sapendo ragionare nè dell'arte della seta e dell'arte della lana, nè de' guadagni, nè delle perdite, e'

osta Italia donde desde el siglo XIII, especialmente en Florencia, la industria de la lana evolucionaba hacia el tipo moderno de empresa capitalista, en esta Europa donde la misma industria, y en la misma época, tomaba en Brujas idéntico carácter, y creaba ahora en los Países Bajos, bajo la dirección del capitalismo comercial de Amberes, un inmenso volumen de asuntos y una inmensa riqueza. Maquiavelo permanece voluntariamente ajeno a las cuestiones industriales negándose a interesarse en ellas. Desde la Edad Media Italia participaba en los grandes intercambios orientales, a través de sus puertos del Mediterráneo; había creado las primeras repúblicas mercantiles y el poder de Venecia, todavía casi intacto a pesar de tantas causas interiores y exteriores de debilitamiento; el descubrimiento de nuevas vías hacia las Indias, de nuevos continentes más allá del Atlántico, renovaban en toda Europa las empresas y el espíritu del gran comercio; y, sin embargo, Maquiavelo conoce mal las cuestiones comerciales y no se da cuenta de su importancia. Florencia había sido una de las capitales de la Banca italiana e internacional; los Médicis dominaban la república porque, antes de los Fugger de Augsburgo, habían sido los más poderosos banqueros de Europa; la alianza de la Banca y la Santa Sede constituía un hecho histórico cuya evidencia no escapaba a ningún observador extranjero, especialmente a Erasmo [28]. Y a pesar de esto Maquiavelo no se interesa en los asuntos financieros y dinerarios. Desde el siglo XIV el progreso del capitalismo industrial había agravado en Florencia las dificultades sociales, la lucha de clases, el con-

mi conviene ragionare dello stato". Sobre Maquiavelo economista, nomeras indicaciones en el estudio de JEAN THEVENET, *Les idées économiques d'un homme d'Etat dans la Florence des Médicis; Machiavel économiste;* Villefranche-sur-Rhône, 1922, en 8.°, Cf. GINO ARIAS, *Il pensiero economico di Niccolò Machiavelli;* Annali di Economia, Milán, marzo de 1926, págs. 1-30.

[28] A. RENAUDET, *Erasme économiste, dans Mélanges offerts à Abel Lefranc*, París, 1936, en 8.°, págs. 130-141; pág. 134. ERASMO, *Opera omnia*, Leyde, 1703-1706, 10 vols., en folio; II, *Adagia*, 337 B: "Hodie res adeo recepta est apud Christianos, ut... foeneratores propemodum inter Ecclesiae columina habeantur..."

flicto cada día más violento del patronato con los talleres; en 1378 los rencores y cóleras del "pueblo famélico" contra el "pueblo obeso" habían provocado una primera tentativa de revolución social, conducida por el proletariado de los Ciompis. Maquiavelo olvida el aspecto social de la vida de los pueblos. La lucha oscura de los intereses materiales no cautiva su atención. Hombre de Estado, político por carrera y espíritu, sólo ve en los conflictos sociales episodios secundarios de la lucha llevada en primer plano por los partidos políticos, las facciones políticas y sus jefes, sin esforzarse demasiado en descubrir la realidad económica y social. Cuando intenta explicar estas luchas recurre a fórmulas clásicas y vacías, herencia trivial de los historiadores romanos: insolencia de los nobles, malos tratos infligidos a la plebe; la impaciencia del pueblo; diversos estados de humor del pueblo y los grandes.

Dino Compagni, Donato Velluti, Giovanni y Matteo Villani, cronistas florentinos del siglo XIV, habían captado mejor que él la influencia predominante de los intereses mercantiles en las sociedades modernas. Maquiavelo continúa siendo alumno de Lionardo Bruni, de Poggio Bracciolini, historiadores humanistas y desdeñosos de las realidades materiales que el arte de la crónica primitiva sabía describir. Habían disfrazado con máscaras romanas a los hombres de los partidos florentinos, despreciando su tiempo hasta el punto de juzgar pueril y mezquina la inteligente curiosidad de los viejos cronistas por la vida cotidiana de los pueblos modernos y el detalle familiar de su trabajo. En virtud de una profunda afinidad, efecto de su temperamento y su educación clásica, Maquiavelo eligió a Tito Livio y Polibio como maestros de sus estudios históricos. Y en el estudio de la historia olvida lo que ellos han olvidado; como ellos, no atiende más que al drama de los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares; la acción del legislador; la evolución de los principios y de los caracteres que imprimen a las instituciones.

Maquiavelo aleja finalmente de su estudio, si no la vida moral, que reduce por lo demás a la práctica de las virtudes cívicas, al respeto por la ley y por las tradiciones

y prácticas religiosas cuya conservación juzga necesaria el Estado para su propio mantenimiento, por lo menos toda la vida intelectual: el esfuerzo de las generaciones humanas para comprender el mundo y comprenderse a sí mismas; para expresar lo que hay en ellas de más secreto y profundo. Arte y letras, trabajo del espíritu y del pensamiento, son para Maquiavelo terrenos donde personalmente, como autor de relatos y comedias, como poeta, incluso como teórico de doctrinas políticas y filósofo de la historia, pudo buscar y obtener un rango eminente; terreno, sin embargo, donde la ciencia histórica no tiene ninguna razón para aventurarse. Maquiavelo pudo escribir una historia de Florencia sin hablar de letras o de arte.

* * *

Si se quiere medir exactamente lo limitado del problema que Maquiavelo se ha planteado, lo limitado del estudio que ha emprendido, es suficiente hojear el *Espíritu de las Leyes*. El problema afrontado por Montesquieu recuerda, sin duda, al que Maquiavelo quiso resolver; pero en el primero se aborda de una manera más general, está planteado en términos más filosóficos, por un hombre de pensamiento más vigoroso y profundo. Maquiavelo estudia las medidas prácticas, inmediatas, positivas, que, en diversas circunstancias determinadas precisamente, permiten construir sólidamente un Estado, principado o república. De hecho, busca y define las diversas reglas de la técnica gubernamental. Montesquieu, historiador como Maquiavelo, instruido, como Maquiavelo, sobre los asuntos del Estado, informado del derecho mejor que Maquiavelo y tan bien como él de la política, más filósofo que Maquiavelo y de un talento más ampliamente humano, estudia el arte de crear la ley, de adaptarla a las condiciones más cambiantes de la vida de los Estados y las sociedades. Analiza la regla jurídica para que ésta pueda servir de base al Estado, bajo las diversas formas que producen los diversos datos de la naturaleza y la historia. Principado absoluto, Principado constitucional, Estado republicano, aris-

tocrático o democrático, o de un tipo todavía desconocido que la evolución de las cosas humanas hiciera surgir. Y Montesquieu hace así entrar en su estudio todo lo que Maquiavelo ha olvidado.

Cuando, en los doce primeros libros del *Espíritu de las Leyes*, estudia los principios de los tres gobiernos, las relaciones de las leyes con los principios, la corrupción de esos principios, las leyes en sus relaciones con la fuerza ofensiva y defensiva, las leyes que forman la libertad pública en su relación con la Constitución y con el ciudadano, la investigación que emprende y lleva metódicamente, aunque mucho más amplia y completa, recuerda el estudio de Maquiavelo; y él mismo reconoció lo que debía a este precursor, y, como dice, a este gran hombre[24]. Pero los libros siguientes ensanchan en seguida este análisis. Descubren las relaciones entre las finanzas públicas y la libertad; se esfuerzan en definir en qué medida las instituciones vienen determinadas por el clima y la geografía física; por la evolución de la economía, del comercio, de la moneda y de la Banca; por las condiciones demográficas, la vida intelectual, moral y religiosa. Maquiavelo no tuvo en cuenta ninguna de estas relaciones, ninguna de estas influencias[25].

Y, en fin, cuando Montesquieu, concluido el estudio, parece ya haber terminado, después de haberse elevado a una visión teórica y general, considerando las leyes en las relaciones que deben tener con el orden de cosas sobre las que estatuyen, estudiando la manera de componer las leyes y ofreciendo como ejemplo el origen y revolución de las leyes romanas sobre las sucesiones, aborda el problema de una acción inmediata y práctica. Puesto que escribe en Francia y su lector piensa, sobre todo, en la necesidad de reformar el gobierno, el sistema de leyes y la Constitución del reino, Montesquieu, en sus dos últimos libros, intenta definir la evolución histórica, y, por tanto,

---

[24] *Esprit des Lois*, VI, 5; Yo adoptaría de buen grado la máxima de este gran hombre...

[25] Libros XIII-XVIII, XX-XXIII, XIX, XXIV, XXV.

el sentido de las instituciones francesas, para determinar los medios y posibilidades que se presentan frente a todo esfuerzo de restauración o reforma. Resume los trabajos de los juristas e historiadores que se han dedicado al estudio de las instituciones nacionales; esboza una teoría de las leyes feudales entre los francos, en lo que tienen de común con las revoluciones de la monarquía [26]. Pero Maquiavelo, que escribe para lectores italianos y florentinos que en 1513 y 1519 pensaban, evidentemente, en la reforma de sus gobiernos debilitados, no se tomó el trabajo de construir una teoría histórica de estas instituciones, florentinas o italianas, que era preciso conocer bien antes de hablar de ellas. Sólo intentó esta empresa tardíamente, entre 1520 y 1525, época en que escribe sus *Istorie fiorentine*. E incluso para ello tuvo que recibir de los Médicis el encargo de escribirlas, como historiógrafo oficial. La mayor parte de los *Discursos sobre la primera década* estaba ya compuesta; y si en las *Istorie* se puede descubrir algunas influencias de las teorías expuestas en los *Discursos*, lo contrario no es verdad, y el estudio de las instituciones florentinas y de su evolución, aunque no esté ausente en los *Discursos*, no parece haber ejercido una sensible influencia sobre las teorías generales que forman su trama [27].

* * *

Maquiavelo no es Montesquieu; *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década* no son el *Espíritu de las Leyes*, aunque sin Maquiavelo Montesquieu no hubiera concebido y escrito ciertas páginas [28]. Pero la simple aproximación de las dos obras ayuda a medir lo que queda de incompleto, de primitivo, de un poco arcaico, en el esfuerzo del secretario florentino. Algunas escuelas exaltan en él un maestro de talento inigualado: no hay motivo

[26] Libros XXVI y XXIX, XXVII, XXX-XXXI.

[27] Preciosas indicaciones sobre el gobierno y la política de Florencia, en *Discorsi*, I, 47; II, 23; III, 9; III, 30.

[28] E. LEVI-MALVANO, *Montesquieu e Machiavelli*, en particular capítulo 3, Idee generali, y 4, I Romani.

para agobiar su memoria con tales honores. A pesar de su talento, Maquiavelo no es un guía infalible; y si, en la penetración y en la segura claridad de su espíritu, difícilmente se le puede superar, la solución de un problema planteado en términos sistemáticamente estrechos, los resultados de un estudio sistemáticamente estrecho, no pueden conducir más que a conclusiones limitadas. La ciencia de Maquiavelo sólo puede dispensar enseñanzas cuya limitación es preciso reconocer. No hay motivo para buscar a su alrededor una respuesta a cuestiones que ha olvidado. Estas cuestiones son a veces más interesantes que las que quiso resolver; puede ocurrir que nos veamos impedidos a resolver las que él se plantea, antes de haber resuelto previamente las que no se plantea. De esta forma Maquiavelo ha dejado mucho por decir a sus sucesores, e incluso a sus propios contemporáneos.

* * *

Define exactamente el armazón del Estado. Su demostración de cómo se arma el Estado por el establecimiento de un gobierno fuerte es notable. Ha estudiado dos tipos esenciales de Estado y de gobierno; Estado monárquico en el libro del *Príncipe*, Estado republicano en los *Discursos sobre la primera década*. Ha estudiado y definido los medios más matemáticamente seguros de fundar, de conservar, de reforzar un gobierno autoritario. En el libro del *Príncipe* su demostración puede juzgarse perfecta, desde el punto de vista técnico. En los *Discursos sobre la primera década* ha buscado y definido los medios más matemáticamente seguros de fundar, conservar y reforzar un gobierno republicano. Pero, como no lo pudo terminar, la exposición no presenta ya, como en *El Príncipe*, el carácter de un encadenamiento de conclusiones. El lector sigue el análisis que Maquiavelo ha querido instituir, siguiendo esencialmente la historia de Roma, de los diversos problemas capitales que plantea toda política republicana. Este análisis es el de una mente poderosa, que, por el vigor y claridad de sus visiones y la concisión de las fórmulas, se

parece a Montesquieu. Pero no se preocupa de extraer conclusiones y de construir síntesis. Se puede desprender de él un cierto número de reglas, de máximas y de principios, sobre las únicas condiciones que aseguran al Estado republicano la sólida armazón de un gobierno bien organizado.

* * *

Esto, sin duda, es considerable, pero hay que declarar, sin embargo, que falta el resto. Maquiavelo se dedicó a resolver un problema de álgebra aplicada a la técnica gubernamental. Pero no se preguntó si el edificio que ha construido con este arte infalible puede ofrecer garantías a los hombres y a su trabajo. Esto le interesa poco. La cuestión de las relaciones jurídicas y legales entre los hombres apasiona a Montesquieu; la de la organización del trabajo, de la producción y del reparto de las riquezas preocupó durante mucho tiempo a los teólogos de la Edad Media: ambas dejan a Maquiavelo indiferente. Y ambas emocionaron a ciertos contemporáneos suyos.

En 1516, cuando hacía tres años que había acabado *El Príncipe* y trabajaba en la composición de los *Discursos*, con algunos meses de intervalo, salían de las prensas de Bale y Lovaina la *Institutio principis christiani*, de Erasmo, y la *Utopía o Tratado de la mejor forma de gobierno*, que Tomás Moro acababa de escribir en una especie de colaboración amical con Erasmo. Sería, evidentemente, fácil y ocioso oponer al duro realismo e inmoralismo de Maquiavelo la filantropía caprichosa del escritor inglés, la inspiración cristiana de Erasmo y su evangelismo afectuoso. No es ésa la cuestión. Pero, en la *Utopía*, el gran abogado de Londres, el futuro canciller de Inglaterra, supo juzgar, como hombre de gobierno y economista, la política monetaria o la legislación agraria de los dos primeros Tudor y escribir una página ya clásica sobre los efectos de este movimiento irresistible que llevaba a transformar en vastos dominios cerrados, en manos de los grandes propietarios, las parcelas diseminadas sobre la ruina de las aldeas abandonadas; sobre el pulular trágico de los jor-

naleros sin trabajo convertidos en pobres. Y hasta la *Institutio principis christiani*, de Erasmo, no constituye en absoluto la amplificación demasiado fácil de un humanista cristiano. Contra el mal gobierno de los príncipes la crítica erasmiana formula algunos reparos positivos y reales. Erasmo conoce bastante bien la política europea y la economía. Su viaje a Londres, junto a Tomás Moro, no fue inútil, así como la frecuentación, en Amberes, de algunos de esos grandes burgueses que fundaban entonces, sobre la Banca, el comercio marítimo y la libre industria, el capitalismo moderno. Erasmo y Tomás Moro están mejor informados que Maquiavelo, porque se preocupan más de las humildes necesidades que rigen la existencia cotidiana de los hombres. Les han visto vivir desde cerca, más cerca que Maquiavelo, en su palacio de la Señoría o durante sus misiones diplomáticas junto a César Borgia o Julio II, Maximiliano o Luis XII. Bajo su ironía esconden más compasión, más auténtica amistad hacia las miserias humanas. La *Institutio principis christiani*, y hasta la *Utopía*, de Tomás Moro, a pesar de la fantasía que despliegan, desarrollan un programa positivo, concreto, cuidadosamente elaborado de reforma legislativa, económica y social, que Maquiavelo no se ha tomado el trabajo de esbozar, ni en *El Príncipe*, ni incluso en los *Discursos sobre la primera década*[39].

IV

Si Maquiavelo ha planteado en términos bastante estrechos el problema que quiso resolver, si su estudio ha resultado muy incompleto, y si las conclusiones de su investigación son necesariamente limitadas, es preciso reconocer al mismo tiempo que todo este esfuerzo conducía a un programa de acción bastante decepcionante. No solamente porque sea doble, y Maquiavelo deje al lector moderno una teoría del gobierno republicano y una teoría

[39] A. RENAUDET, *Etudes érasmiennes*, París, 1939, en 8.º, páginas 76-85.

del gobierno personal. Pero su teoría republicana se compone al fin de elementos clásicos y tradicionales, y, a pesar del más profundo deseo del autor, es poco susceptible de ser utilizada en el mundo moderno. Su teoría monárquica está hecha de elementos que pertenecen, sobre todo, a la práctica italiana de los siglos XV y XVI, a la práctica de los príncipes y tiranos italianos del tiempo del Renacimiento; teoría adaptada a pequeños Estados, a ciertas circunstancias históricas, a ciertas formas de civilización, a ciertas condiciones de tiempo y lugar; difícilmente aplicable a otros tiempos y a otros lugares; poco susceptible de ser empleada en el mundo moderno.

* * *

El programa republicano de Maquiavelo está tomado, en efecto, sin modificación sensible, de la ciencia política de los antiguos. El ideal que se define en los *Discursos*[88] es el de ese gobierno de tipo mixto que aquéllos habían descrito muchas veces; un gobierno donde se compensa y equilibra la acción de tres principios aparecidos desde que los hombres fundaron las ciudades. El principio monárquico se afirmaría ahí vigorosamente por la fuerte autoridad y perpetuidad de la magistratura suprema y responsable de la conducta del Estado. La aristocracia constituiría, para hablar el lenguaje de Montesquieu, una especie de segundo poder. Como su instinto conservador y el deseo de guardar sus ventajas sociales la llevarían, naturalmente, a mantener el equilibrio y la solidez del Estado, sus asambleas y magistraturas se encontrarían necesariamente investidas del papel que las Constituciones consulares e imperiales, desde el siglo VIII hasta 1814, atribuyeron al Senado conservador y al Consejo de Estado. Y, en fin, las clases populares, cuyo trabajo produce la riqueza del Estado, cuya fuerza y número mantienen

[88] LEONHARD VON MURALT (véase bibliografía, pág. 36) se esfuerza en demostrar que el ideal republicano de Maquiavelo procede en gran parte de la práctica de los cantones suizos. Esta tesis, aunque interesante, no deja de ser discutible.

la solidez de sus ejércitos, estarían protegidas contra el egoísmo y las violencias de la aristocracia por las leyes constitucionales. Participarían en las asambleas; para representarlas y defenderlas contarían con las magistraturas; podrían acceder a las magistraturas supremas; intervendrían en la obra legislativa, e impondrían allí las modificaciones, transformaciones, correcciones y reformas cuya utilidad evitaba reconocer el egoísmo aristocrático.

Maquiavelo encontraba este régimen ideal mal realizado en Florencia, donde el *gonfalonier* a perpetuidad Soderini no había sabido ejercer mucho mejor que los antiguos pretores y el *gonfalonier* de justicia la autoridad de quien manda en nombre del Estado. Al mismo tiempo, la evolución de la ciudad florentina condujo a un excesivo debilitamiento de la vieja aristocracia, de esas antiguas familias de grandes propietarios que, en la época de Dante, protestaban ya amargamente contra su propia decadencia. De esta forma se fue desarrollando una falsa democracia de mercaderes, banqueros y hombres de acción; oligarquía tumultuosa, dividida, deseosa únicamente de riqueza y ganancias, convertida en seguida en dueña de una autoridad pública cada vez más débil. De ahí tantos trastornos, tantos desórdenes, tantas revoluciones inacabadas, que Dante, aristócrata y autoritario, deploraba ya. Tumultos, desórdenes, semirrevoluciones favorables al desarrollo de la actividad facciosa, a las ambiciones de los individuos sin escrúpulos y con prisa en fundar, con la ayuda de las clases oprimidas y descontentas, un poder personal. De ahí el establecimiento y mantenimiento, durante sesenta años, de la tiranía mediciana; de ahí el mal gobierno de la república restablecida en 1494, régimen de desorden y pereza, propicio a la intriga y el complot; de ahí también la reciente restauración de los Médicis, apoyados por los descontentos del interior y de los extranjeros enemigos contra los que un gobierno sin virtud no había sabido organizar la defensa nacional [21].

[21] *Discorsi*, III, 30; I, pág. 410: "Quell'altro oreveda col tempo, con la bontà, con la fortuna sua, col beneficare alcuno...

Por el contrario, Maquiavelo veía triunfar este ideal de gobierno estable y equilibrado en Roma, entre la fundación del tribunado y las guerras civiles; en la Roma salvada después del desastre de Cannes por la fuerza misma de su institución, como Montesquieu diría más tarde [28]; y, por esta misma fuerza, victoriosa de Cartago y dueña en seguida de todo el mundo mediterráneo. En el orden político el genio romano da entonces toda la medida de su fuerza y grandeza. La autoridad de los cónsules, suplida en ese momento por la autoridad provisional del dictador, mantiene enérgicamente la acción del principio monárquico. El Senado, guardián de la Constitución, comparte con los cónsules la iniciativa de las nuevas leyes, y juega plenamente el papel esencial que la ciencia política asigna a la aristocracia. El pueblo, cuyos derechos y libertades defienden los tribunos, participa, en justa medida, de la acción de los magistrados y la obra legislativa. La propia vivacidad y violencia de las luchas que enfrentan al pueblo y el Senado tienen el saludable efecto de refrenar, por una y otra parte, todo esfuerzo de invasión y usurpación, de obligar a unos y otros a respetar el pacto constitucional.

Tal es el gobierno que describen Polibio, Cicerón y Tito Livio. Sin duda, el más juicioso gobierno que haya conocido nunca el hombre [29]. Pero, en el círculo eterno donde giran la historia de las ciudades y las instituciones, la obra del hombre de Estado consiste en volver a encontrar, recrear, resucitar, lo que una vez se ha demostrado per-

---

potere superare tanti che per invidia se gli opponevano, sanza alcuno scandalo, violenza e tumulto; e non sapeva che il tempo non si può aspettare, la bontà non basta, la fortuna varia, e la malignità non truova dono che la plachi". Cf. I, 47; I, pág. 197: "Dopo il 1494, sendo stati i principi della città cacciati da Firenze, e non vi essendo alcuno governo ordinato, ma più tosto una certa licenza ambiziosa..."

[28] *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*, cap. 4.

[29] *Discorsi*, II, 33; I, pág. 324: "Lo estimo che sia da considerare, leggendo questa liviana istoria, volendone fare profitto, tutti e' modi del procedere del Popolo e Senato romano",

fecto. Por tanto, las ciudades y los Estados de Italia, y hasta, si fuera posible, los demás Estados modernos, todavía bárbaros, deberían inclinarse hacia un restablecimiento del sistema de gobierno de la república romana.

* * *

Puede uno preguntarse qué valor tiene semejante programa. No se puede censurar al autor por haberlo tomado casi enteramente de la antigüedad, puesto que su concepción de la historia universal y de la superioridad del mundo antiguo sobre el mundo moderno, su concepción de la ciencia política y de la necesaria modestia a que debe limitarse una obra de restauración, justifican esta imitación. Pero en seguida aparece que un programa como éste está hecho a la medida de la ciudad antigua o la comuna medieval y no a la del gran Estado moderno, ese Estado que Maquiavelo hubiera deseado, sin embargo, para Italia.

Se podría objetar que un régimen como éste ha subsistido en Roma durante la conquista de Italia, del Mediterráneo, del Oriente, de España. Es fácil responder que esta conquista le ha destruido, que no ha sobrevivido y no podía sobrevivir, porque no se adaptaba a ella. Las invectivas de Maquiavelo contra los políticos responsables de las guerras civiles, contra Mario y Sila, contra César, no pueden suprimir este hecho elemental: la vieja Constitución senatorial no convenía al gobierno de un imperio. De la misma forma este programa podría resultar a la medida de la comuna medieval; a la medida de Florencia, aunque Dante lamentara que ya no fuera de su tiempo; establecida en un pequeño círculo circunscrito por un estrecho horizonte. Pero una vez que Florencia se hizo dueña de Toscana se planteaba una nueva cuestión: la de las relaciones con las ciudades dominadas; y la vieja constitución comunal no había sabido resolverla. Maquiavelo responde que Florencia debería haber seguido el ejemplo de la república romana. Esta había admitido que las ciudades italianas compartieran sus derechos soberanos y las

había asociado a su política; igualmente, Florencia podía crear con las ciudades toscanas una confederación análoga a la de las ciudades etruscas. Pero los acuerdos de Roma con las ciudades italianas, que la aristocracia senatorial continuaba explotando y dominando duramente, no pudieron impedir ni las guerras sociales ni las guerras civiles. Incluso si Florencia hubiera creado una confederación de ciudades toscanas, reforzándose así frente a los otros Estados italianos, el egoísmo de las clases que dirigían su política sólo hubiera concedido a los burgos del dominio una autoridad ilusoria, como el Senado a los municipios italianos; y el tipo constitucional así realizado hubiera sido singularmente provinciano, estrecho, y una débil muestra del gran Estado moderno que a Maquiavelo le hubiera gustado fundar. Había que encontrar otra cosa. El programa de política republicano que el secretario florentino había esbozado según el modelo de la Roma consular y senatorial, programa a la medida de la ciudad antigua o de la comuna medieval, apenas se adaptaba a lo que puede llamarse el sueño de Maquiavelo: la creación en Italia de un Estado unitario. E incluso casi no se adaptaba a una reforma duradera de la república florentina, soberana de las ciudades de Toscana.

* * *

Si se intentara definir, en la práctica, el carácter que podría tomar un Estado nacional de Italia se impondría, sin duda, la idea de una federación, como en los tiempos de Lorenzo el Magnífico. La variedad de los Estados italianos, las tradiciones, muchas veces preciosas, del particularismo italiano, sólo permitían unir los pueblos de Italia mediante un amplio pacto [34]. Entre las tradiciones políticas de Florencia y Venecia no existía casi nada en común; nada en común tampoco entre las dos grandes re-

[34] Sobre las tradiciones del particularismo italiano véase el texto de GUICCIARDINI, *Considerazioni sui Discorsi del Machiavelli*, I, 12, citado pág. 131, n. 36.

públicas y las tiranías del Norte o el reino de Nápoles, por no hablar de la Santa Sede. En el interior mismo de ciertos Estados, como el ducado de Milán o el reino de Nápoles, persistían algunas supervivencias feudales: de ahí que, según Maquiavelo, esos Estados no estuvieran maduros para la vida civil. Antes de haber establecido la autoridad absoluta de un príncipe bastante fuerte para reducir a una clase dañina, no se podría emprender una reforma política[35]. Un Estado nacional de Italia sólo podía, pues, concebirse bajo el aspecto de una federación de repúblicas y Estados de gobierno personal.

Pero Maquiavelo ha conocido en Europa Estados de tipo federalista. Conoce la fuerza del lazo federal que une a los cantones suizos. La propia Constitución del imperio, que admite a la vez ciudades libres y gobiernos de régimen personal, podría ofrecer un modelo si la autoridad del emperador se mostrara capaz de conducir tantas fuerzas latentes y dispersas[36]. Pero no se puede sacar del texto de Maquiavelo más de lo que contiene. Sería arbitrario definir su pensamiento cuando éste es vago, y atribuirle, a propósito del Estado unitario de Italia, visiones sistemáticas y completas, cuando su doctrina jamás se ha llegado a precisar sobre este punto. Para fundarlo hubiera hecho falta expulsar primeramente a los bárbaros, y los españoles parecían decididos a quedarse; hubiera hecho falta abatir el poder temporal de los papas, que continuaba sólido y bien vivo, incluso después del saqueo de Roma; y, en fin, arruinar en Italia la autoridad del emperador, más poderoso ahora que lo había sido durante tres siglos. De ahí que Maquiavelo no concluya; de ahí también que de sus *Discursos sobre la primera década* no se desprenda ninguna lección verdaderamente utilizable, ni para la fun-

---

[35] Véase pág. 96, n. 28. *Discorsi*, I, 55; I, pág. 212: "Ed a volere in provincie fatte in simil modo introdurre una republica, non sarebbe possibile: ma a volerle riordinare se alcuno ne fusse arbitro, non arebbe altra via che farvi uno regno".

[36] *Ritrato delle cose della Magna*, I, págs. 697-705.

dación de un gobierno moderno de tipo federativo ni para la fundación de un gobierno moderno de tipo republicano.

* * *

Pero al secretario florentino le había impresionado, y era natural, el progreso de las grandes monarquías de Occidente. Para salvar a Italia estaba dispuesto a aceptar la simplificación del mapa italiano; estaba dispuesto a aceptar la desaparición de la mayor parte de las pequeñas ciudades republicanas, o de los pequeños señoríos, débiles o violentos. La lógica de su pensamiento le había llevado al estudio de la hipótesis monárquica. El problema de la creación en Italia de un Estado nacional le conducía necesariamente a superar las concepciones republicanas tomadas de la historia consular de Roma, de la historia comunal de Florencia, de la historia de las ciudades de Italia.

Lo natural era que Maquiavelo, al estudiar la política romana, en el momento en que se planteaban problemas que la práctica senatorial y consular no podían ya resolver, hubiera tomado resueltamente el camino del período imperial dirigiendo su mirada hacia César, verdadero fundador de una monarquía italiana y mediterránea conducida, organizada y dominada por Roma; hacia Augusto, organizador y legislador de esta monarquía. Este procedimiento hubiera sido coherente con su visión de la historia universal: sólo la antigüedad enseña; enseña la república ideal; enseña la monarquía perfecta. Pero Maquiavelo se negó a esto. Execra el imperio, no reconociendo en él más que la república degenerada y corrompida; odia a César, su ejemplo, sus lecciones[11]. La pasión anticesariana, la pasión güelfa, no le permitieron comportarse como un auténtico historiador, como un científico de la historia libre de prejuicios. Desde el primer momento, en vir-

[11] Véase pág. 17, n. 7.

tud de un postulado de orden sentimental, decidió no pedir al imperio romano ni ejemplos ni consejos. De acuerdo con esto, estudio la hipótesis de la monarquía, sin considerar un momento la más potente monarquía que la historia le ofrecía: la monarquía imperial romana.

De donde resulta que su programa de gobierno personal, no mucho más que su programa de gobierno republicano, no se presta a una aplicación práctica. Se niega a interrogar a los emperadores, herederos de César y de su nefasta obra. Durante sus legaciones en Francia había considerado con algún interés la monarquía francesa; sentía escasa admiración por ella, la juzgaba primitiva, mal organizada, fundada sobre la obediencia resignada de los pueblos[*]. No conocía los reinos españoles ni el reino de Inglaterra. No pensaba que se pudiera pedir a los bárbaros lecciones de gobierno. Había dicho un día al cardenal Amboise que los franceses no entendían nada de las cosas de Estado[*]. Pero este desdén, justificado o no, por las grandes monarquías de Occidente, por sus principios de gobierno, por sus Constituciones (porque Maquiavelo distingue la existencia de una Constitución francesa), este odio sectario por el imperio romano, por la obra inmensa realizada por sus magistrados y jurisconsultos, había tenido naturalmente como consecuencia cerrarle los caminos más anchos, y conducirle de nuevo al estudio de la práctica elemental de los pequeños tiranos del mundo grecorromano, tal como los conocemos por Plutarco o los escritores antiguos; y con más agrado todavía, al estudio de la política, nada complicada, escasamente instructiva, de los príncipes italianos contemporáneos, y, particularmente, del que, entre todos ellos, le había parecido que mejor conocía su oficio de príncipe: César Borgia. Pero, como su programa republicano, el programa monárquico elaborado por Maquiavelo con ayuda de estos ejemplos resulta de poco vuelo, sólo a la medida de la tiranía antigua, del pequeño

[*] Véase pág. 75, n. 63.
[*] Véase pág. 77, n. 65.

señorío italiano, o del efímero ducado de Romania creado por el bastardo de Alejandro VI. La mayoría de las cuestiones que plantea la existencia de las grandes monarquías modernas no se encuentran ni resueltas, ni verdaderamente discutidas. Un teórico de la política no puede desdeñar impunemente a Julio César poniendo en su lugar a César Borgia.

* * *

De ahí que ninguno de los programas resulte plenamente satisfactorio, y ninguno pueda aportar una verdadera solución a las cuestiones planteadas. Un esfuerzo de ciencia positiva; un método histórico, analógico, experimental, que es un método de ciencia positiva. Pero un estudio insuficiente, y conclusiones poco exactas.

Podría decirse que el pensamiento político de Maquiavelo se mueve sobre dos planos. Es el secretario florentino, guía de una república florentina y de una confederación toscana presidida por Florencia, quien define el programa de una república reformada según el ideal de la Roma consular y senatorial. Es el gran italiano quien sueña con un Estado federal de Italia, semiautoritario, semirrepublicano, e incluso, por un momento, con un Estado monárquico de Italia. El secretario florentino es positivo, realista, a menudo duro y cínico. El gran italiano habla como poeta y visionario. Su pensamiento se evade fácilmente de lo real, olvida los datos y las advertencias. No vuelve hacia la leyenda, recibe el mito; mito grecorromano, pero también bíblico, del legislador que aparece en los momentos más graves de los pueblos —Teseo, Licurgo, Rómulo o Moisés—, y que impone a las sociedades el marco en el que, durante varios siglos, inscribirán su vida. Mito romano del dictador genial y desinteresado, que, en el momento en que las instituciones corrompidas conducen a un Estado a la ruina, lo reforma, lo restablece y, una vez cumplida su tarea, vuelve modestamente a la vida privada; mito medieval, dantesco, igualmente querido por Petrarca, del enviado providencial anunciado por Dios, del lebrel divino que persigue y destruye el mal sobre la tie-

rra, del redentor enviado por Dios para reformar Italia.

Es aquí donde Maquiavelo difiere de Guicciardini, que le mira con sorpresa y ya no le comprende. Maquiavelo deja entonces de ser realista, irónico y cínico. Se convierte en un hombre capaz de ilusiones. Dante creyó reconocer al salvador de Italia en la persona de Enrique VII y no se resignó nunca al fracaso del hombre que había llegado demasiado pronto. Petrarca había saludado al redentor en la persona enfática y mediocre de Cola di Rienzo, y más tarde en la de Carlos IV, emperador sin prestigio; y hasta Maquiavelo quiso reconocerle en los dos jóvenes Médicis, egoístas y mediocres, a los que dedica sucesivamente el libro del *Príncipe*. Para comprender el pensamiento y la obra de Maquiavelo es preciso no olvidar nunca esta extraña dualidad, esta contradicción interna donde se oponen constantemente el teórico positivo y realista de la política, el filósofo positivo y realista, el historiador que anuncia a Montesquieu y muchas veces le instruye, y el gran italiano visionario, rico de entusiasmo e ilusión, en el que revive algo de las esperanzas apocalípticas de Dante.

Capítulo V

MAQUIAVELO, HISTORIADOR

Maquiavelo había realizado ya su investigación, definido el objeto de su estudio, elaborado su doctrina; había escrito ya *El Príncipe* y la mayor parte de sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Conocía la historia antigua, conocía también el mundo moderno y lo interpretaba como historiador. En los siete libros del *Arte de la guerra* sus visiones teóricas y su experiencia se fundaban en hechos tomados de la historia reciente o grecorromana.

La *Vida de Castruccio Castracani* era una novela histórica escrita a la manera de Jenofonte, donde la historia italiana del siglo XIV ofrecía a la fantasía del hombre de Estado filósofo algunos temas políticos y militares. Su nombramiento como historiógrafo oficial, el 20 de noviembre de 1520, le transformó, durante los cinco años que tardó en escribir sus *Istorie fiorentine*, en historiador de oficio. Sería difícil encontrar en los *Discursos*, a partir de ahora interrumpidos, la huella de las reflexiones que hubieran podido sugerirle los anales dramáticos de su ciudad. Más que ampliar un estudio desde ahora terminado, este nuevo trabajo le permitiría verificar, con ayuda de nuevos datos, sus conclusiones y las leyes que había pensado descubrir[1].

[1] Sobre Maquiavelo historiador, E. Fueter, *Histoire de l'historiographie moderne*, trad. fr., París, 1914, en 8.º; págs. 73-83.

I

Necesitaba aprender una nueva técnica. Por primera vez ya no debía disertar y filosofar sobre los acontecimientos elegidos que atraían su atención y demostraban su doctrina, sino exponer con gran paciencia, y sin olvidar nada de lo que verdaderamente era necesario para la comprensión del conjunto y del detalle, toda una historia que, sobrepasando el horizonte de Toscana, se ensanchaba a la medida de toda Italia y a veces de Europa. El tema a tratar le imponía la estricta disciplina del historiador.

Un hombre formado como él en el estudio de la antigüedad, un lector apasionado de los historiadores griegos y romanos, y que acababa de llenar la mayor parte de sus ocios comentando a Tito Livio, no podía pensar en seguir el modelo de los viejos cronistas florentinos. Sin embargo, Dino Compagni, Giovanni y Matteo Villani, Donato Velluti, se habían mostrado singularmente hábiles en captar los rasgos del mundo moderno, en seguir las luchas de los partidos, la acción de los grupos religiosos, la influencia de los comerciantes y de los rectores de la industria, el juego de esos intereses industriales y mercantiles que Dante había odiado. Pero a pesar de la curiosidad que mostraran por los pequeños detalles materiales de que se compone la vida de los pueblos, estos hombres eran analistas; aunque muy capaces de comprender la gran política italiana y europea, no sabían todavía mostrar con arte el encadenamiento de los hechos, definir las ideas, el carácter, la personalidad de los jefes. Petrarca y los humanistas del siglo XV, sus alumnos, habían despreciado a estos cronistas, indignos de la majestad de la historia; Maquiavelo no se preocupó mucho en rehabilitarlos[2].

El ideal histórico de Petrarca y los humanistas italianos del siglo XV procedía directamente del prefacio en el que Tito Livio definía su intención y su deseo; texto ca-

---

ANTONIO PANELLA, *Machiavelli storico*, Rivista d'Italia, 1927, II, páginas 324-340 (véase pág. 36, n. 1).

[2] Véanse págs. 25-26.

pital, que habían estudiado detenidamente; texto familiar a Maquiavelo, lector y comentarista de las *Décadas*. Este prefacio es más de un moralista que de un historiador. Tito Livio desea presentar a los contemporáneos un cuadro de las antiguas costumbres de Roma, evocar los grandes antepasados que le enseñaron el arte olvidado de vivir para servir: "Quiero que cada cual se esfuerce vigorosamente en comprender a los hombres y los medios que, en la paz y en la guerra, han fundado este imperio y le han engrandecido. Quiero que se siga el progreso insensible por el que, una vez que la disciplina se ha relajado, se ha visto cómo se debilitaban las costumbres, cómo después caían cada día más bajo, para desembocar finalmente en tal decadencia, que vivimos en un tiempo en el que ya no podemos soportar más nuestros vicios y sus remedios... Si el conocimiento de la historia puede mostrarse útil y beneficioso, ello se debe a lo que ésta enseña luminosamente por el ejemplo. Porque descubre, para uno mismo y para el Estado, los modelos a seguir, y las faltas a evitar, cuando la empresa y su solución aparecen igualmente dudosas. Por lo demás, si el amor a mi tesis no me engaña, jamás hubo república tan poderosa, tan religiosa, tan rica en nobles ejemplos; jamás hubo ciudad donde el libertinaje y la avidez hayan tardado tanto tiempo en aparecer; donde se haya honrado con tanta perseverancia la pobreza y el ahorro. Tan cierto es esto como que el que menos posee menos desea. Ha sido recientemente cuando la riqueza y la abundancia de placeres han introducido entre nosotros esta pasión desastrosa, ruinosa para el Estado, del lujo y el libertinaje" [1]. Lo que Tito Livio am-

[1] TITO LIVIO, *Historiarum Praefatio:* "Ad illa mihi se pro se quisque acriter indendat animum, quae vita, qui mores fuerint; per quos viros, quibusque artibus domi militiaeque et partum et auctum imperium sit. Labente deinde paulatim disciplina, velut desidentes primo mores sequatur animo, deinde ut magis magisque lapsi sint, tum ire coeperint praecipites, donec ad haec tempora quibus nec vitia nostra nec remedia pati possumus, perventum est. Hoc illus est praecipue in cognitione rerum salubre ac frugiferum, omnis te exempli documenta in illustri posita monimento intueri; inde tibi tuaeque reipublicae, quod imitere, capias;

biciona en su libro es resucitar toda Roma y su genio; evocar la imagen de una ciudad conducida por los mejores y los más juiciosos, para así procurar la reforma intelectual y moral de sus contemporáneos. Obra en donde la pasión del moralista anima el entusiasmo del poeta: "Al contar así la historia de esa antigüedad, sin saber cómo, me he convertido en su contemporáneo" [4].

Así enseñaba Tito Livio a los humanistas lo que él consideraba como la más alta finalidad del trabajo histórico. Ciertos textos de Cicerón, igualmente clásicos, resumían para ellos el arte de escribir la historia en algunas reglas que Tito Livio, por otra parte, había ya seguido. Para Cicerón este arte procede de la retórica, indispensable para quien pretende ser historiador: "¿Existe acaso para el orador una manera más digna de ejercitar su talento que escribiendo la historia? No conozco ningún género literario que exiga una forma más amplia, más abundante y más variada". Por lo menos, no quiere descuidar la técnica de la investigación; pero la define como moralista más que como historiador: "Nadie ignora que, como primera regla, el historiador se impone la obligación de no decir nada que no sea cierto, y de decir altivamente toda la verdad; huir de toda sospecha de favoritismo y malevolencia partidista". Cicerón exige la precisión cronológica, una descripción viva de los lugares; el talento de desenmarañar y sacar a la luz los motivos y las diversas razones de las acciones humanas, exponiendo estas acciones y sus resultados; la claridad de espíritu que juzga los hechos, capta las causas variadas que han determinado su carácter y sus consecuencias, y sabe discernir la parte debida al azar,

---

inde, foedum inceptu, foedum exitu, quod vites. Ceterum aut me amor negotii suscepti fallit, aut nulla unquam respublica nec major nec sanctior nec bonis exemplis ditior fuit; nec in quam tam serae avaritia luxuriaque immigraverint, nec ubi tantus ac tam diu paupertati ac parsimoniae honos fuerit: adeo quanto rerum minus tanto minus cupiditatis erat. Nuper divitiae avaritiam et abundantes voluptates desiderium per luxum atque libidinem pereundi perdendique omnia invexere...".

[4] Tito Livio, XLIII, 13: "Ceterum et mihi, vetustas res scribenti, nescio quo pactoantiquus fit animus".

al cálculo y la imprudencia. Quiere, además, que el historiador sea psicólogo y pintor de retratos. Y, en fin, define así el estilo histórico: "Una forma suave, igual, algo fluida, abundante, fácil; sin ese tono áspero de disputa propio del foro; sin los rasgos apasionados propios de la elocuencia política"[*].

Esta concepción romana de la historia y de la manera histórica difiere sensiblemente de la que sostuvieron en Grecia un Tucídides o un Polibio. Es entre ellos, y no entre los romanos, donde se afirma verdaderamente el espíritu histórico. Este espíritu excluye toda preocupación moral, política o nacional. Como tarea esencial, única, se impone la búsqueda de la verdad; exige una documentación escrupulosa y una crítica severa. Intenta construir un sistema de conocimientos exactos, rigurosamente fundados, estrictamente verificados, establecidos; adquiridos, dice Tucídides[*], para siempre. Para estos hombres la historia es ciencia, filosofía, sociología. Nada parecido ocurre en Roma: la historia no tiene aquí otro fin que glorificar un ideal de carácter nacional y cívico. Cierto que sólo debe decir la verdad; pero se sirve de ella para demostrar una doctrina. Cicerón no lo dice en esos térmi-

[*] *De Oratore*, II, 15: "Videtisne quantum munus sit oratoris historia? Haud scio an flumine orationis e varietate maximum: neque tamen eam reperio usquam separatim instructam rhetorum praeceptis; sita sunt enim ante oculos. Nam quis nescit primam esse historiae legem, ne quid falsi dicere audeat, deinde ne quid vero non audeat, ne qua suspicio gratiae sit in scribendo, ne qua simultatis?... Rerum ratio ordinem temporum desiderat, regionum descriptionem; vult etiam, quoniam in rebus magnis memoriaque dignis consilia primum, deinde acta, postea eventus exspectantur, et de consiliis significari quid scriptor probet, et in rebus gestis declarari non solum quid actum aut dictum sit, sed etiam quomodo; et cum de eventu dicatur, ut causae explicentur omnes, vel casus, vel sapientiae, vel temeritatis, hominumque ipsorum non solum res gestae, sed etiam qui fama ac nomine excellant, de cujusque vita atque natura. Verborum autem ratio et genus orationis fusum atque tractum, et cum lenitate quadam aequabili profluens, sine hac judiciali asperitate, et sine sententiarum forensium aculeis prosequendum est".

[*] Tucídides I, 22, 5. «Κτῆμά τε ἐς ἀεὶ μᾶλλον ἢ ἀγώνισμα ἐς τὸ παραχρῆμα ἀκούειν συγκεῖται».

nos; cuando invita al historiador a que intervenga constantemente para juzgar, lo sugiere. Tito Livio escribe a la gloria de su patria. Como a partir de ahora la historia enseña y quiere probar, no es suficiente ya que exponga los hechos con la exactitud fríamente objetiva de un Tucídides o un Polibio; es preciso que sea elocuente y pintoresca. Cicerón liga la historia a la retórica, y Tito Livio es, evidentemente, como lo asegura Taine, un historiador orador [1].

* * *

Los humanistas italianos siguieron la lección de Roma mucho más que la de Grecia. Este prefacio, elocuente y grave, de Tito Livio, esta bella exposición, ética y técnica a la vez, de Cicerón, habían enseñado a los humanistas la manera de concebir y escribir la historia. Desde Petrarca la habían asignado como fin una enseñanza moral y cívica; con la diferencia de que Petrarca se proponía, sobre todo, por la meditación de la historia antigua, formar un tipo superior de humanidad, mientras que los humanistas florentinos del siglo xv intentaban más bien formar ciudadanos. Se esforzarán en escribirla como Cicerón quería que se escribiera, como Tito Livio la había escrito. Habían profesado el respeto y el culto de la verdad, y se vanagloriaban de decirla. Se habían esforzado en buscar la exactitud cronológica. Habían buscado las causas y los efectos; habían juzgado; habían trazado retratos. Se habían propuesto por modelo el estilo de Tito Livio. Pero menospreciaban lo que Tito Livio había menospreciado. Aquello que los viejos cronistas supieron observar: la vida material de los pueblos, los conflictos de intereses, las luchas de clases. El desprecio que les inspiraba su tiempo, cuando lo comparaban con la antigüedad romana, y la imitación de Tito Livio, les llevaron a descuidar los detalles, que erróneamente juzgaban mediocres, de la realidad florentina.

[1] ALBERT GRENIER, *Le Génie romain dans la religion, la pensée et l'art*, l'Evolution de l'Humanité, núm. 17, París, 1925, en 8.°, págs. 395-404.

En la obra de Leonardo Bruni o de Poggio Bracciolini las luchas de clases y de partidos en Florencia, que tan atentamente estudiaron los Villanis, revisten un aspecto falsamente romano. Atribuyen a los hombres de Estado modernos discursos copiados de las arengas que en la obra de Tito Livio pronuncian los magistrados, los cónsules, los generales en el Senado, el foro o los campamentos militares. Según el ejemplo de Tito Livio y los historiadores antiguos, estos discursos sirven a veces para desarrollar una filosofía de la historia, o simplemente un comentario de los hechos. Más que la exactitud, lo que la narración busca es el efecto oratorio y dramático*.

Maquiavelo era necesariamente el heredero de esta escuela. No podía volver al estilo de los antiguos cronistas. El también era lector y admirador de Tito Livio. Había extraído del texto de la primera década los hechos sobre los que fundaba las máximas que proponía a la meditación de los hombres de Estado. Admitía que la historia se debería escribir más como Tito Livio que como Tucídides o Polibio. Pero, en historia, pensaba como Tucídides o Polibio. Por una anticipación de genio había superado en la práctica las timideces humanistas. Sin estudiar detenidamente los hechos había tratado la historia como un científico, entrenado, como Leonardo de Vinci, en los métodos de la experiencia y la analogía. Había pedido a la historia nociones positivas, confrontándolas con otras adquiridas al contemplar el mundo contemporáneo. Y por eso, aunque comentarista de Tito Livio, se había liberado de su modelo clásico reanudando el intento comenzado en la *Política*, de Aristóteles, y bosquejando una obra que, pese a sus evidentes lagunas e insuficiente documentación, podía considerarse como un verdadero trabajo científico que superaba, por la fuerza y altura de su pensamiento, todo lo realizado por la escuela humanista. Pero, encargado en Florencia de una tarea oficial y un poco ingrata, se vio obligado a escribir la historia como heredero de esta escuela y alumno de los romanos.

---

* Véanse págs. 25-26.

Desde hacía mucho tiempo, Maquiavelo había tomado la costumbre de trabajar sobre una historia que creía hecha: no se molestó en establecer, como erudito, los anales de su ciudad. No realizó la más pequeña investigación en los archivos del Estado. Concedió plena confianza a sus predecesores y les siguió: cronistas como Giovanni Villani, Marcchionne di Coppo Stefani, Piero Minerbetti; memorialistas como Gino Capponi; historiadores humanistas como Flavio Biondo, Lionardo Bruni, Giovanni Cavalcanti, Giovanni Simonetta. Unos y otros le proporcionaron el cañamazo de su narración. Sólo le quedaba ya ordenarla según los preceptos de Cicerón y el ejemplo de Tito Livio, afanándose en resucitar las cosas muertas, en comprender las razones que determinaron los actos de los hombres y los partidos, en juzgar apasionadamente su actuación intentando constantemente averiguar las causas de los éxitos o los fracasos, en analizar como psicólogo el pensamiento de los hombres que han dirigido los asuntos humanos. Exposición viva, persuasiva, donde la demostración resulta elocuente. Exposición, en fin, donde Maquiavelo, dando la palabra a los actores de la historia, despliega todo el arte del abogado y el acusador político atacando a sus adversarios, defendiendo su doctrina, dictando sus voluntades.

Pero, en este esfuerzo por ajustarse a los modelos clásicos, el secretario florentino pone de su parte todo su genio, toda la originalidad y vigor de su pensamiento. Comentarista de Tito Livio, acababa de estudiar las causas de la grandeza y decadencia republicana, intentado deducir algunas de las leyes que rigen la historia de los pueblos y los Estados. A través de la antigüedad y los tiempos modernos estudió en *El Príncipe* los gobiernos monárquicos y las tiranías, los secretos de su solidez, las causas de su decadencia. Los métodos de análisis que sirven de fundamento a las teorías de los *Discursos* y *El Príncipe* podía ahora utilizarlos para explicar las causas de la política florentina a través de los orígenes y transformaciones del régimen al que sirvió durante catorce años. Su conocimiento de la historia de los tiempos antiguos y los Estados modernos le permitió lograr una visión de conjunto sobre

las luchas de partidos y las revoluciones; y le permitió también, por primera vez, introducir un orden científico y racional en el caos donde la curiosidad inteligente de los cronistas no había sabido discernir leyes rectoras, y donde los humanistas sólo habían introducido un orden literario y artificial. Hasta las arengas, esas arengas que demasiado fiel quizá a una convención clásica lanza a los políticos y jefes de partido, recuerdan, por su perfección e inteligencia, más a Tucídides que a Tito Livio.

A diferencia de sus precursores humanistas, Maquiavelo posee una doctrina: Poggio, Bruni, muy prácticos en los asuntos cotidianos, no sabían, sin embargo, dominar las grandes cuestiones de los asuntos de la política. Las *Istorie fiorentine* le permiten defender e ilustrar las tesis generales desarrolladas en *El Príncipe*, los *Discursos sobre la primera década* y el *Arte de la guerra*. Si no para demostrar, escribe la historia con el secreto deseo por lo menos de justificar ciertas ideas. También Tito Livio había escrito para sostener una doctrina. Pero en el autor de las *Décadas* esta doctrina se reducía al ideal de grandeza cívica y militar en el que los romanos conservadores e instruidos deseaban reconstituir la unión de una patria desgarrada; ideal, en suma, elemental y sentimental. Por el contrario, en Maquiavelo se trata de una doctrina política, científicamente fundada y racionalmente elaborada. De ahí —aunque parezca paradójico— que su obra corra el riesgo de perder en objetividad; Maquiavelo no siempre se preocupa de buscar minuciosamente la exactitud. A veces impone a los hechos un orden arbitrario o ficticio, forzando su interpretación, obligándoles a demostrar sus propias tesis*. Desde el prefacio, en el reproche que dirige a Lionardo Bruni y Poggio Bracciolini de no haber estudiado con el debido detenimiento las discordias civiles y el efecto de las querellas internas, aparece ya la secreta

* G. SALVEMINI, *Magnati e popolani a Firenze dal 1280 al 1295*; pág. 243: "...spesso storpiando i fatti per adattarli ai suoi sistemi". Véase pág. 26, n. 15.

pasión que domina toda la obra [39]. En las *Istorie fiorentine* se encuentra al hombre político, al teórico de la monarquía y la república, al republicano fiel a las tradiciones de un pueblo laborioso, al patriota italiano. La obra histórica de Maquiavelo permanece viva porque Maquiavelo sobrevivió a ella.

II

El primer libro sirve de introducción a la historia de Florencia. El autor traza a grandes rasgos las vicisitudes italianas desde la caída del imperio romano, a través de la Edad Media, y hasta la tercera década del siglo XV. Vasta síntesis que en esa época sólo un espíritu tan curioso ante el detalle, tan capaz como él de captar los conjuntos, podía intentar. El autor del *Príncipe* y los *Discursos* muestra aquí toda la fuerza y también las limitaciones de su talento. Como su política, su historia sólo se preocupa también del Estado, de la formación y conservación del Estado, por la fuerza de las leyes y las armas. Las cuestiones de orden económico y social, lo relativo a la producción o el cambio de mercancías, a la agricultura, la industria o el comercio, a las rivalidades materiales de clases, le importa bastante poco. La vida religiosa y el pensamiento religioso sólo le interesan en la medida que el Estado pueda servirse de ellas. Y lo mismo puede decirse de la vida intelectual, del desarrollo de las artes y las letras. Pero desde este primer libro de las *Istorie fio-*

[39] *Istorie fiorentine*, proemio, II, pág. 5: "Ho trovato come nella descrizione delle guerre fatte dai Fiorentini con i principi e popoli forestieri sono stati diligentissimi, ma delle civili discordie e delle intrinseche inimicizie, e degli effetti che da quelle sono nati, averne una parte al tutto taciuta e quell'altra in modo brevemente descritta, che al leggenti non puole arrecare utile o piacere alcuno. Il che credo facessero, o perchè parvono loro quelle azioni sì deboli che le giudicorono indegne di essere mandate alla memoria delle lettere, o perchè temessino di non offendere i discesi di coloro i quali, per quelle narrazioni, si avessero a calunniare... Se niunza lezione è utile a' cittadini che governano le republiche, è quella che dimostra le cagione degli odi e delle divisioni della città...".

rentine el autor del *Príncipe* y de los *Discursos sobre la primera década* se afirmaba más por ciertos prejuicios que por sus voluntarias lagunas.

El primer personaje que cautiva durante un cierto tiempo su atención es Teodorico, rey de los ostrogodos, que desde el año 493 al 526 llevó el título de rey de Italia, esforzándose en restaurar el orden legal y la vigencia de algunas tradiciones romanas. Maquiavelo encuentra en él algo parecido a un primer esquema del príncipe con el que sueña. Para establecer una correspondencia más exacta entre el personaje real cuya obra resume y el personaje ideal que atiza constantemente su entusiasmo, atenúa los detalles que hubieran podido recordar con demasiada evidencia el carácter bárbaro del reformador. Acaba diciendo de Teodorico más o menos lo que dice de César Borgia: "Si durante los últimos años de su vida tantas virtudes no se hubieran visto mancilladas por algunas crueldades que la sospecha le hizo cometer contra Símaco y Boecio, verdaderos santos, su memoria merecería ser plenamente glorificada. Gracias a sus virtudes y talentos, Roma e Italia, y las demás partes del imperio occidental, liberadas al fin de todas las miserias que las agobiaban desde las invasiones bárbaras, respiraron y conocieron por fin un juicioso gobierno" [11].

El progreso del poder pontifical le demuestra lo fundado de las quejas que formuló en los *Discursos* contra la política italiana de la Santa Sede. La reprochaba el haber llamado siempre en socorro de sus ambiciones temporales, y contra cualquiera que ocupara demasiado lugar en Italia, la fuerza de los extranjeros y los bárbaros: "Los

[11] *Istorie fiorentine*, I, 4-6; II, págs. 14-17; pág. 15: "E se tante virtù non fussero state brutate, nell'ultimo della sua vita, da alcune crudeltà causate da varii sospetti del regno suo, come la morte di Simmaco e di Boezio, uomini santissimi, dimostrano, sarebbe al tutto la sua memoria degna da ogni parte di qualunque onore; perchè mediante la virtù e bontà sua, non solamente Roma e Italia, ma tutte le altre parti dello occidentale imperio, libere delle continue battiture che per tanti anni da tante inundazione di barbari, avevano sopportate, si sollevorono, e in buono ordine e assai felice stato si ridussero".

papas —repite Maquiavelo—, al ver aumentar la autoridad los lombardos, llamaron en su ayuda a Francia y a sus reyes. Y a partir de ahora, cada vez que los bárbaros venían a traer la guerra a Italia, eran provocados por la Santa Sede... Estas prácticas duran todavía en nuestro tiempo: y es esto lo que ha mantenido y mantiene aún la desunión y debilidad de Italia" [11]. El contraste entre dos políticas, la de los grandes Estados y los príncipes, que aceleraba, conscientemente o no, la unificación de Italia, y la de los papas, que para conservar su dominio temporal trabajaban con tenacidad en una obra de desunión, dominará a partir de ahora la historia general del país, hasta las primeras décadas del siglo XVI: "Puede verse —concluye Maquiavelo— cómo han sabido hacerse temer y respetar, primeramente por medio de las censuras eclesiásticas y las armas espirituales, después por la acción combinada de las armas espirituales y temporales; y cómo, por haber abusado de ambas, han llegado ahora a una situación tal que han perdido su autoridad espiritual y, para la temporal, se encuentran a discreción de los demás" [12]. Como Guicciardini, Maquiavelo, que no se ha dignado recordar la humillación del emperador Enrique IV en Canosa, y ni siquiera ha citado el nombre de Gregorio VII, parece así comprobar con un secreto placer los efectos de la Reforma, que en 1525 sustrajo ya a la obediencia de la Santa Sede un tercio del mundo germánico, penetrando en Francia y los Países Bajos. Se diría que ha previsto el saqueo

[11] *Istorie fiorentine*, I, 9; II, pág. 22: "Di modo che tutte le guerre che dopo questi furono da' barbari fatte in Italia, furono in maggior parte dai pontefici causate, e tutti e' barbari che quella inondorono, furono il più delle volte da quegli chiamati. Il qual modo di procedere dura ancora in questi nostri tempi; il che ha tenuto e tiene la Italia disunita e inferma".

[12] *Ibid.*, págs. 22-23: "E vedrassi come i papi, prima con le censure, di poi con quelle e con l'armi insieme, nescolate con le indulgenzie, erono terribili e venerandi; e come, per avere usato male l'uno e l'altro, l'uno hanno al tutto perduto, e dell' altro stanno a discrezione d'altri".

de Roma y la capitulación de Clemente VII ante Carlos V [14].

Maquiavelo expone brevemente la lenta decadencia del imperio. Odia la autoridad anacrónica de los modernos Césares, tanto como el poder temporal de los papas. Desde hace mucho tiempo ha rechazado el ideal dantesco de un mundo cristiano guiado por la unión de Pedro y César hacia la paz y el conocimiento. Nada es más ajeno a su espíritu de hombre político e historiador que ese discurso sobre la historia universal del que puede sacarse fácilmente algunos cantos del *Purgatorio* y el *Paraíso*, y algunos capítulos del *Tratado de la monarquía*. Los papas han humillado el poder imperial, que un Enrique VII no pudo reimplantar; en un mundo sin ley y sin norma han querido usurpar la fuerza temporal que Dios les había negado; después de su servidumbre a la casa de Francia, una sombra mortal aflige la tierra cristiana; es el momento de que Dios venga en socorro de los hombres [15]. Esta filosofía de la historia es ajena a Maquiavelo, demasiado poco cristiano para buscar los vestigios perdidos de un orden divino, a través de los fastos de la humanidad. No conoce más que el círculo eterno donde se ins-

---

[14] Fr. Guicciardini, *Scritti politici e ricordi*, ed. Roberto Palmarocchi, Scrittori d'Italia, Bari, 1933, en 8.º: *Ricordi*, serie 1.ª, 124, pág. 265: "Io ho sempre desiderato naturalmente la ruine dello stato ecclesiastico, e la fortuna ha voluto che sono stati dua pontefici tali, che sono stato sforzato desiderare ed affaticarmi per la grandezza loro; se non fussi questo rispetto, amerei più Martino Luther che me medesimo, perchè spererei che la sua setta potessi ruinare o almeno tarpare le ale a questa scelerata tirannide de' preti". Serie 2.ª, 28, pág. 290: "... E se non fussi questo rispetto, arei amato Martino Luther quanto me medesimo, non per liberarmi dalle legge indotte dalla religione cristiana nel modo che è interpretata ed intesa comunemente, ma per vedere ridurre questa caterva di scelerati a' termini debiti, cioè a restare o sanza vizi o sanza autorità". La edición Spongano, op. cit., presenta, pág. 33, estas dos redacciones en sentido inverso y como dos variantes de un mismo texto.

[15] *Purgatorio*, XX, 43-44:

> Io fui radice de la mala pianta
> che la terra cristiana tutta aduggia...

criben perpetuamente la grandeza, la decadencia, el renacimiento de los Estados. En la lucha del sacerdocio y del imperio sólo considera la formación de los partidos italianos, las guerras constantes de gibelinos y güelfos, el desgarramiento de Italia.

Sin ninguna simpatía, sigue el progreso de los gobiernos personales, de las tiranías fundadas sobre las ruinas de las comunas libres, mientras que aumenta la audacia de los soldados de fortuna y sus jefes, a los que repúblicas y monarquías confían su salvaguardia quedando a merced de las usurpaciones militares o los ataques del extranjero. Hay en estas páginas el mismo desdén sistemático y parcial, el mismo sectario menosprecio de los *condottiere*. El mismo pensamiento, el mismo lenguaje que en los *Discursos* y en *El Príncipe:* "Todos los Estados —escribe—, por no tener armas propias, estaban inermes. Venecia, convertida en potencia continental, deponía las armas que habían asegurado su grandeza en el mar; y, siguiendo los usos comunes, abandonaba a mercenarios la dirección de sus tropas. El Papa, impedido de llevar armas, hacía por necesidad lo que los demás hacían por error. Florencia obedecía a la misma fatalidad. Las luchas civiles habían destruido allí la nobleza; la república, en manos de los hombres de negocios, seguía el ejemplo de los otros Estados encaminándose a los mismos desastres. De esta forma, la única fuerza militar de importancia en Italia se encontraba en manos de algunos pequeños príncipes o de algunos aventureros sin tierra. Para medrar o defenderse los pequeños príncipes aprendían el oficio de las armas; al no conocer otra profesión, lo único que los capitanes de fortuna pedían a las armas era riqueza, poder, honores... Todos estos profesionales de la guerra se concertaban para que ninguno de los Estados que los contrataba obtuviera nunca una victoria completa. Acabaron por rebajar hasta tal punto el arte militar que el más mediocre capitán en el que se hubiera visto renacer alguna sombra del antiguo valor les habría derrotado vergonzosamente, ante el asombro maravillado de esa Italia imprudente que les hon-

raba. Pero a partir de ahora toda mi historia estará llena de esos príncipes sin valor y esas armas degradadas" [16].

* * *

Los libros II, III y IV narran la historia de Florencia hasta la vuelta de Cosme, triunfal regreso de un breve exilio. Maquiavelo estudia allí, más como hombre de Estado que como historiador, el mecanismo de la Constitución florentina. Admira las viejas generaciones del siglo XIII, los republicanos que, en 1265, con sus instituciones militares y civiles, liberaron a la comuna. En el conflicto de las artes menores y mayores, que agita la historia de Florencia desde el triunfo definitivo del partido güelfo, antiimperial y favorable a la política de la Santa Sede, Maquiavelo apenas intenta reconocer la acción de los intereses económicos y los efectos de la lucha de clases. Sólo conoce la política. Según la costumbre de los historiadores humanistas, explica estos conflictos, demasiado simplemente, por medio de una comparación con esa historia romana que él, comentador de Tito Livio, conoce mucho mejor que ellos y que, sin embargo, por no tener en cuenta suficientemente el factor económico, interpreta exclusivamente como político [17]. Pero en esta larga descrip-

[16] *Istorie fiorentine*, I, 39; II, págs. 57-58: "I Viniziani, come ei si volsono alla terra, si trassono di dorsso quelle armi che in mare gli avevono fatti gloriosi... I Fiorentini ancora alle medesime necessità ubbidivano, perchè, avendo per le spesse divisioni spenta la nobilità, e restando quella republica nelle mani di uomini nutricati nella mercanzia, seguitavono gli ordini e la fortuna degli altri. Erano adunque l'armi di Italia in mano o de' minori principi o di uomini sanza stato; ... i quali, stando in sulla guerra, avevano fatto come una lega ed intelligenza insieme e ridottala in arte... E in fine la ridussono in tanta viltà, che ogni mediocre capitano, nel quale fusse alcuna ombra della antica virtù rinata, gli arebbe con ammirazione di tutta Italia, la quale per sua poca prudenza gli onorava, vituperati. Di questi adunque oziosi principi e di queste vilissime armi sarà piena la mia istoria".

[17] Maquiavelo se contenta con fórmulas clásicas para explicar las luchas de los partidos en Florencia, y en seguida se vuelve hacia el ejemplo romano: *Istorie fiorentine*, III, 1; II, págs. 122: "Le gravi e naturali nimicizie che sono intra gli uomini popolari

ción de las luchas que durante dos siglos han removido la vida florentina, además del juego de partidos y la lenta degradación de las formas políticas, Maquiavelo se interesa en la obra de algunos grandes personajes. El autor del *Príncipe* y de los *Discursos sobre la primera década* admitía sin dificultad la acción decisiva y capital de algunas voluntades, bastante fuertes para guiar la evolución de las sociedades o el desarrollo de los Estados. Le place considerar el papel de los aventureros de la política o de la guerra; ha estudiado las creaciones de su audacia y su talento, las causas de su éxito efímero o duradero. Triunfadores de un día o un siglo, estos individuos aparecen también en las *Istorie fiorentine*. Ahí están Gauthier de Brienne, duque de Atenas, que, llamado en 1342 por Florencia para dirigir la lucha contra los gibelinos de Toscana, pudo fundar, con el apoyo de la plebe, una tiranía demagógica y militar, rápidamente rota por la resistencia de la legalidad republicana. Y Michele di Lando, el capataz procedente de los talleres del Arte della Lana, durante el tumulto de los Ciompi, líder durante unos días de los trabajadores contra la tiranía de las clases posesoras. Y Salvestro de Médicis, el gran burgués que, a favor de

---

e i nobili, causate da il volere questi comandare, e quegli non ubbidire, sono cagione di tutti i mali che nascano nelle città, perchè da questa diversità di umori tutte l'altre cose che perturbano le republiche prendono il nutrimento loro. Questo tenne disunita Roma; questo, se gli è lecito le cose piccole alle grandi agguagliare, ha tenuto divisa Firenze: avvenga che nell'una e nell'altra città diversi effetti partorissero". El estudio de las causas de la revolución social, intentada en 1378 por los asalariados del Arte della Lana, no pasa de ser un análisis muy somero; III, 12; II, pág. 141: "A che si aggiugneva uno odio che il popolo minuto aveva con i cittadini ricchi e principi delle Arti, non parendo loro essere sodisfatti delle loro fatiche secondo che giustamente credevano meritare..."; 13, pág. 142: "Gli uomini plebei adunque, così quegli sottoposti all' arte della Lana come alle altre, per le cagioni dette erano pieni di sdegno; al quale aggiugnendosi la paura per le arsioni e ruberie fatte da loro, convennono di notte più volte insieme, discorrendo i casi seguiti, e mostrando l'uno all'altro ne' pericoli si trovavono". Sigue después un discurso como los de Salustio, en el que Maquiavelo resume las palabras de los más audaces (págs. 142-145).

los movimientos populares, trabajó por la grandeza de su familia. Y Cosme el Viejo, del que Maquiavelo encomia la urbanidad de sus maneras, su prudencia, la liberalidad hacia sus amigos, describiendo con fuerza y claridad singulares sus intrigas políticas, desde sus primeros conflictos con la oligarquía de los Albizzi hasta su exilio paduano y las aclamaciones que saludaron su vuelta a Florencia [18]. Se desprende de estos tres libros una visión general sobre la evolución fatal que llevaba a Florencia hacia la monarquía, visión puramente política, sí, pero que la historia de la economía y la sociedad permite fácilmente completar.

* * *

Los últimos libros, dedicados al gobierno de Cosme y Lorenzo, deberían mostrar cómo estos hombres, burgueses entre los burgueses, servidores como los demás del Estado, sometidos a la misma disciplina de civismo y humanidad, mantuvieron la difícil apuesta de gobernar una ciudad recelosa y poco indulgente con cualquiera que tomara aires de señor. Correspondía a Maquiavelo el mostrar por qué maniobras y procedimientos estos hombres, sin investirse jamás con ningún título aristocrático, consiguieron crear ese gobierno personal del que aparentemente huían. Pero la pluma de Maquiavelo no era ya libre. El secretario florentino escribía ahora como un analista oficial, como un historiador de una ciudad dominada por los Médicis; su obra debía de estar dedicada a un Médicis, el papa Clemente VII; no podía revelar todo lo que él quisiera. El 30 de agosto de 1524 se franquea con Guicciardini, entonces presidente pontifical en Romania: "Daría lo que fuera por teneros cerca de mí... Porque he llegado a un punto en el que necesitaría saber si os ofendo, por exaltar demasiado o denigrar demasiado... Imaginaré algún medio de decir la verdad sin que nadie pueda quejarse" [19]. En

[18] *Istorie fiorentine*, II, 30-37; III, 9-18, 26-33.

[19] *Lettere familiari*, 30, ed. Mazzoni, pág. 904: "E pagherei dieci soldi, non voglio dir più, che voi fosse in lato che io vi potessi mostrare dove io sono, perchè avendo a venire a certi

el prefacio a Clemente VII afirmaría que ni Cosme ni Lorenzo habían tenido nunca ambiciones contrarias a los intereses de la ciudad [20].

Al finalizar el libro IV, después de haber contado los principios de Cosme, su exilio y retorno, trata también, en el V y VI, de política exterior. Describe las guerras florentinas, las guerras italianas. Encuentra allí una nueva ocasión de denigrar a los capitanes de fortuna y los ejércitos mercenarios. Y, sin haber desplegado un gran esfuerzo en el análisis de sus métodos de gobierno, llega así hasta 1464 y la muerte de Cosme. Cosme demostró cómo se puede adquirir el poder en una ciudad libre y captarse la confianza de sus ciudadanos sin utilizar otro medio que la prudencia y el engaño. Sin sobrepasar los límites de lo que Maquiavelo llama la modestia civil pudo gobernar treinta y un años la república florentina sin necesidad de llamar en su ayuda a las armas. Supo beneficiarse del juego de partidos y de las empresas de la política extranjera. Maquiavelo añade algunas palabras sobre este gobierno paternalista, sobre la protección concedida tanto por sistema como por gusto a las letras y las artes, cuyo vigor múltiple y fecundo no llega, sin embargo, a mostrar. Sin la suficiente libertad para analizar a su gusto el carácter de Cosme, su poderosa inteligencia, cautelosa y violenta al tiempo, su amor por el poder y su dureza real, se limita a citar ciertas palabras de él, algunas pasablemente cínicas, dejando entender claramente lo que prefiere no decir: "Más vale ciudad arruinada que ciudad perdida... Algunas varas de sábana rosada son suficientes para hacer honesto a un hombre... Los regímenes no se defienden con padrenuestros" [21].

---

particulari, arei bisogno d'intendere da voi se offendo troppo, o con lo esaltare o con lo abbassare le cose; pure io mi verrò consigliando, e ingegnerommi di fare in modo che, dicendo il vero, nessuno si possa dolere.

[20] Véase pág. 126, n. 33.

[21] *Istorie fiorentine*, VII, 5; II, pág. 335: "Fu cosimo il più reputato e nomato cittadino, di uomo disarmato, che avesse mai non solamente Firenze, ma alcuna altra città di che si abbi memoria...", 6, pág. 338: "Dicendogli alcuni cittadini, dopo la sua

Después de la muerte de Cosme, el historiador de Florencia debería haber estudiado el endurecimiento cada vez mayor del régimen mediciano, los retoques insensibles, pero ininterrumpidos, que Lorenzo supo aportar a la Constitución, el progreso del poder personal apoyado en un número cada vez más restringido de ciudadanos que debían todo al régimen, y sostenido por un sistema policiaco, de espionaje y delación. Pero prefiere abstenerse y ensanchar el tema a la medida de Italia. Ve triunfar por todas partes el despotismo, la corrupción cada vez mayor de la sociedad. Las guerras, que durante Cosme retenían todavía su atención, son narradas con una indiferencia cada vez mayor. La política ingeniosa y hábil de Lorenzo consiguió por lo menos establecer entre los diversos Estados italianos un equilibrio capaz de mantener la paz durante algunos años, evitando así todo pretexto para las intervenciones extranjeras, ya amenazadoras. Pero la vida política se debilita. El amor a la libertad y la energía individual sólo se manifiestan ya en las conspiraciones. Maquiavelo se dedica a describir estos conflictos trágicos entre los tiranos y sus súbditos. Pocas páginas hay en su obra y en toda la prosa italiana de un carácter más dramático y un tan agudo relieve como las que relatan el asesinato, en 1476, de Galeas Maria Sforza, duque de Milán, o la conjuración de los Pazzi, que, dos años más tarde, costaría la vida a Julián, hermano de Lorenzo. Como afirmaba ya en los *Discursos sobre la primera década*, Maquiavelo demuestra ahora cómo estas tentativas desesperadas de la violencia no han conseguido nunca más que reforzar la tiranía[28]. Es inútil que los Pazzis apelen a la libertad de

---

tornata dallo esilio, che si guastava la città e facevasi contro a Dio a cacciare di quella tanti uomini da bene, rispose come egli era meglio città guasta che perduta; e come due canne di panno rosato facevono uno uomo da bene; e che gli stati non si tenevono co' paternostri in mano...".

[28] *Istorie fiorentine*, VII, 34; II, págs. 375-378; VIII, 5-9; II, páginas 385-392; *Discorsi*, III, 6; I, págs. 337-358; pág. 338; "Debonno desiderare i buoni principi, e, comunque ei si sieno fatti, tollerargli. E veramente, chi fa altrimenti, il più delle volte

Florencia. Los éxitos y las liberalidades de los Médicis habían hecho sordo al pueblo, y el nombre de la libertad no parece ya emocionarle.

La obra se termina con la muerte de Lorenzo, el 8 de abril de 1492. Maquiavelo distingue en él el contraste y la armonía del talento y la despreocupación [22]. Todos los talentos necesarios para dirigir una ciudad libre o fundar una tiranía; una elocuencia persuasiva y turbadora frente a los consejos, y una palabra espiritual y perentoria en las conversaciones con los particulares; la reflexión prudente y la decisión pronta; la audacia en la ejecución; la aptitud para domeñar y conducir a la opinión; el arte de satisfacerla mediante un hábil reclamo, por la actividad de los trabajos públicos y la magnificencia de las construcciones que proclaman la solidez del régimen; el arte de hacer olvidar a los ciudadanos la libertad perdida, por las facilidades de la vida material que transcurre en medio de fiestas y regocijos públicos; los más preciosos dones de la inteligencia, el más fino sentido de la belleza, el gusto por el pensamiento puro; los múltiples favores concedidos a quien sobresalía en la práctica de un arte; los socorros liberalmente otorgados a los escritores y filósofos; el delicado tacto con que sabía tratar a los artistas, filósofos y escritores, por ser él también artista, pensador

---

rovina sè e la sua patria", pág. 352: "Quelli che rimangono, diventono più insopportabili e più acerbi".

[22] *Istorie fiorentine*, VIII, 36; II, pág. 432: "Amava meravigliosamente qualunque era in una arte eccellente; favoriva i letterati... Della architettura, della musica e della poesia meravigliosamente si dilettava; e molte composizioni poetiche, non solo composte, ma comentate ancora da lui appariscono...". Obsérvese, sin embargo, que en el libro V, 1; II, pág. 219, Maquiavelo parece denunciar el gusto por las letras y por la filosofía como una de las formas más peligrosamente seductoras de este amor por el ocio que debilita a los pueblos y les arrastra a la decadencia: "Avendo le buone e ordinate armi partorito vittorie, e le vittorie quiete, non si può la fortezza degli armati animi con più onesto ozio che con quello delle lettere corrompere; nè può l'ozio con il maggiore e più pericoloso inganno che con questo, nelle città bene institute, entrare... Vengono pertanto le provincie per questi mezzi alla rovina".

y poeta; y, al lado de estas cualidades que le elevaban por encima de los mortales, un temperamento brutal y sensual, pasiones violentas y tenaces; una búsqueda casi pueril de la diversión y el juego; la afición por lo bufo y las bromas crueles y mordaces: "Quien le hubiera visto llevar así una doble existencia austera y loca pensaría que luchaban en él dos hombres distintos, unidos por la fuerza" [34]. El historiador añade que la fortuna le favorecería en todo, excepto en sus empresas financieras: Lorenzo, tan pródigo como Cosme economizador, arruinó la Banca de donde había salido la grandeza de su familia. Necesitaba que el Estado, por diversos medios oscuros sobre los que Maquiavelo no quiere insistir, le ayudara a restablecer su fortuna comprometida. Pero Guicciardini y Jacopo Nardi nos han contado cómo los magistrados le dejaban apoderarse de los fondos públicos, disponer de las fortunas confiscadas, de las gabelas, de los fondos de la Dieta; cómo no se detenía ante ningún obstáculo con tal de procurarse los medios que le salvaran de la ruina; cómo sus fieles, con su complicidad, entraban a saco en las reservas de la comuna [35]. Maquiavelo indica solamente que, cansado de las finanzas, prefería ahora adquirir inmuebles y terrenos. Ya no era un burgués enriquecido por los negocios. Dirigía la explotación de sus tierras, apartándose de las preocupaciones de la Banca y los negocios, y viviendo en sus fincas, a la manera de los príncipes, como un gran terrateniente [36].

* * *

[34] *Istorie fiorentine*, VIII, 36; II, pág. 433; "Tanto che, a considerare in quello e la vita voluttuosa e la grave, si vedeva in lui essere due persone diverse, quasi con impossibile congiunzione congiunte".

[35] *Ibid.*, págs. 431-432: "Fu, quanto alla mercanzia, infelicissimo... Convenne che la sua patria di gran somma di danari lo sovvenisse". FR. GUICCIARDINI, *Storie fiorentine*, 9, págs. 80-81: "... Andandogli male, fu forzato valersi del publico e forse in qualche cosa del privato, con grandissima infamia e carico suo". JACOPO NARDI, *Istorie della città di Firenze*, ed. A. Gelli, Florencia, 1858, 2 vols. en 8.°; I, págs. 19-20.

[36] *Istorie fiorentine*, VIII, 36; II, págs. 432: "Per non tentare

Maquiavelo hubiera querido continuar el relato de la historia florentina a través de las guerras de Italia. Algunos fragmentos y notas llegan hasta el penúltimo año del siglo. Pero los acontecimientos políticos no le permitirán acabar su obra. Esta termina bruscamente con la muerte prematura de Lorenzo, entre los tristes presagios que, en el momento en que iba a desaparecer el hombre que había sido lo bastante hábil como para asegurar durante veinte años la paz y el equilibrio de los Estados, apaciguar sus rivalidades y contener al extranjero, parecían anunciar y, en efecto, anunciaban el fin de un mundo [»].

più simile fortuna, lasciate da parte le mercatantili industrie, alle possessioni, come più stabili e più ferme ricchezze, si volse".

[»] Pág. 434: "Subito morto Lorenzo, cominciorono a nascere quegli cattivi semi i quali, non dopo molto tempo, non sendo vivo chi gli sapesse spegnere, rovinorono, e ancora rovinono la Italia".

SEGUNDA PARTE

LA DOCTRINA DE MAQUIAVELO

Capítulo primero

EL GOBIERNO LEGAL

Hasta aquí hemos intentado seguir a Maquiavelo durante sus años de estudio, de viajes, de actividad política. Hemos pretendido comprender su formación, definir los términos en los que se planteaba para él la inevitable cuestión, la de la reforma de los gobiernos de Italia y la fundación, en la Italia unificada, de una autoridad lo bastante fuerte como para defenderla contra el extranjero. Hemos querido comprender sus ilusiones, señalando el contraste que existe entre sus incertidumbres prácticas y el carácter científico y positivo de su método, comprobando la limitación de los problemas que intentaba resolver, la limitación de su análisis científico, el carácter necesariamente restringido de sus conclusiones. Y, en fin, hemos observado en él el dualismo de una inteligencia duramente positiva y una imaginación de visionario y poeta.

A partir de ahora podemos ya emprender el estudio de su doctrina. Al comentar la primera década de Tito Livio Maquiavelo formula cierto número de sentencias y máximas de las que se desprende la teoría de un régimen constitucional, bien republicano, bien monárquico, de un Estado libre, o, como él dice, civilmente gobernado. En *El Príncipe*, que parece escrito al margen de los *Discursos*, construye la teoría de una monarquía absoluta, de un despotismo que desearía, sin embargo, ilustrado. En su ca-

rrera de escritor y político *El Príncipe* sólo representa el trabajo de algunos meses, dedicados al estudio de una hipótesis ilusoria. Los *Discursos sobre la primera década*, constantemente retocados y completados, expresan el pensamiento que sostuvo verdaderamente hasta su muerte.

I

En la base de todo gobierno del que se excluye lo arbitrario y tiránico, Maquiavelo parece afirmar la necesidad de un pacto. Sin duda, el contrato tácito entre los que gobiernan y los que son gobernados, en virtud del cual éstos otorgan a aquéllos su confianza y obediencia, mientras que aquéllos se comprometen a no utilizar su poder más que para mantener y defender los derechos de éstos, no se analiza en los *Discursos*. Maquiavelo no ha leído a los teólogos de la Edad Media, que habrían podido instruirle sobre esto. Vive un siglo y medio antes que Locke. Para que en el mundo moderno pueda desarrollarse y definirse la noción contractual del gobierno tendrán que producirse el levantamiento de los Países Bajos contra Felipe II, las guerras francesas de religión, la fundación del régimen republicano en las Provincias Unidas y especialmente en Holanda, casi dos siglos de historia inglesa y dos revoluciones inglesas. Sin embargo, por la fuerza de las cosas, la idea de un contrato entre gobernantes y gobernados se impone a la mente de Maquiavelo; la idea de una monarquía de derecho divino le es absolutamente ajena. A propósito de Maquiavelo, se presentan múltiples ocasiones de citar a Montesquieu; jamás la de citar a Bossuet. Republicano o monárquico, todo gobierno civil reposa sobre un pacto, bien expresado directamente en un texto constitucional, bien de forma tácita.

Maquiavelo define esta noción del pacto según el ejemplo de la monarquía francesa.

Durante todo el siglo XVIII los teóricos políticos franceses se han esforzado en descubrir la Constitución del rei-

no[1]. Desde la segunda década del XVI Maquiavelo había afirmado su existencia: "El reino de Francia —escribe— posee la paz y seguridad interior; y eso se debe fundamentalmente a una infinidad de leyes, en virtud de las cuales la autoridad real se reconoce limitada... Este reino está más sometido a la disciplina de las leyes que ningún otro Estado contemporáneo... Los príncipes nacen ahí bajo el control de la Constitución... El que rigió este Estado [y aquí aparece el mito, tan querido por Maquiavelo y recogido después por los filósofos del siglo XVIII, del legislador que, en los orígenes de la historia, traza el cuadro en que se desarrolla la vida de las sociedades] quiso que los reyes pudieran disponer a su antojo de la fuerza militar y el dinero; pero sólo les permitió disponer de lo demás según el orden definido por las leyes"[2].

Maquiavelo continúa este análisis de la Constitución francesa. Se ha previsto en ella la creación de un cuerpo encargado de mantener el contrato establecido entre el gobierno y la nación: "Estas leyes en las que se funda el orden del Estado se confían a la vigilancia de los Parlamentos, y, sobre todo, del Parlamento de París. El las recuerda y las hace entrar en vigor, cada vez que tiene ocasión de dictar una sentencia contra algún grande, o incluso contra los excesos de la autoridad real". Y Maquiavelo observa que, mediante esta resistencia frente a la arbitrariedad, el Parlamento preserva las libertades esenciales de la nación. Si los Parlamentos dejaran de cumplir su deber, todo el orden del reino se disolvería[3].

[1] E. CARCASSONNE, *Montesquieu et le problème de la Constitution française au XVIII^e siècle*, Paris, 1926, en 8.°, págs. 1-63, 65-102. Cf. págs. 75, n. 61-62; 98, n. 30.

[2] *Discorsi*, I, 16; I, pág 140: "In esempio ci è il regno di Francia, il quale non vive sicuro per altro che per essersi quelli re obligati a infinite leggi, nelle quali si comprende la sicurtà di tutti i suoi popoli. E chi ordinò quello stato, volle che quelli re, dell' armi e del danaio facessero a loro modo, ma che d'ogni altra cosa non ne potessono altrimenti disporre che le leggi si ordinassero". 1, 58; I, págs. 217-218: "Il quale regno è moderato più dalle leggi che alcuno altro regno di che ne' nostri tempi si abbia notizia. E questi ne... nascono sotto tali constituzioni...".

[3] *Discorsi*, III, 1; I, pág. 331: "Il quale regno vive sotto le

En Maquiavelo aparece así una de las ideas que concebirían los parlamentarios del siglo XVIII, y Montesquieu, en el *Espíritu de las Leyes*, sobre la monarquía francesa, sus orígenes y su evolución; la idea de un conjunto de leyes cuya conservación asegura la protección de los ciudadanos y la solidez del Estado. Conjunto de leyes confiado a la vigilancia de un cuerpo de magistrados, que conocen el Código y administran justicia, pero que están al mismo tiempo investidos de la más alta función política, porque forman una especie de Senado conservador, guardián del pacto constitucional: "Es preciso, además —dice Montesquieu—, un arsenal de leyes. Este arsenal legal sólo puede estar en el cuerpo político que anuncia las leyes cuando están hechas y las recuerda cuando se olvidan... Un cuerpo que haga salir constantemente las leyes del polvo en el que estuvieran sepultadas... En los Estados despóticos no hay leyes fundamentales y no hay tampoco un arsenal de leyes" [4].

* * *

En la base de todo Estado civil y bien organizado Maquiavelo establece, pues, un pacto que, una vez aceptado, no debe ser roto arbitrariamente. El respeto del pacto constitucional es lo único que puede asegurar al gobierno el equilibrio y la estabilidad, bien este gobierno esté en manos de un monarca, bien sea regido por magistrados republicanos: "Cuando un pueblo observe estos acuerdos —escribe Maquiavelo—, y vea que en ningún caso este principio interrumpe el curso de las leyes fundamentales,

---

leggi e sotto gli ordini più che alcuno altro regno. Delle quali leggi ed ordini ne sono mantenitori i Parlamenti, e massime quel di Parigi; le quali sono da lui rinnovate qualunque volta ei fa una esecuzione contro ad un principe di quel regno e che ei condanna il Re nelle sue sentenze. Ed infino a qui si è mantenuto per essere stato uno ostinato esecutore contro a quella Nobilità: ma qualunque volta ei ne lasciassi alcuna impunita, e che le venissono a multiplicare, sanza dubbio ne nascerebbe o che le si arebbono a correggere con disordine grande, o che quel regno si risolverebbe".

[4] *Esprit des Lois*, II, 4.

se acostumbrará en seguida a vivir satisfecho y sin inquietud" [5]. Nada debilita más a un gobierno que la infidelidad a estas promesas; y, como ejemplo, Maquiavelo cita un error de Savonarola: después de 1494, Florencia, dice, se había dado una nueva Constitución, con la ayuda del hermano Jerónimo Savonarola, de cuya prudencia, saber y virtud dan fe sus escritos. Después de grandes trabajos consiguió obtener la aprobación de una ley que establecía el derecho del pueblo a apelar todas las sentencias dictadas en materia política por los señores o los Ocho, garantizando así la seguridad de los ciudadanos. Pero en agosto de 1497 cinco personas fueron condenadas a muerte por la Señoría, acusadas de complot contra la república. Cuando los reos quisieron hacer valer su derecho de apelación, Savonarola, a despecho de lo establecido en la Constitución, no lo permitió. Esta ilegalidad disminuyó el crédito del monje más que ningún otro acontecimiento. Ya no podía ni desaprobar su decisión, porque se desaprobaba él mismo, ni justificarla, porque era injustificable. Esta violación de la legalidad reveló su carácter intratable, su orgullo sectario; disminuyó su autoridad y le hizo fácil blanco de terribles críticas [6].

* * *

Maquiavelo desea que el pacto constitucional pueda apoyarse sobre la religión. Y se plantea así el moderno problema de las relaciones entre el Estado y la Iglesia.

Ni el fundador ni el reformador del Estado pueden prescindir de las creencias religiosas de un pueblo. Tanto como a los hombres geniales que han creado las repúblicas y los reinos Maquiavelo admira a los hombres geniales que, como Moisés o Numa, han establecido creencias, un culto, leyes religiosas. La religión, que refrena los malos instin-

[5] *Discorsi*, I, 16; I, 110: "E quando uno principe faccia questo, e che il popolo vegga chem per accidente nessuno, ei non rompa tali leggi, comincerà in breve tempo a vivere sicuro e contento".

[6] *Discorsi*, I, 45; I, pág. 192.

tos de los hombres, es indispensable para el mantenimiento de un orden civilizado. Después de Rómulo, rey guerrero, la fortuna de Roma se debió a Numa, legislador religioso, que supo asegurar la cohesión del Estado y la sociedad en un pueblo atormentado por violentas pasiones[1]. A pesar de algunas restricciones puramente formales en favor de la verdad romana, en el origen de toda creencia profesional, Maquiavelo reconoce la debilidad del espíritu humano y su eterno desamparo. Admite sin dificultad que la impostura estuvo siempre presente en el origen de todos los cultos; pero los pueblos se ven así engañados por su bien. Poco importan las mentiras a que recurrió Numa para convencer a los romanos: los fundadores de religiones han abusado siempre de sus fieles, y es bueno que sus fieles hayan dejado que se abuse de ellos. La política debe utilizar este medio de acción que le ofrece la psicología de los pueblos. La historia antigua y moderna enseña que los más incrédulos no son siempre los menos sensibles: "Los florentinos —escribe Maquiavelo— no podrían pasar por ignorantes o groseros. Y, sin embargo, el hermano Jerónimo Savonarola les persuadió de que hablaba directamente con Dios... No quiero juzgar si el actuar así era o no un error, porque de un tan gran hombre sólo debe hablarse con reverencia. Pero puedo decir que la multitud creía eso, sin haber visto jamás una prueba extraordinaria"[2]. "No combatir nunca la religión —escribirá en seguida más resueltamente, pero en secreto, Guicciardini—, ni nada de lo que parezca tener alguna relación con Dios: porque tales temas tienen demasiada fuerza

---

[1] *Discorsi*, I, 11; I, pág. 125: "Il quale, trovando uno popolo ferocissimo, e volendolo ridurre nelle obedienze civili con le arti della pace, si volse alla religione, come cosa al tutto necessaria a volere mantenere una civiltà".

[2] *Discorsi*, I, 11; I, pág. 128: "E benchè agli uomini rozzi più facilmente si persuada uno ordine o una opinione nuova, non è però per questo impossibile persuaderla ancora agli uomini civili e che presumono non essere rozzi. Al popolo fiorentino non pare nè essere ignorante nè rozzo; e nondimeno da frate Girolamo Savonarola fu persuaso che parlava con Dio...".

sobre el espíritu de los tontos" [9]. Siempre será, pues, posible provocar y obtener estos actos de fe colectiva. Muchos los han obtenido, muchos los obtendrán todavía, y nadie debe desesperar de imponer a los hombres ilusiones contra las que nunca se defienden bien. La humanidad sigue siendo lo que fue en los orígenes: "Los hombres nacieron, vivieron y murieron siempre según el mismo orden y las mismas leyes eternas" [10].

La solidez del pacto gubernamental exige, pues, el mantenimiento de la religión. El medio más seguro de alimentar el espíritu religioso es conservar intactos el culto y las prácticas: "Los Estados de gobierno personal o republicano, si no quieren ver cómo se corrompen sus instituciones, deben, ante todo, evitar toda corrupción de las ceremonias religiosas" [11]. Es preciso proteger con el mayor cuidado todo lo que pueda emocionar el alma de los pueblos. En la antigüedad grecorromana esta protección se realizó mediante los sacrificios, los adivinos, los oráculos, los augures. En los pueblos modernos Maquiavelo percibe la liturgia, las ceremonias, las prácticas piadosas, todo lo que la Reforma intentará en seguida corregir. Todo lo que se apodera del hombre por el sentido o la imaginación, apartándole de la reflexión crítica; todo lo que enciende la fe en lo sobrenatural, en el poder de las fórmulas y los ritos, en la espera del milagro y en la invencible necesidad de creer sin pruebas. Augures y oráculos, pro-

[9] Fr. Guicciardini, *Ricordi*, ed. Spongano, pág. 241: "Non combattete mai con la religione nè con le cose che pare che dependono da Dio; perchè questo obietto ha troppa forza nella mente degli sciocchi".

[10] *Discorsi*, I, 11; I, pág. 128: "Non sia pertanto nessuno che si sbigottisca di non potere conseguire quel che è stato conseguito da altri; perchè gli uomini, come nella prefazione nostra si disse, nacquero, vissero e morirono sempre con uno medesimo ordine".

[11] *Discorsi*, I, 12; I, pág. 128: "Quelli principi o quelle repubbliche, de quali si vogliono mantenere incorrotte, hanno sopra ogni altra cosa a mantenere incorotte le cerimonie della loro religione, e tenerle sempre nella loro venerezione; perchè nessuno maggiore indizio si puote avere della rovina d'una provincia, che vedere dispregiato il culto divino".

fetas judíos y cristianos, sacrificios paganos y misa católica, han impuesto y seguirán imponiendo durante mucho tiempo a los hombres un prestigio que se explica por leyes constantes. Estas leyes eximen al político de entrar en el detalle de los dogmas, que pertenecen a los sacerdotes y a los teólogos. Pero el político respetará siempre la religión, afectará respetarla, incluso sin creer en ella, porque solamente en nombre de la religión puede obligarse a los hombres a realizar los sacrificios necesarios, a plegarles a una disciplina de concordia y virtud. Si llega el caso no retrocederá ni ante la impostura. Podrá observar mejor esta conducta cuanto más prudente sea y mejor conozca las leyes naturales[12].

Por tanto, Maquiavelo sólo admite y concibe una religión de Estado, simple medio de gobierno, subordinado a los fines de Estado. Pero ha perdido el verdadero sentido de la vida religiosa. Ni por un momento podría admitir que su finalidad primera sea lograr la perfección espiritual del individuo. Porque para él el individuo sólo cuenta en la medida en que puede servir al Estado, como legislador, como magistrado, como ciudadano o soldado. La religión en la que tal vez crea el secretario florentino sólo le interesa como instrumento que pueda plegar al ciudadano a la disciplina del Estado. Y sólo la considera desde el exterior, y para utilizarla; la esencia íntima y profunda del cristianismo, o de toda otra religión, se le escapa, le es ajena, no le interesa. El es un buen alumno de los juristas y políticos romanos que, en la diversidad de las formas religiosas, habían considerado, ante todo, un instrumento político: es un buen alumno de Polibio, y, como él, se dedica a mostrar el uso que los romanos supieron hacer de la credulidad de las multitudes, para mantener el Estado. Será suficiente recordar, en los *Discursos*, el título del capítulo XIII del primer libro: "De

[12] *Ibid.*, pág. 129: "Mantenere la loro republica religiosa, e per conseguente, buona e unita. E debbono, tutte le cose che nascano in favore de quella, come che le giudicassono false, favorirle e accrescerle; e tanto più lo debbono fare, quanto più prudenti sono, e quanto più conoscitori delle cose naturali".

cómo los romanos se servían de la religión para restablecer el orden en la ciudad, conducir sus empresas y poner fin a los tumultos interiores" [13]. El hombre de Estado se sirve de la religión; no es necesario que crea en ella; y hasta es mejor que no crea. En el capítulo XIV demuestra cómo los hombres de los que dependía la política de Roma sabían utilizar favorablemente los auspicios, incluso cuando eran negativos. Cuando la razón les demostraba la necesidad de una empresa se comprometían en ella sin vacilar, y, en caso de necesidad, a pesar de los auspicios desfavorables. Pero, en este caso, sabían, además, pasar a las prohibiciones religiosas sin dar la impresión de desdeñar la religión; y no vacilaban en castigar severamente a cualquiera que la hubiera despreciado públicamente [14].

He aquí cómo se desarrolla la doctrina de Maquiavelo sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia. El Estado necesita la religión y la utiliza para asegurar su propio mantenimiento. De donde resulta que Maquiavelo no admitirá jamás la separación de Iglesia y Estado, porque no puede prescindir de los servicios que le reporta la religión. Maquiavelo conserva la Iglesia tradicional; asegura a los sacerdotes el respeto debido por los ciudadanos a su función religiosa y su papel social, los honores que el Estado les reserva, porque quiere verse sostenido por un cuerpo de sacerdotes. Maquiavelo mantiene intactas las creencias y prácticas de una religión de Estado a cuya suerte está ligada la suerte del Estado. Si hubiera sido consejero de Trajano o Marco Aurelio habría aprobado las rigurosas medidas represivas contra los cristianos, cuya propaganda religiosa y moral amenazaba con debilitar el Imperio. Como los políticos de la Reforma, no está lejos de considerar la unidad religiosa como un bien supremo.

---

[13] *Discorsi*, I, 13; I, pág. 131: "Come i Romani si servivono della religione per riordinare la città e seguire le lore imprese e fermare i tumulti".

[14] *Discorsi*, I, 14; I, pág. 133: "I Romani interpetravano gli auspizi secondo la necessità, e con la prudenza mostravano di osservare la religione, quando forzati non la osservano, e se alcuno temerariamente la dispregiava, punivano".

y de pensar que la diversidad de creencias desfigura y debilita a un Estado. En los Estados modernos, donde el catolicismo, en la fecha en que él escribe, conserva todavía el privilegio de una religión profesada por los que ejercen la autoridad pública. Maquiavelo se muestra partidario de mantenerlo y conservar el acuerdo estrecho y la colaboración estrecha entre la Iglesia católica y el Estado. En Florencia no se podría concebir una república indiferente u hostil al culto romano; ningún Estado italiano podría ignorar el catolicismo y menospreciar el concurso de la Iglesia católica.

Pero es evidente que, en este acuerdo entre la Iglesia y el Estado, es la Iglesia quien debe correr con los gastos. Maquiavelo desprecia la teología; sólo pide a la Iglesia reforzar la disciplina moral, indispensable para plegar a los individuos al servicio del Estado. No desea en absoluto someter las inteligencias a un régimen de represión y coacción. Hace ya mucho tiempo que la Inquisición no existe en Italia, y la libertad de pensamiento y palabra es prácticamente muy amplia. No le gustaría imaginarse un renacimiento del Santo Oficio y nuevos procesos de herejía. Nada le hubiera disgustado más que la Contrarreforma católica, tal como se desarrollaría en Italia después del restablecimiento de la Inquisición romana, en la segunda mitad del siglo XVI. Bajo un régimen como éste no hubiera podido escribir ni *El Príncipe* ni los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Se sirve de los sacerdotes, pero no les quiere; desprecia su gobierno y no les permitiría gustosamente que regentaran la vida de las almas [18]. Desea conservar intacta su libertad interior. Permanece fiel a las tradiciones del gobierno florentino, que, muy poco devoto, honraba la religión y procuraba mantenerla en el pueblo, pero exigía del clérigo obediencia estricta a las leyes, prohibiéndole, si llegaba el caso, obedecer al Papa durante los conflictos de la Santa Sede con la república, y, en caso de que Roma hiciera pesar sobre ella

[18] *Discorsi*, I, 27; I, pág. 158: "Quanto sia sa stimare poco chi vive e regna come loro".

la excomunión, ordenaba a los sacerdotes continuar el culto [14]. Maquiavelo no quiere que la Iglesia y el Estado se ignoren, para obligar a la Iglesia a servir a éste. El Estado tendría incluso derecho a señalar su disgusto por ciertas formas ascéticas y monacales del cristianismo, y a impulsar una interpretación cívica y estoica del Evangelio. Pero ningún texto permite precisar en qué medida Maquiavelo autoriza al Estado la vigilancia y control de la enseñanza moral y práctica de la Iglesia. Si quisiéramos definir la doctrina de Maquiavelo sobre las relaciones indispensables de la Iglesia y el Estado nos encontraríamos ante la idea de una Iglesia nacional, dependiente del Estado, ligada al Estado, subordinada a los fines de la política nacional y a la defensa de los intereses nacionales. Esta doctrina tan romana y antigua del papel de la religión y del cuerpo sacerdotal, de la colaboración de la Iglesia con el Estado, ha jugado un papel capital en la historia moderna. En efecto, se presentaba tan naturalmente al espíritu de los legisladores que muchos gobiernos la han encontrado sin haberse adherido a la escuela de Maquiavelo. Los juristas galicanos de la monarquía francesa la aconsejaron a los reyes, que finalmente la practicaron en muchas ocasiones. En el siglo XVI los Estados protestantes la siguieron. En el reino de Prusia se convirtió en un elemento esencial de la tradición política de los Hohenzollern. En el siglo XVIII la mayor parte de los Estados católicos la encontraron cómoda y se plegaron a ella. El despotismo ilustrado la hizo entrar en su sistema. Inspiró en Austria la política religiosa de José II, y esa subordinación de la Iglesia al Estado que en la historia recibe el

[14] A propósito de la guerra de Florencia contra Gregorio XI en 1375, llamada "Guerra degli otto Santi", *Istorie fiorentine*, III, 7; II, pág. 133: "Durò la guerra tre anni, nè prima ebbe che con la morte del pontifice termine; e fu con tanta virtù e tanta soddisfazione delle universale amministrata, che agli Otto fu ogni anno prorogato il magistrato: ed erano chiamati santi, ancora che gli avessino stimate poco le censure, e le chiese de' beni loro spogliate, e sforzato il clero a celebrare gli uffici: tanto quelli cittadini stimavono allora più la patria che l'anima".

nombre de josefismo. Bonaparte se inspiró también en ella cuando concluyó con Pío VII una alianza política con vistas a la realización de un asunto de gobierno: la utilización por el Estado de las fuerzas disciplinarias de que dispone la Iglesia romana, transformada, con la conformidad de la Santa Sede, en un servicio administrativo: "Se dirá que soy papista —declara Bonaparte; no soy nada; he sido mahometano en Egipto; y seré católico aquí por el bien del pueblo. No creo en las religiones" [17]. Para arreglar las relaciones entre la Iglesia y el Estado, Bonaparte desemboca así naturalmente en la doctrina de Maquiavelo; y, siguiendo hasta el fin el pensamiento de Maquiavelo, dicta a la Iglesia galicana el catecismo cívico y nacional que debe enseñar a sus fieles. Pero podría ser peligroso ver en los *Discursos sobre la primera década* las ordenanzas religiosas de José II o el catecismo imperial de 1806.

II

Tales son, para Maquiavelo, las bases esenciales de un gobierno civil. Un pacto constitucional conservado en un conjunto de leyes por un cuerpo de magistrados investidos de la misión política de un Senado conservador; pacto cuyo apoyo más sólido es la religión, y que, en consecuencia, exige la presencia y la acción de un cuerpo sacerdotal colocado bajo la tutela y vigilancia del Estado. Traducidos en el vocabulario de la historia francesa, estos factores elementales podrían expresarse así: Constitución, Parlamentos, Iglesia galicana, Concordato, artículos orgánicos. Queda por definir lo que Maquiavelo entiende por gobierno civil.

El carácter esencial de un gobierno como éste es el de asegurar a los ciudadanos lo que Maquiavelo llama la libertad [18]. Montesquieu afirma que ninguna palabra ha re-

[17] A. Debidour, *Histoire des rapports de l'Eglise et de l'Etat en France de 1789 à 1870*, Paris, 1898, en 8.°, pág. 190.

[18] *Discorsi*, I, 16; I, págs. 137-140: "Un popolo, uso a vivere sotto un principe, se per qualce accidente diventa libero, con

cibido más diversas significaciones ni impresionado los espíritus de tantas maneras. No obstante, el autor del *Espíritu de las Leyes* quiere reconocer ahí el poder de hacer todo lo que se debe querer, el derecho de hacr todo lo que permiten las leyes, y de no ser obligado a hacer todo lo que no se debe querer [19]. Maquiavelo emplea esta palabra sin tomarse el trabajo de disertar sobre una noción para él completamente evidente. Preferentemente, define la libertad por sus efectos. El más precioso es la seguridad cívica [20]; pero no se ha molestado en analizar un derecho que los constituyentes de 1789 declararon natural e imprescriptible [21]. Dominado por el recuerdo de las tiranías antiguas y modernas, piensa, ante todo, en la seguridad de las personas y los bienes, en la protección contra la violencia y las confiscaciones [22]. Generalmente, Montesquieu y los constituyentes buscaron las garantías del individuo contra los arrestos y detenciones arbitrarios, la puesta en práctica del principio inglés de *habeas corpus*, formulado por la ley de 1679 [23]. La seguridad cívica puede,

---

difficultà mantiene la libertà". 17, págs. 140-142: "Un popolo corrotto, venuto in libertà, si può con difficultà grandissima mantenere libere".

[19] *Esprit des Lois*, XI, 2; Diversos significados dados a la palabra "libertad"; 3; Lo que es la libertad.

[20] *Discorsi*, I, 16; I, pág. 140: "Vivere sicuro e contento... La sicurità di tutti i suoi popoli".

[21] *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, artículo 2: "El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión".

[22] *Discorsi*, I, 16; I, pág. 138: "Potere godere liberamente le cose sue sanza alcuno sospetto, non dubitare dell'onore delle donne, di quel de' figliuoli, non temere di sè".

[23] En principio, Montesquieu ha considerado la seguridad desde el mismo punto de vista que Maquiavelo: *Cahiers*, pág. 97: "Es libre todo aquel que crea fundadamente que el furor de uno o de varios no le quitarán la vida o la propiedad de sus bienes"; pág. 113: "La única ventaja que un pueblo libre tiene sobre otro, es la seguridad que tiene cada uno de sus habitantes de que el capricho de alguien no le quitará sus bienes o su vida. Un pueblo sometido, que tuviera esta seguridad, fundada o no, sería

además, significar el derecho que la Declaración reconoce al ciudadano de no verse molestado por sus opiniones mientras que al manifestarlas no trastorne el orden público: de donde resulta el derecho de comunicar libremente su pensamiento, de hablar, escribir, imprimir libremente, pero con la obligación de responder del abuso de esta libertad en los casos previstos por la ley[34]. Maquiavelo no ha analizado estas nociones jurídicas, lentamente elaboradas durante dos Revoluciones inglesas, la Revolución americana y la Revolución francesa. Apenas si se interesa en defender esta libertad de pensamiento y palabra que, sin embargo, le es tan querida, y en conciliarla con las exigencias de una religión de Estado, o de la defensa del Estado.

Pero la libertad no consiste solamente en la seguridad del individuo y de sus bienes materiales o morales. La libertad es, además, libertad política. La mayor parte de los hombres no dan a ésta ninguna importancia y sólo desean la seguridad; sólo un pequeño número aspira a la libertad política, porque aspira a mandar[35], desea controlar el gobierno y participar en él. Queda por definir en qué medida ese deseo es legítimo y merece ser satisfecho;

---

tan feliz como un pueblo libre... Esta seguridad de su Estado no es más grande en Inglaterra que en Francia, y apenas era más grande en algunas antiguas repúblicas griegas..., por lo demás, concedo muy poca importancia a la felicidad de disputar con furor sobre los asuntos del Estado y no decir nunca cien palabras sin pronunciar la de 'libertad', ni el privilegio de odiar a la mitad de sus ciudadanos", pero, en *l'Esprit des Lois*, se adhiere plenamente a la doctrina inglesa; XII, 2: "Esta seguridad nunca es más atacada que en las acusaciones públicas o privadas. La libertad del ciudadano depende, pues, principalmente, de la bondad de las leyes criminales". *Declaración de los Derechos*, 7: "Ningún hombre puede ser acusado, arrestado o detenido más que en los casos determinados por la ley y según las formas que ella ha prescrito. Los que soliciten, expidan, ejecuten o hagan ejecutar órdenes arbitrarias deben ser penados".

[34] *Declaración de los Derechos*, arts. 10-11.

[35] *Discorsi*, I, 16; I, pág. 139: "... Esaminare quali cagioni sono quelle che gli fanno desiderare d'essere liberi: ...una piccola parte di loro desidera di essere libera per comandare; ma tutti gli altri, che sono infiniti, desiderano la libertà per vivere sicuri".

en definir ese control y esa participación, y en qué medida se puede admitir que los ciudadanos lo ejerzan. Maquiavelo no ha abordado este problema. Suele emplear el término de "libertad romana"; muestra cómo las luchas de plebeyos y patricios aseguraron en Roma una libertad que él define, sobre todo, como resistencia a la opresión [26]; enumera, además, los medios que, en un Estado republicano, permiten amordazar a los enemigos de la libertad política [27]. Pero apenas se interesa en un análisis abstracto que el estudio de la historia romana le ha evitado. Concibe esta libertad como la practicaba la república romana, entre la derrota de Aníbal y los Gracos [28]. Exigiría, como los ciudadanos o ciudades antiguas, el derecho de no obedecer más que a magistrados libremente elegidos y a leyes libremente discutidas y votadas en asambleas libres, según los términos de la Constitución. Se atiene a la noción antigua, grecorromana, tal como Fustel de Coulanges la formula; gozar de derechos políticos, votar en las asambleas, elegir magistrados, poder ser elegido magistrado [29]. O como Aristóteles lo había definido con cuatro palabras: participar en el derecho de juzgar y condenar [30]. Maquiavelo añadiría el de aceptar el impuesto. Pero nunca ha fijado la línea de separación entre la inmunidad, concedida por la Constitución a tal o tal grupo de ciudadanos,

[26] *Discorsi*, I, 37; I, pág. 177: Rovinò al tutto la libertà romana", I, 4; I, págs. 103-105: "Che la disunione della Plebe e del Senato romano fece libera e potente quella republica"; página 105: "I desiderii de' popoli liberi rade volte sono perniziosi alla libertà, perchè e' nascono, o da essere oppressi, o da suspizione di avere ad essere oppressi".

[27] *Discorsi* I, 7; I, págs. 112-115: "Quanto siano in una republica necessarie de accuse a mantenerla in libertade". Cf. III, 28; I, págs. 405-406: "Che si debbe por mente alle opere d' cittadini, perchè molte volte sotto una opera pia si nasconde uno principio di tirannide".

[28] *Discorsi* I, 10; I, pág. 124: "Vedrà il senato con la sua autorità, i magistrati co' suoi onori".

[29] *La Cité antique*, III, 18, 17.ª edición, París, 1900, en 8.°; página 269: "Gozar de derechos políticos, votar, nombrar magistrados, poder ser arconte, a eso se le llamaba libertad".

[30] *Politica*, 1275 a 22-23; III, 1, 4: «Ὁλίτης δ' ἁπλῶς οὐδενὶ τῶν ἄλλων ὁρίζεται μᾶλλον ἢ τῷ μετέχειν κρίσεως καὶ ἀρχῆς».

y los derechos que naturalmente deben pertenecer a todos. Su religión del Estado soberano no le permite ni expresar, ni incluso concebir, la idea de la soberanía del pueblo: para Maquiavelo, el ciudadano debe estar al servicio del Estado [31].

No se toma tampoco el trabajo de examinar en qué límites puede contribuir el pueblo a la creación de la ley. Sería inútil buscar en él una crítica de los subterfugios que, en el mundo antiguo o las democracias modernas de Italia, reducían prácticamente el derecho de elegir y votar para los hombres de clases inferiores. En el fondo su posición es la de un aristócrata, o la de un hombre que por lo menos está persuadido de que no todos son igualmente capaces de defender, cuando llega el momento, los intereses del Estado, que son los únicos que importan. La libertad política no es ni puede ser más que una libertad desigual.

Maquiavelo se entendería con los constituyentes para reconocer en la propiedad un derecho inviolable y sagrado [32]. No tiene nada de común ni con los franciscanos espirituales ni con los taboritas. La crítica socialista, tal como se esboza en algunas páginas de la *Utopía*, le es absolutamente extraña. Todo régimen civil reposa necesariamente sobre el respeto de la propiedad. Bajo la república, bajo los emperadores fieles al pacto constitucional, los ciudadanos romanos no se vieron inquietados en la posesión de sus bienes [33]. En una monarquía moderna que tiene, como la francesa, una Constitución, si el rey dispone a su antojo de la fuerza armada y de los impuestos, la fortuna de los súbditos queda bajo la garantía de las leyes [34].

Pero el secretario florentino apenas se molesta en discutir sobre los principios. Piensa como historiador más

---

[31] V. n. 29; FUSTEL DE COULANGES, *La Cité antique*, III, 18, página 269: "A eso se le llamaba libertad: pero el hombre no dejaba por tanto de ser sojuzgado al Estado".

[32] *Declaración de los Derechos*, art. 17.

[33] *Discorsi*, I, 10; I, pág. 124: "Godersi i cittadini ricchi le loro ricchezze".

[34] *Discorsi*, I, 16; I, pág. 140; véase pág. 201, n. 2-3.

que como jurista, y, sobre todo, le gusta citar hechos concretos. Define la indispensable seguridad por oposición a ciertos procedimientos de tiranía. Cuando, en el capítulo X del libro I, condena en algunas líneas el mal gobierno de los Césares, muestra como contraste los beneficios que Roma ha disfrutado bajo la república senatorial y consular, o bajo los emperadores, que, de Nerva a Marco Aurelio, han respetado los principios republicanos. Estas ventajas, que se resumen en una palabra, la seguridad de los ciudadanos, son esencialmente libertades: libertad individual, libertad para que cada uno disponga como quiera de su fortuna [30]. Mantenidas durante todo el tiempo que las asambleas y las magistraturas conservaron su poder legal, estas libertades y las garantías constitucionales de estas libertades fueron destruidas por César [31]. En los tiempos modernos estas libertades y estas garantías son desconocidas de los tiranos que reinan en Milán o Nápoles; de ahí que esos países no se presten nunca a la creación de un régimen civil. La nobleza feudal desprecia estas libertades; en todas partes donde ella existe no se podrá ni crear ni mantener un régimen civil [32].

* * *

Sería inútil describir un ideal de gobierno sin plantear ciertas cuestiones de carácter social. Maquiavelo no pide nunca a la economía, que desprecia e ignora, una interpretación de la política. No sabría "disertar" ni del arte de la lana, ni del arte de la seda, ni de las ganancias o pérdidas de los mercaderes [33]. No conoce los problemas de precios o salarios; las luchas de clase florentinas se le escapan; conoce mal las cuestiones de finanzas o de Banca, tan importantes en la historia de las ciudades italianas, en la de Génova, en la de Florencia. Teórico y práctico

[30] Véanse págs. 213 y 214, n. 28 y 33.

[31] *Discorsi*, I, 10; I, pág. 124: "E conoscerà allora benissimo quanti obblighi Roma, l'Italia e il mondo abbia con Cesare".

[32] Véase pág. 96, n. 28.

[33] Véase pág. 156, n. 22.

de la política, su mediocre información económica no le permite desvelar exactamente el juego de las fuerzas ocultas que intervienen de manera oscura y muchas veces decisiva en la historia política de los Estados. Sin embargo, entre las formas políticas y los caracteres de la sociedad distingue algunas relaciones necesarias.

Un régimen civil, y más particularmente un Estado republicano, exige cierta igualdad social[39]. Montesquieu demostrará que el amor a la igualdad y a la frugalidad constituye la virtud sobre la que descansa una democracia: "el amor a la frugalidad —dice— reduce el deseo de posesión a la atención que pide lo necesario para su familia, e incluso lo superfluo para su patria"[40]. Muestra cómo las leyes deben mantener la frugalidad en la democracia, mediante la igualdad y debilidad de las fortunas. Pero admite como compatible con la democracia la existencia de una clase comerciante, incluso rica, a condición de que sea laboriosa y juiciosa. En este punto Maquiavelo anuncia a Montesquieu, y los capítulos III-VI del libro V del *Espíritu de las Leyes* completan exactamente el pensamiento del secretario florentino. La existencia de un Estado libre no es, desde luego, compatible con la misma clase de gentileshombres, posesores de señoríos y derechos feudales. Sin duda sería deseable que, en una república bien organizada, el Estado fuera rico y el ciudadano pobre[41]. Maquiavelo no se detiene en este ideal primitivo y lacedemoniano, que no concuerda ni con el progreso de la

---

[39] *Discorsi*, I, 55; I, págs. 210-214: "... Che, dove è aqualità, non si può fare principato; e dove la non è' non si può fare republica"; I, pág. 214: "Constituisca adunque una republica colui dove è o è fatta una grande equalità".

[40] *Esprit des Lois*, V, 3: "El amor a la república, en una democracia, es el amor a la democracia; el amor a la democracia es el amor a la igualdad. El amor a la democracia es también el amor a la frugalidad. Puesto que cada uno debe gozar de la misma felicidad y de las mismas ventajas, cada uno debe disfrutar de los mismos placeres, y formar las mismas esperanzas; lo cual sólo se puede alcanzar mediante la frugalidad general".

[41] *Discorsi*, I, 37; I, pág. 176: "Le republiche bene ordinate hanno a tenere ricco il publico, e gli loro cittadini poveri".

economía ni con la evolución social. Prácticamente admite la desigualdad, creada por la historia, del pueblo obeso y del pueblo flaco, de la burguesía industrial y comercial, y de los pequeños artesanos. La igualdad que a él le importa, y que es esencial a un gobierno libre, es esa igualdad burguesa que es preciso conservar en el interior de la clase dirigente. Igualdad que no excluye la diferencia de fortunas, creadas con un éxito diferente en la industria, el comercio o las finanzas, como ocurrió en Florencia, Venecia o Génova [42]. Pero estas fortunas tienen el mismo origen; pertenecen a un patriciado burgués cuyos miembros se vigilan unos a otros y no permiten fácilmente que uno se eleve por encima de los demás; la costumbre del trabajo conserva en ellos un cierto espíritu de moderación y simplicidad. Cuando una de estas familias patricias, ascendida por encima de su clase mediante la adquisición de una fortuna principesca, concibe un nuevo espíritu de ambición política, una república burguesa corre el riesgo de perderse. Tal fue el caso de los Médicis. Y Montesquieu adivina el pensamiento que Maquiavelo le sugirió: "Cuando la democracia se funda sobre el comercio puede muy bien ocurrir que haya particulares con grandes riquezas y que las costumbres no se corrompan. Porque el espíritu de comercio lleva consigo el de la frugalidad, economía, moderación, trabajo, prudencia, tranquilidad, orden y regla. Por eso, mientras subsista este espíritu, las riquezas que produzca no tendrán ninguna mala consecuencia. El mal llega cuando el exceso de riquezas destruye este espíritu de comercio. Aparecen entonces inmediatamente los desórdenes de la desigualdad, que todavía no se habían hecho sentir" [43].

* * *

[42] *Discorsi*, I, 55; I, pág. 214: Maquiavelo demuestra que los ciudadanos llamados en Venecia *gentiluomini* no son gentilhombres propiamente dichos, sino grandes burgueses: "I gentiluomini in quella Repubblica sono più in nome che in fatto; perchè loro non hanno grandi entrate di possessioni, sendo le loro ricchezze grandi fondate in sulla mercanzia e cose mobili; e di più, nessuno di loro tiene castella, o ha alcuna iurisdizione sopra gli uomini".

[43] *Esprit des Lois*, V, 6.

Continuando el análisis de Maquiavelo, Montesquieu definió mejor que él la medida de igualdad social que el secretario florentino juzga necesaria en un Estado libremente gobernado. El problema está en impedir la aparición de una clase de hombres a los que su opulencia ha educado por encima de la ley. Pero la noción de igualdad republicana y civil es en él muy elástica, y, en la práctica, no se muestra partidario de reducir a un mismo nivel todas las fortunas.

Esta sería, sin duda, la base ideal de una república estable y de un Estado bien organizado. Pero si desde el principio falta esta base no se debe intentar una restauración artificial. Porque el curso de la historia no se puede remontar. Maquiavelo dedica un largo capítulo a demostrar que si en una república se promulga una ley dirigida a restablecer un pasado lejano y esta ley contradice un estado de cosas establecido por antiguos usos, las consecuencias sólo pueden ser el desorden y el escándalo [44]. En sí misma, la ley agraria de Roma no era injusta. Pero deshacía una especie de prescripción admitida desde siempre. Ofendía a una clase poderosa que, defendiendo sus ventajas, podía presentarse como defensora del interés público. Los hombres dependen más de los bienes que de los honores [45]. Ante las reivindicaciones plebeyas, la nobleza había cedido en el reparto de las magistraturas. Cuando se trató de las tierras se negó al reparto con una obstinación encarnizada. La ley agraria creó, pues, en Roma un permanente estado de guerra civil. Provocó el levantamiento de la plebe, el triunfo plebeyo de Mario, la reacción aristocrática de Sila; Pompeyo sucedió a Sila, César a Mario. Y, vencedor, César fue el primer tirano de Roma: así pereció la república [46].

[44] *Discorsi*, I, 37; I, págs. 175-178: "Quali scandoli partorì in Roma la legge agraria; e come fare una legge in una republica, che riguardi assai indietro, e sia contro a una consuetudine antica della città, è scandolosissimo".

[45] *Ibid.*, pág. 178: "Vedesi per questo ancora, quanto gli uomini stimano più la robache gli onori".

[46] *Ibid.*, pág. 177: "Il quale fu primo tiranno in Roma; laichè mai poi fu libera quella città".

Contra los Gracos no quiso Maquiavelo recoger la tradición de insulto que se remonta a Cicerón. No hay duda de que fueron responsables del siglo de desórdenes que provocó la reforma agraria y desembocó en la ruina de la libertad; pero sus intenciones eran puras. Les faltó prudencia: porque ningún proyecto es más peligroso que el de emprender la corrección de abusos inveterados [47]. Se corre el riesgo de agravar los efectos del mal que se quiere combatir; y, como los Gracos, de hacerlo irremediable. Maquiavelo se muestra, pues, singularmente prudente, conservador en materia social, enemigo de las revoluciones, convencido —tal es el ejemplo que le brindan la historia griega y romana, tal es la enseñanza que extrae de las ciudades medievales— de que la mayor parte de las veces sólo conducen a la tiranía y a la ruina de las libertades.

III

Maquiavelo no coloca, sin embargo, el ideal de un gobierno civil en la quietud e inmovilidad. Una ciudad que vive políticamente, donde los ciudadanos mantienen y cultivan, siempre activos, las virtudes cívicas, no se acomoda al silencio donde se adormecen las ciudades corrompidas [48]. Por eso, al orden mudo que imponen las jerarquías, Maquiavelo prefiere el régimen popular con sus riesgos de tumulto. Como siempre, la república romana le ofrece la imagen ideal y, sin embargo, verdadera de un pueblo sometido libremente a la ley, alejado del orgullo insolente y de la obediencia servil [49], dueño de sus destinos, apto

[47] *Ibid.*, pág. 178: De' quali si debbe laudare più la intenzione che la prudenzia. Perchè a volere levar via uno dissordine cresciuto in una republica, e per questo fare una legge che riguardi assai indietro, è partito male considerato".

[48] *Discorsi*, III, 8; I, pág. 361: "Per altri modi si ha cercare gloria in una città corrotta, che in una che ancora viva politicamente". Véase pág. 142, n. 5.

[49] *Discorsi*, I, 58; I, pág. 218: "Una moltitudine... regolata dalle leggi... Nè superbamente dominare nè umilmente servire: come era il popolo romano, il quale, mentre durò la Republica

para decidir y mandar, siempre respetuoso con el pacto constitucional[50]. A un gobierno popular de tipo romano le atribuye más estabilidad política, más constancia, más juiciosa prudencia, que a una monarquía[51]. Ve al pueblo liberado de las pasiones que a menudo extravían la conducta de los déspotas: capaz de elegir sus magistrados más cuidadosamente y con mayor juicio que los príncipes eligen sus consejeros y ministros[52]. Una república organizada según el modelo romano prospera más rápidamente que un Estado personal[53]; si un príncipe puede concluir mejor la organización del Estado, un gobierno democrático podrá conservarla más tiempo[54]. Porque este gobierno escapa a las causas de ruina que amenazan a los regímenes personales. Sus peores violencias no alcanzan más que a los presuntos enemigos del bien público; las de un príncipe tienen por objeto satisfacer sus odios privados[55]. En un gobierno republicano se puede encontrar remedio a la

---

incorrotta, non servì mai umilmente nè mai dominò superbamente".

[50] *Ibid.*, pág. 219: "Un popolo che comandi e sia bene ordinato".

[51] *Ibid.*, pág. 219: "Ma quanto alla prudenzia ed alla stabilità, dico come un popolo è più prudente, più stabile e di migliore giudizio che un principe. E non senza ragione si assomiglia la voce d'un popolo a quella di Dio". Cf. el título del capítulo: "La moltitudine è più savia e più costante che uno principe".

[52] *Discorsi*, I, 58, pág. 220: "Vedesi ancora, nelle sue elezioni ai magistrati, fare, di lunga, migliore elezione che un principe; nè mai si persuaderà a un popolo, che sia benetirare alla degnità uno uomo infame e di corrotti costumi; il che facilmente e per mille vie si persuade a un principe". Cf. MONTESQUIEU, *Esprit des Lois*, II, 2: "El pueblo es admirable escogiendo aquellos a quienes debe confiar alguna parte de su autoridad".

[53] *Ibid.*, "Vedesi, oltra di questo, le città dove i popoli sono principi, fare in brevissimo tempo augumenti eccessivi, ... come fece Roma dopo la cacciata de' re, e Atene da poi che la si liberò da Pisistrato...".

[54] *Ibid.*: "E se i principi sono superiori a popoli nello ordinare leggi, formare vite civili, ordinare statuti ed ordini muovi, i popoli sono tanto superiori nel mantenere le cose ordinate...".

[55] *Ibid.*, pág. 221: "Le crudeltà della moltitudine sono contro a chi ei temano che occupi il bene commune...".

licencia popular; contra un príncipe criminal no existe otro recurso que el puñal [86]. Así, el ejemplo de Roma demuestra que la libertad política no excluye ni la grandeza ni el poder [87].

Demuestra también la necesidad y conveniencia de las luchas políticas que enfrentan a los grandes partidos, organizados para la defensa de ciertos principios de derecho y ciertos intereses de clase. Los conflictos de la plebe y el Senado tuvieron el saludable efecto de liquidar, por una y otra parte, todo esfuerzo de invasión y usurpación, de obligar a ambos a respetar el pacto constitucional, de asegurar el triunfo de la libertad [88]. Cuando una república aspira a la grandeza y el poder, y necesita para fundar su imperio el concurso de un pueblo numeroso y habituado a las armas, debe resignarse, como la república romana, a una vida tumultuosa, y acomodarse a ella [89]. Sólo un Estado sin fuerza interior ni ambiciones puede prometerse una calma que nada turbe. Pero los tumultos de un pueblo libre raramente perjudican la libertad: nacen del hecho de la opresión o del simple temor a ella [90].

Los partidos son, pues, indispensables a la vida e incluso a la salud del Estado. Pero el secretario florentino condena la facción, creada por y para un hombre, y cuyo único fin es llevar a un hombre al poder y compartir con él las ventajas del poder. En la historia romana la usurpación de César, como la de Sila, constituye el triunfo de

[86] *Ibid.*: "... Un popolo licenzioso e tumultuario... facilmente può essere ridotto nella via buona; a un principe cattivo non è alcuno che possa parlare, ni vi è altro rimedio che il ferro".

[87] *Discorsi*, I, 4; I, pág. 103: "libera e potente".

[88] *Discorsi*, I, 4; I, págs. 103-105: "Che la disunione della plebe e del senato romano fece libera e potente quella republica".

[89] *Discorsi*, I, 6; I, pág. 110: "Se tu vuoi fare un popolo numeroso ed armato per poter fare un grande imperio, lo fai di qualità che tu non lo puoi poi maneggiare a tuo modo... E' necessario... dare luogo a' tumulti e alle dissensioni universali, il meglio che si può; perchè sanza gran numero di uomini, e bene armati, mai una republica potrà crescere...".

[90] *Discorsi*, I, 4; I, pág. 105: "E i desiderii di popoli liberi rade volte sono pernizioni alla libertà, perchè e' nascono, o da essere oppressi, o da suspizione di avere ad essere oppressi".

la facción[41]. En la historia reciente de Florencia la usurpación mediciana constituye también el triunfo de una facción. Y todo lo que se hace por vía ilegal, al margen del pacto constitucional, contra el pacto constitucional, destruye el espíritu de un régimen civil.

* * *

Es preciso que todo gobierno legal que desee mantenerse, conservar su prestigio y grandeza sepa utilizar y suscitar el esfuerzo y devoción de los ciudadanos. Maquiavelo quiere que el Estado provoque la emulación por medio de recompensas, pero sin olvidar jamás castigar los incumplimientos del deber. Menos ingratos que los atenienses hacia los buenos servidores del Estado, los romanos nos ofrecen el ejemplo a seguir. En general, los gobiernos populares practican la gratitud mejor que los gobiernos personales. Por su parte, los ciudadanos, en sus esfuerzos para servir al Estado, deben olvidarse de sí mismos e imponerse una disciplina de obediencia. Quien ha ocupado los más altos cargos no debe creerse humillado si el Estado le confiere después otros más modestos. La república de Venecia y los reinos modernos se equivocaron al no desdeñar esta vanidad. En Roma, si los antiguos cónsules no hubieran aceptado servir al Estado más que a título de cónsules, si la ciudad no les hubiera impuesto la obligación de volver a la vida ordinaria y aceptar las funciones más modestas que les confiaba, se habría suprimido una de las más esenciales garantías de la libertad[42]. El Estado debe proveer a su defensa contra los enemigos interiores más activamente aún. Instruido por la debilidad de Soderini, que creía, a fuerza de paciencia y mansedumbre, poder reconciliar los partidarios de los Médicis con la república, Maquiavelo se niega a perdonar a los

[41] *Discorsi*, I, 37; I, pág. 196.

[42] *Discorsi*, I, 24; I, págs. 153-154: "Le republiche bene ordinate costituiscono premii e pene a' loro cittadini...", 36; I, páginas 174-175: "Non debbano i cittadini, che hanno avuto i maggiori onori, sdegnarsi de' minori".

hijos de Bruto[62]. Pero más que los complots a mano armada teme los lentos progresos de una usurpación pacífica y enmascarada. Sabe que bajo la tapadera de obras emprendidas en bien del interés común se esconden muchas veces los primeros pasos de un candidato a la tiranía[63]. Sabe que para refrenar, como él dice, la insolencia de un hombre poderoso, el medio más seguro consiste en arrebatarle sin ruido su clientela, despojándole así de toda posibilidad de hacer daño[64]. Si en 1434 los adversarios de Cosme hubieran actuado como él, captándose como él el favor del pueblo, hubieran llegado sin violencia a paralizar su intriga. Pero cuando un ciudadano se convierte evidentemente en peligroso, Maquiavelo plantea el principio de que el Estado no debe quedar desarmado. La Constitución debe prever el medio de actuar para defenderle; debe prever el procesamiento de los ciudadanos demasiado ambiciosos o poco respetuosos con la ley. Maquiavelo dedica todo un capítulo a demostrar lo necesarios que son en una república los procesos para mantener la libertad. Cita el ejemplo de la historia romana, y del papel jugado a este respecto, por los tribunos[65]. De ahí la necesidad de una jurisdicción especial encargada de las investigaciones sobre los delitos de orden público, los atentados cometidos o simplemente preparados contra las libertades públicas o las leyes constitucionales. Jurisdicción que no define, y que pudiera corresponder a un Alto Tribunal, o,

[62] *Discorsi*, III, 3; I, págs. 333-334: "... Chi piglia una tirannide, e non ammazza Bruto, e chi fa uno stato libero e non ammazza i figliuoli di Bruto, si mantiene poco tempo... Piero Soderini, il quale si credeva superare con la pazienzia e bontà sua quello appetito che era ne' figliuoli di Bruto..., per non sapere somigliare Bruto, e' perdè, insieme con la patria sua, lo stato e la riputazione".

[63] *Discorsi*, III, 28; I, págs. 405-406.

[64] *Discorsi*, I, 52; I, págs. 203-205: "A reprimere la insolenzia d'uno surga in una republica potente, non è più sicuro e meno scandoloso modo, che preoccurparli quelle vie per le quali viene a quella potenza".

[65] *Discorsi*, I, 7; I, págs. 112-115: "Quando siano in una republica necessarie le accuse a mantenerla in libertade". Cf. III, 28; véase n. 64.

en caso de peligro supremo, a un Tribunal Revolucionario. En los Estados donde esta institución falte o se muestre ineficaz, para detener las empresas de los aventureros de la política no queda otro medio que el levantamiento popular. Pero nada debe procurar evitarse con más celo que la intervención armada del pueblo en un terreno que pertenece a la ley[67]. Sin embargo, antes de aconsejar el recurso a estas jurisdicciones supremas, Maquiavelo vacila. Porque nada sería tan desastroso para el Estado como el ver menospreciadas sus sentencias. Ahora bien, ocurre muchas veces que se invoca demasiado tarde su intervención, y cuando el mal no tiene ya remedio. Cosme era ya demasiado poderoso cuando sus adversarios obtuvieron contra él una sentencia de exilio que, sin embargo, estaba justificada. Esta sentencia no hizo más que exasperar a su partido, que en seguida cobró de nuevo bastante audacia para anularla, y reservarle un retorno triunfal. Sin la inoportuna acusación tardía este reforzamiento de su poder jamás se habría producido. Análogamente, todos los esfuerzos intentados para defender contra César la Constitución y la libertad no sirvieron más que para acelerar la ruina de la república. Y, como siempre, Maquiavelo aconseja prudencia. Es preciso considerar claramente la fuerza real del mal que amenaza al Estado. Si las maniobras de un aventurero no son bastante temibles para hacer peligrar la ley y la Constitución debe actuarse inmediatamente. En otro caso, mejor que exponerse a ver la ley despreciada, o arriesgarse al azar de una intervención ilegal de las fuerzas populares, vale más contemporizar. Muchas veces, si se puede ganar tiempo, el mal que amenaza a la república se destruye él mismo, o por lo menos retrasa durante mucho tiempo sus efectos, por eso mismo debilitados[68]. Así se desarrolla el oporunismo de Maquiavelo.

---

[67] *Discorsi*, I, 7; I, pág. 113: "Quando questi modi ordinari non vi siano, si ricorre agli straordinari; e sanza dubbio questi fanno peggiori effetti che non fanno quelli".

[68] *Discorsi*, I, 52; I, págs. 203-204; I, 33; I, págs. 167-169: "Quando uno inconveniente è cresciuto in uno stato o contro a

IV

Para resistir a todas las causas de corrupción que le amenazan, un gobierno libre necesita muchas veces reformarse. Maquiavelo tenía la intención de dedicar a esta cuestión de la reforma de los Estados, tomando como ejemplo la república romana, el libro III de sus *Discursos;* pero sólo lo tratará de pasada[9]. Reforma, no revolución: el secretario florentino es esencialmente moderado, conservador, enemigo de todo llamamiento a las fuerzas mal disciplinadas. Esta reforma es la obra maestra de la política; exige un largo y detenido estudio. En el cuerpo de las leyes constitucionales se pueden introducir algunos elementos nuevos, mejor adaptados a las circunstancias, a las nuevas condiciones del Estado y la sociedad: Maquiavelo no descarta y no puede descartar este enriquecimiento. En reiteradas ocasiones, para reformar la república, los políticos florentinos han juzgado útil tomar algunas ideas de la Constitución de Venecia, y Maquiavelo no ha desaprobado su conducta[10]. Prefiere que se suprima antes que se añada, que se amplíe mejor que se injerte, y que se conserve, al menos en apariencia, el espíritu de las antiguas instituciones[11]. Porque la reforma del Estado, como la reforma de la Iglesia, exige el retorno a la pureza de

---

uno stato, è più salutifero partito temporeggiarlo che urtarlo".

[9] *Discorsi*, III, 1, in fine, I, pág. 331: "E per dimostrare a qualunque, quanto le azioni degli uomini particulari facessono grande Roma... verrò alla narrazione e discorso di quegli; intra e' termini de' quali questo terzo libro, ed ultima parte di questa prima Deca, si concluderà". Se tratará, sobre todo, del papel de los dictadores.

[10] Por ejemplo, el 26 de agosto de 1502, se había votado, a imitación de Venecia, la ley en virtud de la cual el *gonfalonier* debía ejercer de ahora en adelante sus poderes a perpetuidad como el dux.

[11] *Discorsi*, I, 25; I, págs. 155-156: "Chi vuole riformare uno stato anticato in una città libera, ritenga almeno l'ombra de'modi antichi". "E' necessitato a ritenere l'ombra almanco de'modi antichi, acciò che a'popoli non pala avere mutato ordine, ancorchè in fatto gli ordini nuovi fussero al tutto alieni dal passato".

las instituciones primitivas [13]: "Si los dos fundadores de las órdenes mendicantes, San Francisco y Santo Domingo, no hubieran reformado la religión devolviéndola el espíritu de sus orígenes, ésta hubiera desaparecido completamente. Gracias a ellos no se ha arruinado por la deshonestidad de los prelados y de las jerarquías religiosas" [14]. Así debe actuarse también en lo temporal.

Se anuncia aquí el esquema de una política tradicionalista. Cada Estado se constituye según un cierto número de principios, que conforman el espíritu de sus leyes. Este espíritu, esta lenta creación histórica, expresa, sin duda, la naturaleza profunda de ese Estado y sus tendencias esenciales. Los hombres responsables del gobierno deben procurar que no se pierda nada de este espíritu, que en el cuerpo de leyes no se introduzca nada que esté en desacuerdo con él. Deben intentar enderezar y corregir todo lo que ha llegado a falsearle. Montesquieu ha retenido esta concepción y esta regla, resumiéndolas en una fórmula que recuerda con gran fidelidad el texto de Maquiavelo: "Cuando una república está corrompida, el único medio de remediar los males que nacen en la corrupción es suprimirla y recordar los principios. Toda otra corrección o es inútil u origina un nuevo mal" [15].

Con arreglo a la ley romana, la tarea de velar sobre el cumplimiento de la Constitución y reformarla según el espíritu de sus principios se confiaba a los tribunos y censores. Los modernos pueden atribuirla a ciertos magistrados o a determinados cuerpos a la vez políticos y judiciales, como son en Francia los Parlamentos: sobre este punto el secretario florentino se entendería sin dificultad con toda una escuela francesa y con Montesquieu. Pero

[13] *Discorsi*, III, 1; I, págs. 327-331: "A volere che una setta o una republica viva lungamente, è necessario ritirarla spesso verso il suo principio". 22; I, pág. 393: "E se una republica fusse sì felice, ch'ella avesse spesso... chi con lo esempio suo le rinnovasse le leggi, la sarebbe perpetua".

[14] *Discorsi*, III, 1; I, pág. 330: "E furono sì potenti gli ordini loro nuovi, che ei sono cagione che la disonestà de' prelati e de' capi della religione non la rovinino...".

[15] *Esprit des Lois*, VIII, 12.

admite también, de acuerdo con el ejemplo clásico de Roma, la acción de un dictador. Maquiavelo, que ha estudiado en la historia el papel de la dictadura, comprueba que esta forma de gobierno ha proporcionado a la república romana los más grandes servicios: "Cuando una república —dice— está amenazada de corrupción debe elegir entre respetar la legalidad y correr a su ruina, o salvarse, rompiendo el orden legal. Por eso creo que las repúblicas que en períodos urgentes no acuden a las dictaduras o alguna otra autoridad de la misma clase se pierden infaliblemente" [16].

* * *

El dictador, a quien Maquiavelo está dispuesto a confiar la reforma de un gobierno republicano, no tiene nada de común con el tirano. La dictadura es una magistratura republicana, prevista por la Constitución e inscrita en la Constitución. El dictador no se autodesigna: es designado regularmente por las autoridades regulares. Durante el período de su mando el poder de que ha sido investido es, sin duda, absoluto, y el ejercicio de este poder suspende lo que los modernos llaman las garantías constitucionales. Pero esta suspensión es legal; ha sido prevista; está autorizada por la Constitución. Aunque inactivas, las magistraturas y las asambleas subsisten. Y su permanencia obliga al dictador a respetar las leyes. En fin, el dictador sólo dispone de una autoridad provisional, limitada al cumplimiento de una tarea definida, que para Maquiavelo debe ser, ante todo, la restauración del Estado. Una vez terminada su obra, el dictador restablece las libertades políticas y vuelve a las filas de los ciudadanos [17].

[16] *Discorsi*, I, 34; I, págs. 171-172: "Quando in una republica manca uno simile modo, e necessario, o, servando gli ordini, rovinare, o, per non ruinare, rompergli... Conchiudendo, dico che quelle republiche, le quali negli urgenti pericoli non hanno rifugio o al dittatore o a simili autoritadi, sempre ne' gravi accidenti rovineranno". Cf. MONTESQUIEU, *Cahiers*, pág. 212: "Dictador". "Remedio extremo en los males extremos. Era una divinidad que bajaba del cielo para desenredar las cosas embarulladas."

[17] *Discorsi*, I, 35; I, pág. 173: "Creato il Dittatore, rimanevano i Tribuni, i Consoli, il Senato, con la loro autorità; nè il Dittatore

Maquiavelo, siempre instruido por la historia romana, concibe, pues, la dictadura como la permitía y practicaba la república senatorial y consular. Para Maquiavelo, el dictador tipo es Camilo, Cincinato o Fabio Máximo. No lo es Sila; no lo es César. Porque el prosélito llegado del mundo de la política o de las armas que, por la fuerza de una facción victoriosa, toma el poder y se inviste él mismo con una misión de salvación pública, no constituye para el secretario florentino un dictador, magistrado regular de la república. Aunque las intenciones sean buenas, el medio sigue siendo condenable y de perniciosos efectos: aunque no intervengan otros factores el poder personal es suficiente para frustrar el desarrollo de un Estado sano [77]. Es necesario que exista un Alto Tribunal o que un Tribunal Revolucionario proteja la libertad de los hombres contra todo esto [78].

V

El gobierno civil, cuyo ideal ha sido definido en los *Discursos*, presenta el carácter de una república, según el modelo de la Roma consular y senatorial o de la ciudad florentina. Pero Maquiavelo no renuncia, sin embargo, a lo que Montesquieu denominará una monarquía bien or-

---

la poteva tôrre loro... In modo che il Senato, i Consoli, i Tribuni, restando con l'autorità loro, vanivano a essere come sua guardia, a farlo non uscire della via diretta. E pur questo si deve notare, che, quando si è detto che una autorità data da' suffragi liberi, non offese mai alcuna republica, si presuppone che un popolo non si conduca mai a darla, se non con le debite circunstanze e ne' debiti tempi". Demuestra cómo, al no observar estas garantías necesarias, la reacción del decenvirato perjudicó a la libertad romana.

[77] *Discorsi*, I, 18; I, pág. 145: "E perchè il riordinare una città al vivere politico presuppone uno uomo buono, e il diventare per violenza principe di una republica presuppone uno uomo cattivo; per questo si troverrà che radissime volte accagia che uno buono, per vie cattive, ancora che il fine suo fusse buono, voglia diventare principe". I, 35, pág. 104: "Nè giova, in questo caso, che la materia non sia corotta; perchè una autorità assoluta in breve tempo corrompe la materia".

[78] Véase pág. 223.

ganizada [79]. En el corazón mismo del *Príncipe*, después de dos capítulos dedicados a la teoría de las usurpaciones violentas, se desarrolla la doctrina sobre la fundación de un principado civil [80].

Maquiavelo emprende ahí el estudio de un hecho capital. A partir de ahora deja entender que, en una república amenazada por los conflictos sociales a desembocar en una crisis mortal, la única reforma eficaz debe consistir no en dar satisfacción a la pasión popular, sino en corregir las leyes según el tipo monárquico [81]; reconoce que la mayor parte de las veces un esfuerzo tal parece exigir la acción extraordinaria y violenta de un hombre [82]. Sin embargo, continúa queriendo impedirla. Busca de qué forma un Estado republicano, sin violencia ni recurso a las armas, sin la intervención ilegal y brutal de una facción, pero con el consentimiento general, puede revisar su Constitución en favor de un ciudadano que reciba legalmente el título de príncipe. Se plantea así un problema político e histórico: el del pasaje legal de la república a la monarquía, en un país que nunca ha conocido otra forma que la republicana; o el problema de la restauración legal de la monarquía en un país que después de haberse constituido como monarquía se ha dado un régimen republicano. Respecto al primer caso, es difícil encontrar algunos ejemplos históricos, y todos los hechos que pudieran alegarse,

---

[79] Véanse págs. 203-204: *Esprit des Lois*, III, 6.

[80] *Il Principe*, 9. De principatu civili: I. págs. 31-34.

[81] Algunas indicaciones sumarias sobre las rivalidades económicas y sociales de donde proviene la decadencia de las repúblicas: *Discorsi*, I, 37; I, pág. 175: "Desiderando gli uomini, parte di avere più, parte temendo di non perdere lo acquistato, si viene alle inimicizie ed alla guerra...". *Discorsi*, I, 18; I, pág. 146: "...La difficultà o impossibilità, che è nelle città corrotte, a mantenervi una republica, o a crearvela di nuovo. E quando pure la vi si avesse a creare o a mantenere, sarebbe necessario ridurla più verso lo stato regio che verso lo stato popolare...".

[82] *Discorsi*, I, 18; I, pág. 145: "A fare questo, non basta usare termini ordini, essendo modi ordinari cattivi; ma è necessario venere allo straordinario, come è alla violenza ed all'arme, e diventare innanzi a ogni cosa principe di quella città, e poterne disporre a suo modo.

bien en la antigüedad clásica, bien en la antigüedad judía, pertenecen más o menos a la leyenda. Por el contrario, la historia presenta innumerables ejemplos del segundo. Es suficiente citar la restauración de los Estuardos dos años después de la muerte de Cromwell, o las diversas tentativas legales de restauración que se han producido en Francia, sea en la época del Directorio, después de las elecciones de 1797, sea en los primeros tiempos de la III República. Mas para colocarse en la hipótesis estudiada por Maquiavelo es necesario, además, eliminar todos los casos de restauración monárquica realizados por otros medios que no sean el sufragio de las asambleas, bien con el concurso de una facción que dispone de la fuerza militar, bien con el apoyo militar del extranjero. Lo que invalida, en cuanto a la historia antigua, la restauración de la monarquía en Roma a favor de César, y, en los tiempos modernos, el 18 brumario o el 2 de diciembre, y las dos restauraciones de los Borbones en 1814 y 1815.

Tal es la cuestión a estudiar. Maquiavelo ha definido correctamente sus términos. Comienza por describir las condiciones en las que puede producirse un pasaje legal de la república a la monarquía, o una restauración de la monarquía. Enuncia el hecho de la lucha de clases, evidente hasta para un historiador de formación espiritualista y clásica. Naturalmente, no lo formula en ese lenguaje marxista que Tomás Moro pareció un día presentir dando del Estado una definición irónica y negativa, sino con ayuda del vocabulario trivial e impreciso que el humanismo ha heredado de Tito Livio: "En toda ciudad —dice— el pueblo desea no ser mandado ni oprimido por los grandes, y los grandes desean mandar al pueblo y oprimirlo" [83].

[83] TOMÁS MORO, *La Utopía o el Tratado de la mejor forma de gobierno*, texto latino editado por Marie Delcourt, París, 1936, en 8.°; pág. 204, 19-21: "...Quaedam conspiratio divitum, de suis commodis reipublicae nomine tituloque tractantium". *Il Principe*, 9. I, pág. 31: "Il populo desidera non essere comandato nè oppresso da' grandi, e li grandi desiderano commandare e opprimire el populo". *Discorsi*, I, 4, I, pág. 104: "E' sono in ogni republica due umori diversi, quello del popolo e quello de'grandi". Cf. página 229, n. 81.

Puesto que este hecho esencial domina toda la historia política, Maquiavelo no ve más que tres soluciones posibles: o un gobierno liberal, que concilie en un feliz equilibrio los intereses y aspiraciones de las dos clases rivales; o un gobierno en el que prevalezcan los intereses y las pasiones populares, y que toma fatalmente un carácter demagógico; o una monarquía autoritaria, instituida o restaurada, y capaz de tener a raya a ambas clases[44].

Esta fundación o esta restauración sólo puede, sin embargo, hacerse con el apoyo de alguna de las clases. El nuevo príncipe se alza al poder supremo por la fuerza del pueblo o de los grandes. O bien la aristocracia, amenazada por el progreso de los elementos populares, se dirige a uno de los suyos y, para defender sus intereses de clase, le lleva al principado. O bien el pueblo, oprimido por la aristocracia, elige un príncipe con objeto de ser defendido. En ambos casos todo ocurre legalmente, en virtud de un voto regular de las asambleas, tanto si la mayoría pertenece a la aristocracia como si pertenece a los elementos populares. En esta última hipótesis el candidato al poder no necesita tener genio; le es suficiente tener habilidad política y aprovechar la oportunidad[45].

Pero el estudio de Maquiavelo no deja de ser completamente escolástico. Su análisis es aquí aún excesivamente somero. Evidentemente, se ha encontrado con visibles dificultades para poder hallar, en el pasado como en los tiempos modernos, ejemplos históricos. Ha recogido un solo caso: no es lo suficientemente ilustrativo, y Maquiavelo apenas insiste. Recuerda cómo Nabis, rey de Esparta a principios del siglo II, pudo obtener, con la ayuda del partido popular y sin violencia, que la Constitución revi-

[44] *Il Principe*, 9; I, pág. 31: E da questi dua appetiti diversi nasce nelle città uno de'tre effetti, o principato o libertà o licenzia".

[45] *Il Principe*, 9; I, pág. 31: "Vedendo e' grandi non potere resistere al populo, cominciano a voltare la reputazione a uno di loro, e fannolo principe per potere, sotto la sua ombra, sfogare il loro appetito. El populo ancora, vedendo non potere resistere a' grandi, volta la reputazione a uno, e lo fa principe, per essere con la autorità sua difeso...".

sada le concediera una autoridad absoluta; durante algunos años aseguró así la defensa de Grecia contra Roma[96]. Este ejemplo, una vez más tomado de Tito Livio, sólo responde a la hipótesis examinada si se asimilan los dos reyes de Esparta, controlados por los éforos y las asambleas, a los magistrados republicanos; el problema constitucional planteado por la lectura de Nabis resulta ser el del pasaje de una diarquía impotente a una monarquía autoritaria. De hecho, no debió únicamente su poder a la simple persuasión, al simple consentimiento de las asambleas. Había realizado un llamamiento a la fuerza de los elementos proletarios e incluso serviles; a la fuerza militar de un pequeño grupo de aventureros fanatizados. Y, en fin, una vez convertido en dueño de Esparta, la violencia revolucionaria de la obra que realiza le emparenta mucho menos a los fundadores o a los restauradores de monarquías regulares y civiles que a esos dictadores revolucionarios que, en posesión de plenos poderes, renuevan todo el antiguo orden político y social, y hacen tabla rasa del pasado. Se le ve abolir las deudas, redistribuir las tierras, confiscar los capitales, liberar los esclavos, emprender y realizar todo un programa de revolución social. Desde este ángulo, Nabis, rey de Esparta, se muestra como un aventurero de la política y la guerra, elevado a la autoridad suprema gracias a las facciones populares y por la fuerza de las armas, y que, seguro de estos apoyos, se compromete en una política de acción audaz y violenta. A pesar de la presunta seguridad de su talento, su caso resulta trivial. Es suficiente releer a Fustel de Coulanges: "Cuando la aristocracia se convirtió en dueña el pueblo no se limitó a lamentar la monarquía; aspiró a restaurarla bajo una nueva forma... Consiguió, generalmente, darse sus propios jefes. No pudiendo llamarles reyes, les llamó tiranos... Con más o menos violencia estos tiranos realizaban por todas partes la misma política... Su regla de conducta era golpear a la aristocracia apoyándose sobre el

[96] *Il Principe*, 9; I, pág. 33.

pueblo" [11]. De ahí que Nabis, rey o más bien tirano de Esparta, hubiera encontrado más exactamente su puesto entre los facciosos y los usurpadores.

Maquiavelo no toma ningún ejemplo de la historia reciente italiana. En efecto, por todas partes donde la vieja comuna había dado paso a un gobierno personal, el pasaje de un régimen a otro había sido violento; las facciones y la fuerza armada habían jugado un papel capital. Por el momento, mientras escribía este capítulo, parece que Maquiavelo pensaba en los Médicis cuyos nombres se prohibía, sin embargo, citar. La actuación de Cosme o Lorenzo puede definirse bastante bien como habilidad política. Pero, en realidad, los Médicis no tenían por qué intervenir en este debate. Aparentemente habían respetado las formas de la legalidad. Pero sólo habían prosperado con la ayuda de una facción que, dueña de todos los recursos de una de las más poderosas Bancas de Europa, se había instalado en todos los puestos desde donde podía mandar las asambleas y las magistraturas. Facción popular, demagógica, hostil a la mezquina aristocracia que gobernaba legalmente la ciudad. Y la fuerza no estaba nunca lejos, siempre dispuesta a la amenaza o al castigo. Todos los retoques introducidos por Lorenzo en la Constitución, que iban restringiendo más y más el poder a un pequeño número de personas, siempre se obtuvieron bajo la amenaza de la fuerza, disimulada, pero siempre presente. De esta forma el estudio de la obra política de los Médicis, estudio que, por otra parte, Maquiavelo no quiso más que esbozar, se encontraba naturalmente situado no en el capítulo de la fundación o restauración legal de la monarquía, sino en el capítulo de las usurpaciones.

* * *

Se puede, pues, pasar bastante rápidamente sobre las reflexiones y máximas que el estudio de la cuestión planteada, estudio que es, en realidad, completamente abstracto

[11] *La Cité antique*, IV, 7, págs. 323-324.

y escolástico, inspira a Maquiavelo. Como ha distinguido entre el caso en que el príncipe deba su ascenso al poder, a la aristocracia o al pueblo, se pregunta en cuál de ellos la obra de restauración o fundación es más sólida, y cómo debe comportarse el nuevo príncipe en una u otra hipótesis.

Aunque no presente en ayuda de su tesis ningún ejemplo histórico juzga, sin embargo, que una restauración o fundación realizada con la ayuda de la aristocracia tiene pocas posibilidades de durar: "El que se eleva al principado con la ayuda de los poderosos se conserva menos fácilmente en él que el que se alza por medio del pueblo" [88]. Se puede deducir de aquí que las restauraciones conservadoras, realizadas con ayuda de los nobles, tienen menos posibilidades de éxito y duración que las tiranías demagógicas. Toda restauración de carácter conservador es necesariamente precaria. En semejante caso el príncipe se mantiene con dificultad; tiene contra él toda la masa del pueblo, y los grandes que le han llevado al poder pretenden ser sus iguales e imponerle sus condiciones; le es, por tanto, difícil mandarlos y dirigirlos a su antojo. Por el contrario, la historia demuestra que un príncipe, una vez llegado al poder por sufragio del pueblo, se mantiene largo tiempo y crea un Estado duradero. Está solo; no tiene a su alrededor un grupo de personajes poderosos, dispuestos a echarle en cara los servicios realizados y a traicionarle. Apoyado sobre la fuerza plebeya, reduce fácilmente a un pequeño número de aristócratas díscolos. Puede dar más fácilmente satisfacción a los que le han llevado al poder. Porque el pueblo es menos exigente que una aristocracia: se contentan con poco, mientras que ésta jamás se siente satisfecha. Y, en fin, se le puede satisfacer cometiendo menos injusticias. Maquiavelo, poco favorable a la nobleza, permanece fiel a las tradiciones democráticas y republicanas de Florencia. En el conflicto que enfrenta al pueblo y a la aristocracia, en esa lucha de clases que tan sumariamente ha definido, Maquiavelo,

[88] *Il Principe*, 19, I, pág. 31.

que pertenece a la burguesía, toma partido por el pueblo: "Las reivindicaciones populares —dice— son más honestas que las ambiciones de los grandes. Estos quieren oprimirle y el pueblo quiere escapar a la opresión" [88].

De estos hechos así comprobados, Maquiavelo desprende algunas reglas de conducta. Un príncipe que obtiene el poder con el apoyo del pueblo debe cultivar su amistad: le será fácil, porque lo único que desean las clases inferiores es no sufrir violencias. Pero un príncipe que obtiene el poder con el apoyo de la aristocracia se carga con una tarea más pesada. Su deseo más acuciante debe ser reconciliarse con el pueblo. Dicho con otras palabras: una monarquía fundada o restaurada con el apoyo de los nobles se hunde rápidamente por una política de reacción. Es indispensable que tome una parte del espíritu de la democracia, de sus programas y sus métodos. Incluso establecido o restaurado por los aristócratas, un príncipe no deberá servir a sus intereses, sus rencores o sus pasiones. Por el contrario, ante todo, debe tomar el pueblo bajo su tutela, y cuando llega el momento protegerle contra aquéllos: "Nunca los hombres —dice Maquiavelo— se ven tan agradablemente sorprendidos como cuando reciben beneficios de quienes esperaban daños. En este caso el príncipe puede hacerse más popular que si el propio pueblo le hubiera llevado al poder. Pero, incapaz de reconciliarse con el pueblo, está perdido" [89]. Carlos X y Polignac no habían meditado sobre estas líneas.

Maquiavelo comprende que un príncipe restaurado por los notables y que se aproxima demasiado rápidamente a la multitud les decepciona, les desconcierta, les escandaliza. Conoce el desdén de los aristócratas por lo popular. Estos afirman que su protegido ha escogido un camino

---

[88] Cf. pág. 211, n. 23. *Il Principe*, 19; I, pág. 32: "Quello del popolo è più onesto fine che quello de'grandi, volendo questi opprimere, e quello non essere oppresso".

[89] *Ibid.*, pág. 33: "E perchè gli uomini, quando hanno bene da chi credevano avere male, si obligano più al beneficatore loro, diventa el popolo, subito, più suo benivolo che se si fussi condotto al principato con li favori suoi".

equivocado, y que fundar un Estado sobre el pueblo es fundarlo sobre el barro. Error vulgar, responde Maquiavelo. Por el contrario, la ciencia política aprobará siempre a un príncipe que, debiendo su poder a los aristócratas, busca un apoyo más sólido. Si sabe mandar, hacer frente a la mala fortuna, si sabe entusiasmar por la superioridad de su genio a la masa de ciudadanos, jamás se sentirá decepcionado por el pueblo; y, en el peligro, se dará cuenta de que había otorgado bien su confianza[11]. De ahí que Napoleón quiera proclamarse el elegido del pueblo francés; pero en 1815 no se atreverá a servirse de un apoyo libremente ofrecido.

Sin embargo, una monarquía regular y civil, fundada o restaurada bien con el apoyo del pueblo, bien con el apoyo de los grandes, pero reconciliada necesariamente y so pena de ruina con el pueblo, debe imponerse en la práctica una grandísima prudencia. Debe observar a toda costa la legalidad. Un gobierno como éste sólo puede mantenerse a condición de respetar la ley y no atentar a las libertades públicas. Más que ningún otro, el príncipe que ha recibido el poder en tales condiciones debe mantener el pacto constitucional. En el momento en que lo viola e intenta elevarse, como dice Maquiavelo, del sistema de gobierno civil al sistema de gobierno absoluto, su poder está en peligro[12]. Porque esas magistraturas cuya autoridad, a principios de su reinado, ha debido necesariamente mantener, conservan un prestigio que no podría destruirse de la noche a la mañana; en caso de crisis grave provocada por reveses exteriores permanecen bastante fuertes para negarle la obediencia y organizar contra él la resistencia legal. Y Maquiavelo, que, teórico de un principado civil, ha pensado en Lorenzo o Cosme, se acuerda, sin duda, aquí de las brutales torpezas cometidas por Pedro de Médicis: olvidando las lecciones de su padre y su tatarabuelo se creyó bastante fuerte para provocar a esos ciudadanos ma-

---

[11] *Ibid.*, pág. 33: "Mal si troverrà ingannato da lui".

[12] *Ibid.*, pág. 33: "Sogliono questi principati periclitare quando sono per salire dallo ordine civile allo assoluto...".

gistrados con los que Lorenzo y Cosme fueron siempre deferentes. El día del peligro, cuando el ejército de Carlos VIII sobrepasó Pisa, se vio abandonado por todos; en dos años su desprecio por la ley destruía la obra de sesenta años y provocaba el restablecimiento imprevisto del orden republicano. Un príncipe juicioso, concluye Maquiavelo, evitará estas torpezas y excesos, conservando la Constitución y las garantías que ella ofrece a los ciudadanos. Éstos comprenderán que su interés está ligado al mantenimiento de su poder y a la conservación del régimen.

Maquiavelo no cree que la tarea de un príncipe, establecido o restaurado por vía legal, exija un conocimiento, una inteligencia o un talento excepcionales. Lo que supone una verdadera obra de arte es la tarea del usurpador, el hombre que ha creado todo de la nada, que ha impuesto su nombre, su persona, el orden que ha concebido. Ni el oscuro rey espartano Nabis, del que ha hablado brevemente, ni Cosme ni Lorenzo, de los que parece acordarse sin nombrarles, interesan tanto al teórico de la ciencia política como un César Borgia. Para Maquiavelo, el hijo de Alejandro VI es, evidentemente, superior a los Médicis, como lo es también a todos los príncipes que han tenido la oportunidad de lograr el poder sin verse obligados a conquistarle. Estos últimos han necesitado, sobre todo, habilidad; han debido calcular exactamente las fuerzas de los partidos, el concurso o la mala voluntad que pueden esperar de unos u otros. Su genio ha consistido en saber gobernar con ayuda de los más fuertes y los más fieles. Y si debían su autoridad a la aristocracia, su tarea más difícil ha sido maniobrar para aproximarse al pueblo, procurar satisfacer sus exigencias, inspirarle confianza, obtener y cultivar su amistad. Pero todo eso no es muy difícil; es suficiente, como dice Maquiavelo, una afortunada astucia [*].

---

[*] *Ibid.*, pág. 31: "Nè a pervenirvi è necessaria o tutta virtù o tutta fortuna, ma più presto una astuzia fortunata".

VI

Después de los gobiernos republicanos fundados sobre la ley y la igualdad cívicas, después de los gobiernos personales fundados sobre el consentimiento popular o sobre un deseo de restauración monárquica, aparece otro tipo de gobierno legal que, durante estas primeras décadas del siglo XVI, gozaba todavía de considerable importancia en Europa: el gobierno de los sacerdotes. Durante sus legaciones por el imperio Maquiavelo había podido informarse del poder territorial de los tres electores de Maguncia, Tréveris y Colonia, de los obispos de Renania, del país de Main o las llanuras de Westfalia. Había podido contemplar los vastos dominios de la Santa Sede, que se extendían del Mediterráneo al Adriático, de la Romania a la Campania y la Apulia. Estos gobiernos sacerdotales exigían de los pueblos una obediencia pasiva y no condescendían a hablar con sus representantes. Mas para justificar este absolutismo se podía alegar la existencia de un contrato tácito en cuyo nombre el súbdito cristiano aceptaba sin ninguna reserva la dirección política de un jefe iluminado por Dios.

A Maquiavelo no le gusta la Santa Sede, a la que hace responsable de la desmoralización, de la división, de las debilidades de Italia. Sabe que los dominios pontificios están mal gobernados. Mal gobernados por Alejandro VI, que, cínicamente, permitió que su hijo César entrara a saco en ellos; anárquicamente gobernados por Julio II, exclusivamente ocupado de conquistas y guerras, del prestigio exterior y de grandeza, y que, por la pasión furiosa que ponía en todas sus empresas, no fue jamás un verdadero hombre de Estado. Maquiavelo escribe en los primeros tiempos de León X; no le otorga más confianza que a sus predecesores; pero espera hasta ver su obra. En el imperio ha podido conocer el desorden administrativo, los gastos desorbitados, la nada política de los Estados administrados por prelados, grandes y pequeños. Concluye, con fría ironía, en términos que parecen recordar a propósito

el texto clásico de un salmo: "Los príncipes de la Iglesia son los únicos que tienen Estados y no los defienden, súbditos y no los gobiernan. Sin embargo, aun sin defenderlos, conservan sus Estados; y sus súbditos, aunque no gobernados, no se preocupan, no intentan separarse de ellos, y hasta no piensan. He aquí, pues, los únicos Estados felices y seguros" [44].

No estudia las causas de esta estabilidad que confunde al entendimiento humano. El arte de regir a los pueblos, la razón, la ciencia política, no entran aquí para nada. La fuerza de sus Estados se funda exclusivamente en una tradición de obediencia impuesta por el escrúpulo religioso: es sólo esta obediencia lo que obliga a los súbditos a respetar a los príncipes revestidos del carácter sacerdotal. Con una mezcla de desdén y respeto burlón Maquiavelo se limita a decir que no hablará de estos regímenes: su conservación es un misterio que escapa a la inteligencia. Dios se encarga de asegurar su grandeza y mantenimiento; sería, por tanto, presuntuoso querer disputárselo [45]. Cuando en el verano de 1510 Luis XII y Maximiliano, en su lucha contra la Santa Sede, proyectaban convocar un concilio ecuménico, Maquiavelo deseaba la humillación de este gobierno de sacerdotes, sin hacerse, sin embargo, demasiadas ilusiones [46]. Dos años después asistía al triunfo de la Santa Liga, de la que resultó víctima. Entre los tiranos italianos, los más resueltos, los más violentos, los más criminales, no se atrevían a alzar su mano sobre el Papa y su corte. En 1505, con su acostumbrada temeridad, Julio II se había lanzado a la batalla en Perusa sin esperar el grueso del ejército pontifical. Giampolo Baglioni, uno de sus peores enemigos, pudo tener a su merced al Papa, los

[44] *Il Principe*, 11. De principatibus ecclesiasticis; I, pág. 36: "Costoro soli hanno stati, e non li defendano; sudditi, e non li governano: e li stati, per essere indifesi, non sono loro tolti, e li sudditi, per non essere governati, non sene curano, nè pensano nè possono alienarsi da loro. Solo adunque questi principati sono sicuri e felici".

[45] *Ibid.*, "Ma sendo quelli retti da cagioni superiore, alle quali mente umana non aggiugne, lascerò il parlarne".

[46] Véase pág. 71, n. 46.

cardenales y todas sus riquezas. Pero cedió la ciudad. Se sabía que había tomado por concubina a su hermana; que, para tomar el poder, había hecho asesinar a sus primos y sobrinos. Sin embargo, este hombre sin escrúpulos flaqueó en esta ocasión: "Aunque tuvo una buena oportunidad —escribe Maquiavelo—, no se atrevió a arriesgarse en una empresa que hubiera provocado admiración por su audacia, y que hubiera mostrado a los prelados la poca estima que merecen los que viven y reinan como ellos" [97].

Pero la restauración política de Italia, la concentración de todas las fuerzas italianas contra el extranjero, supone necesariamente la disminución, el debilitamiento y, si llega el caso, la desaparición del poder temporal de los papas. Análogamente, en el imperio los jefes de la reforma luterana, restauradores del cristianismo primitivo, querrán también una Alemania definitivamente dueña de sus destinos, y la disminución o supresión de los Estados eclesiásticos, débiles y dispuestos a sufrir las influencias extranjeras. En Italia Maquiavelo comprobaría que la Santa Sede, en los últimos veinte años del siglo XIV todavía débil, se haría temible en menos de una generación. Sixto IV e Inocente VIII no eran ni siquiera dueños de Roma, donde veían su autoridad constantemente contrariada y amenazada por las facciones rivales de los Orsinis y los Colonas. Todos los príncipes italianos, hasta los más insignificantes barones, despreciaban la debilidad del Estado pontificio. Bajo Julio II, reforzado por Alejandro, pudo arruinar el imperialismo veneciano y expulsar a los franceses de Italia [98]. Aunque no quiera tomarse la molestia de estudiar los secretos resortes de un gobierno sacerdotal, Maquiavelo, a pesar suyo, debe buscar las causas de esta inquietante nueva grandeza de la Santa Sede, de este

---

[97] *Discorsi*, 27; I, pág. 157: "Cosi Giovampagodo, il quale non stimava essere incesto e publico parricida, non seppe, o, a dir meglio, non ardi, avendone giusta occasione, fare una impresa, dove ciascuno avesse ammirato l'animo suo, e avesse di sè lasciato memoria eterna, sendo il primo che avesse dimostro a' prelati quanto sia da stimare poco chi vive e regne come loro...".

[98] *Il Principe*, 11; I, pág. 36-38.

nuevo hecho que contraría todas sus esperanzas. En efecto, este nuevo prestigio diplomático y guerrero de la Santa Sede, Estado italiano, plantea un problema que no se puede esquivar.

Aparece inmediatamente que si la cohesión de los dominios pontificios y la fidelidad de los pueblos son debidas, en el interior, a causas religiosas, el progreso de la Santa Sede entre los Estados de Italia y de Europa se debe a causas completamente profanas, y que no tienen nada de común con el Evangelio. Esta nueva grandeza descansa sobre el poder del dinero, la fuerza de las armas, la diplomacia. Esta nueva grandeza ha sido fundada por Alejandro VI. El ha sido el primero en mostrar lo que puede hacer un Papa por medio de las finanzas y la guerra. Poco cuidadoso de la Iglesia, no trabajaba más que en pro de la exaltación de su familia y de César Borgia. Su obra fue tan egoísta como violenta, y hubiera sacrificado gustosamente el porvenir de la Santa Sede al porvenir de los suyos. No duda en poner a disposición de César los tesoros y territorios de los que era guardián y defensor. Después de la muerte de Alejandro, y una vez que César vuelve a la nada, el Estado pontificio recoge los frutos de sus esfuerzos. Julio II se encuentra con una Santa Sede poderosa, dueña de la Romania, liberada de las amenazas de los barones romanos, en posesión de las riquezas de Alejandro. En el interés del papado, continúa la obra familiar y dinástica de su predecesor [99]. Tuvo la suerte de llevar a cabo brillantemente empresas violentas y mal dirigidas. Sin duda, si hubiera vivido durante más tiempo, habría conocido también a su vez la mala fortuna. En tiempos en que la diplomacia y el cálculo hubieran sido más necesarios que la fuerza, Julio II, incapaz de renunciar a los procedimientos que le imponía su temperamento, habría corrido el riesgo fatal de hundirse [100]. Por lo me-

[99] *Ibid.*, pág. 37: "Alessandro VI... mostrò quanto un papa, e con il danaio e con le forze, si posseva prevalere... E benchè lo intento suo non fussi fare grande la Chiesa, ma il duca, nondimeno ciò che fece tornò a grandezza della Chiesa".

[100] Véase pág. 70, n. 42.

nos elevó a la Iglesia hasta un alto grado de poder temporal. A su muerte le sucedió León X, de temperamento más calmoso. Hijo del hábil hombre que durante diez años dirigió verdaderamente toda la política de los Estados italianos, asegurando el equilibrio de las fuerzas italianas y manteniendo alejados a los extranjeros, hijo de diplomático y diplomático él mismo, es a él a quien corresponderá acabar, por procedimientos más suaves, la obra de Alejandro, de César y de Julio II [101].

En efecto, esta obra escondía en ella una grave causa de debilidad que Maquiavelo no ignoraba. Causa completamente moral, pero que la política realista debía tener en cuenta, y que Maquiavelo no olvidó: el contraste entre el carácter violento y secular del gobierno pontificio, y la doctrina de que los papas eran depositarios. Necesariamente, este contraste trastornaba las conciencias. Es suficiente recordar la inquietud que experimentaron en Roma dos viajeros extranjeros —uno de ellos ya conocido entonces por algunos sabios y hombres ilustrados, el otro totalmente desconocido— que se llamaban Erasmo y Lutero, frente a la corte mundana y guerrera de Julio II y sus triunfos paganos. La opinión del mundo cristiano constituía una fuerza moral que la Santa Sede no podía desafiar impunemente. De antemano, Maquiavelo la había ya medido. En los *Discursos sobre la primera década*, presintiendo el desafecto de los pueblos, escribía esta profética frase: "Al considerar los principios de la Iglesia y el olvido que ésta ha hecho de ellos puede decirse que, sin ninguna duda, no pasará mucho tiempo sin que se vea amenazada de ruina o de castigo" [102].

El realismo de Maquiavelo sabe utilizar, sin embargo,

[101] *Il Principe*, 11; I, pág. 38: "Ha trovato adunque la Santità del papa Leone questo pontificato potentissimo; il quale si spera, se quelli ho feciono grande con le arme, questo, con la bontà e infinite altre sue virtù, lo farà grandissimo e venerando". Sobre el llamamiento de Maquiavelo a León X, véanse págs. 111-113.

[102] *Discorsi*, I, 12; I, pág. 130: "E chi considerasse i fondamenti suoi, e vedesse l'uso presente quanto è diverso da quelli, giudicherebbe essere propinquo, senza dubbio, o la rovina o il fragello".

las fuerzas morales. Ha llegado el momento en que, en beneficio del propio poder temporal y material de la Santa Sede, es preciso que tales fuerzas intervengan, con la aparición de un Papa virtuoso y cristiano. Maquiavelo desea, probablemente sin esperarlo, que León X sea ese Papa. Y concluye con un halago al papa Médicis, a quien, durante algunos años, ha querido interesar en su sueño de redención italiana: "Esperamos que, si sus predecesores han hecho la Santa Sede grande por la fuerza de las armas, él sabrá, por su bondad y otras virtudes infinitas, conferirla mayor grandeza y hacer que merezca ser venerada" [103].

[103] Véase n. 101.

Capítulo II

LAS CREACIONES DE LA FUERZA

Maquiavelo, teórico del gobierno civil, republicano o monárquico, pero fundado sobre la ley, se ha hecho también teórico de la usurpación personal y de un poder personal fundado sobre la fuerza. Metódicamente, científicamente, se había dedicado a definir el tipo más perfecto y humano de un régimen que descansa sobre el respeto del derecho; con igual método, con idéntico deseo de exactitud objetiva, busca ahora los medios que permiten establecer y conservar por la fuerza una autoridad de hecho. Intenta definir el tipo más puro de un régimen de violencia y el espíritu de este régimen. Esta es la otra cara de su doctrina.

Para lo cual plantea de nuevo en su estudio todas las cuestiones que, como teórico del gobierno civil, ha descartado en principio. Primeramente, la conquista a mano armada por una potencia extranjera. Después, la violencia interna, la acción facciosa, la acción demagógica, y el arte de explotarlas. Como teórico del gobierno civil, Maquiavelo ha descrito los recursos de un Estado bien organizado contra las tentativas de los aventureros y los facciosos. Como teórico de la fuerza y de las realizaciones de la fuerza, muestra con idéntica objetividad cómo un aventurero, con la ayuda de una facción, conquista el gobierno de un Estado. Teórico del régimen civil, ha definido la dictadura legal y constitucional, republicana y tem-

poral. Teórico de las realizaciones de la fuerza, debe considerar objetivamente el progreso y el éxito de la dictadura ilegal, facciosa, despótica, de duración ilimitada. César, objeto de execración para el teórico del gobierno civil, se convierte ahora necesariamente en objeto de estudio. Las tiranías antiguas, las tiranías italianas, que el teórico del gobierno civil rechaza y condena, se convierten ahora en objeto de estudio.

De nuevo aparece aquí la limitación del estudio realizado por Maquiavelo. Analiza detalladamente a algunos pequeños tiranos cuyos hechos y gestos leía en Tito Livio y en los historiadores antiguos. Considera algunos tiranos italianos que ha visto actuar, hombres de su tiempo, y que se han movido frente a él. Dedica, sobre todo, algunas vigorosas páginas, páginas que cuentan entre las obras maestras de la literatura política italiana, a César Borgia y a la creación de su Estado de Romania. Pero, en el mundo antiguo, ha olvidado voluntariamente la persona y obra cuyo estudio podría haber resultado más rico en enseñanzas: César y la dictadura. En el mundo moderno no ha estudiado la usurpación sobre la que un florentino, mezclado en la vida florentina, instruido en la historia florentina, era el mejor informado: la usurpación mediciana. Al escribir bajo la dominación de los Médicis *El Príncipe*, y resuelto a dedicárselo, difícilmente podía arriesgarse a este análisis. Para buscar la historia y la filosofía de la dictadura mediciana habrá que remitirse a Guicciardini, a su *Historia de Florencia*, terminada antes de la restauración de 1512, y a los dos diálogos, escritos entre 1524 y 1527, *Del gobierno de Florencia*.

A pesar de estas reservas y de esta limitación en cuanto a la documentación, *El Príncipe* sigue siendo, ante todo, un libro de ciencia. En *El Príncipe* se estudia una serie de hechos ante los cuales la ciencia política debe necesariamente detenerse: las creaciones y las realizaciones de la fuerza. Maquiavelo retiene un cierto número de casos proporcionados por la historia, el más asombroso de los cuales le parece el de César Borgia. El método es estrictamente objetivo. Describe la creación y crecimiento de

un Estado personal, como un físico o un biólogo describiría una serie de hechos regidos por las leyes de la naturaleza. De ahí que, como se anuncia en el prefacio, *El Príncipe* rechace toda retórica, todo ornamento literario, y de ahí por qué el autor, voluntariamente, sólo ha buscado la exactitud y la verdad[1]. Obra de ciencia pura; esfuerzo por deducir leyes indefinidamente estables de hechos bien comprendidos y conocidos.

A Maquiavelo no le gustan esos gobiernos personales cuya teoría construye. Toda su vida política así lo prueba. En efecto, en el momento mismo de servir a los Médicis y comprometerse con ellos, conservaba la esperanza de verles restablecer bajo sus consejos las libertades republicanas y la Constitución republicana, en esta ciudad en la que no se atrevían todavía a tomar el título de príncipes. La obra nos presenta una parte capital de su saber político, pero no sus esperanzas ni su saber profundo. La dedicatoria a Lorenzo, duque de Urbino, el llamamiento al príncipe enviado de Dios que liberará a Italia de los bárbaros, no bastan para invalidar esta verdad. Maquiavelo, durante algún tiempo dominado por el mito dantesco de la llegada del redentor, pudo llegar a pensar que la liberación de Italia exigía la intervención enérgica y fría de un príncipe cuyas decisiones no estarían frenadas por ningún pacto constitucional. Pero ni Julián ni Lorenzo le habían escuchado. Ni él mismo hubiera podido aceptar durante mucho tiempo esta idea. Porque estaba demasiado sujeto a las formas republicanas, a las tradiciones republicanas, a las libertades republicanas. Por lo demás, definió bastante exactamente las causas de orden social que no permitían establecer en Florencia una monarquía, aun sin existir una fuerte tradición de libertad republicana que se opusiera a ella[2]; es fácil imaginar que Maquiavelo, independiente de maneras y espíritu, bajo la autoridad arbi-

[1] *Il Principe*, I, pág. 3: "La quale opera non ho ornata nè ripiena di clausule ample o di parole ampullose e magnifiche...; perchè ho voluto, o che veruna cosa la onori, o che solamente la varietà della materia e la gravità del subietto la faccì grata".

[2] Véanse págs. 97-98.

traría de un príncipe, hubiera sufrido amargamente[3] por la libertad perdida. Si subsistiera alguna duda a este respecto sería suficiente releer, en los *Discursos*, el capítulo LVIII del libro primero. Describe ahí las causas por las que el gobierno popular es superior al de un príncipe, y concluye afirmando que los Estados no han aumentado nunca su verdadera riqueza y su verdadera potencia más que bajo un gobierno libre, porque este gobierno busca la utilidad común, mientras que el príncipe no piensa más que en su interés particular[4].

* * *

En *El Príncipe* sólo se debe, pues, buscar el estudio objetivo y científico de lo que se puede designar como la hipótesis del gobierno autoritario y el mandato personal, y que completa el estudio objetivo y científico, desarrollado a lo largo de los *Discursos sobre la primera década*, de la hipótesis republicana y el mandato republicano.

Como la cuestión planteada es la de las realizaciones de la fuerza, Maquiavelo no se detiene en las monarquías hereditarias, antiguamente establecidas, y que se transmiten de padres a hijos. Los pueblos están acostumbrados ahí a la familia reinante; a menos de que concurra un inaudito conjunto de circunstancias desfavorables, el príncipe puede mantenerse, sin gran esfuerzo ni talento. Nada se pierde, pero nada se crea tampoco. No es, pues, en estos casos donde puede estudiarse el poder de la fuerza, unida a la ciencia política y al genio[4]. Preferentemente Maquiavelo considera la fundación de un Estado comple-

[3] Véase pág. 220, n. 53. Igualmente, *Discorsi*, II, 2; I, páginas 235-236; "Ma sopra tutto meravigliossima è a considerare a quanta grandezza venne Roma, poichè la si liberò da' suoi Re. La ragione è facile a intendere; perchè non il bene particulare, ma il bene comune è quello che fa grandi le città... Dimodochè, subito che nasce una tirannide sopra uno vivere libero, il manco male che ne risulti a quelle città è non andare più innanzi, nè crescere più in potenza o in ricchezze: ma il più delle volte, anzi sempre, interviene loro che le tornano indietro".

[4] *Il Principe*, 2; I, págs. 5-6: "De principatibus hereditariis".

lamente nuevo, por un príncipe a quien no le ha abierto camino ningún predecesor. Esta creación aparece como la obra maestra de la ciencia política. Y ni la ciencia es suficiente: es preciso que un golpe de fortuna ofrezca la ocasión propicia. Pero las ocasiones más propicias se convierten en inútiles cuando falta el saber.

* * *

Maquiavelo estudia así el caso de aventureros afortunados que, en un país determinado, a fuerza de audacia y talento, han podido conquistar la autoridad suprema, contra las leyes y la Constitución. Igual que conoce los medios de hacer fracasar sus empresas conoce también los medios de asegurarlas el éxito.

El hombre audaz que intenta imponerse con desprecio del orden establecido y legal tiene por enemigos a todos aquellos que puedan obtener ventajas del orden que él quiere destruir. Casi siempre está mal sostenido, sin mucha confianza o valor, por los descontentos que se aprovecharán de su obra, pero que esperan el éxito para pronunciarse. Debe contar exclusivamente con sus propias fuerzas y desconfiar de la cobardía humana [6].

Se presentan dos casos. El nuevo jefe puede verse obligado a entenderse con los demás, a apoyarse sobre partidos ya constituidos, sobre grupos ya organizados; puede verse obligado a concertar compromisos con unos y otros, y, en cierta medida, a pagar su concurso o silencio aceptando su control. Le es entonces difícil obtener un éxito decisivo, fundar algo que dure. O bien la fuerza de que dispone le permite sustraerse de todo acuerdo y control. Se encuentra a la cabeza de una facción lo bastante fuerte para eliminar todo obstáculo, y acostumbrada a la obediencia pasiva. En tal caso puede llevar hasta el fin su

---

[6] *Il Principe* 6; I, págs. 17-20: "De principatibus novis qui armis propriis et virtute acquiruntur"; pág. 19: "Ha per nimici tutti quelli che degli ordini vecchi fanno bene, e ha tepidi defensori, tutti quelli che degli ordini nuovi farebbono bene...".

combate, realizar su plan e imponer un régimen estable [6].

En ambas hipótesis la creación de un nuevo gobierno exige ciencia, talento y fuerza. Pero sin la fuerza, toda la ciencia que determina los planes de acción y los programas de gobierno, todo el talento que permite ejecutar los unos y realizar los otros, resultan inútiles. En semejante caso sólo a ella corresponde decir la última palabra. Una vez pasado el límite de las convenciones legales, sin la fuerza no se crea nada. Los profetas inermes han perecido [7].

De la misma manera que sólo es la fuerza la que permite fundar, sólo es también la fuerza la que permite mantener. Para conservar lo que en política es creación violenta, la persuasión no es suficiente: "La naturaleza de los pueblos es cambiante —dice Maquiavelo—; no es fácil mantener en ellos la convicción". Es preciso, pues, someterles a una disciplina tal que, en el momento en que se sientan tentados de dejar de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza. Si no hubieran utilizado la coerción, Moisés, Ciro, Teseo o Rómulo no habrían logrado imponer durante mucho tiempo el respeto a sus instituciones. Más recientemente, el hermano Jerónimo Savonarola pereció con sus nuevas leyes, cuando la multitud dejó de creer en él: porque le faltaba el medio de mantener en la fe a los que habían creído y de obligar a los que no creían a hacer como si creyeran" [8].

* * *

No se trata aquí de moral. Maquiavelo no examina si para el hombre de Estado es lícita la utilización de la

[6] *Il Principe*, 6, pág. 19: "E' necessario... esaminare se questi innovatori stanno per loro medesimi o se dependano da altri; cioè se per condurre l'opera loro bisogna che preghino, ovvero possono forzare".

[7] *Il Principe*, 6, pág. 19: "Di qui nacque che tutti e' profeti armati vinsono, e li disarmati ruinorono".

[8] *Il Principe*, 6, pág. 19: "La natura de' populi è varia; ed è facile a persuadere loro una cosa: ma è difficile fermarli in quella persuasione; e però conviene essere ordinato in modo che, quando e' non credono più, si possa face loro credere per forza".

fuerza: su ironía por los profetas desarmados indicaría suficientemente la respuesta. Como científico estudia una hipótesis política según la cual la utilización de la fuerza es necesaria. Más que medir, en términos abstractos, la parte que pertenece a la ciencia y la parte que pertenece a la fuerza, prefiere estudiar ciertos datos concretos que le ofrece la historia. Y se encara así primero con la trágica y reciente aventura de César Borgia.

El duque de Romania pertenece a esa clase de príncipes que, favorecidos por la fortuna, supieron aplicar en seguida todo su genio a multiplicar lo que habían recibido de ella[9]. La fortuna hizo nacer la ocasión de su grandeza. Si no hubiera sido hijo de Alejandro VI, César nunca hubiera salido de la nada. Pero desde el momento en que adquirió, gracias al apoyo material y la complicidad de su padre, sus primeros dominios, para asegurar su grandeza naciente se le vio realizar todo lo que era propio de un hombre prudente y valeroso: "He aquí por qué —declara Maquiavelo— yo no podría proponer a un nuevo príncipe mejores preceptos que el ejemplo de su conducta". Si tuvo que abandonar su obra interrumpida no se debió a faltas o malos cálculos, sino a una extraordinaria malignidad del destino[10]. Maquiavelo emprende, pues, una exposición sistemática y rigurosa de la política seguida por César. Concluye afirmando que el duque de Romania no cometió ningún error, no dio ningún paso en falso, hasta el día fatal en que, agobiado por la enfermedad, después de la muerte de Alejandro VI y el efímero pontificado de Pío III, permitió elegir Papa a Julio II, al que habría podido evitar.

Alejandro VI no ignoraba las dificultades que, en el presente y el futuro, se oponían a la grandeza de su hijo. Sólo podía hacerle señor de un Estado en detrimento de los dominios de la Iglesia, que debía conservar intactos.

---

[9] *Il Principe*, 7; I, págs. 20-27: "De principatibus novis qui alienis armis et fortuna acquiruntur".

[10] *Ibid.*, 7; I, págs. 21-22: "Io non saprei che precetti mi dare migliori a uno principe nuovo, che lo esempio delle azioni sua; e se gli ordini suoi non li profittorono, non fu sua colpa, perchè nacque da una estraordinaria ed estrema malignità di fortuna".

No duda: en el origen de la carrera de César se encuentra una usurpación resuelta y violenta. La empresa encontraría inmediatamente adversarios; el duque de Urbino, Venecia, dueña de una parte de la Romania, los señores de Rímini y de Faenza se niegan a admitir el establecimiento de César sobre la vertiente adriática del Apenino. Los principales jefes mercenarios a quienes, a falta de un ejército propio, debía dirigirse, estaban de acuerdo con los enemigos romanos del Papa, los Orsini y los Colona. Alejandro llama, pues, al rey de Francia contra el duque de Milán, cuya venida solicitaba ya la imprudente Venecia. Luis XII recibe de él favores y ventajas; convertido en seguida en dueño de Milán, a cambio concede a César bastantes soldados y subsidios para conquistar la mayor parte de Romania. Pero, apenas establecido, César comprendería el peligro que se corre dependiendo de los otros. Quería atacar Bolonia: Luis XII le detiene; invadir Toscana: Luis XII se lo prohibe. No tenía ejército propio; conocía la mediocre fidelidad de sus mercenarios. Desde entonces tomó la resolución de no contar más que con él mismo para la política y la guerra. Encuentra en Romania nuevas tropas, soborna a los mejores oficiales mercenarios, les da tierras, castillos, les hace gentileshombres, enteramente consagrados a su causa. Las circunstancias le permitirían acabar de una vez con los capitanes de fortuna cómplices e instrumentos de sus primeras empresas, y a partir de ahora dispuestos a una traición. Inquietos, sus antiguos oficiales conspiran contra él intentando sublevar la Romania. Pero César, todavía aliado de Luis XII, es el más fuerte. La simple promesa de un socorro francés desanima a los conjurados. Dueño de la situación a fuerza de audacia, la resuelve por la perfidia. Simula una reconciliación; les colma de agasajos, de regalos, de amistosos presentes. Tanto y tan bien que su simplicidad les conduce a la trampa de Sinigaglia.

Señor de la Romania, de las Marcas, del ducado de Urbino, César organiza su conquista. Funda sobre la fuerza un gobierno regular que, en virtud de las ventajas aseguradas a las poblaciones, obtendrá no ya su obediencia

por el temor, sino su respeto y devoción. Una nueva obra, tan digna de respeto y admiración como la primera. En todos estos países, hasta entonces mal gobernados por tiranos ávidos y brutales, César establece una administración regular. Hasta ahora sólo se había conocido el bandidaje, facciones y violencias; César envía allí uno de sus más duros, crueles y enérgicos lugartenientes, Remirro de Orco, dándole plenos poderes[11]. En algunos meses se restablece el orden y la autoridad es mantenida vigorosamente. Una vez conseguido esto, el duque sustituye el régimen de dictadura y terror por un gobierno civil. Concede al pueblo una especie de Constitución. En el corazón de la provincia crea un tribunal de Estado, en el que cada una de las ciudades puede hacerse representar por un abogado, encargado de defender sus intereses y sus derechos. César desaprueba al agente más execrado de su dictadura; lanza sobre Remirro la responsabilidad de las violencias cometidas. Una mañana, con estupor y satisfacción, las gentes de César contemplan sobre la plaza Mayor de su ciudad un cadalso de madera, una cuchilla sangrienta y un cadáver partido en dos pedazos[12].

A partir de ahora, lo único que le quedaba ya por hacer a César es continuar su política de engrandecimiento. El primer obstáculo con que se encontró fue el de Francia. Luis XII se dio cuenta demasiado tarde de que le había hecho demasiado grande. César pensaba en sacudirse

---

[11] *Il Principe*, 7; I, págs. 23-24: "E perchè questa parte è degna di notizia e da essere imitata da altri, non la voglio lasciare indietro. Preso che ebbe il duca la Romagna, e trovandola suta comandata da signori impotenti, li quali più presto avevano spogliato i loro suddito che corretti, e dato loro materia di disunione, non di unione, tanto che quella provincia era tutta piena di latrocinii, di brighe e di ogni altra ragione di insolenzia, iudicò fussi necessario, a volerla ridurre pacifica e obediente al braccio regio, darli buon governo. Però vi prepose messer Remirro de Orco, uomo crudele ed espedito, al quale dette plenissima potestà".

[12] *Il Principe*, 7; I, pág. 24. Lo fece a Cesena, una mattina, mettere in dua pezzi in sulla piazza, con uno pezzo di legno e uno coltello sanguinoso a canto. La ferocità del quale spettaculo fece quelli populi in uno tempo rimanere satisfatti e stupidi".

la tutela, desde ese momento muy pesada, de la monarquía francesa. Se aproximó a los españoles, que disputaban a los franceses el reino de Nápoles, apoderándose, desde mayo de 1503, de las principales fortalezas y de la capital. Al mismo, previendo la muerte de Alejandro VI, tomaba sus precauciones. Un Papa hostil envalentonaba contra él a las familias que había despojado. Inmediatamente hizo asesinar a los últimos supervivientes. Para cubrirse con la Santa Sede se hizo amigo de los gentileshombres romanos. Y, en fin, en el momento de la muerte de Alejandro VI, se dedicó a hacer su dominación territorial bastante fuerte, para poder resistir así los eventuales ataques de enemigos coligados. La posesión de la Romania, las Marcas y la Umbría, no le ponía al abrigo de un posible golpe. Necesitaba añadir la Toscana. Por Perusa; por Piombino, donde se había establecido; por Pisa, que había reclamado su protección, ponía cerco a la provincia desde todos los lados. Francia, que acababa de perder Nápoles, estaba demasiado conmovida para poder oponerse a sus proyectos. Una vez llegado a Pisa, Luccor y Siena se le entregaban. Florencia estaba ya perdida. En efecto, el plan de campaña estaba dispuesto; César lo hubiera ejecutado infaliblemente antes de fines de 1503. Dueño entonces de Italia central, reinando desde el Mediterráneo al Adriático, desde las proximidades de Roma hasta las proximidades de Bolonia, hubiera sido ya lo bastante fuerte como para no temer a nadie y no depender más que de su genio.

Pero todos estos proyectos, bien combinados y que según todas las apariencias debían tener éxito, fracasaron por una de esas circunstancias que ni el más hábil hubiera podido prever. Alejandro murió demasiado pronto, antes de que César hubiera comenzado la expedición de Toscana, y en el momento en que se encontraba entre dos ejércitos, el francés y el español, que en cualquier momento podían volverse contra él. Pero su genio hubiera encontrado fácilmente una salida a estos nuevos peligros. Habría podido, en efecto, dominar una vez más la situación si, en el momento de la muerte de Alejandro VI, no hubiera caído él mismo gravísimamente enfermo de las fie-

bres romanas. Nunca hubiera podido pensar en un tal azar"[10]. Sin embargo, su autoridad estaba tan fuertemente asentada que durante un mes la Romania no se movió. Y en Roma, aunque se le creía en la agonía, nadie intentó nada contra él. Para quebrantar su Estado, que ya no contaba con el apoyo de la Santa Sede, se necesitó, sin embargo, una coalición y la entrada en liza de los venecianos. Y es en este momento cuando cometió la única falta política de toda su carrera. Enfermo y postrado, no había podido oponerse a la elección de Pío III, que moriría casi inmediatamente. En el conclave de octubre permitió a sus partidarios votar por el cardenal Della Rovere. Habría podido impedir que éste fuera Papa; habiéndole ofendido, hubiera debido impedirlo. Necesitaba el apoyo de España. Y tenía obligaciones hacia Francia: debía haber hecho elegir un español, o consentir en la elección de un francés. Nunca debió permitir la elección del que después fue Julio II. Porque es un error creer que, entre los grandes personajes, los nuevos favores hacen olvidar antiguas injurias. Este error y esta falsa maniobra ocasionaron su ruina"[11].

Con un duro lenguaje, admirable de vigor, claridad y objetividad científica, Maquiavelo resume así la carrera de César Borgia, fundador del Estado. Al no considerar más que el fin perseguido, el arte de elegir y de utilizar los medios, la importancia de los resultados, este caso histórico permite deducir, más allá del bien y el mal, algunas reglas metódicas infalibles: "Después de haber resumido todas las acciones del duque de Romania —escribe Maquiavelo— yo no podría reprenderle; por el contrario, me parece justo ponerle como ejemplo para todos aquellos que han llegado al poder por el favor de la fortuna y por el apoyo de armas extranjeras. Como tenía el alma grande, y como sus intenciones eran altas, no podía llevar

[10] Véase pág. 68, n. 39.

[11] *Il Principe*, 7; I, pág. 27: "E chi crede ne' personaggi grandi e' beneflzii nuovi faccino dimenticare le iniure vecchie, s'inganna. Errò, adunque, el duca in questa elezione; e fu cagione dell'ultima ruina sua...".

de otra forma su obra. Un solo obstáculo vino a atravesarse en su camino: Alejandro murió demasiado pronto y él mismo cayó entonces enfermo" [15].

He aquí, pues, qué reglas de arte político puede enseñar el ejemplo de César Borgia a todo fundador de un nuevo Estado: reducir sus enemigos a discreción; procurarse una clientela; no dudar jamás en la elección de los medios; vencer por la fuerza o el fraude; hacerse popular, y, en todo caso, hacerse temer; procurarse una fuerza militar habituada a la obediencia pasiva y, para eso, desembarazarse de las tropas no totalmente seguras; aniquilar de antemano toda oposición desde que se la prevé; renovar y remozar la Constitución del Estado; mostrarse inflexible justiciero, pero dispuesto a recompensar los servicios hechos; dar la impresión de un jefe con amplitud de miras, que sabe gastar y ser generoso; dirigir con cuidado su política exterior, conservar y cultivar las amistades y las alianzas, de tal forma que el extranjero comprenda la ventaja de favorecer al nuevo Estado y lo piense dos veces antes de atacar. Para la práctica de todas estas reglas no se pueden encontrar ejemplos más elocuentes y nuevos que en la vida de César Borgia [16].

Maquiavelo le absuelve sin dificultad de todos sus crímenes. Lo único que cuenta en la política es el fin, y la utilidad del Estado. En el establecimiento y el engrandecimiento del ducado romañol debe reconocerse una gran

[15] *Ibid.*, 7; I, pág. 26: "Raccolte lo adunque tutte le azioni del duca, non saprei riprenderlo; anzi mi pare, come ho fatto, di proporlo imitabile a tutti coloro che per fortuna e con l'arme d'altri sono ascesi allo imperio. Perchè lui, avendo l'animo grande, e la sua intenzione alta, non si poteva governare altrimenti; e solo si oppose alli sua disegni la brevità della vita di Alessandro e la malattia sua".

[16] *Ibid.*: "Assicurarsi de' nemici, guadagnarsi debli amici, vincere o per forza o per fraude, farsi amare e temere da'populi, seguire e riverire da' soldati, spegnere quelli che ti possono o debono offendere, innovare con nuovi modi gli ordini antiqui, essere severo e grato, magnanimo e liberale, spegnere la milizia infedele, creare della nueva, mantenere le amicizie de' re e de' principi in modo che ti abbino a beneficare con grazia o offendere con respetto...".

creación de la inteligencia; no solamente la obra maestra de un hombre de Estado que sabe fundar y construir, sino también un beneficio para los pueblos de Romania, que sólo entonces conocieron la tutela de un poder fuerte. Poco importa, pues, que César haya utilizado la violencia y no haya dudado nunca ante un crimen útil. Sin embargo, Maquiavelo no esquiva el problema que plantea el empleo de los medios contrarios a la moral y al derecho si se estudian las realizaciones de la fuerza. Pero no desea volver a discutirlo como un filósofo, a la manera de Platón o Aristóteles, de Cicerón, de San Agustín o de los escolásticos. Una vez más, sólo quiere considerar los datos de la historia. Ella ha retenido los nombres de algunos tiranos cuya obra estuvo manchada por la infamia; de ciertos hombres que, por simple perfidia y para satisfacer su perfidia, fundaron Estados. Maquiavelo estudia estos casos extremos para marcar más exactamente los límites que deben contener, en un hombre de Estado, la utilización del crimen [11].

Presenta dos ejemplos, uno de ellos tomado de la historia antigua, el otro de la contemporánea: Agatocles, tirano de Siracusa; Oliverotto, tirano de Fermo en la Marca. El primero fue un criminal valiente y astuto. Pretor de Siracusa, seguro del apoyo de Cartago, hizo masacrar por sus soldados a los senadores y los jefes del pueblo; convertido en el único dueño del Estado, supo organizar su defensa, rechazando a los cartagineses en Africa. Pero cometió atrocidades, no sabiendo crear un gobierno regular y duradero; su obra pereció con él. Oliverotto hizo asesinar a su tío Giovanni Fogliani y a los primeros ciudadanos de Fermo. Consiguió crear allí un nuevo Estado, reformó las instituciones militares y civiles, y en menos de un año organizó una tiranía activa y temible, que duraría hasta el mismo día en que cayó víctima, en Sinigaglia, de la traición de alguien más hábil que él; César Borgia. Maquiavelo duda en considerar a Agatocles y Oliverotto como

[11] *Il Principe*, 8, I; págs. 27-31: "De his qui per scelera ad principatum pervenere".

verdaderos hombres de Estado. Fueron dos aventureros de talento que sólo buscaron en el poder una satisfacción egoísta; su obra, a la medida de su alma criminal, resulta mezquina, subordinada al deseo de satisfacer una ambición brutal y sin ideas.

A partir de ahora Maquiavelo concluye sobre la cuestión de qué excesos puede permitir una ciencia positiva de la política a la fuerza, o, según su expresión, sobre el arte de usar bien o mal de la crueldad. La crueldad no puede ser más que un medio. Para un príncipe usarla bien es cometer actos crueles solamente en ciertos momentos críticos, cuando debe necesariamente consolidar su poder. Pero no debe complacerse en ella; el pueblo debe extraer ventajas de su empleo. Pero un príncipe que, aunque al principio de su reino haya recurrido moderadamente a la crueldad, multiplica después sin regla ni medida las violencias inútiles, usa mal de ella. En el momento de fundar un Estado se debe, pues, calcular con toda exactitud los actos despiadados que será necesario realizar, y realizarlos de una sola vez, para no tener que recomenzar todos los días, y poder así tranquilizar en seguida a los pueblos, reconciliándolos fácilmente con una autoridad que se ha vuelto en seguida más humana. Quien se comporte de otra forma, sea por vacilación o falso cálculo, deberá tener constantemente el cuchillo en la mano. Los actos de violencia deberán cometerse todos al mismo tiempo; la injuria es así menos prolongada y la ofensa parece menor. Pero los beneficios deben ser concedidos poco a poco y disfrutados lentamente [11]. Aunque Maquiavelo no lo diga ni quiera decirlo, tales preceptos traen a la memoria necesariamente el recuerdo de Augusto.

---

[11] *Ibid.*, pág. 30: "... Crudeltà male usate o bene usate. Bene usate si possano chiamare quelle (se del male è licito dire bene), che si fanno a uno trato, per la necessità dello assicurarsi... Chi fa altrimenti, o per timidità o per mal consiglio, è sempre necessitato tenere il coltello in mano. Perchè le iniurie si debbono fare tutte insieme, accio chè, assaporandosi meno offendino meno; e' benefizii si debbono fare a poco a poco, acciò si assaporino meglio...".

II

El estudio científico de las creaciones de la fuerza conduce fatalmente a plantear el problema de la conquista de los procedimientos, de los resultados de la conquista. Maquiavelo no discute en absoluto la legitimidad: lo que se obtiene por la fuerza se obtiene legítimamente. Se limita a considerar, como historiador, el hecho de la conquista, la existencia de ciertos Estados engrandecidos por la anexión de provincias extrañas a ellos. Tales fueron, en la antigüedad, el imperio macedónico o el imperio romano. Tales son los grandes Estados europeos cuya formación Maquiavelo ha podido estudiar durante sus viajes. Tal es la monarquía francesa, poco a poco constituida, desde siglos, por la accesión de provincias ajenas al dominio real, por la absorción, en el primer Estado capetiano, de los pequeños Estados feudales y provinciales. A este tipo responde todavía mejor ese imperio francoitaliano con el que los Valois sueñan desde Carlos V, y que intentan constituir por la adquisición de Nápoles o Milán. El establecimiento de tales Estados, constituidos por elementos antiguos y nuevos, muchas veces extranjeros, plantea a Maquiavelo un cierto número de problemas de constitución y organización. Problemas importantes, y relativos al arte de fundar un imperio sobre la conquista [18].

Se presentan dos casos. O bien las provincias anexionadas pertenecen a la misma región geográfica y hablan la misma lengua, o bien pertenecen a otras regiones y hablan lenguas diferentes. En el primer caso las dificultades son pequeñas, sobre todo si estas poblaciones no están acostumbradas a un gobierno libre. Es suficiente con asegurar la desaparición de la familia reinante. Es suficiente no alterar las leyes y no agravar los impuestos. Si las costumbres de los países anexionados se parecen a las del Estado anexionador, si el lenguaje presenta pocas diferencias, a la luz de la historia, la anexión aparece fácil y du-

[18] *Il Principe*, 3; I, págs. 6-13: "De principatibus mixtis".

radera. Borgoña, Bretaña, Gasconia, Normandia, aceptaron así la reunión con Francia; a pesar de algunas diferencias de lenguaje entraron sin dificultad en la unidad francesa, porque no existía oposición entre sus costumbres y las del reino[20]. Por el contrario, cuando un príncipe adquiere un país donde la lengua, los usos y todo el orden político difieren de lo que existe en sus antiguos Estados, la obra de anexión y de fusión es difícil, y reclama una gran ciencia de gobierno. El príncipe debe residir allí en persona, establecer en las ciudades principales y en las regiones más importantes colonias civiles, según la costumbre romana, aun a riesgo de desposeer a algunos propietarios. Estas colonias de habitantes civiles trabajan, producen y se fijan a la tierra; evitan mantener en el país numerosas guarniciones, ociosas y perjudiciales; cuestan menos y su establecimiento ofende menos a las antiguas poblaciones. Una obra como ésta exige al mismo tiempo una diplomacia que se proponga impedir a los Estados vecinos intervenir en los asuntos de las provincias anexionadas; debilita a unos y cultiva la amistad de los otros[21].

Una vez planteados estos principios Maquiavelo esboza en algunas líneas una crítica, singularmente fuerte, de la torpe política, hecha de violencia y debilidad, que los reyes de Francia siguieron en Italia[22]. Si Luis XII no supo instituir en la península un dominio duradero ello se debió a que no observó bien estas diversas reglas. Había conquistado la Lombardía; Florencia, Mantua, Bolonia, Forli, Faenza, Rímini, Piombino, Pisa, Siena, solicitaban su amistad. Pero no se fue a vivir a Milán; no estableció colonias francesas en sus nuevos dominios; no intentó nada para asimilarlos. No quiso organizar alrededor de ellos una clientela de pequeños Estados amigos; por el contra-

[20] *Ibid.*, 3; I, pág. 7: "Come se è visto che ha fatto la Borgogna, la Brettagna, la Gusacogna e la Normandia, che tanto tempo sono state con Francia, e benchè vi sia qualche disformità di lingua, nondimeno e' costumi sono simili, e possonsi, fra loro facilmente comportare".

[21] *Ibid.*, págs. 6-10.

[22] *Ibid.*, págs. 10-13.

rio, favoreció las empresas de la Santa Sede, vecina temible. Nada más apoderarse de Milán cometió el error de sostener a Alejandro VI y de ayudar a su hijo César a conquistar Romania. Primer paso en falso, que le comprometió en una cadena de errores: cuando Alejandro y César se hicieron peligrosos y amenazaron Toscana, Luis XII se vio obligado a detenerles, so pena de chocar con la Santa Sede, después de haberle sacrificado sus aliados naturales. Nueva falta, y más grave todavía: en su deseo de conquistar Nápoles y temeroso de no poder conseguirlo, contando únicamente con las fuerzas de Francia, cometió la imprudencia de unirse a otro tan poderoso como él: el rey de España. Si no lo hubiera hecho podía haber dejado en Nápoles un rey vencido y sometido a su voluntad. Pero su compromiso con el español se lo impidió: destronado el rey de Nápoles, el de España quedó en seguida dueño del reino que habían conquistado los dos. Y, en fin, por un error supremo, sin darse cuenta de que reducía su papel a servir a la política pontifical, colaboró con Julio II, en realidad por cuenta de éste, para arruinar la república de Venecia. Falta que no debía haber cometido, dada la desventajosa situación, cada vez mayor, en que se encontraba respecto a la Santa Sede y a España. Si se había comprometido en sostener al Papa frente a Venecia, hubiera debido liberarse de una promesa que perjudicaba a sus intereses[28]. Luis XII fue, pues, incapaz de fundar en Italia un imperio francés, porque no siguió las reglas según las que se funda un imperio en país extranjero. Su fracaso no se debió a ningún milagro, sino que fue el efecto natural de una ignorancia del arte político.

Maquiavelo había declarado un día al cardenal Amboise que si los franceses hubieran sido hábiles habrían impe-

---

[28] *Ibid.*, págs. 12-13: "E se alcuni altri allegassino la fede che il re aveva obligata al papa..., respondo con quello che per me di sotto si derà circa la fede de'principi e come le si debbe osservare". (Véanse págs. 305-309.)

dido que la Santa Sede adquiriera tan gran poder[24]. La experiencia demostró que la grandeza de la Santa Sede y de España en Italia se debió a la política francesa, y que la Santa Sede y España arruinaron la dominación francesa en Italia[25].

* * *

En el libro del *Príncipe*, una vez que César Borgia se hace dueño indiscutible del dominio romanio, su acción gubernamental parece desembocar en una obra de reparación política y conservación social. Análogamente, el secretario florentino parece enseñar a los fundadores del imperio una política moderada, de prudencia, de equilibrio, una política que respete las tradiciones, las costumbres, los derechos establecidos. En el primer libro de los *Discursos* los tumultos provocados en Italia y Occidente por las querellas franco-españolas indujeron a Maquiavelo a concluir su doctrina sobre las creaciones de la fuerza en los términos más brutales, con un amargo pesimismo y un inmenso desprecio por los hombres. Cuando se trata de fundar un Estado nuevo sobre la violencia interna o la conquista, su pensamiento, generalmente tradicionalista y conservador, admite incluso la acción resuelta a destruir toda herencia del pasado. Ahí, y sólo por unos instantes, Maquiavelo parece estar de acuerdo con los más grandes revolucionarios de la historia.

Maquiavelo admite que el creador de un Estado o de un imperio, si llega la ocasión, remueve hasta los cimientos el orden político y social. Admite que establezca en las ciudades nuevas magistraturas, bajo nuevos nombres y con nuevos poderes; que llame a ellas a nuevos hombres. Que enriquezca a los pobres y empobrezca a los ricos, según el texto bíblico; así actuó David cuando se convirtió en rey. Que construya nuevas ciudades y que arruine las ciudades antiguas; que trasplante los pueblos de una re-

[24] Véase pág. 77, n. 65.

[25] *Il Principe*, 3; I, pág. 13: "E per esperienza si è visto che la grandezza in Italia di quella e di Spagna è stata causata da Francia, e la ruina sua causata da loro".

gión a otra: como hizo Filipo de Macedonia trasplantándoles como si fueran rebaños de corderos. Nada debe quedar intacto: no debe subsistir ninguna autoridad, ninguna dignidad, ninguna riqueza, que no dependa del nuevo príncipe [36].

"Estos medios —añade por una concesión tardía al humanismo erasmiano— son crueles y destructivos, no ya solamente desde el punto de vista cristiano, sino desde el punto de vista de la humanidad. Todo el mundo debe aborrecerles y preferir una condición modesta al título de rey, si fuera preciso adquirirlo a costa de tales desastres. Sin embargo, quien quiera establecer y conservar su autoridad debe en un momento determinado admitir estas violencias." Pero Maquiavelo sabe que los fundadores raramente llevan hasta los últimos extremos la audacia revolucionaria. Para la ciencia política esta vacilación sólo constituye un error y una debilidad. Error común tanto a los particulares como a los jefes de Estado: los hombres suelen decidirse por los términos medios, que son, por otra parte, mucho más perjudiciales, porque no llegan a ser ni enteramente buenos ni enteramente malos [37].

* * *

[36] *Discorsi*, I, 26; I, pág. 156: "Uno principe nuovo, in una città o provincia presa da lui, debbe fare ogni cosa nuova; ... fare nuovi governi con nuovi nomi, con nuove autorità, con nuovi uomini, fare i ricchi poveri, i poveri ricchi, come fece Davit quando ei diventò re: 'qui esurientes implevit bonis, et divites demisit inanes'; edificare, oltre di questo, nuove città, disfare delle idificate, cambiare gli abitatori da un luogo a un altro: ed in somma, non lasciare cosa niuna intatta in quella provincia, e che non vi sia nè grado, nè ordine, nè stato, nè ricchezza, che chi la tiene non la riconosca da te; e pigliare per sua mira Filippo di Macedonia... E chi scrive di lui dice che tramutava gli uomini di provincia in provincia, come e' mandriani tramutano le mandrie loro".

[37] *Ibid.*: "Sono questi modi crudelissimi... Ma gli uomini pigliono certe vie del mezzo, che sono dannosissime; perchè non sanno essere nè tutti cattivi nè tutti buoni". Cf. *Ibid.*, 27; I, páginas 157-158: "Sanno rarissime volte gli uomini essere al tutto cattivi o al tutto buoni".

En los *Discursos*, ya que en el libro del *Príncipe* hubiera estado fuera de lugar, Maquiavelo busca garantías para los hombres contra los gobiernos impuestos por la fuerza. El más largo capítulo de toda la obra se reserva al estudio de las conjuraciones [28]. Contra un príncipe criminal había reconocido ya que no había otro remedio que el puñal [29]. Nunca quizá ha existido otro escritor que haya expuesto tan sabiamente, con tan lúcida frialdad, el arte del asesinato político. Divide los atentados, según su objeto, en varias clases; y clasifica a los individuos que pueden arriesgarse a realizarlos en diversas categorías; sigue el desarrollo de sus empresas; define los medios que permiten descubrirles, los peligros que pueden contrariar la ejecución. La historia antigua, la historia de la Italia moderna, le han proporcionado los elementos de una erudición en la que parece hallar un singular placer. Pero, de antemano, ha querido expresar las conclusiones de una sabiduría prudente y desilusionada. "Trataré largamente este tema —dice— para que los príncipes aprendan a ponerse en guardia contra tales peligros, y para que los ciudadanos vacilen antes de aventurarse en tales asuntos. Deseo que aprendan a soportar con resignación el gobierno que el azar les ha deparado... Tácito tuvo razón al escribir que los hombres deben, sí, honrar al pasado, pero deben también obedecer a las cosas presentes. Desear buenos príncipes y tolerarles sean como sean. Quien se comporta de otra forma, la mayor parte de las veces se hunde y hunde consigo a su patria" [30].

III

Las conclusiones prácticas a que llega, y que resume en algunos capítulos, breves y densos, descansan sobre un estudio científico, pero limitado. De ahí que esas máximas

[28] *Discorsi*, III, 6, Delle congiure; I, págs. 337-359.

[29] Véase pág. 221, n. 56.

[30] *Discorsi*, III, 6; I, pág. 338: "Acciocchè, dunque, i principi imparino a guardarsi da questi pericoli, e che i privati più timidamente vi si mettino; anzi imparino ad essere contenti a vivere

de ciencia política sólo sean las reflexiones de una poderosa inteligencia, nutrida de historia, apta para comprender y para comparar, pero que, para intentar el análisis, ha retenido únicamente un pequeño número de hechos tomados del pasado o de episodios contemporáneos. Incluso completado por los *Discursos sobre la primera década*, *El Príncipe* no constituye un tratado completo, y no se debe pedir a Maquiavelo lo que no quiso dar. Pero supo seleccionar algunos problemas capitales, estudiándolos detenidamente.

* * *

Tal es, por ejemplo, el de los Estados personales agrandados poco a poco por la conquista, o por un conjunto de anexiones realizadas de grado o por fuerza. A este tipo pertenece un gran número de Estados europeos de la época de Maquiavelo. Es preciso no mirar nunca desde demasiado cerca cómo se ha forjado la unidad de las naciones: no todas las provincias que, en el tiempo de Maquiavelo, formaban el reino de los Valois, entraron en la unidad francesa únicamente por la persuasión. Los casos más recientes eran entonces el de Borgoña, al que alude, y el de Picardía, conquistadas por Luis XI después de la muerte de Carlos el Temerario. Más tarde, los tres obispados, el Rosellón, Alsacia y el Franco Condado, y en cierta medida la Lorena, serían anexionados después de guerras afortunadas. La unidad española que habían intentado acabar los Reyes Católicos se fundaba en parte sobre la fuerza. Más aún que los Estados donde latía ya una vida nacional, ciertos dominios europeos hechos de piezas que no tenían más nexo común que la unidad del soberano, como los Estados de la Casa de Austria o el inmenso y heterogéneo reino de Polonia, respondían al tipo considerado por Maquiavelo. Al mismo modelo pertenecían los grandes imperios constituidos en el pasado, el imperio

sotto quello imperio che dalla sorte è stato loro proposto... Che gli uomini hanno ad onorare le cose passate, e ad ubbidire alle presenti; e debbono desiderare i buoni principi, e, comunque ei si sieno fatti, tollerargli".

asirio, el imperio macedónico, el imperio romano o el imperio turco, creación de la historia más reciente. El canciller florentino incluía también dentro del mismo tipo los imperios que las potencias extranjeras se esforzaban en crear en Italia. Según este tipo, se fundaría y desarrollaría el imperio napoleónico. Y todavía podía considerarse dentro de esta clase los imperios coloniales creados en otro tiempo por las repúblicas mercantiles de Italia; el imperio que Venecia creó sobre las costas dálmatas, en Grecia, en las islas del Archipiélago y en el Levante; los imperios que, durante el tiempo de Maquiavelo, crearon portugueses y españoles, utilizando los más crueles medios, en las indias, Ceilán, Brasil, Méjico, y, seguidamente, en Perú. Y, en fin, los grandes imperios fundados en el mundo moderno por los pueblos colonizadores, el imperio holandés, inglés o francés.

En el capítulo III del *Príncipe* Maquiavelo aborda así una cuestión vasta y compleja, que, bajo sus diversos aspectos, domina la historia antigua y moderna. No se podría decir que la haya estudiado a fondo ni que haya mostrado verdaderamente su importancia. Sin duda, su crítica de las torpezas cometidas por los reyes franceses en Italia tiene para el historiador un gran valor, y es difícil juzgar con más inteligencia y perspicacia la política italiana seguida desde Carlos VIII a Francisco I. Pero lo cierto es que Maquiavelo sólo ha estudiado de manera superficial el conjunto de problemas que este capítulo sugiere. Algunas consideraciones sumarias sobre el imperio turco [21]; algunas consideraciones sumarias sobre el reino de Francia; pero lo esencial de su documentación se ha tomado, como siempre, de la historia antigua, y preferentemente de la historia de Roma. Habría sido todavía necesario que se hubiera detenido especialmente en la época imperial y que, como historiador, como jurista y como hombre de Estado, hubiera examinado los métodos seguidos por Roma, dueña del mundo mediterráneo, para organizar, administrar y gobernar su imperio, imponiendo en él durante cuatro si-

[21] *Il Principe*, 3, pág. 8.

glos el orden y la paz. Pero el prejuicio republicano de Maquiavelo, el odio que siente por César y sus herederos, por su obra y por los defensores de su tradición, le alejaron de este estudio, sin embargo, capital e indispensable. Sólo considera la Roma senatorial y consular, sus métodos de conquista y gobierno, enunciando las máximas que se desprenden de este caso. No ha tomado ni una idea, ni un solo principio de administración o gobierno, de la práctica sostenida por César, Augusto o los Antoninos, para conservar y regir los pueblos que Roma había sometido. En el mundo moderno no se le puede reprochar el no haber presentido la importancia de la conquista colonial; porque, en la fecha en que escribía *El Príncipe*, nadie podía todavía prever la inmensidad del imperio que Portugal fundaría en Africa, en América y en las Indias; los españoles sólo poseían entonces Florida y algunas Antillas; hasta después de 1519 no comenzaron la conquista de Méjico. Pero Maquiavelo no se tomó el trabajo de estudiar este imperio colonial veneciano cuya existencia, que databa de varios siglos, constituía uno de los hechos dominantes de la política y la economía de los países mediterráneos. En ese momento lo único que realmente atraía su atención eran los acontecimientos de los que había sido espectador y víctima: los esfuerzos de Francia y España para conquistar Italia. En el pasado su atención se centraba en la primera conquista romana. Esencialmente, éstos son los dos grupos de hechos sobre los que funda sus conclusiones. De ahí que estas conclusiones se reduzcan a un pequeño número de reglas prácticas, tomadas preferentemente de los métodos de la república romana, y cuyo valor se encuentra confirmado por los fracasos del gobierno francés, que no supo seguirlas en Italia. Reglas sumarias, generales, elementales: necesidad para el príncipe conquistador de residir personalmente en la provincia conquistada y de crear en ésta colonias civiles en vez de mantener guarniciones; necesidad de una diplomacia capaz de conciliarse con los Estados vecinos e impedir su intervención en el país anexionado. Sobre estos principios puede desarrollarse una teoría de las fundaciones imperiales.

Pero Maquiavelo no se ha tomado el trabajo de hacerlo. El estudio de los imperios de Roma y Venecia le habría sugerido más comparaciones e ideas para precisar su doctrina.

Cuando estudia las creaciones de los aventureros de la política y la guerra plantea también un problema capital. Por el poder de los partidos o las facciones, por el poder también de la personalidad, la inteligencia o el talento, pero, en último análisis, por la fuerza, ciertos hombres han impuesto su voluntad sobre el pueblo, han transformado los Estados antiguos, han creado, partiendo de la nada o casi de la nada, nuevos Estados. En la historia universal estos hombres han jugado un papel muchas veces temible, y la lista de ellos es larga.

Sin embargo, el secretario florentino no ha agotado la cuestión. A la crítica objetiva y científica de los errores franceses en Italia responde sin duda el estudio, objetivo y científico, de la obra emprendida y conducida con una maestría consumada por César Borgia. Un caso tal le permitía seguir y analizar la acción del aventurero que funda un Estado donde antes no había nada. Pero la historia romana ofrecía a Maquiavelo el tipo más perfecto de los conquistadores y fundadores de genio, llegados de la guerra a la política: César. Maquiavelo no quiso estudiar a César porque le despreciaba y le ponía al nivel de Catilina. Aunque en *El Príncipe* quiera hacer obra científica se dejó, sin embargo, dominar por la pasión. Esta negligencia y esta exclusión se explican quizá por un respeto supersticioso hacia Tito Livio; los libros conservados de sus historias no llegan hasta las guerras civiles y el fin de la república. Maquiavelo hubiera debido estudiar los *Comentarios*, de César; las cartas y discursos de Cicerón, Suetonio, Plutarco, Dión Casio. Pero no era historiador de oficio; no era filólogo; le faltaba la afición para emprender estas investigaciones; no estaba preparado para ello. Del pasado romano sólo conocía la Vulgata de Tito Livio, y su saber se detenía donde ella se detiene. De ahí que dé la impresión de que, sobre César y su obra, sólo tuvo siempre nociones elementales y convencionales. Pero

en un tratado de las creaciones políticas de los príncipes esta laguna es grave.

Análogamente, el mundo moderno le ofrecía, bajo sus propios ojos, en Florencia, el caso de la usurpación mediciana. Sin duda, los Médicis no pertenecían a la clase de los aventureros llegados de los ejércitos: faltaba a estos banqueros la afición por las armas, el talento militar. Pero ellos habían impuesto su autoridad gracias a la política, por el juego de partidos, gracias al apoyo de una facción. Es también indudable que, aparentemente, su éxito no se fundaba sobre la fuerza. Habían evitado utilizar la violencia, porque la sensibilidad florentina se rebelaba contra la barbarie de los tiranos lombardos. Cosme y Lorenzo habían simulado no ser más que simples ciudadanos, respetuosos con las leyes republicanas. Pero su grandeza reposaba sobre la secreta amenaza de una fuerza enmascarada. Cosme exigió el exilio de todos sus adversarios. Un sistema de impuestos arbitrariamente progresivos destruía lentamente la riqueza de la burguesía republicana: "Más vale —decía— ciudad arruinada que ciudad perdida" [22]. Si, en general, se solía respetar la vida de las personas no rechazaba la idea de un asesinato útil. Bajo Lorenzo, más altivo, más impaciente, las venganzas y represalias que siguieron al complot de los Pazzis y la revisión metódicamente proseguida de las leyes fundamentales aceleraron el progreso de un poder personal y de un régimen que se endurecía cada vez más y que no usaba el terror porque el espionaje y la delación eran suficientes, pero que, en el fondo, resultaba esencialmente violento.

Tal era el nuevo tipo de régimen personal que ofrecía a Maquiavelo la política realizada durante sesenta años por los Médicis. Cuando regresaron en 1512, volvieron a seguir la misma política; y el papel de la fuerza se hizo entonces evidente. Porque, en efecto, fue la fuerza, la fuerza extranjera de los españoles y los imperiales, la que restauró en el poder a los Médicis. Pero, igual que no

[22] *Istorie fiorentina*, VII, 6; II, pág. 338; citado en la pág. 192, n. 21.

quiso estudiar la obra y acción de César. Maquiavelo rehusó también estudiar la obra y acción de los Médicis. El libro que les ofrecía no podía hablar de ellos. En una obra destinada a establecer la teoría científica de las usurpaciones y realizaciones del poder personal esta segunda laguna resulta tan grave como la ausencia de un estudio sobre César.

De donde resulta que, por un mecanismo de compensación, Maquiavelo ha exagerado sin duda la importancia histórica de César Borgia y su obra; ha exagerado la importancia de las lecciones que puedan desprenderse de ahí para la ciencia política. En principio, porque, como él mismo reconoce, la carrera de César, en sus orígenes, se debió en parte a un feliz azar[28]. Fue la fortuna quien le hizo nacer hijo de un Papa, y de un Papa que permitió sin dudar que se engrandeciera a expensas de los terrenos de la Santa Sede. Azar que hace su caso demasiado singular. Al haber comenzado así, César no tiene nada de común con los aventureros de la guerra y la política: éstos no son hijos de nadie y han tenido que crear todo de la nada. En segundo lugar, debió, además, sus progresos a la complaciente torpeza de la política francesa; sin los recursos financieros y militares que Luis XII puso a su disposición, el hijo de Alejandro VI no habría podido conquistar Romania y no habría pasado de ser el señor sin gloria de algunos pequeños terrenos de Emilia. Favorecido por la fortuna, ayudado por el extranjero, su obra tiene, pues, menos mérito. Aunque, naturalmente, es indudable que condujo sus acciones con una perfecta claridad de espíritu, una perfecta indiferencia por la elección de los medios. A pesar de todo, al considerar la ruina tan brusca de su demasiado rápida grandeza, se está tentado a pensar que cuando Maquiavelo achaca la causa de su caída a la extraordinaria malignidad del destino se escabulle quizá demasiado fácilmente del asunto. Si para que César se hundiera fue suficiente que cayera gravemente

[28] *Il Principe*, 7; I, pág. 21: "Acquistò lo stato con la fortuna del padre, e con quella lo perdè".

enfermo a la muerte de su padre, muerte cuyas consecuencias había calculado, sin embargo, desde hacía mucho tiempo, esto quiere decir que la fundación del ducado de Romania era sólo una obra artificial y sin porvenir.

Humillado por este rápido desfondamiento, César alega la enfermedad, que durante algunos días no le permitió montar a caballo. Pero desde principios de septiembre estaba ya curado; y el hombre que, temblando de fiebre, había conservado bastante energía y lucidez para hacerse entregar por la fuerza la plata, las joyas y el tesoro del Papa difunto, podía ordenar la defensa de su Estado. Pero, de hecho, fue durante este mes de septiembre, con un César ya curado y capaz de correr de Roma a Nepi, de Nepi a Roma, cuando Guidobaldo de Montefeltro recobraba tranquilamente Urbino; cuando la hermana de Guidobaldo recobraba Sinigaglia; cuando los Appiani de Piombino volvían a su ciudad, los Vitelli a Città di Castello y Gianpaolo Baglioni recuperaba Perusa, mientras que las tropas venecianas aparecían en las fronteras de Romania. A finales de mes, César había perdido la mayor parte de sus territorios.

Demasiado apresurado al aceptar la explicación que él da de su desastre, demasiado apresurado al concederle confianza y atribuirle talento, Maquiavelo exagera también el papel que hubiera podido jugar en el conclave de octubre, y la falta que, según él, cometió dejando elegir como Papa a Julio II. Los venecianos habían invadido entonces la Romania; ocupaban Faenza; iban a tomar Rímini. César no era ya capaz de imponer al conclave el candidato que le gustara. Los cardenales españoles, ligados por interés a su familia, habían perdido toda confianza y sólo pensaron en abandonarle. Por diversos medios —no todos honorables— el cardenal Della Rovere pudo obtener fácilmente sus votos. Al día siguiente de la pérdida de Nápoles, arrebatado a Luis XII por los españoles, una candidatura francesa no hubiera tenido ninguna posibilidad de éxito. El 1 de noviembre de 1503 Julio II era elegido sin dificultad, y César no hubiera podido oponerse a ello. Menos de un mes más tarde, cuando el Papa le conminó restituir Ce-

sena y Forlì, su debilidad se mostró al desnudo; al negarse, le hizo detener en Ostia el 29 de noviembre y conducir a Roma, mientras que los últimos señores desposeídos volvían a sus territorios; mientras que Giovanni Sforza recuperaba Pésaro, los Ordelaffi Forlì y los venecianos ocupaban el resto de la Romania. Cuando César, estrechamente vigilado en Roma, rindió sus últimas plazas a la Santa Sede nada subsistía ya de un señorío que no merecía vivir. A pesar del optimismo de Maquiavelo, el desarrollo que se habría podido esperar si el Papa no hubiera muerto demasiado pronto resulta bastante dudoso. Según él, en 1503 César habría atacado Toscana, y Florencia hubiera corrido un evidente peligro. Pero la complejidad de la política italiana y de los intereses extranjeros mezclados en los asuntos italianos era tal que Florencia, aliada de Francia y de la clientela francesa, hubiera encontrado defensores; el duque de Romania, que tantos rencores y odios había provocado, se comprometía en una peligrosa aventura y, de la noche a la mañana, hubiera visto probablemente formarse contra él una coalición frente a la cual no hubiera podido obtener fácilmente el avaro concurso de España.

Maquiavelo ha descuidado el estudio de las finanzas de César. Pero César sólo pudo concebir e intentar sus diversas empresas contando con los subsidios de Francia y los tesoros de la Santa Sede, puestos a su disposición por la complicidad de su padre. Lo que podía tomar de sus Estados, generalmente pobres, se reducía a poca cosa. Cuando los recursos financieros de la Santa Sede le faltaron le faltó todo. Absorbido por el análisis del problema abstracto de construcción política que se ha planteado, Maquiavelo olvida estas realidades acuciantes. Y es aquí donde habría podido encontrar una de las causas que conducirían a César a la ruina, aunque no le faltara genio.

Pero Maquiavelo parece haber exagerado voluntariamente la grandeza del personaje. Establece una diferencia entre César Borgia, por una parte, y los hombres que por simple perfidia o por satisfacer su perfidia se han elevado al poder, por otra. César tenía un alma grande y sus

intenciones eran nobles; había proyectado crear un gran Estado en la Italia central; y Maquiavelo se imagina quizá que ese gran Estado hubiera podido servir de base para alguna federación nacional lo bastante fuerte como para infundir respeto a los bárbaros. Si César hubiera conseguido fundar un reino en Italia central es probable que Maquiavelo, diez años antes, le hubiera dedicado *El Príncipe*. Considerando los fines que le atribuye, Maquiavelo le absuelve de no haber vacilado nunca en la elección de los medios. Por el contrario, Agatocles de Siracusa y Oliverotto de Fermo no fueron verdaderos hombres de Estado; su obra resulta mezquina, a la medida de sus almas criminales.

Pero Maquiavelo escribió *El Príncipe* diez años antes de la caída de César. Y parece como si su imaginación de poeta y visionario, pronta a crear mitos, haya aumentado desmesuradamente, y para demostrar una tesis general, tanto la obra como el hombre. Había presenciado el hundimiento de la obra y el envilecimiento del hombre. Maquiavelo estaba en Roma en el momento de la elección de Julio II: realizaba allí una de sus legaciones; los Diez le habían encargado que llevara al nuevo Pontífice la adhesión del pueblo florentino, poniéndole en guardia contra el imperialismo de Venecia, envalentonado por la catástrofe romania. En la antecámara del Papa César pedía humildemente perdón a Guidobaldo de Urbino. Cuando no quedaba ya nada del Estado que había fundado tuvo que buscar la protección de Luis XII y ponerse al servicio de su cuñado, el rey de Navarra, Juan de Albret. Volvía a la nada, de donde el azar de su nacimiento y una insolente fortuna, secundada por un genio maligno, le habían hecho salir. La historia de su grandeza y decadencia se reduce a un episodio violento y trágico del nepotismo pontifical. Cuando Maquiavelo escribió el capítulo VII de su libro hacía seis años que César había muerto oscuramente durante el sitio de una pequeña plaza de Navarra. Sin embargo, el secretario florentino quiso glorificar en él al príncipe, dueño de los hombres y los acontecimien-

tos, deseoso únicamente de realizar, más allá del bien y del mal, un ideal sobrehumano de grandeza trágica.

Esta transfiguración permite comprobar los dos planos en que se desarrolla el pensamiento de Maquiavelo, político positivo y poeta visionario. El político vive en el dominio de los hechos, los anota fríamente, los examina y los juzga sin ninguna preocupación de orden moral o jurídico. Instruido por la historia y la práctica, estudia como teórico los más emocionantes problemas de la política, la defensa de las repúblicas contra los tiranos, la conquista de las repúblicas por los tiranos, con la indiferencia del naturalista o del físico que estudiara hechos regidos por leyes naturales. Pero el poeta se evade fuera de lo real y su imaginación recibe el mito y la leyenda. En el pensamiento de Maquiavelo el mito dantesco del redentor que vendrá un día a salvar a Italia se funde con el mito romano del dictador genial que salva a un pueblo del desastre. Despojado por el tiempo de sus debilidades y miserias, purificado de sus vergüenzas, la imagen de César Borgia se va embelleciendo poco a poco para la eternidad; y aparece entonces la del príncipe de genio dispuesto a salvar a Italia de la ruina; la del príncipe de genio dispuesto a la acción iluminada por el pensamiento; la del príncipe de genio en que parecen ya vivir y reunirse las dos trágicas figuras de Miguel Angel que se enfrentan en Florencia en la nueva sacristía de San Lorenzo, la del hombre de acción y la del pensador; efigies de los dos jóvenes Médicis a los que Maquiavelo dedicó sucesivamente su obra, obra que ni el uno ni el otro se tomaron el trabajo de estudiar.

* * *

Verdad y poesía se unen así en lo que puede llamarse el mito de César Borgia, porque verdad y poesía se unen en el mito del príncipe. Si la historia contemporánea ha proporcionado los indispensables datos de lo real, la idea pertenece a la tradición, que, heredada de Petrarca y Dante, anunciaba un redentor. Y de ahí que, en las páginas que escribía para él mismo, el secretario florentino ex-

prese su esperanza en la realización de una obra de carácter revolucionario: la obra de un hombre que aparecería un día y crearía, si fuera necesario por la fuerza, un nuevo mundo. Porque en Dante la tradición política del redentor es esencialmente revolucionaria, como es revolucionario el símbolo del lebrel divino, que acosará a la loba, cada vez más ávida de riqueza y poder, hasta el fin del abismo donde se encuentra. La idea de una regeneración violenta del mundo se propaga a través de toda la Edad Media italiana; anima el entusiasmo de Cola di Rienzo; Petrarca la acoge gustosamente; y el mismo humanismo la hace suya, con la esperanza de encontrar en la antigüedad clásica ejemplos lo suficientemente ardorosos como para que puedan sacar a los modernos de su abatimiento. Idea de carácter político o social, pero idea también, y en la misma medida, de carácter religioso. Y así, Maquiavelo, tan extraño, sin embargo, al cristianismo, para definir la acción del hombre que debería renovar todo, encuentra naturalmente un texto bíblico: "Esurientes imprevit bonis, et divites dimisit inanes" [84]. Unidas en el mito del *Príncipe*, es natural que verdad y poesía se unan en la exhortación a liberar Italia de los bárbaros. Mucho más que a las mediocres y dudosas figuras de Julián y Lorenzo, el realista visionario se dirige al redentor predestinado por misteriosas profecías.

[84] Véase pág. 263, n. 26.

Capítulo III

LA PAZ, LA GUERRA, LOS TRATADOS

I

Maquiavelo, teórico del gobierno legal o del gobierno fundado sobre la fuerza, muestra claramente su preferencia por los Estados donde los ciudadanos eligen libremente sus magistrados, deliberan y votan libremente en las asambleas. Desconfía de los Estados autoritarios a menos que, como en Francia, la autoridad se vea limitada por un conjunto de leyes constitucionales, y por la presencia de cuerpos intermedios que aseguren el mantenimiento de la Constitución. Los Estados despóticos se le aparecen como un interesante objeto de estudio, cuando deben su creación a algún tirano de genio, pero, en la práctica, coincidiría con Guicciardini en preferir un régimen capaz de conceder con menos dureza disciplina y libertad. En fin, los gobiernos de la Iglesia sólo son a sus ojos paradójicas supervivencias, a menudo absurdas y perniciosas, de un pasado que la historia condena. No siente ninguna amistad por el gobierno temporal de los papas. Se inquieta a la vez por sus progresos demasiado rápidos y por los síntomas de decadencia y ruina que descubre en ellos[1].

* * *

[1] Véanse págs. 70-71, 90-92, 185-186, 238-242.

Cualesquiera que sean estos diversos Estados, cualesquiera que sean la forma, la Constitución política y las leyes fundamentales, tampoco ellos pueden escapar de la amenaza que pesa sobre las demás creaciones del genio humano. Son también perecederos, están también expuestos a la ruina y la muerte. Por el hecho de existir, todo Estado intenta, pues, ante todo, conservarse. Se limita así a seguir la ley dictada por la naturaleza para todos los seres vivos. En el caso del Estado, el obedecer a esta necesidad no tiene el carácter de egoísmo que conserva la mayor parte de las veces cuando regula la conducta de los individuos. A la conservación del Estado se liga un interés colectivo, que se descompone en una extrema variedad de intereses individuales. Como, por otra parte, el Estado ofrece al espíritu humano una tutela que le permite realizar su obra, esta conservación interesa necesariamente a la vida misma y al porvenir de la razón. La ley egoísta que se impone al Estado como a los demás seres vivientes se amplía aquí y reviste un carácter casi sagrado. Si el Estado debe, ante todo, velar por su defensa y conservación ello redunda en interés de los hombres y en interés de la razón.

La necesidad de esta defensa prescribe al Estado un cierto número de reglas que no puede eludir sin peligro. El conjunto de estas reglas constituye una especie de ética de la fuerza guiada por la inteligencia. Al margen de esta ética no existe para los Estados salvación.

* * *

Esta ética permite a cada Estado alcanzar una plenitud de desarrollo y estabilidad. Permitiría a todos realizar una especie de equilibrio donde el poder de los unos se vería contrabalanceado por el poder de los otros. Pero aunque la práctica veneciana y florentina puede instruirle, y aunque Lorenzo el Magnífico haya conseguido mantener un exacto equilibrio de las fuerzas italianas, Maquiavelo apenas intenta definir la teoría de este equilibrio de los Estados en perpetua competición. No muestra cómo los Esta-

dos pueden ponerse de acuerdo entre ellos sobre el mutuo respeto de su derecho a la vida. En forma teórica y general, según los principios de la moral y el derecho, no ha estudiado la cuestión de las relaciones entre los Estados, ni la de los sacrificios y renuncias que exigiría a todos y cada uno la fundación de una armonía duradera. No ha estudiado las condiciones de esta armonía, porque no la cree posible ni deseable. Abandona al libre juego de las leyes naturales la competencia que necesariamente se instituye entre los Estados. Sólo a ellas corresponde asegurar un equilibrio que fatalmente acaba por romperse a favor del más vigoroso, del más hábil, del más favorecido por la fortuna. Fatalmente, sí, porque todos los Estados, por las más diversas razones, no son igualmente capaces de practicar la ética de la fuerza guiada por el espíritu, o de practicarla con igual éxito.

Si de las máximas brevemente enunciadas por Maquiavelo se desprende una visión general de las relaciones entre Estados, esta visión es y quiere ser estrictamente realista. Se limita a comprobar el hecho de las luchas que les enfrenta, de la misma manera que ha comprobado el hecho de la lucha de clases. Acaba así formulando cierto número de reglas que todo Estado deberá seguir cuidadosamente si no quiere verse devorado por otro más fuerte. Como su maestro Polibio, Maquiavelo admite que los asuntos humanos recorren necesariamente, sin progreso y hasta el infinito, la misma serie de revoluciones; de la monarquía a la tiranía, de la tiranía a la aristocracia, que deja su lugar a la democracia, condenada a degenerar en demagogia; después de esto sobreviene fatalmente una restauración monárquica, y el Estado recomienza desde el principio el camino que acaba de recorrer. Tal es el círculo donde se inscribe necesariamente la historia de los pueblos. Círculo en el que girarían eternamente si no cayeran bajo la ley de algún vecino, en ese momento mejor disciplinado, más vigoroso, pero destinado también él a las mismas revoluciones, a los mismos pasos, a la misma ruina [1]. Pero, víctimas del desorden y la debilidad que provo-

[1] Véanse págs. 144-146.

can aquellas incesantes variaciones, los pueblos cumplen también, frecuentemente, esta otra ley. De ahí que Maquiavelo, teórico de la política interior, intente encontrar desesperadamente la forma de detener, durante el mayor tiempo posible y por la institución de un régimen bien equilibrado, el progreso fatal de estas revoluciones, sin hacerse demasiadas ilusiones en que pueda darse un largo período de orden y estabilidad. De ahí que Maquiavelo, teórico de la política exterior, intente desesperadamente prevenir los peligros que el asalto de los débiles por los fuertes hace pesar inevitablemente sobre el porvenir de los Estados.

Esta visión de la historia y la política es brutal y triste. Triste como toda doctrina que no abra al espíritu humano un porvenir infinito. Para Maquiavelo las sociedades humanas sólo pueden aspirar a restaurar o reanimar lo que ha mostrado ya su excelencia en el pasado: resucitar las cosas muertas[3]. Es brutal, porque si en la lucha incesante de los Estados admite la acción necesaria de la inteligencia, de la habilidad y el cálculo, en último análisis subordina esta acción a la fuerza siempre capaz de destruir, pero sin la cual el espíritu humano no puede crear nada. Los profetas armados han vencido; los profetas sin armas han sufrido el descrédito y la derrota.

Esta visión de la historia y la política es esencialmente materialista. Maquiavelo no piensa que las ideas, por ellas solas, puedan conducir a las sociedades humanas: niega tal poder tanto a las ideas religiosas como a las ideas filosóficas. Las religiones no triunfan únicamente por la persuasión; es preciso, además, que la fuerza y la coacción las ayuden a imponerse[4]. Esto es verdad para el Islam y para el antiguo judaísmo. El cristianismo no ha escapado a esta regla. Sólo ha podido imponerse a partir del momento en que los dirigentes del imperio romano le aceptaron, en el momento en que Constantino y sus sucesores pusieron oficialmente al servicio de la nueva reli-

[3] Véase pág. 155, n. 20.

[4] *Il Principe*, 6: I, pág. 19: "Tutti e' profeti armati vinsono, e li disarmati ruinorono".

gión las fuerzas materiales y políticas del imperio. Maquiavelo vio sucumbir a Savonarola, profeta desarmado; un siglo antes, Juan Hus, profeta sin armas, había perecido. Pero, bajo los ojos de Maquiavelo, Lutero, profeta armado, con ayuda de la fuerza de los príncipes alemanes, mantenía a raya al emperador y al Papa. La dialéctica de las ideas puras no es suficiente para gobernar el mundo; y Maquiavelo no cree en victorias del espíritu que la fuerza no secunda. Muy sumariamente se esboza así una especie de materialismo histórico, en el que falta, ya que Maquiavelo no era un economista, la base económica sobre la que Marx y Engels fundaron su doctrina. En todo caso no hubiera costado gran trabajo hacer decir a Maquiavelo que la idea sólo se impone una vez incorporada por la fuerza, y que la fuerza sólo sirve a la idea en la medida en que los hombres son arrastrados por su interés, por la representación justa o falsa, razonada o apasionada que se hacen de ella, a seguir la idea. La última palabra de la política sería, pues, para tomar una fórmula de Pascal, enseñar a los hombres el arte de pensar bien; es decir, de adquirir una noción justa, exacta, científica, de sus verdaderos intereses, desprender de ellos una idea de acción y armar después esta idea.

* * *

La política de Maquiavelo, rigurosamente positiva, admite la guerra como un hecho natural, normal y necesario. Cuantas veces un Estado se vea amenazado en su seguridad o en sus intereses, o reivindique una ventaja que se le disputa, la guerra constituye para él el supremo recurso. No hay otro. El equilibrio, por lo demás siempre precario, que se establece entre las naciones, sólo se realiza por medio de las luchas, de las victorias y los desastres de las naciones. Maquiavelo admitiría sin dificultad que, en la competencia que se instituye entre los pueblos, la guerra conduce a realizar una selección natural en favor de los más inteligentes y valerosos, y, en último análisis, de los más fuertes, de los que han armado más vigorosamente la idea que representan entre los pueblos. Es in-

útil insistir sobre las concepciones modernas a las que se emparenta esta doctrina de la guerra; ni sobre las relaciones que ofrece con la teoría darwiniana, de carácter puramente naturalista y positivo; ni sobre la coincidencia elemental de esta doctrina con la filosofía hegeliana de la historia; ni sobre la prolongación que haya podido encontrar entre los discípulos de Hegel.

* * *

Dante tuvo ocasión de plantearse el mismo problema y de resolverlo con otro criterio. El contraste existente, sobre la cuestión de las relaciones entre los Estados, entre el pensamiento de Dante y el pensamiento de Maquiavelo, ayuda a comprender y captar lo que en la historia general de las doctrinas políticas significa desde el fin de la Edad Media la aparición de la política positiva y realista del secretario florentino.

El poeta gibelino no descarta la ambición de reformar todo el mundo cristiano. Querría imponer un orden ideal, fundado sobre ciertas concepciones teóricas de carácter moral y religioso. Orden que no toma y no puede tomar ningún elemento de lo real, de la realidad política, o incluso religiosa y moral, que el Occidente cristiano ofrecía a su estudio durante las primeras décadas del siglo XIV. Porque las dos instituciones que le sirven de base para reconstruir el mundo, el imperio y el papado, están, tanto una como otra, degradadas y desgarradas; y la propia ética cristiana que deberá sostener el esfuerzo de la restauración tendrá que ser restituida al espíritu de sus orígenes. Pero, armado de una verdad que posee un porvenir eterno, describe las etapas de una reforma intelectual y moral del individuo; traza el plan de una renovación del mundo cristiano por la restauración del imperio y la reforma de la Iglesia [a].

La diferencia esencial que opone Maquiavelo a Dante no consiste solamente en el abandono de un programa en

[a] Véanse págs. 14-16.

el que el realismo del secretario florentino sólo ve ilusión. Dante quiere organizar la sociedad cristiana según ciertas exigencias del espíritu. Maquiavelo renuncia a esta organización y deja que ella misma encuentre su equilibrio por el simple juego de fuerzas que lleva en sí. Juego que el espíritu, si llega el momento, puede secundar, pero que él no se arriesga a contrariar o gobernar. Dante plantea, en principio, que los conflictos de los grupos humanos deben resolverse en una suprema armonía, conforme a ciertos postulados del sentimiento, a ciertas afirmaciones de la inteligencia. Maquiavelo no ve y no quiere ver en estos conflictos ninguna finalidad. Admite que la lucha, la rivalidad, la competencia, la guerra, constituyen la norma según la que se desarrolla el destino de la especie. Admite esta lucha como un hecho, dado por la naturaleza, fatal, ineluctable; juzga totalmente inútil intentar encontrar un remedio a esta lucha. El único orden que puede establecerse entre los Estados perpetua y fatalmente en lucha es el orden de la jerarquía que la fuerza quiere imponer en beneficio del más fuerte. Orden que, además, como todo lo que es humano, sólo puede ser provisional. De donde resulta que, cuando Dante piensa en el porvenir de las sociedades humanas, piensa primero y ante todo en organizar la paz. Maquiavelo sólo piensa en preparar y desencadenar la guerra.

* * *

En Dante la condena de la guerra no proviene de una simple repugnancia de sentimiento. Ni proviene tampoco únicamente de la moral del Evangelio. Dante se detiene poco en protestar contra el carácter anticristiano de los conflictos sangrientos entre los hombres a los que el sacrificio del Redentor ha hecho hermanos. No, su condena no procede únicamente de las doctrinas religiosas y las creencias religiosas de las que se nutre el alma apasionada del poeta. Se funda también sobre la razón: "Debemos ver —escribe— hacia qué fin tiende toda civilización humana: por qué Dios y la naturaleza no hacen nada que resulte inoperante. Existe, pues, una obra en vista de la

cual se ha ordenado todo el género humano". Esta obra, por definición, sobrepasa al individuo, a la familia, al clan, a la ciudad y al Estado. Está proporcionada y coordinada al poder de la humanidad tomado en su conjunto. Es el término fatal del esfuerzo colectivo de los hombres [6]. Dante la define mediante eliminaciones sucesivas. Poeta intelectualista, la concibe como puramente intelectual: "La obra propia del género humano, considerando éste en su totalidad, es hacer pasar al acto todas las potencias contenidas virtualmente en el alma". Y comenta esta fórmula de un humanismo esencial: "La inteligencia humana debe aplicarse primero a la especulación; después, aplicando la teoría a la práctica, se ocupa en guiar la acción según sus miras" [7]. La humanidad sólo realiza, pues, su destino, por el progreso de la inteligencia, que ilumina y dirige constantemente a la caridad actuante. Que tal esfuerzo sea una obra divina lo testimonia el propio salmista, cuando escribe: "Sólo has descendido al hombre un grado más abajo de los ángeles" [8]. Esta obra únicamente puede realizarse verdaderamente bajo el reino de la paz universal. De donde resulta que la paz universal es con toda evidencia el más alto de los bienes dispensados a los fines de la beatitud humana: "Esta es la razón —añade Dante,

---

[6] *Le Opere di Dante;* Testo critico della Società dantesca italiana, Florencia, 1921, en 8.°; *Monarchia,* I, 3; ed. Vinay, páginas 14-20: "Nunc aute videndum est quid sit finis totius humane civilitatis... Propter quod sciendum primum quod 'Deus et natura nil otiosum facit', sed quicquid prodit in esse est ad aliquam operationem... Est ergo aliqua propria operatio humane universitatis, ad quam ipsa universitas hominum in tanta multitudine ordinatur; ad quam quidem operationem nec homo unus nec domus una, nec una vicinia, nec una civitas, nec regnum particulare pertingere potest...".

[7] *Ibid.,* pág. 22: "Patet igitur quod ultimum de potentia ipsius humanitatis est potentia sive virtus intellectiva"; I, 4, págs. 28-30: "Satis igitur declaratum est quod proprium opus humani generis totaliter accepti est actuare semper totam potentiam intellectus possibilis, per prius ad speculandum, et secundario propter hoc ad operandum per suam extensionem".

[8] *Monarchia,* I, 4, ed. Vinay, pág. 32: "Opus quod fere divinum est, juxta illud: 'Minuisti eum pauio minus ab angelis'".

que después de haber establecido su demostración como filósofo la concluye como cristiano— de que, en la noche de Navidad, los ángeles no anunciaran a los pastores ni la riqueza, ni la longevidad, ni la salud, ni la fuerza, ni la belleza, sino la paz: 'Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad'" [9].

Mas, para Maquiavelo, Dante sólo es un profeta sin armas y vencido. Para la política realista de Maquiavelo la derrota de Dante es el signo y la prueba de su error. Pero el desacuerdo entre los dos pensadores no se refiere solamente a la concepción que ambos se hacen del porvenir humano. La tabla de valores no se establece según los mismos principios en uno y otro. Dante es, ante todo, filósofo y teólogo. Vive, ante todo, para el espíritu, y, entre todas las formas de acción que crea la sociedad humana, atribuye a la vida del espíritu una eminente dignidad y luminosa primacía. Es un erudito enriquecido con todo el saber enciclopédico de las Universidades; ha estudiado a Aristóteles y a los filósofos, a Santo Tomás y a los teólogos [10]. Maquiavelo no tiene nada de erudito. Ignora y menosprecia la teología; no sabe filosofar según las reglas. El sistema de ideas abstractas en el que los filósofos intentan captar la realidad no le atrae. No siente ninguna curiosidad por la filosofía. En su juventud no se ha interesado nada por los trabajos de la Academia florentina; ha visto con indiferencia cómo Marsilio Ficino o Pico de la Mirándola reconstruían y modernizaban el viejo neoplatonismo, conciliándole con un catolicismo modernizado. No es tampoco un verdadero humanista; su cultura antigua y clásica resulta limitada; no sabe griego. Piensa como hombre de acción, formado esencialmente por la práctica, por la experiencia del gobierno interior de Florencia, por la experiencia de la política italiana y europea, por la

[9] *Ibid.*: "Unde manifestum est quod pax universalis est optimum eorum que ad nostram beatitudinem ordinantur".

[10] Basta con recordar el primer dístico del epitafio compuesto, a principios del siglo XV, por Giovanni del Virgilio:

Theologus Dante, nullius dogmatis expers,
Quod foveat claro Philosophia sinu.

observación de los gobiernos italianos o extranjeros y sus leyes. Hombre de acción que, para completar y controlar lo que ha podido aprender así, ha leído a algunos historiadores y teóricos de la política. Hombre de acción cuyo conocimiento de la obra de Aristóteles se limita a la *Política*, que probablemente no ha leído *La República*, de Platón, y que prefiere Tito Livio a los tratados políticos de Cicerón. Por eso, cuando Dante propone como fin supremo del espíritu "el hacer pasar al acto todas las potencias contenidas virtualmente en el alma", Maquiavelo no comprende, o deja de escuchar. Porque el único fin que él propone a la actividad de las sociedades humanas es el desarrollo de la fuerza y el poder; por el contrario, el poeta ha ido eliminando sucesivamente de su análisis todo lo que se refiere a la fuerza y al poder, decidido a ver únicamente en ellos instrumentos subordinados al progreso del espíritu, y que, para permitir al espíritu realizar su tarea, deben plegarse a una disciplina de paz universal. Sin duda, Maquiavelo no ignora que la conservación del Estado es necesaria a la obra del espíritu. Pero, aun reconociendo esto, no ve en ello lo esencial. Y en ningún momento ha pensado imponer a una política realista y positiva, como norma a la que deba reducirse todo, el cumplimiento de la obra colectiva del espíritu humano.

* * *

En 1515, dos años después de haber acabado *El Príncipe*, y cuando trabajaba en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Erasmo presentó en Bala una nueva edición, singularmente aumentada, de los *Adagios*, que ya habían sido publicados siete años antes. Por primera vez, ciertas piezas, como *Dulce bellum inexpertis*, aparecen al tiempo como ensayos familiares y como los manifiestos de un programa político y religioso, que serán inmediatamente multiplicados como tales por las prensas de Bala, Estrasburgo, Maguncia, Colonia, Leipzig, Lovaina, Amberes y París. Al año siguiente la edición príncipe del *Nuevo Testamento* en griego, publicada en Bala en febrero de 1516,

le ofrecía la ocasión de definir, como comentador del Evangelio, su ideal de paz cristiana. En Lovaina, antes de que finalizara ese mismo año, Tomás Moro, unido por una estrecha amistad a Erasmo desde fines del siglo anterior, publicaba su *Utopía o tratado de la mejor forma de gobierno*. El mismo año salía de las mismas prensas la *Institutio principis christiani*, de Erasmo. Al año siguiente, en Bala, en las prensas de Froben, Erasmo publicaba la *Querimonia pacis undique profligatae:* queja por la paz expulsada de todas partes [11].

Erasmo y Tomás Moro están de acuerdo en condenar el recurso a la guerra como medio de zanjar las querellas pendientes entre los Estados: "Los habitantes de la isla de Utopía —escribe Tomás Moro— detestan la guerra como una cosa bestial; pero no existe especie animal que tan constantemente se entregue a ella como el hombre. La detestan con todas sus fuerzas, y, contrariamente a la opinión de casi todos los pueblos, consideran que no hay nada menos glorioso que la gloria buscada por la guerra. Sin embargo, tanto los hombres como las mujeres se pliegan regularmente a la disciplina militar con objeto de poder estar en condiciones de manejar las armas si llegara el caso de servirse de ellas. Pero declaran la guerra contra su voluntad, y solamente para defender su territorio, o rechazar a los enemigos que invadieran un país aliado, o por simpatía hacia un pueblo aplastado bajo un régimen tiránico. En este caso actúan en bien de la humanidad, para liberarla del despotismo y la servidumbre. Prestan socorro a sus amigos no solamente para defenderles, sino a veces también para vengarles de las injurias sufridas. Pero una victoria sangrienta les inspira tristeza e incluso vergüenza. Porque creen que es locura el pagar a un precio demasiado caro cualquier bien, incluso el más precioso" [12]. Así se desarrolla la humana fantasía de Tomás Moro.

---

[11] A. RENAUDET, *Etudes érasmiennes*, págs. 72-85.

[12] TOMÁS MORO, *La Utopía o el Tratado de la mejor forma de gobierno;* texto latino editado por Marie Delcourt, París, 1936, en 8.°; lib. II, "De re militari", págs. 170-171, 173.

Pero la crítica de Erasmo es más resueltamente audaz y revolucionaria.

Desde la primera irrupción de Carlos VIII en Italia, Erasmo ve a Europa dividida por coaliciones que buscan constantemente, sin éxito duradero, la fortuna de las armas. Los príncipes temporales se deciden a formar parte de ellas para vengar injurias imaginarias o para defender pretendidos derechos. Buscan en la guerra una diversión a las querellas de la política interior. Los papas entran en las alianzas de los príncipes y se comprometen en sus aventuras. Teólogos y monjes encuentran argumentos para justificar el recurso a la fuerza. Pero, siempre que pueda evitarlo, un príncipe cristiano no debe jamás lanzarse a la guerra. Debe llevarla ahorrando la mayor cantidad posible de vidas humanas y terminándola lo antes posible. El autor de la *Institutio* aconseja, pues, a los príncipes que se preocupen antes de gobernar bien sus dominios que de aumentarlos. Los asuntos de Francia, tan rica de toda clase de dones, irían mejor si sus reyes no hubieran intentado la conquista de Italia. Para fundar una paz duradera Erasmo propone que se fijen en términos claros las fronteras de los Estados; puesto que las sucesiones de los príncipes son tan a menudo causa de discordia entre los pueblos, pide a los hijos de los reyes que se abstengan de todo proyecto de establecimiento fuera de su territorio, y que, para las coronas vacantes, se consulte, cuando llegue el momento, el sufragio popular. Pero la guerra renacía constantemente de la guerra, y las violencias desencadenadas proseguían su curso. Francisco I, vencido en Pavía y prisionero en Madrid, aceptaba un tratado de desmembramiento que, vuelto a su reino, desautorizaba para tomar de nuevo las armas; y en una Roma saqueada los lansquenetes de Carlos V demostrarían en seguida al Papa el peligro que corría la Santa Sede concluyendo con los príncipes temporales acuerdos particulares[18].

Como Dante, Erasmo comprueba y mide el desorden de

[18] A. RENAUDET, *Etudes érasmiennes*, págs. 87-102; *Erasme et l'Italie*, Ginebra, 1954, en 4.°, págs. 187-200.

un mundo sin ley ni norma, abandonado a la violencia y la opresión. Piensa también que la causa profunda de todas estas miserias hay que buscarla en el debilitamiento del espíritu cristiano; que las obras de la inteligencia y la caridad postulan la paz universal, que sólo la paz universal puede permitir a la humanidad cumplir su destino. Sabe que tantas miserias sólo pueden encontrar remedio en un retorno al Evangelio. Pero, casi como Maquiavelo, concede muy poca confianza a la sede romana, y no cree reformable al papado. Igualmente niega al emperador la misión de pacificador supremo. Conoce la avidez de los Habsburgos, avidez exclusivamente de dominación territorial, de fuerza material, de poder. La idea del imperio, que Dante exalta, le parece tan irrisoria y vacía, tan perjudicial, como a Maquiavelo, capaz sólo de mantener en Europa una serie de querellas sin fin. Y cuando en la primavera de 1527 la cancillería imperial le brinda la tarea de publicar la *Monarchia dantesca* se escabulle de ella[14].

* * *

Si algunos años después de finalizar *El Príncipe*, y mientras continuaba escribiendo los *Discursos sobre la primera década*, Maquiavelo tuvo la verosímil curiosidad de leer la *Institutio* o la *Querimonia*, el maestro del humanismo europeo debió aparecérsele como uno de esos profetas sin armas, cuya debilidad desdeñaba irónicamente. Erasmo, profeta sin armas, no obtenía audiencia de los dueños de la tierra. Al predicarles la paz se hacía inoportuno. Se entristecía e indignaba al oír la palabra de Cristo traicionada públicamente en el púlpito cristiano. Al ofrecer a los príncipes una doctrina de conquista y guerra Maquiavelo respondía mejor que Erasmo a sus instintos profundos y a sus deseos de fuerza y poder.

II

Las relaciones naturales que se establecen entre los Estados, fatalmente comprometidos en una competencia mor-

[14] A. RENAUDET, *Erasme et l'Italie*, págs. 189-191.

tal con los débiles, imponen a todos una ética de fuerza y razón.

Para un Estado civilmente gobernado, cuya forma puede ser monárquica o republicana, pero cuya conducta exige la aprobación de los ciudadanos o sus representantes, esta ética se hace estricta e imperativa. Tal Estado deberá extraer su vigor de la adhesión de los individuos al interés común. El sentimiento nacional deberá alcanzar ahí el más alto grado de vigor. Y, sin embargo, ocurre a veces que tales Estados, en sus relaciones con el extranjero, no saben mostrar orgullo y resolución. Bajo el gobierno de los Soderini, Maquiavelo ha sufrido por la lentitud con que actuaba y decidía la república florentina. Pero la lentitud en resolver acusa la debilidad de un Estado. Las decisiones tomadas apresuradamente, en el último momento, han sido causa de desastres. Como de costumbre, cita a Tito Livio; recuerda también algunos episodios de la historia reciente. Pero nada es peor que el practicar entre dos adversarios una neutralidad fatalmente sospechosa a uno y otro; neutralidad que Florencia había intentado constantemente observar entre Luis XII y Fernando, Luis XII y Maximiliano, Luis XII y Julio II, entre César Borgia y sus adversarios, y que la diplomacia de Maquiavelo había debido defender demasiadas veces para ignorar sus peligros y humillaciones [15].

Estado civilmente gobernado, como Florencia, más poderoso que Florencia, Venecia había practicado la ética de la fuerza todavía peor que aquélla. En el momento de los reveses su arrogante política se mostró incapaz de orgullo y dignidad: "En los momentos de buena fortuna —escribe—, persuadidos de haberla obtenido por virtudes de las que carecían, los venecianos mostraron un orgullo insolente; llamaban al rey de Francia hijo de San Marco; menospreciaban la fuerza de la Santa Sede; Italia les parecía demasiado estrecha para contenerles; se empeñaron

[15] *Discorsi*, II, 15; 1, págs. 267-269; pág. 269: "E se i Fiorentini avessero notato questo testo, non arebbono avuto co' Franciosi nè tanti danni nè tante noie nella passata che il re Luigi di Francia XII fede in Italia contro a Lodovico duca di Milano".

en igualar a Roma por la grandeza de su imperio. Pero cuando Luis XII les infligió en Agnadel una derrota que no era, sin embargo, irremediable, perdieron sus dominios, por la sublevación de las poblaciones sometidas; por cobardía y mezquindad de alma abandonaron los territorios, parte al Papa y parte al rey de España; se envilecieron hasta el punto de enviar una embajada al emperador para pagarle tributo; dirigieron al Papa una carta llena de cobardía y sumisión. Y para llegar a esta última indignidad sólo algunos días fueron suficientes" [36].

Pero, en último análisis, estos desfallecimientos se explican por la mala calidad de las leyes. Para los venecianos el hecho es evidente. Si su Constitución hubiera sido verdaderamente vigorosa habrían podido volver a tomar ánimos y, por lo menos, perder más gloriosamente la partida. Su cobardía, efecto de la debilidad de sus instituciones militares, les hizo perder a la vez tierras y valor; y lo mismo le ocurriría a cualquiera que se gobernara como ellos [37]. Igualmente, si Florencia sigue una política débil, la causa debe buscarse en ciertos defectos de la Constitución. "Todos los Estados reposan sobre dos bases esenciales: las buenas leyes y las buenas armas." En último análisis, el primer principio se reduce al segundo: no puede haber buenas leyes allí donde no hay buenas armas [38].

---

[36] *Discorsi*, III, 31; I, pág. 412: "I quali nella buona fortuna, parendo loro aversela guadagnata con quella virtù che non avevano...". Es de notar la parcialidad florentina de Maquiavelo hacia Venecia.

[37] *Discorsi*, III, 31; I, pág. 413: "... Ma la viltà dello animo loro, causata dalla qualità de' loro ordini non buoni nelle cose della guerra, gli fece ad un tratto perdere lo stato e l'animo. E sempre interverrà così, e qualunque si governa come loro".

[38] *Il Principe*, 12; I, págs. 38-42: "Quot sint genera militiae et de mercenariis militibus"; pág. 38: "E principali fondamenti che abbino tutti li stati, così nuovi come vecchi o misti, sono le buone legge e le buone arme; e perchè no puo essere buone legge dove non sono buone arme, e dove sono buone arme conviene sieno buone legge...". *Discorsi*, III, 31; I, pág. 413: "E benchè altra volta si sia detto, come il fondamento di tutti gli stati è la buona milizia, e come, dove non è questa non possono essere nè leggi buone, nè alcuna altra cosa buona, non mi pare super-

Las instituciones políticas y sociales de un Estado ni son completas ni están bien aseguradas mientras éste no posea un sólido armazón militar. No solamente en razón del peligro exterior; porque un Estado tal olvida cultivar en el ciudadano ciertas virtudes, creadoras de resolución y orgullo. Cuando, para asegurar la defensa pública, el gobierno llama a mercenarios, interiormente, el pueblo inhábil con las armas e incapaz de constancia y sacrificio, acepta sin lucha el despotismo, y en el exterior se resigna a cobardes acomodamientos y a la derrota. Por el contrario, donde las instituciones militares son buenas, las leyes tienen que ser buenas. Las leyes que se dan o que aceptan ciudadanos regularmente armados para la defensa de la ciudad no pueden presentar un carácter de servidumbre y tiranía, incluso bajo un gobierno monárquico [19]. No hay, pues, buenas instituciones civiles sin buenas instituciones militares; y en el exterior los ciudadanos soldados no toleran fácilmente una política de debilidad. La verdadera base de todo Estado es así la buena milicia. La república florentina se mostró débil porque los Médicis habían desarmado al pueblo y porque Maquiavelo no tuvo tiempo de organizar y realizar las milicias ciudadanas, ni de acostumbrar a los ciudadanos a pensar como soldados. En Venecia una oligarquía de mercaderes que, desarmando al pueblo, había fundado sobre la constitución de una ciudad libre en apariencia la más celosa tiranía, pagó su mala política con una aplastante derrota.

* * *

La ética de la fuerza guiada por la razón se impone, naturalmente, por la necesidad misma de su conservación, a los Estados despóticos. Pero el problema se define en

---

fluo replicarlo; perchè ad agni punto nel leggere questa istoria si vede apparire questa necessità".

[19] *Il Principe*, 12; I, pág. 40: "Con più difficultà viene alla obedienzia di uno suo cittadino una republica armata di arme proprie".

términos nuevos. Ya no se trata de virtudes colectivas que convienen a un pueblo libre y a un gobierno de ciudadanos. Se trata de las virtudes de un hombre, único responsable del gobierno de un Estado. La fuerza y la dignidad se inscriben así en el número de las virtudes sin las cuales un príncipe no puede cumplir sus deberes hacia él mismo, hacia sus pueblos y su Estado. Exigen de él el corazón de un soldado, el talento militar, la audacia que atrae y recibe la confianza de los hombres. Semejantes virtudes, familiares a César Borgia, faltaron singularmente a los tiranos de Italia del Norte, desamparados ante la invasión.

* * *

Maquiavelo no se ha molestado en decir cómo debe efectuarse en una república el reparto de poderes entre los magistrados civiles y los generales. Su ideal sería, sin duda, el de la república romana, donde cónsules, pretores y magistrados civiles sabían también mandar los ejércitos[20]. Maquiavelo define más cuidadosamente el papel militar de un príncipe constitucional o de un déspota[21]. En principio, y ante todo, debe ser un soldado. Debe reservarse todo lo concerniente a la guerra y la milicia. La causa esencial que hace adquirir o perder un Estado es el talento militar o la carencia del arte militar. Por ser excelente en el oficio de las armas, Francesco Sforza, de simple particular, se convirtió en duque de Milán. Sus hijos, poco dotados para la vida militar, volvieron a convertirse en simples particulares. Durante casi todo el siglo xv los pequeños Estados de la península habían es-

[20] Muy probablemente, Montesquieu expresa el pensamiento de Maquiavelo, *Cahiers*, pág. 211: "Habrá que incluir esta observación, que en una república, sería peligroso separar las funciones civiles de las militares: que es preciso que las funciones militares no sean más que un accesorio de la magistratura civil, que un hombre se haga ciudadano mejor que soldado, magistrado mejor que oficial, cónsul o senador mejor que general". Maquiavelo posiblemente no hubiera admitido la palabra 'accesorio'.

[21] *Il Principe*, 14; I, págs. 46-48: "Quod principem deceat circa militiam".

tado guerreando constantemente entre ellos; desde 1494 Italia se había convertido en el campo de batalla donde las coaliciones europeas zanjaban sus querellas. Un año antes de escribir *El Príncipe* Maquiavelo había visto cómo la república de Florencia, falta de espíritu guerrero, al intentar conservar las dudosas ventajas de su neutralidad, acababa por hundirse. Instruido por los acontecimientos impone al príncipe los deberes del soldado.

Todo gobierno, republicano o monárquico, sólo deberá reclutar sus tropas entre los ciudadanos. El empleo de mercenarios no es conveniente ni para los Estados autoritarios ni para las ciudades libres. Este principio, concebido por Maquiavelo desde su entrada en la vida activa, se impone a la vez por las necesidades de la defensa contra los enemigos de fuera y la conveniencia de la política interior. Frente a Pisa, Maquiavelo ha podido comprobar por sus propios ojos la traición de los jefes de las partidas mercenarias. En efecto, las tropas mercenarias son indisciplinadas, infieles y cobardes. Sólo el sueldo las retiene bajo las banderas; pero este sueldo no puede garantizar la entrega de los hombres que se venden a quien les paga. La ruina de Italia se ha debido, en primer lugar, a su traición. Porque los ejércitos a sueldo sólo son valientes cuando combaten entre ellos; pero cuando llega el extranjero el valor se convierte en cobardía: por eso Carlos VII pudo ocupar Italia sin otro esfuerzo que el de marcar con tiza los alojamientos. Después de la primera guerra púnica Cartago estuvo a punto de sucumbir en la revuelta de los mercenarios. Debido a sus mercenarios, Venecia, que realizó grandes empresas cuando reclutaba sus ejércitos en su nobleza o en su pueblo, perdió recientemente en un día lo que había adquirido en varios siglos. Todo el talento de los jefes de las partidas mercenarias, cuyos servicios se disputaban ciudades y príncipes, no pudo impedir las campañas de Carlos VIII y de Luis XII, las violencias de Fernando y los suizos. En Florencia Maquiavelo había intentado la reconstitución de las viejas milicias ciudadanas, que, tardíamente organizadas por hombres de mediocre competencia, no pudieron salvar a la

república en 1512. Pero el principio del ejército nacional continuaba siendo indiscutible: Maquiavelo querría haberlo organizado según el modelo macedónico o romano, o sobre el tipo que, en el mundo moderno, ofrecen los cantones suizos[22] *.

Todo gobierno, despótico o civil, deberá evitar el concurso militar de una potencia aliada. Florencia, que en su guerra contra Pisa recurrió a Luis XII, no sacó de ello ninguna ventaja. Un príncipe hábil prefiere ser vencido a la cabeza de sus tropas que vencer gracias a las fuerzas de los demás: "No dudaría nunca —escribe Maquiavelo— en recordar el ejemplo de César Borgia. El hijo de Alejandro VI entra en guerra y conquista Romania con ayuda de las tropas francesas. Gracias a ellas toma Imola y Forli. Después, como no le parecen suficientemente seguras, busca mercenarios, compra a los Orsini y a los Vitelli. En seguida les encuentra sospechosos, infieles, peligrosos. Se desembaraza de ellos, y a partir de ahora sólo utiliza sus propios soldados, y puede comprobarse que desde el momento en que se hizo caudillo de sus propias tropas su reputación mejoró sensiblemente"[23]. Y Maquiavelo, que conoce la historia de Francia y que ha tenido ocasión de estudiar sobre el terreno los recursos del gobierno francés, cita otro ejemplo. Después de reconquistar su reino a los ingleses Carlos VII comprendió la necesidad de contar con un ejército propio, ordenando el reclutamiento regular. Por el contrario, Luis XI no tarda en renunciar a preparar a sus soldados, y comienza a contratar a su servicio mercenarios suizos. Este error, del que no se libraron tampoco sus sucesores, fue la causa de los peligros que

[22] *Il Principe*, 12; I, págs. 38-42: "Quot sint genera militiae et de mercenariis militibus".

* WILLIBALD BLOCK, *Die Condottieri, Studien über die Sogenannten unblutigen Schlachten*, Berlín, 1913, en 8.º intenta rehabilitar el valor militar de los condotieros.—E.-R. LABANDE, *L'Italie de la Renaissance*, París, 1954, en 8.º, cap. V, Galerie des Condottieri, 1. Les Hommes; 2. Les méthodes et les moeurs, discute la opinión tradicional.

[23] *Il Principe*, 13; I, págs. 43-46: "De militibus auxiliariis, mixtis et propriis"; pág. 44.

amenazaron a Francia. Permitió aumentar el prestigio de los suizos y disminuyó el valor de sus propias fuerzas. Ya no tiene infantería, y los organizadores de sus ejércitos se han acostumbrado de tal manera a servirse de los suizos que se creen incapaces de vencer sin ellos. Pero si Carlos VII hubiera desarrollado o simplemente conservado las instituciones militares del reino, Francia sería ahora invencible [24].

Maquiavelo no se detiene en estudiar la educación militar de un general republicano. Pero el príncipe, organizador y jefe del ejército, deberá conocer el arte de la guerra y ejercitarse en él. Esta será su más constante ocupación. Maquiavelo le impone la educación física, moral y técnica de un oficial profesional: "El príncipe —escribe— debe estar constantemente pensando en la preparación de la guerra; en tiempo de paz debe prepararse para ella más aún que en tiempo de guerra" [25]. La práctica y el estudio son también indispensables a un hombre al que el honor y el prestigio le obligan a ejercer el mando personalmente. Por práctica Maquiavelo entiende, además de los ejercicios de maniobras, el entrenamiento en los ejercicios físicos, la caza sobre todo, y la adquisición sobre el terreno de los conocimientos de geografía indispensables para el mando de tropas: "Es preciso —dice Maquiavelo— conocer la naturaleza de los parajes, la disposición de las cordilleras, valles, llanuras, cursos de agua y zonas pantanosas: esto permite al príncipe conocer bien su propio país y poder organizar así mejor su defensa; al mismo tiempo, le permite también comprender por analogía el aspecto y carácter físico de los otros países a los que un día puede llevar la guerra. Porque las cumbres, valles, llanuras, ríos y pantanos de Toscana presentan ciertas similitudes con los accidentes que se pueden encontrar en las demás regiones de Italia; del conocimiento de una de ellas puede pasarse sin dificultad al conocimiento de las

[24] Véase pág. 74, n. 58.

[25] *Il Principe*, 14; I, pág. 47: "Debbe, per tanto, mai levare el pensiero di questo esercizio della guerra, e nella pace vi si debbe più esercitare che nella guerra...".

demás" [26]. El hombre de armas que carezca de este aprendizaje del terreno conoce mal su oficio. Maquiavelo exige al mismo tiempo el estudio metódico de la historia militar. Cita el ejemplo de Escipión, afirma la utilidad práctica de la *Ciropedia*. No parece conocer bien la guerra moderna; habla como si no existiera la artillería [27].

* * *

Maquiavelo afirma que, debido a la violencia constante de las relaciones que establece la competencia vital entre los Estados, sus jefes deben ser, ante todo, jefes de ejército. Tal como es el mundo, nada aumenta más el prestigio de un Estado o un gobierno que las guerras victoriosas y las conquistas. Esta es la razón de que Fernando de Aragón se haya convertido en el primer rey de la cristiandad [28]. Hay, sin embargo, una cuestión que no aborda, y que debería haber atraído su atención. Las ventajas materiales, lo único que el canciller florentino quiere tener en cuenta, ¿pueden acaso compensar la destrucción de bienes y las pérdidas de vidas humanas? Erasmo lo niega: un príncipe dedicado a la administración y la explotación de los recursos económicos de su Estado realiza más beneficios que un conquistador. Cita los recientes e inolvidables ejemplos de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, de Carlos VIII, de Luis XII. La conquista de Nápoles y Milán no llegó a reforzar nunca el poder de los reyes de Francia. Por el contrario, su único afecto fue comprometer, por los gastos que exigía el Estado, la prosperidad del reino. Erasmo comprueba que la política guerrera llevada por los príncipes desde la nefasta campaña de Carlos VIII ha causado su ruina y la de sus súbditos: "Los asuntos de los reyes van mal —escribe en un *Colo-*

[26] *Il Principe*, 14; I, pág. 47.
[27] *Il Principe*, 14; I, pág. 48; Cf. pág. 123, núm. 28.
[28] *Il Principe*, 21; I, págs. 70-73: "Quod principem deceat ut egregius habeatur...". Pág. 70: "Nessuna cosa fa tanto stimare uno principe quanto fanno le grandi imprese e dare di sè rari esempli".

quio de 1526—. Contra su voluntad, Francisco I es huésped de Carlos V; sin escatimar nada el emperador continúa su sueño de monarquía universal. Todos los príncipes se arruinan por seguir al uno o al otro. Todas las cortes experimentan una parecida avidez de dinero"[20]. Incluso cuando los pueblos no deben sufrir el paso de los ejércitos amigos o enemigos se privan duramente para pagar los gastos del cruel juego llevado por los reyes. Con breves palabras, Erasmo recuerda el aumento de los impuestos, de las aduanas, de los peajes, el descuento fiscal sobre los productos más indispensables, los robos de las gentes financieras, el trastorno de la circulación monetaria. Concluye, pues, afirmando y declarando repetidas veces que toda guerra, incluso victoriosa, es un desastre; el aumento de prestigio o de territorio que pueda lograrse con el más brillante éxito resulta siempre tan caro que la pérdida excede necesariamente a la ganancia[20].

Maquiavelo apenas se plantea estas cuestiones. Diplomático, político, teórico un poco retrasado respecto a los métodos estratégicos, su información económica es menos rica, menos variada, menos curiosa de lo real, que la experiencia de Erasmo. Sin duda sabe que ciertas empresas, mal concebidas y dirigidas, no reportan nada. Sin duda considera como absurda, mal dirigida y ruinosa para Francia la política real de conquista italiana. Los esfuerzos de Carlos V para imponer a los príncipes cristianos de Occidente la autoridad restaurada de una monarquía universal no le parecen mucho más acertados. Pero en revancha está dispuesto a admitir que ciertas empresas militares, bien estudiadas y dirigidas, han logrado proporcionar ventajas positivas y reales a ciertos príncipes y ciertos Estados[21]. Fernando el Católico no habría podido imponer a Europa el respeto por el poder español si una serie de guerras vic-

[20] A. RENAUDET, *Etudes érasmiennes*, pág. 109.

[20] A. RENAUDET, *Etudes érasmiennes*, pág. 109, 83, 72-74, 85-94.

[21] *Discorsi*, II, 6: "Come i Romani procedevano nel fare la guerra"; I, pág. 248: "La intenzione di chi fa guerra... è acquistare e mantenere lo acquistato: e procedere in modo con essa, che l'arrichisca e non impoverisca il paese e la patria sua".

toriosas no hubieran puesto a su disposición las riquezas de Granada y Nápoles[32]. A menor escala, las conquistas de César Borgia hubieran podido asegurar a éste los recursos necesarios para sostener la existencia del nuevo Estado que fundaba. Pero Maquiavelo se acuerda, sobre todo, de los progresos de la grandeza romana. Las conquistas de Italia, del Mediterráneo y el Oriente pusieron a disposición de Roma los tesoros del mundo. Sabe cómo preparaba y conducía el Senado las campañas guerreras, campañas brutales, rápidas, infalibles, y cómo consolidaba la conquista, instalando inmediatamente colonias sobre las tierras arrebatadas al enemigo. Como Montesquieu, sabe la incomparable habilidad romana para arruinar a los vencidos por la paz después de haberles arruinado por la guerra, condenándoles a pagar tributos que hacían pasar a las manos del Senado la mayor parte de sus recursos[33]. Gracias a estos métodos, mientras la guerra empobrecía a los Estados poco hábiles, para Roma era, en cambio, una fuente de riqueza. Para Maquiavelo la cuestión de las ventajas que la guerra puede reportar se confunde así con el problema de la organización y explotación de los países conquistados[34]. Y el debate conduce a señalar el con-

---

[32] *Il Principe*, 25: "Quod principem deceat ut egregius habeatur": I, págs. 70-71. Maquiavelo dedica una importante página a la obra de Fernando.

[33] *Discorsi*, II, 6; I, págs. 248-250: "Come i Romani procedevano nel fare la guerra"; pág. 249: Chi vuole fare tutte queste cose, conviene che tenga lo stile e modo romano; il quale fu in prima di fare le guerre, Come dicano i Franciosi, corte e grosse"; página 250: "Questi dua modi, adunque, e circa distribuire la preda, e circa il mandare delle colonie, fecione che Roma arricchiva della guerra; dove gli altri principi e republiche non savie impoveriscono. E si ridusse la cosa in termine, che a uno consolo non pareva potere trionfare, se non portava col suo trionfo assai oro ed argento, e d'ogni altra sorta preda, nello erario". MONTESQUIEU, *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*, cap. 6, "De la conduite que les Romains tinrent pour soumettre tous les peuples". H. TAINE, *Essai sur Tite-Live*, pág. 176.

[34] *Discorsi*, II, 6; véase nota anterior.

traste entre la sabia práctica de Roma y las torpezas de los reyes franceses en Italia [35].

Es preciso señalar de nuevo los límites del genio de Maquiavelo. Teórico y práctico de la política, sólo ha estudiado el hecho de la conquista y la organización de la conquista como hombre político. Su estudio de la conquista romana o las conquistas francesas es únicamente el estudio de un hombre político. Y considera las recientes conquistas españolas sólo y únicamente como hombre político. No ha analizado las consecuencias que tuvo para la economía romana la posesión de un imperio. Sin duda no dejó de reconocer sus perniciosos efectos sobre el porvenir de las instituciones y las libertades republicanas. Antes que Montesquieu comprende y afirma que la república pereció por la prolongación de los mandos, fruto de la conquista; porque los ejércitos, demasiado tiempo alejados de Roma e Italia, cambiaban de carácter, y los ciudadanos se convertían en pretorianos, exclusivamente dedicados a las ambiciones personales de los generales [36]. Pero sólo habla de esto como político. No ha observado el enorme enriquecimiento de una aristocracia cada día más rígida, la desaparición de la clase media y los pequeños propietarios, el desarrollo y multiplicación de una población agitada, impotente frente a sus dictadores y dispuesta a seguir a los facciosos; la corrupción cada vez mayor de las costumbres, el creciente desprecio por la ley. Y hasta la monarquía española, de la que, político ante

---

[35] *Il Principe*, 3; I, págs. 9-13.

[36] *Discorsi*, III, 24; I, págs. 398-399: "La prolungazione degl' imperii fece serva Roma..."; pág. 399: "Stando uno cittadino assai tempo commandatore d'uno essercito, se lo guadagnava e facevaselo partigiano; perche quello esercito col tempo dimenticava il Senato, e riconosceva quello capo. Per questo Silla e Mario poterono trovare soldati che contro al bene publico gli seguitassono: per questo Cesare potette occupare la patria". MONTESQUIEU, *Considérations...*, cap. 9: "Dos causas de la pérdida de Roma... Los generales, que dispusieron de los ejércitos y de los reinos, notaron sus fuerzas, y dejaron de obedecer... Ya no fueron soldados de la república, sino de Silla, de Mario, de Pompeo, de César".

todo, sólo ha visto sus resultados políticos, hasta el prestigio y la grandeza de la monarquía castellana y aragonesa, provocaría rápidamente otros efectos, que se podían ya percibir antes de su muerte: la ruina casi inmediata de la Italia española, explotada de manera desastrosa por sus nuevos señores; la decadencia de la economía y la sociedad española desde la segunda mitad del reinado de Carlos V. Así, incluso admitiendo con él que la cuestión de las ventajas prácticas de la guerra se confunde con el problema de la conquista, es preciso reconocer que Maquiavelo no parece haber analizado los elementos del problema con la amplitud, precisión y curiosidad suficientes.

Instruido por el espectáculo del desorden europeo, naturalmente inclinado, además, a una visión pesimista de las cosas y llevado, en fin, por su evangelismo sin dogma a reprobar la utilización de la violencia y a negar los triunfos aparentes de la fuerza, Erasmo concluye afirmando, quizá demasiado precipitadamente, que la guerra es siempre y en todos los casos un mal negocio, casi tan desastroso para el vencedor como para el vencido. Frente a esto, demasiado maravillado ante los triunfos de la república romana, demasiado fácilmente deslumbrado —lo que ya era más grave— por los triunfos de Fernando en España e Italia, y por los efímeros triunfos de César Borgia, Maquiavelo ha admitido, también demasiado precipitadamente, la tesis opuesta; en efecto, admitió y enseñó demasiado fácilmente que, a condición de que la conquista sea organizada según el principio romano, la guerra, para quien sabe vencer y utilizar la victoria, es siempre un negocio ventajoso, donde los beneficios contrabalancean positivamente las pérdidas y gastos. Porque si no hubiera pensado esto no hubiera escrito en términos formales que nada hace estimar más a un príncipe que las grandes empresas militares y las conquistas[11]. Afirmación que descansa sobre un estudio demasiado exclusivamente

[11] Véase pág. 297, n. 28.

político de la guerra y la conquista, y, por otra parte, sobre una filosofía de la historia humana brutalmente positiva.

* * *

Queda por determinar en qué estado de ánimo, por qué medios, es preciso realizar la guerra.

"Aunque mi intención era escribir algo útil para los que entienden en estas cuestiones, he juzgado preferible buscar exactamente lo verdadero y real que seguir ideas imaginarias. Muchos escritores han imaginado repúblicas y monarquías tales como jamás se han visto ni conocido en la realidad. Pero hay mucha distancia entre la forma como se vive y aquella como se debiera vivir; de ahí que quien abandona lo que se hace por lo que debiera hacerse aprende antes a arruinarse que a salvaguardarse, ya que un hombre que, entre tantos otros que no son virtuosos, quisiera conducirse en todo según las reglas de la moral correría necesariamente a su ruina. Es necesario, pues, que el príncipe que quiere sostenerse aprenda a descuidar a veces la moral, a actuar o no de acuerdo con ella según los casos. Dejemos de lado lo que concierne a un príncipe imaginario y no hablemos más que de la verdad"[25]. Los axiomas de los que Maquiavelo se sirve para definir la conducta que se impone a los príncipes valen igualmente para las repúblicas: el ejemplo de la Roma consular y senatorial es suficiente para demostrarlo. Es, sobre todo,

[25] *Il Principe*, 15; I, págs. 48-49: "De his rebus quibus homines et praesertim principes laudantur aut vituperantur"; pág. 48: "Ma sendo l'intento mio scrivere cosa utile a chi la intende, mi è parso più convenciente andare drieto alla verità effettuale della cosa, che alla imaginazione di essa. E molti si sono imaginati republiche e principati che non si sono mai visti nè conosciuti essere in vero; perchè egli è tanto discosto da come si vive a come si doverrebbe fare impara piuttosto la ruina che la perservazione sua: perchè uno uomo che voglia fare in tutte le parte professione di buono, conviene rovini infra tanti che non sono buoni. Onde è necessario a uno principe, volendosi mantenere, imparare a potere essere non buono, e usarlo e non l'usare secondo la necessità. Lasciando adunque indrieto le cose circa uno principe imaginate, e discorrendo quelle che sono vere...".

en el tercer libro de los *Discursos sobre la primera década* donde Maquiavelo desarrolla su doctrina. Ciertos capítulos, esencialmente técnicos, podrían formar parte del tratado *Del arte de la guerra*. Pero otros definen sumariamente en qué estado de espíritu debe llevarse una campaña: es suficiente citar los títulos: "De cómo el uso del fraude en la dirección de la guerra es cosa gloriosa"; "Cómo debe defenderse la patria por medios infames o gloriosos, y cómo en ambos casos está bien defendida"[39]. Es suficiente citar algunos textos: "Aunque en toda empresa sea detestable usar el fraude, en la guerra el fraude es, sin embargo, glorioso, y se concede el mismo mérito a quien vence al enemigo por la fuerza que a quien lo vence por el fraude... Cuando se trata de la salud pública, no se debe tener en cuenta ninguna consideración de justicia o injusticia, de piedad o crueldad, de honor o ignominia. Por el contrario, hay que abandonar todo escrúpulo y seguir sin vacilar al partido que salva la existencia y asegura la libertad del Estado"[40]. A los ejemplos romanos, sacados de Tito Livio, añade algunos ejemplos modernos: "Los franceses —dice— han adoptado este principio, en la teoría y en la práctica, para defender la autoridad de sus reyes y el poder de su reino. Nada les irrita más que oir decir: "Es vergonzoso que el rey tome tal partido". Porque aseguran que su rey no puede deshonrarse, cualquiera sea la decisión que tome, con buena o mala fortuna. En la opinión de todos, pierda o gane, es el

[39] *Discorsi*, III, 40; I, págs. 432-433: "Come usare la fraude nel maneggiare la guerra è cosa gloriosa"; 41; I, págs. 433-434: "Che la patria si debbe difendere o con ignominia o con gloria; ed in qualunque modo è bene difesa".

[40] *Discorsi*, III, 40; I, pág. 432: "Ancora chè lo usare la fraude in ogni azione sia detestabile, nondimanco nel maneggiare la guerra è cosa laudabile e gloriosa...", 41, pág. 434: "Dove si delibera al tutto della salute della patria, non vi debbe cadere alcuna considerazione ne di giuso nè d'inguisto, nè di piatoso, nè di crudele, nè di laudabile nè d'ignominioso; anzi, posposto ogni altro rispetto, seguire al tutto partito che le salvi la vita, e mantenghile la libertà".

único juez de su conducta" [41]. Maquiavelo permite, pues, al jefe del ejército todo aquello que pueda asegurarle la victoria. Debe buscar la completa destrucción de las fuerzas enemigas, empleando para conseguirlo toda clase de medios, los más expeditivos, los más crueles, y no detenerse ante ningún escrúpulo de lealtad o buena fe. Maquiavelo está aquí muy lejos de Erasmo, que, en 1516, en la *Institutio*, aconseja al príncipe llevar la guerra con moderación, ahorrar todas las vidas humanas posibles y finalizarla en el momento en que se ofrezca una posibilidad de negociación [42]. Para Maquiavelo un Estado en guerra se debe a sí mismo, a sus intereses, a los intereses colectivos que defiende. Una vez en guerra debe, por tanto, renunciar a todo sentimiento de humanidad y cristianismo, pidiendo a la fuerza todo lo que la fuerza le pueda dar.

III

La cuestión de la guerra está naturalmente ligada a la de los tratados. Porque en la competencia que necesariamente enfrenta a los Estados la guerra es, en último análisis, el único medio que permite el establecimiento de ese equilibrio natural que resulta de las relaciones de sus fuerzas. Este equilibrio se inscribe en los tratados. Se plantea entonces el problema de saber qué valor, qué autoridad se les puede conceder; qué límites se imponen a su duración. Y, en otros términos, en qué medida los Estados, los magistrados que dirigen la política exterior de las repúblicas, los príncipes o los dictadores que gobiernan las monarquías, están obligados a observar los trata-

[41] *Discorsi*, III, 41; I, pág. 434: "La quale cosa è imita con i detti e con i fatti dai Franciosi, per difendere la maestà del loro re e la potenza del loro regno; perchè nessuna voce odono più impazientemente che quella che dicesse: Il tale partito è ignominioso per il re; perchè dicono che il loro re non puo patire vergogna in qualunque sua diliberazione, o in buona o in avversa fortuna; perchè, se perde, se vince, tutti dicono essere cose da re".

[42] A. RENAUDET, *Etudes érasmiennes*, pág. 74.

dos y hacer honor a su firma. Maquiavelo ha tratado sobre esta cuestión en dos ocasiones: en el capítulo XVIII del *Príncipe* y, algunos años más tarde, en el libro III de los *Discursos sobre la primera década*, capítulo XLII, donde demostraba que los compromisos tomados bajo coacción no deben observarse [43].

De toda su obra lo que más se le ha reprochado ha sido, sin duda, el capítulo XVIII del *Príncipe*, especialmente por parte de Federico II, en ese *Examen del Príncipe de Maquiavelo*, que concluía poco antes de suceder al rey sargento, y de poner en práctica sin ningún escrúpulo la doctrina del secretario florentino.

"Todo el mundo entiende que se deba alabar la conducta de un príncipe que mantiene la fe jurada y vive en plena lealtad." Pero, realista sin ilusiones, Maquiavelo ha comprobado que tales prácticas sólo se dan en las ciudades imaginadas por los filósofos. En la realidad los príncipes y los Estados se comportan muy diferentemente; si siguieran los principios de lealtad correrían el riesgo de ser aplastados por los menos escrupulosos: "La experiencia de nuestros tiempos nos permite comprobar que sólo han realizado grandes empresas los príncipes que no han tenido muy en cuenta su palabra y que han sabido engañar con astucia a los demás. Estos han acabado triunfando sobre los que fundaban su conducta en la lealtad" [44].

Sobre este hecho brutal Maquiavelo expone una teoría elemental: "Hay dos maneras de combatir; una según el derecho, la otra según la fuerza. La primera es propia de los hombres, la segunda de las bestias. Pero como la primera a menudo no basta, es preciso recurrir a la segunda.

[43] *Il Principe*, 18; I, págs. 55-57: "Quomodo fides a principibus sit servanda"; *Discorsi*, III, 42; I, págs. 434-435: "Che le promesse fatte per forza non si debbono osservare".

[44] *Il Principe*, 18; I, pág. 55: "Quanto sia laudabile in uno principe mantenere la fede e vivere con integrità e non con astuzia, ciascuno lo intende; nondimanco si vede per esperienzia ne' nostri tempi, quelli principi avere fatto gran cose, che della fede hanno tenuto poco conto, e che hanno saputo con l'astuzia aggirare e' cervelli degli uomini; e alla fine hanno superato quelli che si sono fondati sulla lealtà".

Un jefe de Estado debe, pues, saber conducirse a la vez como bestia y como hombre"[46]. Lo que se hace sólo por el derecho, y sólo por el derecho se sostiene, no puede durar. Pero la fuerza sin el engaño es inhábil; y el engaño sin la fuerza es impotente. Hay que unir la una a la otra, imitar a la vez al león y al zorro. El león no sabe salirse de una trampa; el zorro no sabe defenderse contra los lobos. Por eso el príncipe tendrá que usar no sólo de la fuerza, sino también de la trampa y la mentira.

Cuando el respeto a la palabra dada pueda ser desventajoso, y cuando ya no subsistan los motivos de su compromiso, un príncipe ejercitado en la política no debe, pues, cumplir su palabra[47]. Naturalmente, las promesas hechas por temor no deben cumplirse. El incumplir una palabra dada bajo la amenaza de la fuerza no es en absoluto vergonzoso. Los tratados impuestos por la fuerza deberán romperse en el momento en que ésta falte; y quien rompa tales acuerdos no incurrirá en ningún deshonor[48].

Maquiavelo no ignora que su doctrina contradice la moral oficial[49]. Pero el mundo está hecho de tal forma que portarse de otro modo sería peligroso. Los hombres son mentirosos y tramposos, y quien no sabe engañar o mentir

[46] *Ibid.*, pág. 55: "Dovete adunque sapere come sono dua generazioni di combattere; l'uno con le leggi, l'altro con la forza: quel primo è proprio dello uomo, quel secondo è delle bestie; ma perchè el primo molte volte non basta, conviene ricorrere al secondo. Pertanto a uno principe è necessario sapere bene usare la bestia e l' uomo".

[47] *Ibid.*, pág. 55: "Bisogna adunque essere golpe a conoscere e' lacci, e lione a sbigottire e' lupi. Coloro che stanno semplicemente in sul lione, non se ne intendano. Non può pertanto, uno signore prudente, nè debbe, osservare la fede, quando tales osservanzia li torni contro, e che sono spente le cagioni che la feciono promettere".

[48] *Discorsi*, III, 42; I, pág. 435: Non è vergognoso non osservare quelle promesse che ti sono state fatte promettere per forza; e sempre le promesse forzate che riguardano il publico, quando e' manchi la forza, si romperanno, e fia sanza vergogna di che le rompe".

[49] *Discorsi*, III, 40; I, pág. 432: "Dirò solo questo, che io non intendo quella fraude essere gloriosa...; ancora che la ti acquisti, qualche volta, stato e regno..., la non ti acquisterà mai gloria".

corre el riesgo de ser devorado. Puesto que los demás no respetan los compromisos con uno, uno no está obligado a respetar sus compromisos con los demás. El príncipe sólo necesita, pues, encontrar un pretexto honorable, pretexto que no le faltará. Los hombres han actuado así siempre; las historias de todos los pueblos dan fe de ello; las generaciones recientes imitan a las antiguas. Modernamente una infinidad de ejemplos permite comprobar la deslealtad de los príncipes: quien mejor supo hacer el zorro ha sido siempre quien mejor librado salió. No hay duda de que es preciso ser un gran simulador y disimulador; pero quien sepa mentir engañará a los hombres, podrá abusar de su irreflexión, de su simplicidad [*].

En apoyo de su tesis Maquiavelo invoca ciertos casos ilustres y recientes. El papa Alejandro VI se pasó toda su vida engañando a sus contemporáneos, nunca pensó en otra cosa, y siempre se las arregló para conseguirlo. Jamás se vio a nadie que diera garantías en términos más tajantes, que prometiera con juramentos más solemnes, y que los cumpliera con menos fidelidad. Sin embargo, todas sus añagazas tuvieron éxito, porque conocía bien esta parte del juego humano. Cierto príncipe contemporáneo cuyo nombre evita señalar —Maquiavelo piensa, sin duda, en Fernando el Católico— está constantemente predicando la paz y la buena fe; sin embargo, es enemigo resuelto de

[*] *Il Principe*, 18, pág. 34: "E se gli uomini fussino tutti buoni, questo precetto non sarebbe buono; ma perchè son tristi, e non la osserverebbono a te, tu etiam non l' hai ad osservare a loro. Nè mai a uno principe mancorono cagioni legittime di colorire la inoservanzia. Di questo se ne potrebbe dare infiniti esempli moderni e mostrare quante paci, quante promesse sono fatte irrite e vane per la infidelità de' principi; e quello che ha saputo meglio usare la golpe è meglio capitato". *Discorsi*, III, 42; I, página 435: "Di che si leggono in tutte le istorie vari esempli; e ciascuno di, ne' presenti tempi, se ne veggono". *Il Principe*, 18; I, pág. 56: "Ma è necessario questa natura saperla bene colorire, ed essere gran simulatore e dissimulatore; e sono tanto semplici gli uomini, e tanto obediscano alle necessità presenti, che colui che inganna, troverrà sempre chi si lascera ingannare".

ambas, y si las hubiera respetado más de una vez se habría arriesgado a perder su prestigio o sus Estados[80].

Todo se ha dicho ya sobre este famoso capítulo XVIII, y sería inútil analizar detalladamente las protestas muchas veces poco sinceras y las refutaciones a menudo triviales que, desde el siglo XVI, ha venido provocando. Tres años más tarde Erasmo, que ignoró durante toda su vida el nombre de Maquiavelo, dedica el capítulo VIII de la *Institutio* a la cuestión de los tratados y las alianzas. Naturalmente, exige que se respeten: "Los príncipes deben mostrarse tan fieles a sus compromisos que una simple promesa debe ser para ellos más sagrada que el más solemne juramento de un particular". Pero no se hace muchas ilusiones y sabe perfectamente cómo se suele actuar: "Sin embargo —añade—, todos los días estamos viendo violar compromisos. Y más vale no denunciar públicamente a los responsables"[81]. En Italia y los demás países cristianos los príncipes y las repúblicas sólo observaban un tratado a la medida de su conveniencia. El 14 de enero de 1526 Francisco I, prisionero en Madrid, cedía Borgoña a Carlos V. Vuelto al reino, convocaba en Cognac a los diputados de la provincia, que afirmaban su voluntad de continuar siendo franceses. Inmediatamente concluía una nueva Liga con Clemente VII, Venecia y algunos príncí-

[80] *Il Principe*, 18; I, págs. 56-57: "Alessandro VI non fece mai altro, non pensò mai ad altro, che a ingannare uomini; e sempre trovò subietto da poterlo fare. E non fu mai uomo che avessi maggiore efficacia in asseverare, e con maggiori giuramenti affermassi una cosa, che la osservassi meno; nondimeno, sempre li succederono gli inganni ad votum, perchè conosceva, bene questa parte del mondo... Alcuno principe de' presenti tempi, quale no è bene nominare, non predica mai altro che pace e fede, e dell' una e dell'altra è inimicissimo; e l'una e l'altra, quando e' l' avessi osservata, gli arebbe più volte tolto o la reputazione o lo stato".

[81] A. RENAUDET, *Etudes érasmiennes*, pág. 84.—*Desiderii Erasmi Opera omnia*, IV, 603 C: "Principum ea debet esse fides, in praestantis ea quae recipiunt, ut simplex horum promissum sanctius sit quovis aliorum jurejurando... Et tamen videmus id quotidie usu venire, nihil addo quorum vitio; certe sine vitio non potest accidere".

pes italianos, desentendiéndose de su promesa. Maquiavelo, de antemano, le había justificado. Con una simulada indignación la cancillería imperial y el partido imperial protestaron contra la forma en que el rey había cumplido su palabra[63]. Ningún hombre de Estado se hubiera negado a admitir que los compromisos tomados bajo la amenaza de la fuerza, y perjudiciales al interés del Estado, sólo bajo la fuerza deben ser respetados. Y una tradición francesa, conocida de Maquiavelo, negaba que el rey cristiano pudiera nunca deshonrarse.

Maquiavelo no hace, pues, otra cosa que describir una práctica habitual que Commynes apenas disimulaba ya. Pero hasta ahora ningún teórico de la política se había atrevido a fundar sobre esta práctica un sistema de reglas y proponerlas a los gobernantes. Porque se pensaba confusamente que esto hubiera equivalido a confesar el fracaso de la moral profana o religiosa en el terreno de la política, la ineptitud de la ética racional o el Evangelio para introducir un poco de justicia y humanidad en las relaciones entre los pueblos. Hubiera equivalido a abandonar, pública y oficialmente, esas relaciones a los azares de la fuerza. Llegados aquí, hasta los más cínicos retrocedían. Maquiavelo dio ese paso; no porque fuera más cínico que los demás, sino porque su filosofía desesperada, su visión pesimista del pasado, del presente e incluso del porvenir, de la humanidad, no le permitían creer en el poder del espíritu que la fuerza no secunda. En la historia universal sólo veía —y se negaba a reconocer otra cosa— el juego de fuerzas desencadenadas; fuerzas contra las que todos los medios de lucha eran buenos y loables, en el momento en que se tratara de defender, proteger y salvar al Estado, único reducto creado por los hombres que pueda salvaguardar sus bienes materiales y espirituales.

---

[63] *Literae virorum eruditorum ad Franciscum Craneveldium*, ed. H. de Vocht, Lovaina, 1928, en 8.°; Carta de Jean de Fevyn a Fr. Cranevelt, Brujas, 14 de noviembre de 1526; 211, 15-18: "Quasi nihil sit violare jusjurandum! Palluere se nota insigni, nimirum perfidie, cum mille hoc unico ceu dicteriolo juret: ¡la fe de un gentilhombre!".

Capítulo IV

EL MANEJO DE LA OPINION PUBLICA

No basta definir los diferentes tipos de gobierno, describir las relaciones entre los Estados e intentar resolver el problema de la paz y la guerra, de los tratados, de su valor y observación. Hace falta, además, considerar a los gobernados, y cómo se prestan a la acción del gobierno; por otra parte, hay que analizar también en qué medida el gobierno debe tener en cuenta su opinión, cómo puede dominarla, utilizarla para sus fines. Maquiavelo, acostumbrado a vivir en una ciudad libre, no podía esquivar este problema. Le dedica varios capítulos del *Príncipe*, y vuelve sobre él reiteradamente en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

I

Maquiavelo se plantea la cuestión en términos simples: ¿Cómo podrán obtener el favor de la opinión los hombres que llevan los asuntos públicos? ¿En qué momento podrán permitirse no hacer caso de esta opinión? Los políticos florentinos del siglo XVI concedían mucha importancia al sentimiento popular y conocían el arte de captárselo. Maquiavelo, que durante su vida activa tuvo ocasión de practicar o ver practicar esta técnica, bien en Florencia, bien en el extranjero, la resume con palabras tomadas de la

ética humanista. Ha podido comprobar las ventajas de actuar no tanto sobre la razón como sobre la imaginación de los hombres. Sabe que los hombres buscan atentamente encontrar en quienes les gobiernan ciertas virtudes, ciertas formas de actuar, que, para hablar con sus palabras, hacen a sus ojos a un príncipe encomiable o despreciable[1]. Pasa revista someramente a las virtudes o defectos que refuerzan el crédito o debilitan la autoridad de un jefe de Estado. El problema está en saber cómo los gobernantes deben tener en cuenta las preferencias o repugnancias de los pueblos, en qué medida deben satisfacerlas o desdeñarlas.

Tres años antes de acabado *El Príncipe*, en la *Institutio principis christiani*, Erasmo respondía como moralista y cristiano a esta cuestión. Un seguro instinto de justicia empuja al pueblo a exigir del príncipe todas las virtudes. Es, pues, deseable que éste las posea. Erasmo traza una imagen ideal, brindándosela a la meditación de quien, en 1519, se convertiría en el emperador Carlos V: "Un ser celeste —dice— que se asemeja más a la divinidad que al hombre; formado en la práctica de toda clase de virtudes; nacido para el bien de todos; enviado por el cielo para sostener a los hombres en su desamparo; que vigila en todo y provee todo; que por encima de todo respeta el interés público y encuentra en él su alegría; que pospone su vida a la de los demás; que noche y día dirige exclusivamente su acción y su esfuerzo en pro del mayor bien; que está dispuesto a recompensar toda buena acción, dispuesto a la indulgencia hacia los culpables, cuando ve que procuran enmendarse; que, sin ningún beneficio personal, desea hacerse útil a los ciudadanos, hasta el punto de no vacilar en arriesgar su vida para asegurar su salvación; que considera útil para él todo lo que pueda servir al público; que vigila constantemente, a fin de permitir el sueño de

[1] *Il Principe*, 15; I, págs. 48-49: "De his rebus quibus homines et praesertim principes laudantur aut vituperantur..."; página 49: "Qualita che arrecano loro o biasimo o laude".

los demás; que no se concede ningún reposo, para que la patria pueda vivir en reposo; atormentado por deseos siempre renacientes, a fin de asegurar a sus conciudadanos la tranquilidad; cuya virtud, en una palabra, constituye la primera condición de la felicidad pública" [1].

Maquiavelo, realista desilusionado, había respondido de antemano a Erasmo. Se siente en desacuerdo con los filósofos de la antigüedad y de la Edad Media, con Platón, Aristóteles, Plutarco, Santo Tomás. Se sabe en desacuerdo con Petrarca y los humanistas del siglo XV. Unos y otros, y Erasmo después de ellos, exigen del príncipe una perfección inaccesible. Le ofrecen como ejemplo un tipo ideal de modestia, de justicia, de sinceridad, de generosidad. Maquiavelo conoce demasiado la política para no saber que jamás se ha visto a ningún príncipe ornado de tantas virtudes, y que, al ponerlas en práctica, el jefe del Estado, que en el mundo real debe pensar primero en su defensa, correría un grave peligro. Ha habido ya demasiados escritores que disertaron sobre Estados imaginarios; y hay mucha distancia entre la forma como se vive y la forma como se debería vivir. Si un príncipe desea primero mantenerse debe aprender a descuidar a veces la ley moral, a obedecerla o desobedecerla según la necesidad [2]. Lo im-

---

[1] *Des. Erasmi Roterodami Opera omnia*, IV, 571 C: "Caeleste quoddam animal, Numini plus quam homini simile, omnibus virtutum numeris absolutum; omnium bono natum, imo datum a Superis sublevandis rebus mortalium; quod omnibus proficiat, omnibus consulat; cui nihil sit antiquius, nihil dulcius Republica; cui plus quam paternus sit in omneis animus; cui singulorum vita carior sit quam sua; quod noctes ac dies nihil aliud agat nitaturque quam ut optime sit omnibus; apud quod praemia parata sint bonis omnibus, malis venia, si modo sese ad frugem referant; quod adeo gratis cupiat de civibus suis bene mereri, ut si necesse sit, non dubitet suo periculo illorum incolumitati consulere; quod patriae commodum suum ducat esse lucrum; quod semper vigilet, quo caeteris liceat dormire; quod sibi nullum relinquat otium, quo patriae liceat in otio vitam agere; quod se jugibus curis discruciet, quo civibus suppetat tranquillitas; a cujus unius virtute publica pendeat felicitas".

[2] Véase pág. 302, n. 38. *Il Principe*, 15; I, págs. 48-49: "Molti si sono imaginat republiche e principati che non si sono mai visti

portante, pues, para una política realista no es la santidad del príncipe, sino la solidez del gobierno. Un exceso de virtud podría a veces ser peligroso; el crimen puede a veces salvar el Estado. Un César Borgia vacilante ante el asesinato y la traición no habría creado el ducado de Romania. El único problema que merece algún estudio es el del manejo de la opinión.

• • •

Quien gobierne a los hombres deberá, en el interés del Estado, respetar algunos de sus prejuicios, o despreciarles si hace falta. Tales defectos o tales vicios disminuyen el prestigio y la autoridad del príncipe respecto a sus súbditos; tales otros, que les resultan indiferentes, no le exponen a ningún peligro. Lo mejor sería, sin duda, que el príncipe pudiera guardarse a la vez de unos y otros. Pero ya que la debilidad humana permite esto muy difícilmente, procurará evitar en principio los más peligrosos; se guardará de los otros, según sus fuerzas, o pecará sin inquietud[4]. Pero la salvación del Estado puede exigir el desprecio de la opinión. Puede ocurrir que, en ciertos casos, el partido más unánimemente condenable sea también el único que pueda realizar la salvación pública. En estos casos el gobernante deberá desdeñar las opiniones humanas: "Hay que comprender —dice— que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede observar todas las virtudes de un particular. Es preciso que, para la

---

nè conosciuti essere in vero... Onde è neccessario a uno principe, volendosi mantenere, imparare a potere essere non buono, e usarlo e non l'usare secondo la necessità".

[4] *Il Principe*, 15; I, pág. 49: "E dio so che ciascuno confesserà che sarebbe laudabilissima cosa in uno principe trovarsi, di tutte le soprascritte qualità, quelle che sono tenute bone; ma perchè le non si possono avere nè interamente osservare, per le condizioni umane che non lo consentono, gli è necessario essere tanto prudente che sappia fuggire l'infamia di quelli vizii che li torrebbano lo stato, e di quelli che non gnene tolgano, guardarsi se egli è possibile; ma, non possendo, vi si può con meno respetto lasciare andare".

defensa del Estado, sepa actuar contrariamente a la buena fe, a la caridad, a la humanidad y a la religión". Debe saber, según las circunstancias, "no alejarse del bien si puede, y, si la necesidad lo manda, entrar en el mal resueltamente" [5].

Pero los súbditos, que entienden poco de la razón de Estado, exigen obstinadamente de sus jefes ciertas virtudes. La hipocresía se convierte así en el más indispensable talento de un político: porque será suficiente con que el príncipe aparente tener las virtudes que en realidad no tiene. El príncipe evitará cuidadosamente pronunciar toda palabra que esté en desacuerdo con el más alto ideal de perfección: "Hace falta que, al verle y al oírle, parezca todo piedad, todo buena fe, todo integridad, y, particularmente, un ser lleno de espíritu religioso: porque nada es más necesario que exhibir públicamente esta última virtud" [6].

Los hombres se dejarán siempre engañar en esto: "porque, en general, los hombres juzgan más por los ojos que por las manos; pues todos saben ver, pero sólo unos pocos pueden tocar. Todos ven lo que uno aparenta ser; pero pocos se dan cuenta exacta de lo que uno es realmente; y esta minoría no se atreve a contradecir la opinión de la mayoría, apoyada por la majestad del Estado" [7]. Y como

---

[5] *Il Principe*, 18; I, pág. 56: "E bassi a intendere questo, che uno principe, e massime uno principe nuovo, non può osservare tutte quelle cose per le quali gli uomini sono tenuti buoni, sendo spesso necessitato, per mantenere lo stato, operare contro alle fede, contro alla carità, contro alla umanità, contro alla religione. E però bisogna che gli abbia uno animo disposto a volgersi secondo ch' e' venti della fortuna e le variazioni delle cose li comandano, e, come di sapra dissi, non partirsi dal bene, potendo, ma sepere intrare nel male, necessitato".

[6] *Ibid.*, págs. 56-57: "Debbe adunque avere uno principe gran cura che non gli esca mai di bocca una cosa che non sia piena delle saprascritte cinque qualità; e pala, a vederlo e udirlo, tutto pietà, tutto fede, tutto integrità, tutto umanità, tutto religione. E non è cosa più necessaria a parere di avere che questa ultima qualità".

[7] *Ibid.*, pág. 57: E gli uomini in universale, iudicano più agli occhi che alle mani; perchè tocca a vedere a ognuno, a sentire

en estas materias no puede apelarse ante ningún tribunal, sólo se puede considerar el fin; sólo él, en última instancia, permite juzgar los medios: los pueblos darán siempre la razón al más fuerte. Un príncipe debe, pues, preocuparse, ante todo, en conservar su Estado. Si lo consigue, los medios se estimarán siempre honorables y alabados por todos. La multitud sólo juzga según las apariencias y los resultados; el mundo entero no es más que una multitud y piensa como una multitud. Los solitarios, capaces de pensar y comprender, se callarán, o se les hará callar[8].

De esta forma, en este famoso capítulo XVIII donde se desarrolla ya la teoría de la caducidad de los tratados, y del derecho permanente de los Estados a no cumplir los compromisos más solemnes, el secretario florentino expone, sin vacilación ni reticencia, la doctrina de la hipocresía política. Consecuencia de la necesidad en que el Estado se encuentra de preocuparse de la opinión; consecuencia de la absurdidad de los hombres, cuyos prejuicios hay que respetar aparentemente si se quiere conservar cerca de ellos el crédito necesario. Por eso, todas las veces que el interés del Estado, la conservación del Estado, la razón del Estado lo exija, el príncipe debe mentir, simular y disimular. Y Maquiavelo asegura a estos procedimientos de gobierno un éxito infalible.

II

Existe, sin embargo, cierto número de asuntos en que esta hipocresía sistemática no es oportuna, porque no ser-

a pochi. Ognuno vede quello che tu pari, pochi sentono quello che tu se'; e quelli pochi non ardiscano opporsi alla opinione di molti che abbino la maestà dello stato che li defenda".

[8] *Ibid.*, pág. 37: "E nelle azioni di tutti gli uomini, e massime de' principi, dove non è iudizio a chi reclamare, si guarda al fine. Facci dunque uno principe di vincere e mantenere lo stato; e' mezzi saranno sempre iudicati onorevoli e da ciascuno laudati; perchè il vulgo ne va sempre preso con quello che pare, e con lo evento della cosa; e nel mondo non è se non vulgo; e il pochi non ci hanno luogo quando li assai hanno dove appoggiarsi".

viría para nada. Al príncipe no le interesaría nada el respetar o incluso el simular respetar los prejuicios de los hombres, porque en estas materias los hombres se engañan siempre, y gravemente. En semejante caso la opinión sólo podría extraviarle. En semejante caso decide solo, y considera únicamente la necesidad pública, de la que es el único juez; la razón de Estado, cuyas exigencias la opinión ignora. El manda y los súbditos obedecen. La persuasión, la consideración de la opinión, la disimulación y la mentira están aquí fuera de lugar. Unicamente pueden y deben intervenir la autoridad y, en última instancia, la fuerza. Estos terrenos reservados son la gestión financiera y la defensa del Estado.

Maquiavelo plantea la primera cuestión en términos que, tomados del vocabulario tradicional de los historiadores y moralistas antiguos, parecen empequeñecer el debate, reduciéndole a la discusión clásica de un lugar común. Sobre la "liberalidad y la parsimonia" compone un capítulo, donde el tono y el desarrollo de la discusión recuerdan demasiado a los moralistas antiguos o a los humanistas italianos[9]. Comprueba que los pueblos aman a los príncipes inclinados a la generosidad. Antes de él los humanistas habían exaltado unánimemente la liberalidad de sus mecenas; tanto el pueblo como la *élite* instruida se reían de los soberanos demasiado ahorrativos. Maquiavelo responde que la liberalidad es una virtud costosa: no se puede practicar a medias. El príncipe gastará así toda sus rentas; necesitará dar a su gobierno un carácter fiscal, exigir estrictamente pesados impuestos. Se atraerá el reconocimiento de un pequeño número de privilegiados y el odio del pueblo. Desde la primera alarma el Estado se encontrará en peligro. Si el príncipe, por prudencia, intenta volver a una política de economías pierde todo el prestigio de su liberalidad, y el contraste entre su primera

[9] *Il Principe*, 16; I, págs. 50-52: "De liberalitate et parsimonia". Cf. ARISTÓTELES, *Politica*, V, 9, 11-12, 1314 a 40-b 18.

generosidad y su nueva política de ahorro le hace aparecer más avaro que los demás[10].

Esta demostración clásica debe traducirse en lenguaje moderno. Se trata de la gestión de las finanzas públicas: Maquiavelo quiere que sea ahorrativa y, si llega el caso, avara. Pertenece a esa burguesía florentina que mediante una severa administración de su fortuna territorial, de sus empresas industriales, comerciales y financieras, en su interés y en el de la ciudad, había acumulado un capital que no despilfarraba alegremente en gastos privados o públicos. Exige estas virtudes a quien gobierne un Estado. Rechaza toda política de liberalidad presupuestaria, todo gasto inútil en favor de tales individuos, de tales grupos, de tales clases. Muestra cómo una vez comprometido en una política de liberalidad financiera el Estado está perdido. Todos los recursos de que dispone van desapareciendo: el gobierno, obligado constantemente a aumentar los impuestos, arriesga su popularidad y acaba haciéndose odioso.

En apoyo de su doctrina, como de costumbre, Maquiavelo cita ejemplos antiguos y modernos. Para conquistar el poder César se mostró generoso. Pero si hubiera continuado durante mucho tiempo esta política de excesiva liberalidad habría arruinado al Estado, comprometiendo su obra y su autoridad[11]. "En nuestro tiempo sólo hemos visto realizar grandes empresas a aquellos príncipes a los que la opinión pública calificaba de avaros."

Julio II, candidato al pontificado, quiso asegurarse una

---

[10] *Il Principe*, 16; I, pág. 50: "A volersi mantenere infra gli uomini el nome del liberale, è necessario non lasciare indietro alcuna qualità di suntuosità... Sarà necessitato alla fine... gravare e' populi estraordinariamente ed essere fiscale... In modo che, con questa sua liberalità, avendo offeso gli assai e premiato e' pochi, sente ogni primo disagio, e periclita in qualunque primo periculo; il che conoscendo lui, e volendosene ritrarre, incorre subito nelle infamia del misero".

[11] *Il Principe*, 16; I, pág. 51: "Cesare con la liberalità pervenne allo imperio... ma se poi che vi fu venuto, fussi sopravvissuto e non si fussi temperato do quelle spese, arebbe destrutto quello imperio".

reputación de hombre generoso. Una vez elegido no le importó nada perderla; prefirió reservarse los recursos que necesitaba para sus guerras y su política. En Francia Luis XII pudo realizar numerosas campañas sin necesidad de imponer a sus súbditos ninguna contribución extraordinaria: su tenaz política de ahorro se lo permitió. Si el español Fernando se hubiera mostrado pródigo no hubiera podido meterse en tantas empresas y salir victorioso de ellas [12].

De esta forma el gobierno, responsable del patrimonio común y las finanzas públicas, podrá dominar a la opinión. La prodigalidad, que arruina a los pueblos, es una virtud que no debería gustarles. El príncipe no buscará en ella una popularidad decepcionante y ruinosa. Maquiavelo autoriza los dispendios gubernamentales en un solo caso. Los despojos de enemigos vencidos, tierras confiscadas, rescates o indemnizaciones de guerra ofrecen al Estado la ocasión de fáciles liberalidades. En estos momentos no hay por qué ser tacaño; para un príncipe el gastar generosamente los bienes de los demás, lejos de disminuir su prestigio, lo consolida [13]. Salvo en este caso, Maquiavelo condena toda política de indulgencia financiera y reprueba a todos los gobiernos que ceden en este punto ante el público.

Maquiavelo une la cuestión de las bellas artes y la economía, más bien que al problema financiero, al de propaganda gubernamental. Sobre este último punto está más

---

[12] *Ibid.*, págs. 50-51: "Ne' nostri tempi, noi non abbiamo veduto fare gran cose se non a quelli che sono stati tenuti miseri; gli altri essere spenti. Papa Iulio II, come si fu servito del nome di liberale per aggiugnere al papato, non pensò poi a mantenerselo, per potere far guerra; el re di Francia presente ha fatto tante guerre sanza porre uno dazio estraordinario a' suoi, solum perchè alle superflue spese ha sumministrato la lunga parsimonia sua; el re di Spagna presente, se fussi tenuto liberale, non arebbe fatto nè vinto tante imprese".

[13] *Ibid.*, pág. 51: "E di quello che non è tuo, o de' sudditi tuoi, si può essere più largo donatore, come fu Ciro, Cesare ed Alessandro; perchè lo spendere quello degli altri non ti toglie reputazione, ma te ne aggiugne".

cerca de Cosme que de Lorenzo, demasiado magnífico: "El príncipe debe mostrar su predilección por los ingenios, debe hacer ver que le gusta rodearse de los hombres más valiosos, honrar a los que sobresalen en su arte" [14]. En materia de economía esboza en algunas líneas un programa liberal y popular: el gobierno dejará que los ciudadanos se dediquen a su trabajo, comercio, agricultura, diversas empresas; no realizará esas amenazadoras investigaciones sobre la fortuna privada, que desanima a los propietarios retrayéndoles a realizar la explotación de las grandes fincas; no impondrá esos aplastantes impuestos que frenan todo nuevo proyecto de tráfico. Por el contrario, es preciso dar facilidades a todos aquellos cuyo esfuerzo concurre al enriquecimiento del Estado [15]. Pero todos estos detalles le interesan tan poco que, inmediatamente, pasa a hablar de la necesidad de ofrecer a los pueblos fiestas, espectáculos y diversiones; el príncipe encontrará ahí la ocasión de cultivar la reputación de hombre humano y generoso, sin perder nada de esa dignidad que debe permanecer siempre intacta [16].

* * *

[14] *Il Principe*, 21: "Quod principem deceat ut egregius habeatur"; I, pág. 73: "Debbe ancora un principe mostrarsi amatore delle virtù, dando recapito alli uomini virtuosi, e onorare gli eccellenti in una arte".

[15] *Ibid.*, "Apresso debbe animare li sua cittadini di potere quietamente esercitare gli esercizi loro, e nella mercanzia e nella agricultura e in ogni altro esercizio degli uomini; e che quello non tema di ornare le sua possessioni per timore che le gli sieno tolte, e quell'altro di aprire uno traffico per paura delle taglie; ma debbe preparare premi a chi vuol fare queste cose, e a qualunquepensa, in qualunque modo, ampliare la sua città o il suo stato". Sobre las muy someras ideas de Maquiavelo en materia de economía, véase el estudio de G. ARIAS, *citado*, pág. 156, n. 22; unas breves indicaciones en la obra de J. THEVENET, citado en la misma página.

[16] *Ibid.*: "Tenere occupati el populi con le feste e spettaculi, raunarsi... con loro qualche volta, dare di sè semplo di umanità e di munificenzia, tenendo sempre ferma nondimanco la maestà della dignità sua, perchè questo non vuole mai mancare in cosa alcuna". Montesquieu, menos familiar que Maquiavelo, expresa de

La propaganda está fuera de lugar cuando se trata de defender el orden y el régimen político. Maquiavelo plantea la cuestión y lleva el debate en un lenguaje tradicional, que puede modernizarse sin dificultad. Más aún que la liberalidad, los pueblos quieren encontrar en el príncipe la clemencia y la dulzura [17]. Pero no conviene practicar exageradamente la virtud de la piedad. Es un error condenar a César Borgia por ciertas medidas crueles que establecieron en Romania la unidad del gobierno, la paz y la confianza pública. Considerando bien las cosas, la verdad es que el pueblo florentino se mostró menos piadoso cuando, convertido en dueño de Pistoya, vaciló ante algunos rigores necesarios y dejó arruinar la ciudad por las facciones. Cuando se trate de conservar el Estado, un gobierno debe, pues, despreciar el reproche de crueldad. Maquiavelo alega a Virgilio para afirmar que, más que a cualquier otro, al fundador del Estado se le impone la necesidad de ser duro; la historia antigua y moderna corroboraría esto con numerosos ejemplos. Más que analizar detalladamente esta cuestión, Maquiavelo se limita a citar algunas máximas: evitar la precipitación, la inquietud irrazonada, el azoramiento; no amedrentarse demasiado rápidamente; evitar la confianza excesiva, que conduce a imprudencias, y la excesiva desconfianza, que inspira una serenidad sin medida. Pero cuando el orden o el régimen se encuentran amenazados la clemencia constituye un error y una falta [18].

---

la misma manera la necesidad que se impone al príncipe de mantenerse en contacto con un mundo más estrecho; *Cahiers*, página 104: El Príncipe debe comunicarse con las personas de su corte, no lo suficiente para envilecer su dignidad, pero lo bastante para hacer sentir que vive con los hombres.

[17] *Il Principe*, 17; I, págs. 52-54: "De crudelitate et pietate; et an sit melius amari quam timeri, vel e contra".

[18] *Ibid.*, pág. 52: "Era tenuto Cesare Borgia crudele; nondimanco quella sua crudeltà avera racconcia la Romagna, unitola, ridottala in pace e in fede... Debbe pertanto uno principe non si curare della infamia di crudele, per tenere li sudditi suoi uniti e in fede; perchè, con pochissimi esempli, sarà più pietoso che quelli e' quali, per troppa pietà, lasciono seguire e' disordini, di

Como los historiadores antiguos y los moralistas, Maquiavelo se pregunta qué es mejor para un príncipe, si ser amado o temido. Zanja esta cuestión clásica según su acostumbrado método. Debería inspirar a la vez la amistad y el temor. Pero ya que no podría conseguir esto, vale más el temor que la amistad: "Los hombres son, en general, ingratos, inconstantes, mentirosos e hipócritas, cobardes ante el peligro, avarientos. Si les beneficias, están a tu lado, te ofrecen su sangre, su fortuna, su vida y la de sus hijos, siempre a condición de que no tengas por el momento necesidad de ellos. En el momento en que se aproxima el peligro se sublevan. Un príncipe que ha fundado toda su política en sus buenas palabras, y que se encuentra sin ninguna otra garantía ni recurso, está perdido". Las amistades que un príncipe se granjea por sus buenos hechos, pero que no están obligadas a guardarle fidelidad, le son de poca utilidad. La bajeza de los hombres es tal que se corre menos riesgo haciéndose temer que haciéndose amar. El interés destruye en seguida el agradecimiento; por el contrario, el temor constituye un sentimiento duradero; el miedo al castigo no se debilita nunca [19].

Por tanto, un príncipe o un gobierno resueltos a defenderse despreciarán la popularidad fácil de los monarcas bonachones. Pero hay que evitar cuidadosamente la reputación de hombre que se complace en los castigos y en los suplicios. Y esto lo podrá conseguir el príncipe por la hipocresía. Será preciso que, al verle y al oírle, parezca un dechado de humanidad. Que represente ante el pueblo

---

che ne nasca occisioni e rapine... Nondimanco debbe essere grave al credere e al muoversi, nè si fare paura da se stesso...".

[19] *Ibid.*, pág. 53: "Perchè degli uomini si può dire questo generalmente, che sieno ingrati, volubili, simulatori e dissimulatori, fuggitori de' pericoli, cupidi di guadagno; e mentre fai loro bene, sono tutti tua, oferonti el sangue, la vita, e' figliuoli, come de sopra dissi, quando il bisogno è discoto; ma quanto ti si appressa, e' si rivoltano. E quel principe che si è tuto fondato in sulle parole loro, trovando si nudo di altre preparazioni, rovina... L'amore è tenuto da un vinculo di obligo, il quale, per essere gli uomini tristi, da ogni occasione di propria utilità è rotto; ma il timore e tenuto da una paura di pena che non ti abbandona mai".

la comedia de la humanidad. Pero a los hombres se les engaña fácilmente, y el arte de obtener su obediencia y respeto sin recurrir al odio es poco complicado. Bastará con no inquietar a los súbditos en la posesión de sus bienes, porque ninguna otra ofensa se perdona más difícilmente; bastará con que el príncipe respete sus mujeres; consejo que no era inútil después de los excesos de esos tiranos antiguos o italianos a los que Maquiavelo jamás consideró políticos. Si para el Estado es importante que muera un sospechoso, y si se puede justificar legalmente la sentencia ante la opinión, no debe dudarse nunca. Pero es preciso tener más en cuenta la riqueza que la sangre. Porque los hombres olvidan más rápidamente la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio[20]. Duras y frías máximas, que inclinaron a Montesquieu a pensar que el genio de Maquiavelo se extraviaba[21].

* * *

A quien quiera conducir un ejército le es indispensable una reputación de hombre riguroso. En campaña el jefe del Estado no temerá incluso pasar por cruel: no hay otra forma de conservar la autoridad. Aníbal, que guerreaba en país extranjero con un ejército compuesto de tropas de

---

[20] *Il Principe*, 17; I, pág. 53: "... Il che farà sempre, quando si astenga dalla roba de' sua cittadini e de' sua sudditi, e dalle donne loro. E quando pure li bisognasse procedere contro al sangue di alcuno, farlo quando vi sia iustificazione conveniente e causa manifesta; ma sopra tutto, astenersi dalla roba d'altri, perchè gli uomini sdimenticano più presto la morte del padre che la perdita del patrimonio".

[21] BARCKHAUSEN, *Montesquieu, l' Esprit des Lois et les Archives de la Brède*, Burdeos, 1904, en 4.°, pág. 29: "Pero el delirio de Maquiavelo es haber dado a los príncipes, para mantener su grandeza, unos principios que sólo son necesarios en un gobierno despótico, siendo inútiles, peligrosos e incluso impracticables, en un gobierno monárquico. Esto se debe a que no ha conocido bien la naturaleza y las características de este último gobierno: lo que no es digno de su gran espíritu". Por estas líneas debía terminarse el capítulo 9 del libro III, "Du principe du gouvernement despotique". Montesquieu prefirió suprimirlas.

muy diverso origen y lengua, sólo consiguió infundirlas respeto mediante una dureza verdaderamente inhumana, que imponía el temor y la obediencia; sin ella todos sus talentos no habrían bastado. Los historiadores que admiran sus campañas no tienen razón al juzgarle cruel. A la inversa, Escipión el Africano, a pesar de todo su talento militar, vio sublevarse a sus soldados en España a consecuencia de la excesiva blandura de su mando. Había dejado resquebrajarse una disciplina sobre la cual un príncipe, jefe del ejército, y un gobierno responsable de la dirección de una guerra, deben mostrarse tajantes[22].

III

Por eso, en todo lo concerniente a la conservación del Estado, el gobierno sólo decide y actúa por sí mismo y según sus propios intereses. Tales cuestiones se resuelven autoritariamente. El gobierno, como única fuerza, decide, ordena y actúa. Queda por definir los terrenos en que el príncipe debe tener en cuenta la opinión, sin ceder nunca a ella respecto al fondo, y dándola únicamente satisfacciones aparentes e ilusorias.

* * *

La religión es lo más importante. En *El Príncipe* Maquiavelo no insiste[23]. No podía expresar todo su pensamiento en un escrito que destinaba al público. Sin embargo, desarrolla libremente esta cuestión en un capítulo de los *Discursos*. Como el pacto constitucional de un Estado civil, la autoridad de hecho creada por un déspota sólo puede encontrar un apoyo verdaderamente estable en la religión. La psicología de los pueblos ofrece su concurso

[22] *Il Principe*, 17; I, pág. 53: "Ma quando el principe è con gli eserciti e ha in governo moltitudine di soldati, allora tutto è necessario non si curare del nome di crudele...".

[23] *Il Principe*, 18: págs. 56-57: "Tutto pietà... tutto religione". Véase pág. 206, n. 12.

a la política. Si el temor religioso acaba debilitándose, el gobierno lo suple mal por el temor de los tribunales; los efectos son aquí limitados y variables; por el contrario, los efectos del sentimiento religioso son permanentes [34]. Príncipes o republicanos deben, sobre todo, velar por la conservación de las creencias y el culto, mantener una religión de Estado, y sacerdotes cuya palabra y acción queden subordinadas a los fines del Estado. Un político no estará obligado a seguir en todo su opinión. Sería demasiado. Pero evitará contradecirles públicamente, les concederá todos los signos del respeto, castigará toda ofensa pública al dogma o a los ministros de la Iglesia y practicará ostensiblemente la religión, incluso si él no cree en ella [35].

Así se define, frente a la opinión, la política religiosa del gobierno. Maquiavelo respeta el apego del pueblo a las formas del culto y las tradiciones sagradas. Demuestra él mismo una piedad que place a los simples y alegra a la Iglesia. Pero, al mismo tiempo que se conforma a las exigencias de la opinión, la dirige. A cambio de las atenciones y privilegios concedidos por el Estado exige que el clérigo, por la palabra y la acción, apoye sus medidas administrativas y sus leyes, sus empresas exteriores, asegurándole la fidelidad y obediencia de las poblaciones. De todas las virtudes que un príncipe debe aparentar el respeto de la religión es la más necesaria [36].

* * *

La política extranjera no tiene en cuenta al súbdito; constituye el secreto esencial de los gobiernos. Erasmo

[34] *Discorsi*, I, 12; I, págs. 128-130; véanse págs. 206-209, I, 11; I, págs. 125-128: "Delle religione de' Romani"; pág. 127: "Dove manca il timore di Dio, conviene o che quel regno rovini, o che sia sostenuto dal timore d'uno principe che sopperisca a' difetti della religione. E perchè i principi sono di corta vita, conviene che quel regno manchi presto...".

[35] Véase pág. 206, n. 12.

[36] *Il Principe*, 18; I, pág. 57: "E non è cosa più necessaria a parere di avere che questa ultima qualità".

critica el derecho de paz y de guerra que la costumbre reserva a los príncipes, y acaba formulando la obligación por parte de éstos de tener en cuenta la opinión del país y obtener su consentimiento, en cualquier caso que se produzca una declaración de guerra [21]. Maquiavelo no se plantea ni un solo instante esta cuestión. En una monarquía el príncipe es el único juez de la oportunidad de la guerra. En una república la guerra es asunto del gobierno, y sólo algunos deciden sobre ella; el Senado romano, la Señoría y los Diez de la Libertad y de la Paz. Pero si el pueblo no tiene por qué dar su opinión quiere creer por lo menos que a su gobierno le asiste el derecho, y que sus reivindicaciones están de acuerdo con la letra y el espíritu de los tratados. Quiere creer que sus gobernantes han mantenido la palabra dada y que la responsabilidad de los acontecimientos pertenece por completo al enemigo. Maquiavelo ha definido su doctrina sobre la observación de los tratados; ningún gobierno está obligado a cumplirlos, cuando ha firmado bajo la presión de la fuerza o cuando las condiciones de la política general o particular que le han conducido a firmar ya no subsisten, o se han modificado desventajosamente para él. Por lo menos debe tenerse en cuenta la opinión, en el extranjero y en el país; en el extranjero porque el gobierno debe cuidar de su crédito; en el interior porque la simplicidad de los pueblos es tal que podrían dudar del éxito de una empresa en la que vieran que la justicia estaba al lado del adversario. En semejante caso la mayor torpeza es enfrentarse demasiado insolentemente con la moral común. Maquiavelo pensaba, sin duda, que Francisco I no hubiera debido romper el tratado de Madrid inmediatamente y sin explicación. Error de débil consecuencia en el reino, puesto que ante la opinión nacional el rey no se deshonraba nunca; pero grave ante Europa, donde la autoridad moral del gobierno francés se encontraría comprometida durante mucho tiempo. Es preciso, pues, que un gobierno sepa mentir, disimular, presentar bajo apariencias honorables to-

[21] A. RENAUDET, *Etudes érasmiennes*, pág. 102.

das las transgresiones a la letra y el espíritu de los tratados. La simplicidad de los hombres hace esta tarea fácil para la diplomacia. Lo esencial es echar sobre el adversario toda la responsabilidad de los acontecimientos[28].

Aquí se encuentra planteada de nuevo la cuestión de los diversos medios que permiten preparar a la opinión en el interior y en el exterior. Maquiavelo no los define. Pero se puede completar fácilmente su pensamiento, que lleva a un problema práctico de propaganda oficial y oficioso. Problema de la utilización del clérigo, de esos predicadores seculares y regulares que Erasmo deploraba contemplar como encargados, en todos los países, de garantizar a los ejércitos rivales la asistencia divina; problema de la utilización de la prensa y de esos publicistas más o menos oficiosos cuyo concurso apelaba la política del siglo XVI. Cuando un Estado se compromete en cualquier gran aventura, los agentes de propaganda, clérigos y laicos tendrán por tarea demostrar al extranjero y a los nacionales que tres de las virtudes a las que los hombres se atienen, la buena fe, el respeto del derecho y el horror por la sangre vertida, aparecen evidentemente a su lado[29].

* * *

Así se desarrolla lo que, en la doctrina de Maquiavelo, puede llamarse manejo de la opinión pública. Este manejo recurre esencialmente a dos medios: la fuerza y la simulación. El empleo de uno u otro deberá resolverse según la naturaleza de las cuestiones en litigio, según los intereses en juego, según la utilidad práctica del Estado; y es la razón de Estado la que decide como árbitro supre-

[28] *Il Principe*, 18; I, págs. 55-56: "Nè mai a uno principe mancorono cagioni leggitime di colorire la inosservanzia... Ma è necessario questa natura saperla bene colorire... E sono tanto semplici gli uomini..., che colui che inganna troverrà sempre chi si lascerà ingannare".

[29] *Ibid.*, págs. 56-57: "Tutto fede, tutto integrità, tutto umanità, tutto religione".

mo el empleo de una u otra [20]. Doctrina singularmente pesimista y brutal que descansa a la vez en el desprecio de los hombres, en su facilidad para engañarse y dejarse engañar, y en la exaltación de la única grandeza humana que Maquiavelo reconoce: la del Estado.

[20] *Il Principe*, 18; I, pág. 57: "Facci dunque uno principe di vincere e mantenere lo stato: e' mezzi saranno sempre iudicati onorevoli e daciascuno laudati".

Capítulo V

LA POSTURA DE MAQUIAVELO

He ahí cómo Maquiavelo, durante catorce años de viajes diplomáticos y acción gubernamental, y otros quince de desilusiones, aburrimiento y meditaciones solitarias, se había esforzado en definir un pensamiento voluntariamente enigmático y huidizo. La dura nitidez de fórmulas concisas y desdeñosas contrasta en su obra con la aparente incertidumbre de una doble doctrina cuyas tesis no intentan ocultar sus antinomias. La teoría monárquica de Maquiavelo se desarrolla según las reglas de un método que, exigente frente a la evidencia, elige y critica, ordena y dispone unas nociones tomadas de la experiencia contemporánea y de la historia. Esta demostración se desvía de los modelos clásicos y desdeña también a los filósofos o teólogos dedicados a conciliar el arte de gobernar a los hombres con la ética racional o el Evangelio. La teoría republicana se desarrolla en una glosa genial, pero incompleta, en la obra mutilada de un historiador republicano. Obra que se muestra igualmente indiferente con todo aquello que no se identifica con el bien público y la conservación del Estado, igualmente fundada sobre una constante confrontación del presente y el pasado, aunque el cansancio, la sujeción a otras tareas y la temprana muerte impidieran aquí al autor resumir la evidencia de sus conclusiones en un apretado encadenamiento de teoremas, como hizo en el libro del *Príncipe*.

La primera le había servido para justificar un ideal de acción entrevisto durante algunos años, los que van desde el triste otoño de 1513 al fin prematuro de Lorenzo el Magnífico. Acción igualmente incierta; mezquina en cuanto a los protagonistas que se eligieron para llevarla a cabo y que se desinteresaron de ella, grandiosa por el proyecto de restauración nacional que le prestaba su razón de ser, dándole un vuelo a la medida de Italia. Al final *El Príncipe* queda reducido a un duro breviario lo suficientemente inflexible en sus principios y su conducta como para imponerse, lo bastante bienhechor en sus efectos como para poder durar; pero cuya técnica, revelada sin reticencias, podía ofrecer, a algún tirano ingenioso y solapado, las posibilidades de un éxito fácil y detestable: el cardenal Richelieu afirma que ciertas máximas, buenas para los grandes espíritus, abrirían a las almas mediocres un camino a la tiranía[1]. De hecho, puede admitirse que, para quien quiera captar su sentido profundo, *El Príncipe* resume la teoría de un despotismo ilustrado que, concediendo poca confianza al corazón de los hombres, y menos aún a su alma, persiste en conducirlos pese a ellos y por la fuerza a un orden concebido por la razón.

Entristecido por la desaparición de los dos jóvenes Médicis a los que había brindado inútilmente la ocasión de realizar una obra heroica, después de 1519, Maquiavelo sólo deseaba ya pensar en la reforma republicana de Florencia. Su proyecto, ajustado a las necesidades de un pequeño Estado italiano, se limitaba a la reconstrucción de una república capaz de alcanzar la estabilidad en el futuro. Poco importa que para conciliar la virtud republicana y el honor monárquico el secretario florentino haya podido admitir —hipótesis arriesgada— el concurso de un príncipe ciudadano, seducido por la grandeza de su renuncia. La doctrina política de Maquiavelo fue a partir de ahora republicana. Pero a la ciudad de Maquiavelo le fal-

[1] *Maximes d'Etat*, publicado por G. HANOTAUX, en "Collection de Documents Inédits", Mélanges historiques, III, París, 1880, en 4.°; núm. CXXV, pág. 785.

taba lo que había faltado a la ciudad antigua y a la comuna medieval; entre esas necesarias libertades que Thiers enumerará un día sólo se hubiera podido encontrar la de seguridad pública. El Maquiavelo republicano nunca se tomó la molestia de definir detalladamente los derechos de los ciudadanos. Como la monarquía, la república de Maquiavelo es un Estado que se interesa primero por su conservación y lucha por su grandeza. Monárquica o republicana, la política de Maquiavelo no se propuso como finalidad asegurar a los ciudadanos el pleno desarrollo de su personalidad humana por medio de una serie de derechos continuamente ampliados. Lo que el florentino propone es asegurar la conservación y poder del Estado, por medio del esfuerzo dirigido de los individuos, por medio de la exigida dedicación de los individuos. La única diferencia entre su política republicana y su política monárquica estriba en la diferente naturaleza que reviste esta colaboración común en pro de la grandeza y conservación del Estado: en el primer caso los ciudadanos están ligados a esta empresa en virtud de un deber de obediencia personal hacia el soberano; en el segundo, en virtud de un contrato teórico concluido entre iguales.

* * *

Después de reducida a sus tesis esenciales, la doctrina monárquica de Maquiavelo pudiera parecer breve y decepcionante, estrecha y limitada al horizonte de su príncipe: pequeño señor, jefe de un pequeño Estado, como el tirano de la antigüedad griega, o el tirano italiano de los siglos XIV y XV; como César Borgia. Salta a la vista que el autor ha omitido a propósito algunos luminosos ejemplos que le ofrecía la historia antigua y que le hubieran permitido estudiar la acción del príncipe extendida a los más lejanos límites del mundo civilizado. En las grandes monarquías que se disputaban ya en Europa, sobre los campos de batalla italianos, el prestigio, la riqueza y el poder, la obra reciente de un Fernando el Católico hubiera merecido atraer la atención de un teórico de la monar-

quía. "Nerva César —escribe Tácito— ha unido dos cosas en otro tiempo incompatibles: el poder del príncipe y las instituciones libres; Trajano va haciendo cada día más suave su autoridad"[1]. Pero el canciller florentino apenas aborda el debate de si es posible en una monarquía moderada conciliar las formas republicanas con las formas monárquicas. Sabe los beneficios que aportó al mundo antiguo la moderación de algunos emperadores a los que un largo establecimiento en el poder inclinaba al liberalismo; pero apenas quiso considerar otra cosa que la instalación a veces trágica, la mayor parte de las veces violenta, de un nuevo príncipe, y la conservación de una autoridad conquistada a menudo después de grandes luchas. Y por eso, más que la legalidad, lo que sobre todo toma en consideración es la fuerza.

La doctrina republicana de los *Discursos sobre la primera década* puede parecer también incompleta y elemental. A grandes rasgos se resumen en ella la conducta de la ciudad antigua, la república ateniense y la república romana de aquellos lejanos tiempos en que Tito Livio, escribiendo esos diez primeros libros, se hizo historiador; Roma no era todavía la capital de un imperio. Esta doctrina podía ser apropiada para Florencia, encerrada en el centro de sus dominios toscanos; no tanto para Venecia, colonizadora y dueña del comercio oriental. Pero se necesitaría cierto esfuerzo de interpretación y acomodamiento para adaptarla a las necesidades y deberes de una gran república moderna.

* * *

La doble teoría de Maquiavelo conserva así un regusto primitivo, arcaico, en armonía con los aspectos de un mundo desvanecido. Y, sin embargo, en los límites que voluntariamente acepta, en el cuadro de un estudio voluntariamente restringido a algunos tipos elementales, a pesar del carácter muchas veces sucinto de las máximas a que

[1] *Vita Cn. Julii Agricolae*, 3.

conduce, la doctrina conserva una solidez clásica. Como Montesquieu, Maquiavelo plantea principios y ve cómo los casos particulares se pliegan a ellos naturalmente. La reducción, de acuerdo con los principios humanistas, de los problemas de toda política a los términos en que los concebía la antigüedad grecorromana, tiene por fin y efecto el desprender de ellos los elementos esenciales y permanentes; permite construir un sistema inquebrantable de axiomas que son válidos para los primeros momentos de todo gran esfuerzo político. *El Príncipe* resume en reglas sumarias y prácticas la creación, defensa y progreso de una monarquía autoritaria, que resulta una forma todavía vacía: pero la evolución de la sociedad que ella somete a la disciplina del Estado irá conciliando poco a poco las necesidades de una historia en perpetuo movimiento con el espíritu de las leyes. He ahí cómo el imperio de Nerva, de Trajano, de los Antoninos, en virtud de una evolución condicionada por los cambios del mundo romano, nace de la dictadura de César y del imperio de Augusto, sin que se borren de él los rasgos de la fundación primitiva. *Los discursos sobre la primera década* codifican el arte de instituir y conservar una república donde la autoridad necesaria del ejecutivo se concilia con la tutela de intereses aristocráticos y populares; donde la Constitución, que asegura el mantenimiento de algunos derechos esenciales, descuida la regulación de importantes libertades; donde el legislador no parece realmente interesarse por la economía ni los problemas sociales. Pero cuando sea necesario adaptar a las necesidades, a los deseos y a las ideas de una ciudad políticamente viva[*] el texto de la primera Constitución, el propio espíritu de estas leyes orgánicas determinará el sentido de su revisión. La grandeza de Maquiavelo estriba en el hecho de haber querido tratar únicamente de principios, de comienzos y a veces de nuevos comienzos. En el detalle de la aplicacion de estos principios, Aristóteles, de genio más verdaderamente realista, había

[*] Véase pág. 219, n. 48: "Una città che ancora viva politicamente".

llegado más lejos que él. Instruido por Maquiavelo y por dos siglos de una nueva historia, Montesquieu, cuyo proyecto más amplio se acomoda en el fondo con el sobrio esbozo de Maquiavelo, tendrá más cosas que decir sobre la práctica e incluso sobre los principios. El secretario florentino sólo había deseado trabajar para los fundadores y reformadores. A ellos se dirigía, y continúa dirigiéndose, una obra clásica.

II

Más que un cuerpo de doctrina, Maquiavelo nos ha dejado, pues, una determinada actitud ante los hechos. Es preciso intentar captar esta actitud con ayuda, sobre todo, de sus dos grandes libros. El detalle de su actividad política y diplomática, el detalle pintoresco y a veces trágico de su vida y su carrera, pertenecen a la historia de Florencia y de Italia; sus comedias, sus relatos y sus versos pertenecen a la historia de las letras italianas; la herencia de su filosofía política pertenece a la historia general del pensamiento.

* * *

El humanismo florentino había restituido la antigüedad griega al mundo moderno; conducía de nuevo la política y la filosofía como en sus principios. Maquiavelo no es griego. El autor del *Príncipe* o de los *Discursos sobre Tito Livio* puede acordarse de las tiranías o las ciudades libres que nacieron y crecieron sobre el sol de Hélade o del Asia menor, de la Italia meridional o de Sicilia. Pero no es la Grecia victoriosa en Salamina o en Platea quien le enseña la grandeza cívica y nacional; no es el helenismo de los sucesores de Alejandro quien le reveló la tarea universal de una civilización superior. En el pasado griego Maquiavelo ha considerado, sobre todo, algunos luminosos logros de política republicana o autoritaria. El culto que, como Montesquieu, reserva a los legisladores de genio, y que conducirá a este último a no rechazar sumariamente la

república de Platón, se niega, sin embargo, a este profeta inerme [4]. La política de Aristóteles, subordinada a una ética que desea, sobre todo, el perfeccionamiento del tipo humano, apenas puede ofrecer a su deseo de realizaciones ciertas otra cosa que el análisis de formas constitucionales y proyectos de organización. El secretario florentino no es lo bastante humanista como para poder entender bien a Aristóteles. Montesquieu asegura que nunca se puede abandonar a los romanos [5]; Maquiavelo ofrece la prueba de esta afirmación; queda prisionero de su historia. Admira apasionadamente la obra de esta república, cuyas magistraturas y comicios describe Polibio, cuya Constitución analiza Cicerón, teórico del derecho público. Le gusta la sabiduría de este régimen que él juzga libre, moderado, perfeccionable; contempla con alegría los éxitos de una ciudad soberana del mundo por la fuerza de sus leyes republicanas. Tito Livio pensaba volver a ser el contemporáneo de los cónsules y pretores que habían fundado el gobierno senatorial y asegurado su defensa; en las veladas de San Casciano Maquiavelo les ha interrogado apasionadamente. Pero Roma se ha convertido para él en la república dueña de un imperio conquistado; en tanto que súbdita de un emperador, no cuenta a sus ojos. La historia romana sólo le ha instruido hasta Farsalia; no ha pedido a los Césares ningún consejo, ninguna lección. Ha empequeñecido con exceso la inmensa historia de Roma. Después de la guerra civil el mundo le ha parecido vacío, pobre de grandes hombres, rico en ejemplos nefastos y en traiciones malignas. Ningún admirador de Roma ha negado más resueltamente que él todo lo que, en la obra histórica de la ciudad eterna, ha contribuido más poderosamente a la formación de los pueblos modernos; el trabajo, prolongado durante cuatro siglos, de la administración imperial; la enseñanza cuatro veces secular de los jurisconsultos. Es en esta medida, con estos fuertes prejuicios, como Maquiavelo se siente romano. Su pasión romana

[4] Véase pág. 50 y n. 16.
[5] *Esprit des Lois*, XI, 13.

se exalta en un desesperado esfuerzo por resucitar un régimen y una tradición desde Sila heridos de muerte.

Aparece así como el auténtico precursor de los jacobinos. Se ha inspirado en la lectura de los mismos libros, en el culto de los mismos grandes hombres, en la meditación de idénticas escenas de la historia. Ha aprendido de Tito Livio, Cicerón, Tácito o Plutarco las mismas admiraciones, los mismos desprecios y los mismos odios. Sin embargo, para aquéllos, y en eso se diferencian de Maquiavelo, el entusiasmo cívico no es suficiente. Deseaban, además, modelar el nuevo mundo según algunas nuevas concepciones, algunas apasionadas afirmaciones del sentimiento. Maquiavelo, tan dispuesto como ellos a descubrir y desear en la historia universal la bienhechora intervención de un legislador de genio, se siente más atado por ciertas lecciones de prudencia y mesura que debe al positivismo romano, a la estrecha concepción romana del Estado.

* * *

De esta forma Maquiavelo busca libremente, en la doble tradición antigua, las certezas que podían devolver a un militante vencido el gusto por la vida. Con idéntica independencia recibe o rechaza las tradiciones o formas del espíritu que se imponían los hombres de su tiempo. Y las somete a una crítica en que sólo la dedicación cívica alcanza el más alto grado de la virtud humana.

No comprende, no ama al cristianismo. Mucho antes que Federico Nietzsche, afirma que la Roma católica, por su exaltación de la humildad, ha destruido en el mundo moderno la energía creadora. Rechaza como una quimera concebida por espíritus bárbaros, mal informados de las realidades y grandezas terrestres, ese universalismo católico en el que Dante, a pesar de Florencia e Italia, reunía a los pueblos reconciliados. Ni la cristiandad ni la humanidad le interesan: sólo la nación. Su ideal de hombre de Estado sólo puede admitir una religión de Estado, capaz de enseñar una moral de acción cívica, de adhesión activa a una política nacional. Asegura que, en sus orígenes, el

cristianismo presentaba ese carácter, y que los modernos lo comprendieron mal y le desviaron de este camino. Deseoso, ante todo, de garantizar el servicio del Estado y la nación, Maquiavelo condena al catolicismo medieval, porque permanece indiferente a la nación y enseña al individuo virtudes de las que la nación no podría enorgullecerse. Poco importan los progresos y la perfección de la vida interior si sólo el individuo debe ganar allí la salvación: los viejos florentinos preferían el bien de su ciudad a su parte del paraíso; el propio interés espiritual del individuo no cuenta frente a los intereses de la ciudad o la nación. Maquiavelo se aleja también con indiferencia, cólera y rencor de los santos y ascetas que ofrecen a los modernos la seducción de un ideal inútilmente humillado. Parece soñar con una reforma que sustituya el cristianismo de los padres y los monjes con el cristianismo heroico de los soldados y ciudadanos.

El humanismo le afirmaba también, en nombre de otras doctrinas, el precio infinito de las almas individuales. En los primeros discípulos de Petrarca, como en las escuelas modernas y más evolucionadas, que, sin embargo, no podían olvidar que le debían su primera iniciación, el espiritualismo griego y el ideal helénico de grandeza humana por la nobleza del pensamiento coincidían con el patriotismo un poco elemental de Roma y su ideal de grandeza humana por la virtud cívica. Un cristianismo sosegado se conciliaba con un helenismo consciente de lo trágico de la vida mortal. El secretario florentino no recibió estas lecciones. Y no solamente porque su saber, sus lecturas, sus gustos y sus apasionamientos no eran los de un Marsilio Ficino o un Poliziano. Porque, en efecto, el humanismo contenía una ética espiritualista y fácilmente cristiana. Se fundaba sobre el dogma, aceptado sin demasiadas reservas, o sobre una especie de platonismo sin doctrina, pronto a entenderse con el Evangelio. Su ética no podía seducir a Maquiavelo, como no le podía seducir la religión o la metafísica de los humanistas. Sus principios eran otros, su ética se orientaba según otros puntos de vista.

Le gustaba afrontar a todo trance, en un contraste casi

trivial, la fortuna y la virtud; la fortuna, sus absurdos favores, su absurda malignidad, y la virtud, es decir, la grandeza de alma, la fuerza de carácter, el valor y el talento. Así, la malignidad de la fortuna había arruinado la obra de César Borgia, dispuesto a fundar un reino. Así también ofrecía a los Médicis un porvenir de grandeza nacional que ellos, faltos de virtud, no aceptaron. Pero la virtud de Roma, estimulada por la necesidad, venció a la fortuna*.

III

En las primeras décadas del siglo XVI la ética de Maquiavelo constituye una novedad. La ética de los cristianos tiene por centro el alma humana y su salvación; la ética humanista, el alma humana y su grandeza. Una y otra tienen por objeto al individuo y por fin su destino, bien se trate de sustraerle a la común bajeza, o de alzarle de una caída y curarle sus aflicciones. La ética de Maquiavelo no se preocupa del individuo y su destino: sólo le pide que sirva al Estado. Es, ante todo, una ética de las obligaciones del hombre respecto a una obra que sobrepasa su horizonte.

En efecto, estas obligaciones se resumen en una sola: la obediencia del ciudadano y del soldado a las órdenes del Estado. La necesidad de obedecer le impone deberes y no le reconoce derechos; el Estado puede retirarle siempre las libertades concedidas. De esta forma, los grandes fundadores de órdenes sometieron a sus religiosos a una disciplina apasionadamente aceptada. Entre sus contemporáneos Maquiavelo está más cerca de Ignacio de Loyola que de Erasmo. El secretario florentino reclamaba, sin duda, un mínimo de seguridad, de libertad republicana. Pero, si es preciso, su república romana y jacobina exige del individuo la renuncia y la abdicación; el Estado, republicano o autoritario, ejerce su imperio más allá del bien

* Véase pág. 153, n. 18, y *Discorsi*, II, 1, I, pág. 234: "E perchè ciascuno possa meglio conoscere quanto possa più la virtù che la fortuna".

y del mal, y hasta la muerte, sobre el individuo. En el momento en que se trata de servir al Estado, el centro del debate se desplaza; el imperativo de la ley moral pierde su carácter absoluto y se reduce al deber de obedecer; el problema ético sólo se plantea para quien manda en nombre del Estado. No hay más ética que la del gobierno.

* * *

Para establecer los preceptos de esta ética habría que definir previamente el Estado y explicar su papel humano. El secretario florentino no entra en estas cuestiones; toma el Estado como un hecho; ofrece al Estado sus servicios y los servicios de los hombres. Parece reconocer tácitamente en él el garante y tutor de los bienes que crea la vida de sociedad, y que no se toma el trabajo de enumerar. Porque para ello tendría que plantear el problema mismo de la civilización humana, recorrer pacientemente los pasos de Platón, Aristóteles o Santo Tomás. Y no deseaba volver abrir largas discusiones. Las concepciones del Estado, de su papel, de sus exigencias lícitas, de los deberes de los gobernantes, varían según la idea que las diferentes escuelas hayan podido hacerse sobre la civilización, su evolución posible y sus fines ideales. Maquiavelo, sumariamente, acepta el ideal que le ofrecen el ejemplo de la primera sociedad romana y del gobierno que ha creado, la república senatorial y consular; combinación moderada de aristocracia y democracia, de osadía innovadora y tradicionalismo conservador. Pero apenas llegó a analizar otra cosa que su mecanismo constitucional y político; no intentó comprender, como historiador de la economía y la sociedad, el tipo de civilización que ha creado, para sus necesidades y defensa, la república romana. Sumariamente definió la ética gubernamental según la de un Estado cuya naturaleza profunda no ha descrito.

Al que ordena en nombre del Estado, esta ética sólo le impone un deber: el de conservarlo. En consideración a este fin permite la utilización de todos los medios, sin tener en cuenta para nada las leyes que regulan las rela-

ciones humanas. Así se formula el código de esta razón de Estado[1], que Maquiavelo nunca nombró, pero que, republicano o monárquico, impuso siempre a gobernantes y gobernados. Como la conservación del Estado exige fuerza y poder, la ética gubernamental prescribe el mantenimiento, la preservación y, si es preciso, la sabia reforma de las leyes constitucionales; la conservación del equilibrio social y de la paz social; la conservación y el engrandecimiento de la fuerza militar, la riqueza privada y pública. Desdeñoso de la economía, Maquiavelo no se tomó el trabajo de mostrar de antemano, a los mercantilistas del siglo XVII, cómo el comercio y la industria crean los recursos financieros del Estado; en el *Arte de la guerra*, los *Discursos* y *El Príncipe* ha tratado extensamente de las cuestiones militares; pero apenas se ha detenido en los problemas sociales. Aplica más gustosamente su genio de historiador político al estudio de las condiciones que, en un Estado autoritario y sobre todo republicano, aseguran el equilibrio y la fuerza política. La ética gubernamental se reduce así a una técnica del gobierno más eficaz.

* * *

Semejante técnica admite la doble primacía del arte militar y el arte político. El individuo es, ante todo, soldado y ciudadano: el Estado es primero militar y político. Donde falta la buena organización del ejército no hay buenas leyes; no hay buena organización del ejército donde no hay buenas leyes. Las demás formas de la actividad humana deben quedar subordinadas a la política y defensa del Estado por las armas.

Pertenece, pues, a la política el regular y disciplinar, según sus fines, la vida espiritual de los individuos y la acción de las Iglesias; lo que conduce necesariamente a instituir, entre ellas y el Estado, una colaboración en la que ambas corren el riesgo de tener que sacrificar liber-

[1] Cfr. FREIDRICH MEINECKE, *Die Idee der Staatsrason* (Véase bibliografía), págs. 36 y 58-60, sobre el origen de la palabra "razón de Estado".

tades esenciales. Pertenece también a la política el admitir o rechazar, en última instancia, la oportunidad de toda modificación del régimen social sobre el que reposan el orden tradicional de la ciudad, el equilibrio y estabilidad del Estado. Pese al somero liberalismo que Maquiavelo parece admitir en economía, la lógica de la doctrina debería conducir a la idea de una organización del trabajo exactamente controlada y dirigida; a la dictadura industrial o comercial de un Colbert o de un Federico II.

Los deberes del Estado y el gobierno hacia el individuo se ordenan según la misma ética de defensa y fuerza. Maquiavelo les reduce a poca cosa. Sólo pide para el individuo el mínimo de libertad y seguridad sin la que el hombre, moral y físicamente disminuido, pierde, además del gusto por el trabajo y la acción, la aptitud para el servicio.

Este republicano no se molestó en definir, con una precisión exigente, los derechos naturales del ciudadano; se acomoda fácilmente a un despotismo ilustrado. El espíritu socialista le es extraño. En las *Leyes* Platón había escrito que el Estado perfecto es primero aquel en el que se realiza la comunidad de bienes y que, después, los Estados mejor organizados son aquellos que se aproximan más a esta comunidad[8]. Tomás Moro, contemporáneo de Maquiavelo, lo había vuelto a decir en un lenguaje en el que la emoción evangélica se templaba con la ironía erasmiana[9]. El secretario florentino, que no desarrolla las consecuencias económicas de su doctrina, que acepta la herencia de la historia y, adoctrinado por el estudio del pasado romano, teme las turbulentas consecuencias de las leyes agrarias, no atribuye de buen grado a la autoridad pública el papel de una Providencia: no inscribiría en su programa la necesidad de mejorar las condiciones materiales y morales de los proletarios. En general, y salvo en trágicas circunstancias, no parece desear la intervención del magistrado

[8] Νόμοι, V, 10, 739, E: «... δ ὁ δὴ παράδειγμά γε πολιτείος οὐκ ἄλλη χρῆ σκοπεῖν, ἀλλ' ἐχομένους ταύτης τὴν ὅτι μάλιστα τοιαύτην ζητεῖν δατὰ δύναμιν».

[9] Véase pág. 230, n. 83.

o del príncipe para disciplinar, según ciertos principios de justicia y humanidad, las relaciones, ya difíciles y tumultuosas en Florencia, del capital y del trabajo.

* * *

Así define Maquiavelo las reglas de acción y de conducta que impone a los jefes monárquicos y republicanos de los Estados. Los errores que quiere evitarles los presenta, por eso mismo, más dura y nítidamente.

Condena todo gobierno cuya acción sólo sirve a beneficios particulares: monarquía en la que el príncipe prosigue únicamente satisfacciones de comodidad personal u orgullo familiar[10]; república dominada, como en el caso de Florencia, por un pequeño número de familias, obstinadas en confundir el bien del Estado con la prosperidad de su negocio, su industria, su banca. En una ciudad libre desea, sin duda, juzgándolo beneficioso, la acción de grandes partidos, organizados, como en Roma, para la defensa de algunos principios y ciertos intereses colectivos. Pero el gobierno sólo puede realizar una verdadera obra gubernamental si se mantiene por encima de los partidos, de los principios del partido, de los intereses de casta[11]. Tomás Moro escribió que el arte de gobernar a los hombres parecía reducirse a una amistad secreta de los ricos que, bajo pretexto del bien público, arreglaban entre ellos los asuntos privados[12]. En el siglo XVIII otro gran inglés, William Pitt, intentó interrumpir esta práctica de los gobiernos de partidos y clases, cuyas taras parecía haber denunciado antes el amigo de Erasmo; sin alcanzar demasiado

[10] *Discorsi*, III, 8; I, pág. 360; "Una bruita cupidità di regnare". *Ibid.*, II, 2; I, pág. 236: "Al contrario interviene quando vi è uno principe, dove il più delle volte quello che fa per lui offende la città, e quello che fa per la città offende lui".

[11] BENEDETTO CROCE, *Storia di Europa nel secolo decimonono*, Bari, 1932, en 8.°, págs. 165-166: "Di un governo che faccia veramente opera politica, è impossibile o affatto arbitrario dire che esso sia aristocratico o borghese o piccolo borghese, perchè esso comprende di necessità queste e tutte le altre classi o tende a superarle tutte".

[12] Véase pág. 230, n. 83.

éxito intentaría la creación de un gobierno ajeno y superios a las Ligas políticas y a los beneficios de clase, capaz únicamente de representar la perennidad de la nación, de su espíritu, de sus verdaderos y constantes intereses. Bajo la influencia de Tito Livio, Maquiavelo creyó quizá que la república romana, aparentemente fundada en el acuerdo del patriarcado y del elemento democrático, satisfacía ese ideal. Nunca se tomó grandes molestias en describir la realización, entre los modernos, del principio que, frente a los partidos y las clases, restituía al gobierno su razón de ser y su libertad.

IV

Una política como ésta necesita del cálculo; parece excluir desde el principio el sentimiento. Parece alejar el entusiasmo, el espejismo romántico. Tanto en el gobierno interior del Estado como en sus relaciones con el extranjero esta política debe, al parecer, desconfiar de toda gestión que la razón, aplicada a la medida de lo útil y posible, no haya aprobado. Maquiavelo impone al arte de la política la sobriedad de un estricto realismo. Y, sin embargo, en ciertos momentos, este clásico puede parecer un romántico. Este alumno de la prudente osadía romana no ha querido nunca negar el papel que juega en la historia universal la inspiración, el genio, la acción de algún demonio desconocido. Admira a los profetas armados, legisladores, fundadores de ciudades o imperios, que imponen a los hombres su voluntad y pasión. Mas para que la pasión, ayudada por la fuerza, tenga la virtud de renovar un mundo es preciso que esté constituida de certeza dialéctica tanto como de sentimiento. Maquiavelo no considera que la poesía y la intuición estén fuera del dominio de la práctica; porque para él esta poesía es verdad, esta intuición está hecha de teoría y cálculo. Poco importa que, a veces, en Florencia y en Roma, su intuición de poeta le haya llevado a seguir fantasmas; que su cálculo se haya a veces mostrado poco estricto y su teoría ilusoria; que,

demasiado apasionado para ser equitativo, haya negado toda justicia a los príncipes italianos y a los *condottieri*. Su obra de escritor es más importante que su acción; la idea que él tuvo de la política es más importante que su política y sus juicios políticos. Esta idea es la de un realismo que sabe, como tal, el precio y la acción de la poesía.

* * *

Se aparta al menos de toda opinión preconcebida que, en nombre de alguna tesis doctrinal, desee primero guiar o atar la conducta del hombre de Estado. Próximo al pueblo por la mediocridad de una existencia siempre estrecha, por una desconfianza de clase hacia la nobleza del campo o del dinero, por ciertas de sus diversiones, y una viva impaciencia ante las convenciones, bastante plebeyo de lenguaje, no admite sin reservas esta tradición democrática cuya herencia florentina ha recibido, y que, además, desde hacía mucho tiempo sólo había servido para enmascarar el poder de una oligarquía mercantil, industrial y financiera. Si a veces llega a afirmar que la voz popular es la voz de Dios, sabe también que la plebe es a la vez osada y débil, que el pueblo se comporta como si deseara su propia ruina [18]; Savonarola quiso a los trabajadores más que Maquiavelo. En revancha, el secretario florentino, a pesar de su culto por el pasado senatorial y consular de Roma, a pesar de las ilusiones que puso en el duro régimen que recibía su fuerza del privilegio patricio, no afirmó nunca la misión histórica de las aristocracias. Las lecciones de Polibio y Cicerón le invitaron a desconfiar de toda escuela exclusiva, a buscar entre los diversos principios del gobierno una conciliación hábilmente oportuna. Pero su voluntad de no aceptar, como

[18] *Discorsi*, I, 58: "La moltitudine è più savia e più costante che uno principe"; I, pág. 219: "E non sanza cagione si assomiglia la voce d'un popolo a quella di Dio"; I, 57; I, págs. 215-216: "La plebe insieme è gagliarda di per sè e debole", I, 53; I, págs. 205-209: "Il popolo molte volte desidera la rovina sua, ingannato da una falsa spezie di beni; et come le grandi speranze et gagliarde promesse facilmente lo muovono".

Descartes, ninguna noción que no aparezca antes establecida y probada con evidencia, su afición por la experiencia y la demostración científica, la elevaban más allá de estas combinaciones y de este eclecticismo, hasta la idea de una política estricta y resueltamente positiva.

* * *

Este positivismo no es trivial prudencia. No excluye nada de lo que la razón, iluminada por la experiencia, juzga realizable. Y por ahí entra en el sistema del que en principio se alejó por cierta vacilación conservadora. Ningún programa de acción es excluido, hasta que la razón, instruida por el estudio exacto de los hechos, pueda tenerlo, en ciertas circunstancias, por posible y bienhechor. Maquiavelo no es un revolucionario; y, sin embargo, no rechazaría sin antes examinarlo ningún plan de reconstrucción política, económica o social, que pareciera coincidir con los datos, exactamente definidos, no solamente de la historia y la tradición, sino también de las contingencias más inmediatas. Maquiavelo no es socialista y, sin embargo, admite que, en ciertos casos, el dictador debe destruir toda la herencia del pasado, dispersar la antigua riqueza, crear, para los antiguos pobres, una nueva opulencia. Prefiere la intervención reformadora y sus medidas lentitudes. Pero a este profeta armado que espera le concede gustosamente el uso ilimitado de la fuerza para improvisar, sin temor al fracaso, la creación de un mundo rejuvenecido. Nada de lo racional, nada de lo experimental, nada de lo posible y real queda aquí excluido. Idéntico positivismo, tan exigente en materia de certeza, tan capaz, para guiar la acción, de prudencia y osadía, impone una idéntica disciplina a las relaciones exteriores de los Estados. Se separa del universalismo cristiano porque las condiciones generales de la especie humana, y, de manera particular, la historia violenta de la Europa desgarrada, le ofrecen de él algo como una trágica reducción al absurdo. Acepta el hecho de la concurrencia que establece entre los pueblos la jerarquía de las fuerzas y ta-

lentos, clasificándolos según el juicio de la historia. Siendo éstos los datos de lo real sólo una política rigurosamente positiva puede elegir, según la razón y la oportunidad, entre un paciente equilibrio y el brusco impulso, siempre lícito, del más fuerte hacia la conquista del poder.

* * *

Este positivismo es y no es desprecio por los hombres. Maquiavelo está y no está de acuerdo con Hobbes. Puede afirmar que los hombres son hipócritas y mentirosos, y sólo merecen ser gobernados por mentiras. Escribe entonces que el arte de gobernarles se reduce al arte de domesticar su natural malignidad[34]. Puede afirmar que, en general, son mediocremente buenos y mediocremente malos. A quien les gobierne incumbirá el elegir para ellos entre el bien y el mal. "Los hombres —dice Montesquieu—, en general canallas, son, *a grosso modo*, gentes muy honestas; aman la moral..."[35]. Y Maquiavelo tuvo, además, en cuenta ese elemento de virtud, por el que se redime, a los ojos del político positivo, una naturaleza degradada. Pero el político positivo no saca de aquí únicamente la conclusión de la suprema conveniencia de una ingeniosa hipótesis de Estado. Maquiavelo es bastante grande para comprender ciertas grandezas. Sabe que ciertas virtudes, nacidas del dolor, probadas por el dolor, intervienen como fuerzas activas en la historia humana. Lo sabe y quiere atraerlas a su juego; pero él mismo está preso en su mismo juego; y la más bella página que ha escrito es el ardiente llamamiento a un pueblo instruido por la desgracia, conclusión práctica de un libro de frío cálculo y desengañada experiencia.

Esta política positiva y realista, que utiliza para sus fines los medios más bajos y los más nobles, porque bajeza y nobleza son igualmente cosas humanas y reales,

---

[34] *Discorsi*, II, 23; I, pág. 296: "Uno governo non è altro che tenere in modo i sudditi che non ti possano o debbano offendere".

[35] *Esprit des Lois*, XXV, 2.

resulta, ante todo, una obra de la inteligencia. Ella no quiere, o no querría, extraviarse en la persecución de fantasmas creados por los sentidos y la imaginación. Afirma la primacía de la razón, única facultad apta para guiar el libre albedrío; reconoce únicamente a la razón el derecho de resolver los problemas que plantea la vida de los hombres en sociedad, de decidir, de mandar e iluminar la acción. Sin duda, Maquiavelo sabe que, sin la fuerza, la razón resulta impotente entre las fuerzas desencadenadas; pero no desespera de procurarla armas, las compensaciones que merece y la soberanía que le pertenece. Poco sensible al efecto de las causas económicas, diría que el drama de la historia encuentra su última explicación en los espíritus y los corazones[16]. Desconfía de los corazones, débiles, capaces de ilusión, de mentira y perfidia. Quiere entregar el gobierno de los asuntos humanos a la razón. A ella le corresponde utilizar, en consideración a una obra que sólo ella puede concebir y medir, todas las potencias del hombre, y de imponer su disciplina a las fuerzas preciosas y locas que nacen de los corazones. Exactamente instruida por las leyes que obligan a la historia a la fatalidad de eternos retornos, la razón conoce los límites necesarios de su propia acción. Sabe que la naturaleza humana y el destino humano responden mal a la inmensa esperanza de los hombres. Acepta el orden universal y no cree inútil jugar en él su partida.

[16] BENEDETTO CROCE, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, Bari, 1928, página VII. "A chi... cerca sempre il vere moto e il vero dramma negli intelletti e nei cuori."

Indice de Nombres y Materias

Los números son los de las páginas.

A

ACCOLTI (Benedetto), 29, 53.
ADRIANI (Marcello Virgilio), 53.
ADRIÁTICO (mar), 18, 64, 237, 251, 253.
ALEJANDRO EL GRANDE, rey de Macedonia, 335.
ALEJANDRO VI, papa, 14, 52, 53, 58, 64, 67-68, 79, 80, 94, 107, 113, 173, 236, 238, 240, 241, 251-254, 260, 269, 272, 306.
ALEMANIA, 21, 30, 72, 77-78, 86, 145, 188, 239, 280.
ALIGHIERI (Dante); *Divina Comedia*, 15-16, 29, 45-46, 88, 98, 104, 188.
Monarchia, 15, 29, 46, 89, 91, 178, 289.
— Ideal religioso y político, 15-19, 28-29, 31-32, 48-49, 59-60, 71, 85, 86, 91-93, 97, 103, 144, 166, 168, 174-175, 179, 274, 337, 345.
— Doctrina de la paz universal, 280-284, 289.
ALPES, 68, 70, 90.
ALSACIA, 265.
AMBERES, 157, 165, 287.
AMBOISE (Georges d'), cardenal, ministro de Luis XII, 77, 173, 261.
AMÉRICA, 212, 262, 265.
ANGELO (Castillo San-), en Roma, 68.
ANÍBAL, 88, 213, 324.
ANTILLAS, 266.
ANTONINOS (imperadores), 266, 334.
APENINO, 58, 124, 251.
APPIANI (familia), señores de Piombino, 260.
APULIA, 237.
ARABES, 42, 157.
ARAGÓN, 54, 60, 73, 296.
ARAGONESES (familia de los), 63, 94, 102.
ARISTÓTELES:
— su filosofía, 42, 285.
— su política, 14, 42, 141, 144, 145, 285-286, 311, 336, 337, 339.
ARNO (río), 35.
ATENAS, 109, 148, 152, 191.
AUGSBURGO, 22, 71, 158.
AUGUSTO (Caius Julius Caesar Octavianus), emperador, 172, 257, 265-266, 334.
AUSTRIA, 73, 209.
— Casa de Austria, ver Habsburgo.
AVIGNON, 18.

B

BAGLIONE (Gianpaolo), señor de Perusa, 238, 271.
BASILEA, 51, 164, 287.
BAVIERA (Luis de), emperador (ver Luis de Baviera).
BIONDO (Flavio), 183.
BISCEGLIE (Alfonso Borgia, duque de), 63.
BISMARCK (Otto, príncipe de), 143.
BOCCACIO (Juan), en italiano Giovanni Boccaccio, 30, 49, 51.
BOETIE (Etienne de la), 15.

Bolonia, 55-56, 63, 128, 251, 253, 259.
Bonaparte (Napoleón), ver Napoleón I.
Borbones (familia), 230.
Borgia (familia de los), 54, 65, 69-70.
Borgia (Alejandro), ver Alejandro VI.
Borgia (César), 15, 20, 54, 58, 63, 69, 78, 85, 94, 102, 107, 109, 111-112, 127, 165, 172-173, 186, 236-237, 241, 245, 251-256, 259-260-261, 263, 290, 292-294, 299, 301-302, 312, 318, 333.
Borgoña, 73, 258, 265, 297, 307.
Boscoli (Pietro Paolo), 80-81, 134.
Bracciolini (Poggio), 27-29, 44, 53, 158, 182, 185-186.
Brasil, 266.
Bremen, 71.
Brescia, 57.
Bretaña, 258.
Brienne (Gautier de), duque de Atenas, 192.
Brujas, 257.
Bruni (Lionardo), 26-28, 39, 44, 53, 141, 158, 182-185.
Brutus el Antiguo (Marcus), 222.
Brutus (Marcus), 19, 29.
Buondelmonti (Zanobi), 124.
Buonarroti (Miguel Angel), 47, 49, 55, 85, 109-111, 128, 273.

C

Cabalistas, 42.
Calvino (Juan), 49.
Camilo (Marcus Furius Camillus), 228.
Campania, 237.
Cannes (batalla), 166.
Canossa, 187.
Capponi (familia florentina):
— Agostino, 80-81.
— Gino, 183.
— Niccoló, 128.
Careggi, cerca de Florencia, 140.
Carlomagno, 92.
Carlos IV, emperador, 21, 72, 88, 174.
Carlos V, emperador, 22, 37, 73, 91-92, 114, 125, 127-128, 131, 148, 172, 186, 286-287, 307-308, 311.
Carlos V, rey de Francia, 22.
Carlos VII, rey de Francia, 294-295.
Carlos VIII, rey de Francia, 48, 54-55, 236, 266, 288, 293-294, 296.
Carlos X, rey de Francia, 235.
Carlos el Temerario, duque de Borgoña, 21, 266, 295.
Carpi, ciudad de la Italia del Norte, 121.
Cartago, 59-60, 88, 166, 256.
Casciano (San), burgo de Toscana, 35, 58, 85-86, 124, 336.
Cassius (Caius), 18.
Cassius (Dion), 268.
Castracani (Castruccio), 121.
Cateau-Cambresis (tratado de), 54.
Catilina (Lucius Sergius), 18, 136, 258.
Catolicismo, 51, 286, 337.
Católicos (reyes), ver Fernando de Aragón e Isabel de Castilla.
Cavalcanti (Giovanni), historiador, 183.
César (Julio), Caius Julius Caesar, 17, 28, 41, 148, 160, 172-174, 214, 218, 220, 228, 230, 245, 266, 268-269 315, 334.
Césares, ver Imperio romano.
Cesena, 68, 270.
Cicerón (Marcus Tullius Cicero), 23, 29-30, 43, 45, 135-136, 168, 180-182, 218, 255, 268, 286, 336-337, 344.
Cincinnatus (Lucius Quinctius), 107, 228.
Ciompi (los), nombre de los obreros cardadores de lana en Florencia, 158, 192.
Ciro, rey de los Persas, 104, 109, 228.
Cisma (el gran), 20, 26, 51, 79.
Clemente V, papa, 21.
Clemente VI, papa, 21.
Clemente VII, papa, 15, 115, 117, 120, 123-128, 131-132, 177.
Cognac, 127, 307.
Cola di Rienzo, 45, 88, 104, 174-175, 274.
Colbert (Juan Bautista), 341.
Colona (familia), 240, 251.
Colonia, 237, 287.
Commynes (Felipe de), 308.

Compagni (Dino), 158, 177.
Constantino (Flavius Valerius Aurelius Constantinus), emperador, 91, 281.
Constanza (Concilio de), 51.
Constituyente (Asamblea Nacional), 211, 213.
Contrarreforma, 209.
Copérnico (Nicolás), 30.
Córdoba (Gonzalo de), 67.
Cristianismo, 14, 262, 279, 296, 338.
Cromwell (Oliverio), 230.

D

Dalmacia, 63.
Dante, ver Alighieri.
David, 263.
Descartes (Renato), 23, 343.
Diodoro de Sicilia, 121.
Diómedes en la *Divina Comedia*, 20.
Domingo (Santo), 226.
Doria (Andrea), 128.

E

Edad Media, 12, 23, 39, 89, 123, 156-157, 164, 185, 200, 280, 311.
Egipto, 109, 210.
Emilia, 64, 269.
Engels (Federico), 279.
Enrique VII, emperador, 40, 60, 70, 88, 103, 174, 189.
Enrique II, rey de Francia, 15.
Enrique IV, rey de Francia, 187.
Erasmo (Desiderius Erasmus), 14, 17, 77, 164, 243, 287-289, 296-297, 301, 304, 308, 311-312, 324-325, 337, 340.
Escipión (Publius Cornelius Scipio), el Africano, 28, 41, 88, 296, 321.
España:
— Conquista de España por Roma, 168.
— Monarquía española, 62, 72, 88, 92, 171, 265, 298, 300, 316.
— Españoles en Italia, 56-57, 63, 68, 72, 77, 86, 89, 103, 139, 171, 254-255, 259-260, 266, 269-270, 290.
— Imperio colonial, 265-266.
Esparta, 61, 147, 232.
Este (familia de), 29, 64, 94.
Estoicismo, 99, 140.
Estrasburgo, 287.
Estuardo (familia de los), 230.
Europa, 37, 69, 76, 149-152, 158, 171, 177, 237, 257, 260, 285, 287-288, 296, 333, 345.
Evangelio, 21, 140, 289, 330, 338.
— Evangelio eterno, 48.

F

Farsalia, batalla de, 42.
Fabio Máximo (Fabius Maximus Quintus), 228.
Faenza, 63, 67, 259, 260.
Federico Barbarroja, 59.
Federico III, emperador, 22, 42, 46, 89.
Federico, rey de Nápoles, 53.
Federico II, rey de Prusia, 304, 341.
Felipe el Hermoso, rey de Francia, 22.
Felipe II, rey de España, 15, 200.
Fermo, 256, 272.
Fernando el Católico, rey de Aragón, 53-55, 64, 71, 294, 296-297, 307, 316, 333.
Ferrara, 30, 64, 93.
Ficin (Marsilio), 40, 46-47, 50, 286, 338.
Filipo, rey de Macedonia, 262.
Florencia:
— Historia política, 13, 24, 28-30, 36-41, 43-44, 47, 51-53, 56, 60-61, 80-81, 86, 102-106, 112, 117-120, 123-124, 126-127, 133, 134-135, 162, 166, 170, 172, 173, 190-196, 202, 213, 230, 246-247, 272, 309, 331, 334-335, 342, 343.
— Historia de la economía y de la sociedad, 23, 35, 37, 47, 49, 158-159, 166, 169-170, 183, 189-190, 209, 215-216, 341-342.
— Política exterior, 54-55, 59, 62, 68, 71, 79, 87, 126-127, 259, 272, 279, 290-294, 327.
— Política religiosa, 49, 157, 208, 337-338.
— Humanismo, 27, 40, 43, 50, 137-138, 289, 335, 342.
— Arte, 27, 107, 274.
Ver también Alighieri (Dante), Bor-

gia (César), Maquiavelo, Médicis.
Floro (Joaquín de), 19, 47.
Fogliani (Giovanni), 256.
Foix (Gastón de), 56.
Forli, 65, 68, 259, 272, 296.
Francfort del Main, 22.
Francia:
— Monarquía francesa, 13, 62, 63, 69-71, 89, 92, 96, 122, 173-174, 185-186, 200-201, 209-210, 227, 258, 268, 275, 296-298, 303, 307-308.
— Política francesa en Italia, 63-64, 69, 75-76, 92, 103, 109, 121, 139, 296-300.
— Vida intelectual, 29.
— Revolución y restauración monárquica, 212, 230.
— Colonias, 267.
Franciscanos (orden), 17, 98, 121, 214.
Francisco de Asís (San), 18-19, 97, 224.
Francisco I, rey de Francia, 15, 22, 116, 125, 127, 266, 287, 297, 307-308, 324.
Franco Condado, 265.
Franconia, 71.
Fugger (familia), banqueros en Augsburgo, 71, 158.
Fustel de Coulanges, 213, 232.

G

Galileo (Galileo Galilei), 31.
Galicanismo, 209-210.
Gandía (Juan Borgia, duque de), 63.
Garigliano (río de la Italia del Sur), 107.
Gascoña, 258.
— Gascones, 74.
Génova, 22, 53, 79, 216.
Gentillet (Etienne), 15.
Gerson (Jean), 22.
Gibelinos, 42, 46, 58, 187, 198, 283.
Ginebra, 48.
Gioberti (Vincenzo), 114.
Goethe (Wolfgang), 144, 343.
Gonzaga (familia de los), 30, 96.
Gracos, 41, 168, 213, 219.
Granada, 296.
Grecia, 44, 85, 141, 144, 145, 150, 152, 181-182, 265, 333, 335-336, 338.
Gregorio VII, papa, 187.
Gregorio XI, papa, 21.
Guarino de Verona, 304.
Güelfos, 45, 69, 75, 88, 90, 172, 190, 191.
Guicciardini (Francesco):
— Su obra, 12, 14, 71-72, 116, 196, 245.
— Papel político y juicios diversos, 13-14, 15, 38, 56, 74, 126-127, 187, 193, 196, 243.
— Crítico de Maquiavelo, 106, 133, 174.
Guidobaldo da Montefeltro, duque de Urbino, 69, 270, 273.

H

Habsburgo (familia de), 22, 262, 265, 289.
Hamburgo, 71.
Hansa (la), 22, 70.
Hegel (Georg Friedrich Wilhelm), 280.
Helade, ver Grecia.
Herder (Gottfried), 154.
Hobbes (Tomás), 345.
Hohenzollern (familia de), 209.
Holanda, ver Países Bajos.
Humanismo, 22-24, 42, 140, 149, 151, 182, 286, 311, 335, 338.
Hus (Juan), 279.

I

Iglesia:
Autoridad espiritual, 18, 64, 70, 76, 114, 115, 323-324.
— Poder temporal, 64, 67, 76-77, 115, 274.
— Iglesias nacionales, 21, 22, 74.
— Idea de la Reforma de la Iglesia, 46, 50-51, 97, 224.
Imola, 64, 296.
Imperio:
— Imperio romano, 18, 139, 148-149, 172, 185-186, 188, 194, 267, 289, 333, 336.
— Santo Imperio romano-germánico, 17-18, 21-22, 42, 45, 70, 86-87,

93, 103, 148, 172-173, 191, 237-239, 279, 281, 289.
— Imperio francés, 166.
INOCENTE VIII, papa, 45, 240.
INDIA, 65, 158, 266.
INGLATERRA, 22, 31, 55, 77, 163-164, 173, 200, 211, 294, 342.
INNSBRUCK, 71.
INQUISICIÓN, 208.
ISABEL DE CASTILLA, 265.
ISLAM, 279.
ISRAEL, ver Judíos.
ITALIA:
— Antigua, 145, 168, 296, 297, 338.
— Regiones y gobiernos, 29, 38, 56-57, 63-65, 68-70, 73, 76-77, 86, 93, 102, 106-107, 110, 114-115, 126, 164, 171, 240, 245, 267, 273, 293, 307.
— Historia política, 16, 20-22, 26, 30, 41, 55, 68, 115, 121, 124, 126, 151-156, 157, 168, 172, 177, 185, 188, 193, 233, 241-242, 245, 264, 295.
— Guerras de Italia, 46, 53, 59, 63, 74-76, 94, 196, 251, 261, 267, 287, 293-294, 299-300.
— Italia y los extranjeros, 61, 70-71, 77, 103, 109, 114, 259, 275.
— Miseria y divisiones de Italia, 86-87, 93-95, 103, 111, 292.
— Particularismo italiano, 130-131, 171.
— Sentimiento nacional, 18-19, 87-89, 100, 113-115, 130, 137, 168-170.
— Vida religiosa, 92-93, 208-209.
— Vida intelectual y artística, 19-20, 29-31, 46, 317.
— Idea de la reforma política y moral de Italia, 105-106, 174-175, 231, 246, 331.

J

JACOBINOS, partido político francés, 336, 341.
JENOFONTE, 121, 176, 296.
JESUCRISTO, 18, 289.
JOSÉ II, emperador, 209-210.
JUAN (San), evangelista, 101.
JUAN XXII, papa, 20.
JUDÍOS, 48, 109, 230, 279.
JULIO II, papa, 53-56, 63, 67-68, 79-80, 87, 93, 113, 238-240, 251, 254, 261, 271, 273, 290, 316.

L

LANDINO (Cristóforo), 46, 52.
LEIPZIG, 287.
LEÓN X, papa, 45, 79-80, 93, 107, 109, 113-119, 122-123, 129, 131, 237, 241-242.
LETO (Pomponio), 44.
LEVANTE, 63, 157.
LICURGO, 48, 147, 154, 174.
LIGA (Santa), 55-56.
LOCHES, 53.
LOCKE (John), 200.
LOMBARDÍA, 69, 91, 104, 108, 137, 186, 259.
LONDRES, 164.
LORENA, 265.
LOVAINA, 163, 287.
LOYOLA (Ignacio de), 339.
LUBECK, 72.
LUCCA, 120, 253.
LUDOVICO EL MORO, duque de Milán, 53, 59.
LUIS DE BAVIERA, emperador, 20, 104.
LUIS XI, rey de Francia, 21, 294, 333.
LUIS XII, rey de Francia, 53-56, 64, 70-71, 76, 164, 251-252, 259, 269-270, 273, 290, 294, 296, 316.
LUNIGIANA, región toscana, 35.
LUTERO (Martín), 50, 70, 99, 240, 242, 279.

M

MACEDONIA, 262, 265.
MACCHIAVELLI (familia):
— Bernardo, 32.
— Girolamo, 32.
MADRID (cautividad de Francisco I y tratado de), 125, 127, 288, 307, 328.
MAGUNCIA, 237, 287.
MAHOMETANOS, 210.
MAIN, 237.
MAINE, 53.
MANFREDI (Astorre), 64.
MANTUA, 30, 88, 95, 259.

MAQUIAVELO (Nicolás), en italiano Niccolò Macchiavelli:
— Familia, juventud, formación, 34-77.
— *Decennali*, 83.
— *Il Principe*, 15, 19, 29, 59-61, 76, 107, 110, 112, 114, 117, 119, 127, 132, 152-155, 174, 176, 184-186, 189, 191, 199, 208, 229, 245, 247, 261-262, 264-265, 267, 273, 284, 287, 293, 305, 311, 322, 330-331, 334-335, 340.
— *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, 13, 20, 60, 69, 74, 81, 92, 96, 105, 107, 112-114, 116-117, 124, 128, 134-135, 149-150, 161-165, 166, 172, 176-177, 183-186, 189, 191, 195, 199-200, 207-208, 210, 224, 229, 242, 246-247, 261, 263-264, 286, 289, 302, 304, 309, 322, 335, 338, 340.
— *Istorie fiorentine*, 123-124, 126, 128, 135, 161, 176, 184-186.
— *Discorso sopra il riformar lo stato di Firenze*, 75, 96, 119-120, 126, 134.
— *Vita di Castruccio Castracani da Lucca*, 121, 124, 135, 176.
— *Dell'arte della guerra*, 61, 121-123, 155, 157, 175, 184.
— *Ritratto delle cose della Magna*, 72-73, 83.
— *Ritratto delle cose di Francia*, 73-77, 83.
— *La Mandragola*, 48, 125.
— Maquiavelo y Aristóteles, 45, 141-142.
— y Polibio, 146-147.
— y Tito Livio, ver Tito Livio.
— y Dante, 17, 20, 84, 89, 274, 281-285.
— y Montesquieu, 159-163, 165, 202.
— Vida y acción política, 49-52, 56-57, 63, 77, 80-82, 107-131.
— Relaciones con los Médicis, 39, 42-43, 107-114, 116-119, 122-127, 135.
— Juicio sobre César Borgia, 63-68, 250-256, 263-269.
— sobre Julio II, 69-70, 79, 87.
— sobre el Imperio, 41, 70-72, 82, 90-91.
— sobre Francia, 73-76, 82, 96.
— sobre Venecia, 63, 122, 290-292.
— Maquiavelo y la restauración nacional de Italia, 13, 86, 97, 102-116, 122, 127, 129, 338.
— y la reforma de la constitución florentina, 116-117, 224, 331.
— y la Santa Sede, 91-93, 237-241.
— y el cristianismo, 50-51, 98-102, 142, 237-241, 322-323, 337-338.
— y las relaciones de la Iglesia y del Estado, 204-210, 341.
— Ética de Maquiavelo, 84-85, 142, 152-154, 246-249, 255-257, 338-343.
— Maquiavelo y los profetas, 48-50, 89-90, 214, 279, 283, 343.
— Maquiavelo fundador de la ciencia política y de la política positiva, 135, 175, 344-346.
— Teoría del gobierno legal, 199-243.
— Programa republicano, 166-171, 219-222, 322-334, 336-337.
— Monarquía bien ordenada y restauración monárquica, 229-236.
— Dictadura, 103-106, 173, 227-229.
— Teoría del poder personal fundado sobre la fuerza, 245-258.
— Teoría de la conquista, 257-262.
— El mito de César Borgia, 266-274.
— Teoría de la paz, de la guerra y de los tratados, 277-309, 339-343.
— La economía, 216-218, 317, 341-343.
— El manejo de la opinión pública, 311-328, 345-346.
— Libertad política, 210-214.
— Maquiavelo, historiador, 175-196.
— La postura de Maquiavelo, 329-347.
MARCOS (San), 290.
MARCO AURELIO (Marcus Aurelius Antoninus), emperador, 208-214.
MARCAS, 64, 127, 252-253, 257.
MARIÑAN (batalla de), 115, 123.
MARIO (Marius Caius), 169, 219.
MARSUPPINI (Carlo), 53.
MARX (Carlos), 280.
MATTEO (fray), 129.
MAZZINI (Giuseppe), 155.
MAXIMILIANO I, emperador, 21, 42, 45, 69, 90, 165, 238, 290.
MEDAS, 109.
MÉDICIS (familia de los), 22, 28, 35, 37-38, 58, 61-64, 80, 85, 89,

107-108, 111, 112-117, 123-126, 128-133, 138, 158, 167, 174, 192-195, 217, 224, 233, 236, 245, 268-269, 292.
MÉDICIS (Salvestro de), 192.
MÉDICIS (Cosme de), 37-39, 41, 48, 65, 116-117, 126, 190, 192-194, 195, 222-224, 226, 268, 317.
MÉDICIS (Lorenzo de), el Magnífico, 37, 39-43, 45-47, 65, 79-80, 107, 109, 115-118, 126, 139, 171, 191-196, 233, 236, 268, 279, 319, 331.
MÉDICIS (Julián de), hermano de Lorenzo el Magnífico, 39, 115, 117, 139, 194.
MÉDICIS (Pedro de), hijo de Lorenzo el Magnífico, 47, 109, 117, 236.
MÉDICIS (cardenal Juan de), hijo de Lorenzo el Magnífico, ver León X.
MÉDICIS (Julián de), duque de Nemours, hijo de Lorenzo el Magnífico, 107-116, 129, 174, 247, 274-275, 332.
MÉDICIS (Lorenzo de), duque de Urbino, hijo de Pedro de Médicis, 109-115, 129, 131-133, 174, 247, 274-275, 332.
MÉDICIS (cardenal Julio de), hijo de Julián y sobrino de Lorenzo el Magnífico; ver Clemente VII.
MÉDICIS (Hipólito de), hijo de Lorenzo, duque de Urbino, 124, 128, 132.
MÉDICIS (Alejandro de), hijo de Lorenzo, duque de Urbino, 124, 128, 132.
MEDINA DEL CAMPO, 68.
MEDITERRÁNEO (mar), 64, 239.
MÉJICO, 266-267.
MICHELE DI LANDO, 192.
MIGUEL ANGEL, ver BUONARROTI.
MILÁN, 23, 25, 37, 53, 56-57, 60, 62, 70-71, 90, 94, 96, 103, 139, 171 193, 214, 251, 239, 293, 296.
MINERBETTI (Piero), 184.
MIRANDOLA (la), ciudad de la Italia del Norte, 55.
MIRÁNDOLA (Pico de la), 42, 44, 46, 51, 286.
MÓDENA, 107.
MOISÉS, 47, 104, 109, 154, 174, 202, 249.
MONTAIGNE (Michel de), 15.
MONTEFELTRO (Guidobaldo da), ver Guidobaldo da Montefeltro.
MONTESQUIEU (Charles de Secondat, barón de), 28, 41, 49, 60, 74, 81-82, 97-98, 116, 147, 150, 159-163, 165-166, 175, 199, 201, 211, 216-218, 227, 300, 322, 334-336, 346.
MORÓ (Tomás), 14, 16, 164-165, 214, 231, 288, 341-342.

N

NABIS, rey de Esparta, 232, 236.
NÁPOLES, 47, 54, 57-58, 61, 64, 66-67, 69, 94-95, 105, 109, 139, 171, 214, 253, 257, 259, 270, 296-297.
NAPOLEÓN I, 122, 210, 230, 235, 265.
NARDI (Jacopo), 80, 195.
NAVARRA, 68, 273.
NELLI (Bartolomé de), 35.
NEMOURS, 107.
NEOGÜELFO, partido, 114.
NEPI, ciudad de la Etruria meridional, 271.
NERÓN (Nero Claudius Germanicus), emperador, 29.
NERVA (Marcus Cocceius), emperador, 214, 333-334.
NIETZSCHE (Friedrich), 337.
NORMANDIA, 258.
NOVARE, 123.
NUMA, rey de Roma, 49, 154, 202.
NUREMBERG, 21, 71.

O

OBISPADOS (los tres), 265.
OCCIDENTE, 30, 262, 282.
OLIVEROTTO, señor de Fermo, 256, 272.
ORCO (Remirro de), 252.
ORDELAFFI (familia), señores de Forli, 272.
ORICELLARI (Orti), jardines en Florencia, 124, 128, 135, 141.
ORIENTE, 57, 68, 262.
ORSINI, familia romana, 241, 251, 296.
OSTIA, 69.

Ostrogodos, 186.
Oxford, 30.

P

Pablo II, papa, 139.
Países Bajos, 14, 22, 115, 157, 187, 199, 266.
París, 30, 200, 287.
Parma, 107.
Pascal (Blaise), 281.
Passerini (cardenal Silvio), 124, 128.
Pavía, batalla de, 119, 288.
Pazzi (conjura de los), 39, 117, 139, 195.
Perú, 266.
Perusa, 123, 240, 251, 254, 259.
Persas, 109.
Pesaro, 63, 272.
Petrarca (Francisco), 22-24, 29-31, 48-50, 72, 85-86, 88, 104, 110, 138, 151, 174, 176, 275, 338.
Picardía, 265.
Pío III, papa, 68, 251, 254.
Pío VII, papa, 209.
Pío XI, papa, 125.
Piombino, 253, 260, 270.
Pisa, 46, 54, 56-57, 60, 121, 236, 253, 260, 293-294.
— Concilio galicano de Pisa, 57-58.
Pistoia, 121, 321.
Pitt (William), lord Chatham, 342.
Plasencia, 107.
Plateas, batalla de, 335.
Platón, 14, 16, 139-140, 255, 343.
— República de Platón, 49, 286, 311, 335-336, 339, 341.
Platonismo, 42, 338.
Plutarco, 106, 173, 268, 311, 336.
Polignac (Jules de), 235.
Poliziano (Angel), 43-45, 53, 139, 338.
Polonia, 266.
Polibio, 41, 44, 146, 159, 168, 181-182, 207, 279, 336, 344.
Pompeyo (Cnaeus Pompeius Magnus), 219.
Pontano (Giovanni), 139.
Porcari (Stéfano), 44.
Portugueses, 265-266.
Provincias Unidas, ver Países Bajos.
Prusia, 209.
Pulci (Luigi), 43.

R

Ravena, 56, 63, 123.
Reforma protestante, 50, 71, 77, 115, 187, 239, 279.
Reggio de Emilia, 102.
Renacimiento italiano, 13, 19-20, 165.
Rin, 237.
Richelieu (Armand-Jean, cardenal de), 332.
Rímini, 65, 68, 92, 251, 260, 270.
Rojo (mar), 63.
Rolando, 44.
Romagna, 54, 58, 65-66, 69, 96, 98, 126, 173, 238, 243, 246, 250-254, 259, 269-273, 313, 321.
Roma:
— Ciudad y campo, 64, 77, 86, 96.
— bajo la República, 24-25, 28, 32, 41, 45, 59, 84-85, 87, 106, 116, 120, 139-140, 144, 149-150, 155, 162, 166-168, 172, 174, 176-177, 181, 191, 209, 212-214, 218-224, 227-229, 266-268, 299-301, 303, 326, 333-334, 338-342, 345.
— bajo los emperadores, 18, 28, 32, 43, 139, 145, 152, 172, 175, 214, 258, 266-268, 280, 290, 336.
— bajo los papas, 21, 44, 46, 66, 85, 92-93, 103-104, 107, 114, 126, 139, 187, 209, 253, 269-271, 288, 337, 343. Ver también Sede (Santa)
Rómulo, 105, 154, 174, 250.
Rouen, 76.
Rosellón, 265.
Rovere (Francesco Maria della), duque de Urbino, 107, 109.
Rovere, cardenal Giuliano della. Ver Julio II.
Rucellai (Cósimo), 124.

S

Salamina, batalla de, 335.
Salutati (Coluccio), 39, 45, 52.
Savonarola (Gerónimo), 48-52, 59, 97, 137, 201-203, 250, 280, 344.
Scala (Bartolommeo), 52.
Sede (Santa), 17-18, 21-22, 25, 39, 46, 54, 63-64, 69-71, 76, 80, 91-93, 102-103, 113-116, 128-132,

158, 171, 186-187, 191, 238, 241-242, 253, 259-260, 272, 277, 280, 287-289.
SÉNECA (Lucius Annaeus Séneca), 140.
SFORZA (familia), 22, 37, 65, 93, 100.
— Francesco, duque de Milán, 64, 295.
— Galeazzo-María, duque de Milán, 139, 194.
— Giovanni, señor de Pesaro, 271.
— Ludovico, duque de Milán, ver LUDOVICO EL MORO.
SICILIA, 69, 335.
SIENA, 28, 58, 64, 253, 260.
SILA (Lucius Cornelius), 170, 219, 220, 228, 336.
SILVESTRE I, papa, 91.
SIMACO (Quintus Aurelius Symmachus), 186
SIMONETTA (Giovanni), 182.
SINIGAGLIA, 67, 251, 256, 271.
SIRACUSA, 121, 256, 272.
SIXTO IV, papa, 240.
SODERINI (Piero), 55, 62, 80-81, 107, 124, 165, 222, 290.
SOLON, 106, 147, 154.
SORDELLO DE MANTUA, 88.
SUABO, 72.
SFEFANI (Marchionne di Coppo), 182.
STETTIN, 72.
STRALSUND, 72.
SUETONIO (Caius Suetonius Tranquillus), 268.
SUIZOS (Cantones), 54-56, 72, 98, 121, 170, 294-295.

T

TABORITAS, 214.
TÁCITO (Caius Cornelius Tacitus), 72-73, 92, 264, 333, 336.
TAINE (Hippolyte), 86, 179.
TEODORICO, rey de los Ostrogodos, 186.
TESEO, 104, 109, 174, 250.
THIERS (Adolphe), 331.
TIBERIO (Tiberius Claudius Nero), emperador, 28.
TIBULO (Aulus Albius Tibullus), 85.
TIROL, 67.
TIRRENO (mar), 20.
TITO LIVIO (Titus Livius), 24, 27, 28, 168, 230, 246.
— Maquiavelo y Tito Livio, 40, 43, 83, 92, 107, 150, 160, 176-183, 190, 267, 273, 285, 290, 303, 333, 336.
TOMÁS DE AQUINO (Santo), 16-17, 313, 339.
TOSCANA, 34, 64, 80, 96, 105, 109, 121, 124, 127, 131, 169, 174, 176, 192, 251, 253, 260, 272, 296, 334.
— lengua y letras toscanas, 42-43, 47-48.
TRAJANO (Marcus Ulpius Trajanus), emperador, 208, 333-334.
TRENTO, 71.
TRÉVERIS, 237.
TUDORES, 164.
TUCÍDIDES, 84, 179, 181, 184.
TURCOS, 261, 266.
TURENA, 54.

U

ULISES, 20.
UMBRÍA, 55, 64, 127, 253.
URBINO, ducado de, 68, 107, 109-110, 114-116, 123, 133, 247, 251-252, 270, 273.
UTRECH, 123.

V

VALENCIA, ciudad española, 64.
VAL D'ELSA, en Toscana, 35.
VAL DI PESA, en Toscana, 35.
VALLA (Lorenzo), 45, 91.
VALOIS (familia de los), 263, 265.
VELLUTI (Donato), 158, 176.
VENECIA, 22, 55-56, 60, 63-64, 68, 70, 79, 86, 93, 103, 122, 157, 171, 190, 222, 225, 239, 251, 253, 260, 265, 267, 271-272, 278, 286, 290, 293-294, 307, 334.
VERONA, 63.

VETTORI (Francesco), 85, 108-109.
VICO (Giambattista), 154.
VILLANI (Giovanni y Matteo), 158, 176, 181.
VINCI (Leonardo de), en italiano Lionardo da Vinci, 31-32, 45, 144, 150-151, 156, 182.
VIRGILIO (Publius Vergilius Maro), 43, 319.
VISCONTI (familia), 23, 25, 30, 39, 60, 65, 94, 121.
VITELLI (señores de Città di Castello), 270, 296.
VOLTERRA, 121.

W

WESTFALIA, 240.

Indice Sistemático

Páginas

Prefacio 7

Introducción. El problema del pensamiento político en la Italia del Renacimiento 11

Maquiavelo y Guicciardini.—Su desacuerdo con Dante y la ruina del ideal orden cristiano.—La política de los humanistas y el desprecio por el mundo moderno.—El realismo y la curiosidad del mundo moderno (págs. 11-32).

Primera parte

MAQUIAVELO

I. La formación de Maquiavelo 35

I. La juventud de un republicano en la Florencia de Lorenzo el Magnífico. Maquiavelo y Savonarola (págs. 35-53). II. El secretario de la Segunda Cancillería. Política y diplomacia. La vuelta de los Médicis en septiembre de 1512 (páginas 53-59). III. La lección de los hechos. La invasión. Príncipes y repúblicas. Grandeza y decadencia de César Borgia. El extranjero, el Imperio y Francia (págs. 59-77).

II. El problema político en la obra de Maquiavelo 79

Las noches de San Casciano. Historia y ciencia política (págs. 79-86).—La reforma política de Italia. El Estado unitario. Las destrucciones necesarias: la autoridad imperial, el poder temporal de los Papas, los feudales (págs. 86-98).—La

Páginas

reforma moral. Maquiavelo y el Cristianismo (páginas 98-102).

III. Ilusiones e incertidumbres 103

I. La llamada al príncipe. Julián de Nemours y Lorenzo de Urbino. El papel providencial de los Médicis (págs. 103-115).—II. La reforma del Estado florentino y la segunda llamada a los Médicis (págs. 115-120).—III. Maquiavelo al servicio de los Médicis. La revolución de mayo de 1527. La muerte de Maquiavelo (págs. 120-129).—Vanas esperanzas y falsos cálculos (páginas 129-135).

IV. Ciencia positiva. Estudio limitado 137

I. Fundación de la ciencia positiva de la política. Maquiavelo y la antigüedad. Aristóteles, Polibio y Tito-Livio. Maquiavelo y Montesquieu (páginas 137-150).—II. El método: Maquiavelo y Leonardo de Vinci. Eterno retorno y resurrección de las cosas muertas (págs. 150-155).—III. Política ante todo. Estudio estrictamente político (págs. 155-164).—IV. Carácter somero del programa republicano de Maquiavelo. Carácter somero de su programa monárquico (páginas 164-174).

V. Maquiavelo historiador 175

Maquiavelo historiógrafo oficial de Florencia (página 175).—I. La tradición clásica en Historia. Tito-Livio, Cicerón, los humanistas y Maquiavelo (páginas 176-184).—II. Las *Istore fiorentine*. Theodoric, los Papas, los emperadores, los príncipes, las repúblicas, los condottieros. Las luchas políticas en Florencia. Cosme y Lorenzo de Médicis (págs. 184-196).

Segunda parte

LA DOCTRINA DE MAQUIAVELO

I. El Gobierno legal 199

El *Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito-Livio* (págs. 199-200).—I. El pacto

Páginas

constitucional. La Iglesia y el Estado (págs. 200-210).—II. Los derechos individuales. Libertad personal. Seguridad. Libertad política. Propiedad. Peligro de las leyes agrarias (págs. 210-219).—III. Las luchas políticas y la vida de los partidos. La utilización de los talentos por el Estado y la defensa de la constitución (págs. 219-224).—IV. La reforma del Estado. La vuelta a los principios. La dictadura (págs. 225-228).—V. La fundación de una monarquía legal. Las restauraciones legales de la monarquía (páginas 228-237).—VI. El gobierno legal de los sacerdotes en el Estado pontificial. Sus fuerzas y sus peligros (págs. 238-243).

II. LAS CREACIONES DE LA FUERZA 245

I. Teoría del poder monárquico fundado sobre la fuerza. El ejemplo de César Borgia (págs. 245-258).—II. Teoría de la conquista. Crítica de la política francesa en Italia. Las violencias permitidas (págs. 259-264).—III. Interés y límites de la doctrina de Maquiavelo. Carencia de un estudio sobre César. El mito de César Borgia (páginas 264-275).

III. LA PAZ, LA GUERRA, LOS TRATADOS 277

I. La defensa de los Estados. El papel de la fuerza. El hecho de la guerra. Maquiavelo y los profetas desarmados. Dante y Erasmo (págs. 277-289).—II. La ética de la fuerza guiada por la razón. Los deberes militares de los Gobiernos. Los beneficios de la guerra. La conducta de la guerra (págs. 289-304).—III. Los tratados. La violación lícita de los tratados. El capítulo XVIII del *Príncipe* (págs. 304-309).

IV. EL GOBIERNO DE LA OPINIÓN PÚBLICA 311

I. Opinión y razón de Estado. La hipocresía política y el capítulo XVIII del *Príncipe* (págs. 311-316).—II. Casos en que es preciso despreciar la opinión: finanzas, defensa del Estado, asuntos militares (págs. 316-324).—III. Casos en que hay que contar con ella: religión, guerra. La propaganda y la guerra (págs. 324-328).

Páginas

V. La postura de Maquiavelo 329

I. Doble doctrina, monárquica y republicana. Somera y clásica al tiempo (págs. 329-334).—II. Maquiavelo romano, republicano, jacobino, extraño al cristianismo como a la ética humanista (págs. 334-338).—III. La ética de Maquiavelo: el servicio del ciudadano y del soldado. El Estado, juzga de los deberes del individuo, disciplina su vida espiritual, ordena su actividad social, le debe un mínimo de libertad. Condena de todo Gobierno, de familia o de clase. Realismo y positivismo (págs. 338-343).—IV. Papel del cálculo y del genio. Rechazo de toda doctrina preconcebida, adopción de todo atrevimiento justificado por la razón. Mediocridad y grandeza de los hombres. Uso de todas las fuerzas humanas. Primacía y disciplina de la razón (págs. 343-347).

Indice de nombres y materias 349

Indice sistemático 359